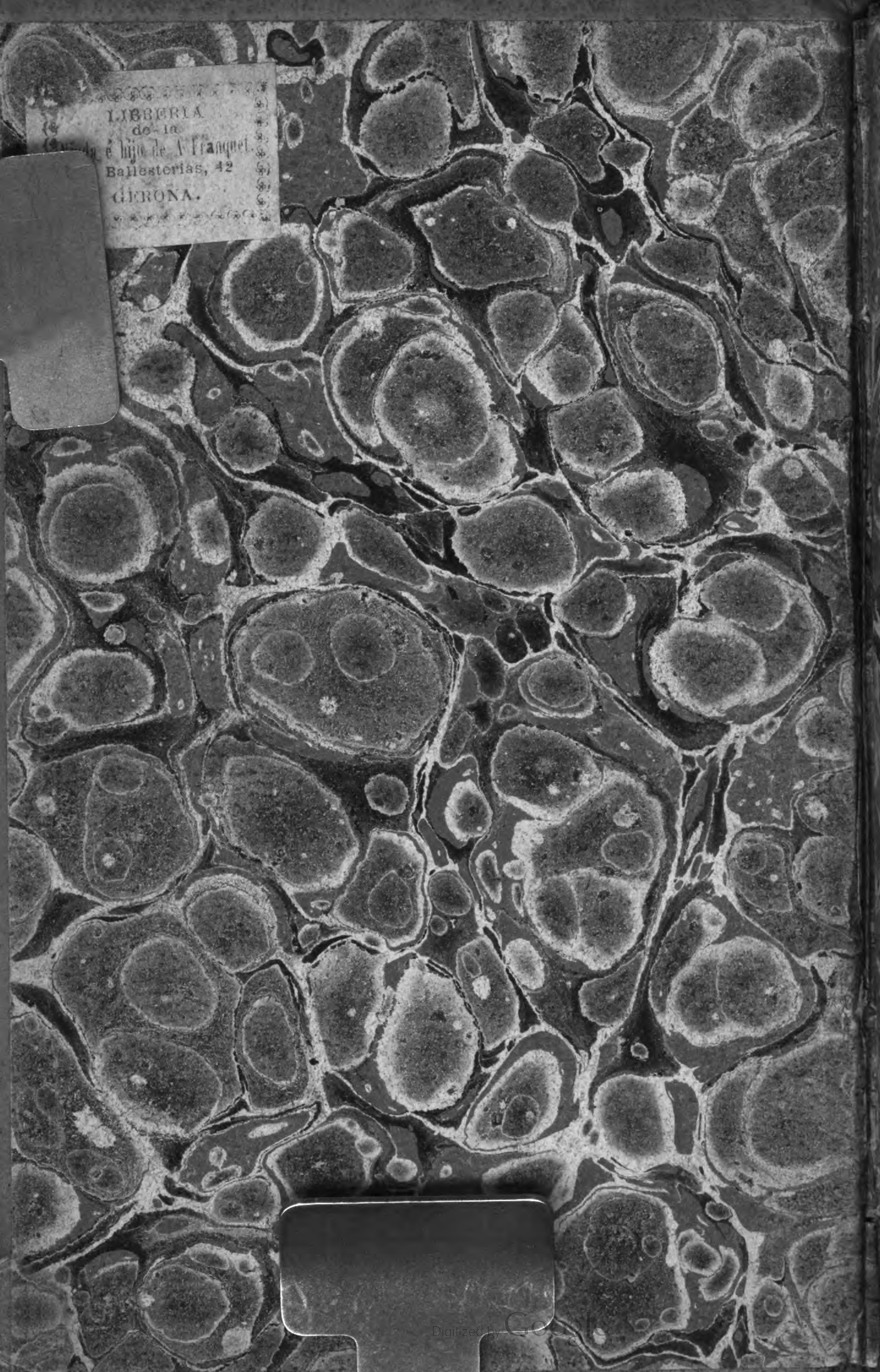
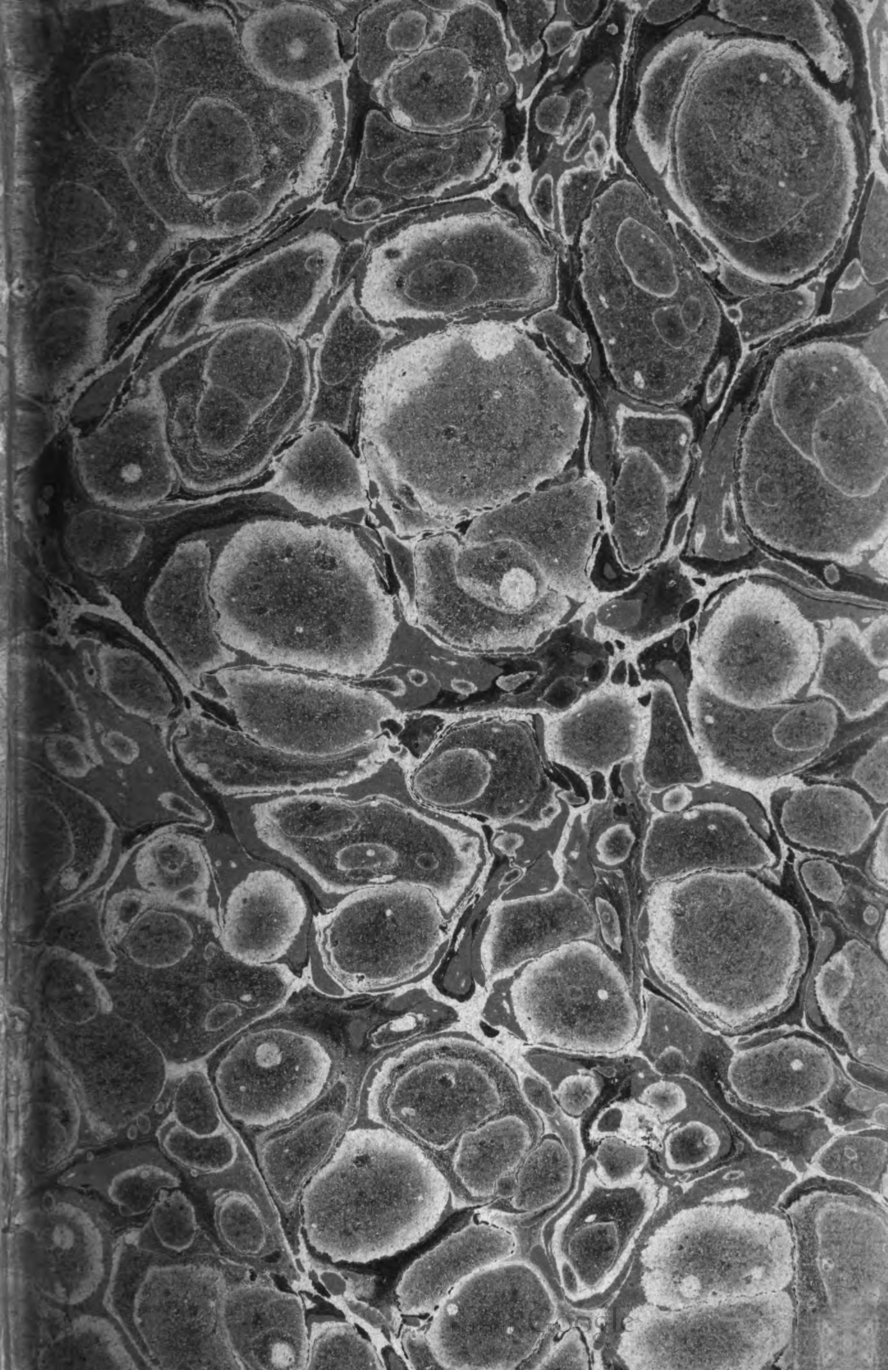




LIBRERIA
de la
Viuda é hijo de A. Franquet.
Ballesterias, 42
GERONA.



MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

TOMO VI.

Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS,

MILAGRO DE SU OMNIPOTENCIA Y ABISMO DE LA GRACIA:

HISTORIA DIVINA

Y VIDA DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS,

REINA Y SEÑORA NUESTRA, MARÍA SANTÍSIMA, RESTAURADORA DE LA CULPA DE EVA, Y MEDIANERA DE LA GRACIA:

manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora á su esclava

SOR MARÍA DE JESÚS,

Abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Ágreda, de la provincia de Búrgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre san Francisco:

PARA NUEVA LUZ DEL MUNDO, ALEGRÍA DE LA IGLESIA CATÓLICA, Y CONFIANZA DE LOS MORTALES.

Nueva impresion añadida de dos tablas, la una de los lugares de Escritura, y la otra de las cosas mas notables de esta obra.

TOMO VI.





Con aprobacion del Ordinario.

LIBRERÍA RELIGIOSA
Aviñó, 20.
BARCELONA.

LIBRERÍA R ... BLO RIERA,
C ... .

1860.

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

SEGUNDA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA DE LA REINA DEL CIELO, MARÍA SANTÍSIMA: CONTIENE LOS MISTERIOS DESDE LA ENCARNACION DEL VERBO DIVINO EN SU VIRGINAL VIENTRE HASTA LA ASCENSION Á LOS CIELOS.

LIBRO SEXTO,

Y CUARTO DE LA SEGUNDA PARTE.

CONTIENE LAS BODAS DE CANÁ DE GALILEA; COMO ACOMPAÑÓ MARÍA SANTÍSIMA AL REDENTOR DEL MUNDO EN LA PREDICACION; LA HUMILDAD QUE MOSTRABA LA DIVINA REINA EN LOS MILAGROS QUE HACIA SU HIJO SANTÍSIMO; SU TRANSFIGURACION; LA ENTRADA DE SU MAJESTAD EN JERUSALEN; SU PASION Y MUERTE; EL TRIUNFO QUE ALCANZÓ EN LA CRUZ DE LUCIFER Y SUS SECUACES; LA SANTÍSIMA RESURRECCION DEL SALVADOR, Y SU ADMIRABLE ASCENSION Á LOS CIELOS.

CAPÍTULO XXIII.

El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz, y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno.

No conocieron los demonios con certeza firme que Jesús era Dios en el discurso de su vida.—Fue providencia divina especial.—Medio por donde se alucinó Lucifer.—Guardóse su desengaño para el tiempo de su vencimiento.—Excelencia inexplicable de el triunfo que obtuvo Cristo en la cruz de

los demonios.—Conocimiento que tuvieron los demonios de la ruina que les amenazaba con la muerte de Cristo.—Violencia con que fueron al Calvario compelidos por virtud divina mediante el imperio de la Madre de Dios.—Obligóles María á estar inmóviles, rodeados á la cruz hasta el fin de los misterios.—Opresion y tormento con que estaban.—Vióse de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer.—Invectiva contra él en este abatimiento.—Entendieron Lucifer y sus demonios los misterios de las siete palabras de Cristo en la cruz, para que triunfase el Señor con este conocimiento.—Misterios de la primera palabra que conocieron.—Despecho y ira de los demonios con este desengaño.—Misterios de la segunda palabra que conocieron.—Confusion y tormento de Lucifer con esta noticia.—Obligóle á pedir á María los arrojase al infierno.—Misterios que conocieron en la tercera palabra de la Madre de Dios, su dignidad y excelencias.—Furor de los demonios contra sí con el desengaño de cuál era la mujer que les quebraría la cabeza.—Excelencias que conocieron de san Juan y del sacerdocio de la ley de gracia.—Misterio que entendieron en la cuarta palabra.—Envidia en que se abrasaron, y quebranto que sintieron conociendo el amor de Dios á los hombres.—Misterios de la quinta palabra, y cuánto quebrantó á los demonios su inteligencia.—Misterios de la sexta palabra que les manifestaron, con que acabaron de conocer la consumacion de la redencion.—Sentencia ejecutiva que intimó á los demonios Cristo como juez, arrojándolos al fuego eterno.—Pronunció entonces Cristo la séptima palabra.—Concurso de la Madre de Dios á este triunfo.—Caida precipitada de los demonios al profundo.—Triunfo que obtuvo entonces Cristo de la muerte.—Declárase la calidad deste triunfo.—Entrada de la muerte en el mundo por el pecado de Adan, y sujecion de sus hijos á la muerte, pecado y demonio.—Como disolvió Cristo estas obras del demonio con su muerte.—Declárase como se cumplió en este triunfo la profecía de Habacuc.—Cuán debilitado quedó el demonio con la muerte de Cristo, y lo estuviera si nuestras culpas no le alentaran.—La caida de Lucifer con sus demonios al profundo, en la muerte de Cristo fue mas furiosa que la primera del cielo.—Nueva turbacion del infierno con ella.—Como se aumenta en algunas ocasiones la pena accidental de los condenados.—Nuevas penas con que atormentaron los demonios á Judas.—Plática de Lucifer á sus demonios despues de vencidos por la muerte de Cristo.—Su tormento de hallarse vencido de Cristo y su Madre.—Su ira contra el Redentor y sus redimidos.—Su rabiosa envidia de la exaltacion de la naturaleza humana.—Persuasion que tuvo Lucifer de que ningun hombre habia de ser tan ingrato á su Redentor, que no le siguiese y abrazase su doctrina.—Creyó que ningun hombre habia de ser tan malo, que se condenase á vista de las obras y doctrina de Cristo.—Lamentábase de haber ocasionado con sus trazas el ejemplo y doctrina de los hombres.—Su admiracion de la humildad de Cristo siendo Dios, y poder de su Madre siendo pura criatura.—Irrítase su soberbia á hacer nueva guerra á los hombres, y pide trazas á los demonios para ella.—Conclusion diabólica de inventar nuevos modos con que impedir los medios que Cristo habia ordenado, para el remedio de los hombres.—Arbitrio de valerse con nueva astucia de las inclinaciones y pasiones de la carne, de lo deleitable y sensible.—Repartimiento de oficios entre los demonios para su empresa.—Demonios que se encargaron de conservar la idolatría, y á

su falta fraguar las sectas y herejías.—Otros diversos modos de perder los hombres que repartieron entre sí.—Sobre todo trazaron divertir á los hombres de la memoria de la pasion de Cristo y de las postrimerías.—Dificultad que sintió Lucifer en vencer á los que profesasen la fe de Cristo.—Especiales trazas que fraguó contra ellos.—En qué medio puso la confianza de vencer los cristianos.—Duróles á los demonios esta conferencia un año.—Muestra el estado del mundo cuán poderosas han sido con los hombres estas trazas de los demonios.—Lastimoso descuido de los hombres en los peligros de tan irreparables daños.—El total conocimiento del triunfo que alcanzó Cristo en la cruz de los demonios, se reserva para el cielo.—Indignacion del demonio contra la discípula por haber escrito este capítulo, descubriendo su vencimiento y trazas.—Admiracion de que habiendo sido tan grande la debilitacion de los demonios por la muerte de Cristo, estén tan poderosos.—Terror que cobraron los demonios de tentar á los hombres con el conocimiento de las obras de Cristo.—Duró por muchos años en la primitiva Iglesia, y por qué.—Causa de la invencible fortaleza de los fieles de la Iglesia primitiva.—Por qué no se atrevian á estar en su presencia los demonios.—Lo mismo sucederia ahora, si todos los católicos siguieran el camino de la cruz de Cristo imitándole.—Medios por donde se han vuelto á sujetar los cristianos á sus enemigos.—Infelicísimo estado que tiene el mundo.—Muchos católicos ni lo acaban de conocer, ni cuidan del remedio.—Medio de evadir la infelicidad del siglo en que vivimos.—Huyen los demonios de los que con agradecimiento meditan la pasion de Cristo.

1412. Los ocultos y venerables misterios de este capítulo corresponden á otros muchos que en todo el discurso de esta Historia he tratado ó insinuado. Uno de ellos es, que Lucifer y sus demonios en el discurso de la vida ó milagros de nuestro Salvador nunca pudieron acabar de conocer con firmeza infalible que su Majestad era Dios verdadero y Redentor del mundo, y por consiguiente tampoco conocian la dignidad de María santísima. Así lo dispuso la providencia de la divina Sabiduría, para que mas convenientemente se ejecutase todo el misterio de la Encarnacion y Redencion del linaje humano. Y para esto, aunque Lucifer sabia que Dios tomaria carne humana, ignoraba el modo y circunstancias de la Encarnacion; y como de ellas le consintieron hiciese el juicio conforme su soberbia, por eso anduvo tan alucinado; ya afirmando que Cristo era Dios, por los milagros que hacia, ya negándolo, porque le veia pobre, humillado, afligido y fatigado. Deslumbrándose el dragon con esta variedad de luces, perseveraba en la duda y en las pruebas ó inquisicion hasta la hora determinada de la cruz, donde con el conocimiento de los misterios de Cristo habia de quedar juntamente desengañado y vencido, en virtud de la pasion y muerte que á su humanidad santísima le habia procurado.

1413. Ejecutóse este triunfo de Cristo nuestro Salvador con modo tan alto y admirable, que yo me hallo insuficiente y tarda para explicarlo; porque fue espiritual y oculto á los sentidos, con que se ha de declarar. Para decirlo y entenderlo, quisiera yo que nos habláramos y noticiáramos unos á otros, como hacen los Ángeles con aquella simple locucion y vista con que se entienden, que tal como esta es necesaria para manifestar y penetrar esta gran maravilla de la omnipotencia divina. Yo diré lo que pudiere, y la inteligencia será con la ilustracion de la fe, mas que significaren mis palabras.

1414. En el capítulo precedente queda dicho [1] como Lucifer con sus demonios intentaron desviarse de Cristo nuestro Salvador y arrojarse al infierno, luego que su Majestad recibió la cruz sobre sus sagrados hombros; porque en aquel punto sintieron contra sí el poder divino, que con mayor fuerza los comenzaba á oprimir. Con este nuevo tormento reconocieron (permitiéndolo así el Señor) que les amenazaba gran ruina con la muerte de aquel Hombre inocente que ellos habian maquinado, y que no era puro hombre. Y deseaban retirarse, y no asistir mas á los judíos y ministros de justicia, como lo habian hecho hasta aquella hora. Mas el poder divino los detuvo y encadenó como á dragones ferocísimos, compeliéndoles, por medio del imperio de María santísima, para que no huyesen, sino que fuesen siguiendo á Cristo hasta el Calvario. El extremo de esta cadena se dió á la gran Reina, para que con las virtudes de su Hijo santísimo los sujetase y argollase. Y aunque muchas veces forcejaban intentando la fuga, y despedazándose de furor, no pudieron vencer la fuerza con que la divina Señora los detenia, y obligaba á llegar al Calvario y rodearse á la cruz, donde les mandó estuviesen inmóviles hasta el fin de tan altos misterios como allí se obraban, de remedio para los hombres, y ruina para los demonios.

1415. Con este imperio estuvo Lucifer con sus cuadrillas infernales tan oprimidos de la pena y tormento que sentian con la presencia de Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, y de lo que les amenazaba, que les fuera alivio arrojarse en las tinieblas del infierno. Y como no les era permitido, se pegaban y revolcaban unos con otros como un hormiguero alterado, y como sabandijas que temerosas se procuran esconder en algun abrigo, aunque el furor rabioso que padecian no era de animales, sino de demonios mas crueles que dragones. Allí se vió de todo punto humillado el soberbio orgullo de Lucifer, y desvanecidos sus pensamientos altivos de levan-

[1] Supr. n. 1364.

tar su silla sobre las estrellas del cielo [1], y beberse las aguas puras del Jordan [2]. ¡Qué desvalido y debilitado estaba el que en tantas ocasiones presumió trasegar á todo el orbe! ¡qué abatido y confuso el que á tantas almas ha engañado con promesas falsas ó amenazas! ¡qué turbado estaba el infeliz Aman á la vista del patíbulo donde procuró poner á su enemigo Mardoqueo [3]! ¡qué ignominia recibió cuando vió á la verdadera Esther [4] María santísima, que pedia el rescate de su pueblo, y al traidor le derribasen de su antigua grandeza, y castigasen con la pena de su gran soberbia! Allí le oprimió y degolló nuestra invencible Judith [5]. Allí le quebrantó su altiva cerviz. Desde hoy conoceré (ó Lucifer) que tu soberbia y arrogancia es mas que tus fuerzas [6]. En vez de resplandores te visten ya gusanos [7]. Ya tu cadáver le consume y rodea la carcoma. Tú, que herias á las gentes, estás herido mas que todas, atado y oprimido. Ya no temeré tus fingidas amenazas: no escucharé tus dolos; porque te veo rendido, debilitado y sin poder alguno.

1416. Ya era tiempo de que esta antigua serpiente fuese vencida por el Maestro de la vida. Y porque habia de ser con el desengaño, y no le habia de valer á este venenoso áspid taparse los oidos [8] al encantador, comenzó el Señor á hablar en la cruz las siete palabras, dando permiso á Lucifer y sus demonios, para que oyéndolas entendiesen los misterios que encerraban; porque con esta inteligencia queria su Majestad triunfar de ellos, del pecado y de la muerte, y despojarlos de la tiranía con que tenian sujeto á todo el linaje humano. Pronunció su Majestad la primera palabra [9]: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen*. En estas razones conocieron los príncipes de las tinieblas con certeza que Cristo nuestro Señor hablaba con el eterno Padre, y que era su Hijo natural, y verdadero Dios con él y con el Espíritu Santo y divino; y que en su humanidad santísima de perfecto hombre unida á la divinidad admitia la muerte de su propia voluntad para redimir á todo el linaje humano, y que por sus merecimientos de infinito valor ofrecia el perdon general de todos los pecados á los hijos de Adan que se valieran de su redencion, y la aplicaran para su remedio, sin exceptuar á los mismos reos que le crucificaban. De este desengaño concibieron tanta ira y despecho Lucifer y sus demonios, que al punto se quisieron lanzar impetuosa-

[1] Isai. XIV, 13. — [2] Job, XL, 18. — [3] Esther, VII, 9.
[4] Ibid. à v. 3. — [5] Judith, XIII, 10. — [6] Isai. XVI, 6.
[7] Ibid. XIV, 11. — [8] Psalm. LVII, 5.
[9] Luc. XXIII, 34.

mente en el profundo del infierno, y forcejaban con todas sus fuerzas para hacerlo; pero la poderosa Reina los detenia.

1417. En la segunda palabra que habló el Señor con el dichoso Ladron [1]: *De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso*, entendieron los demonios el fruto de la redencion en la justificacion de los pecadores, y el fin último en la glorificacion de los justos, y que desde aquella ahora comenzaban á obrar con nueva fuerza y virtud los merecimientos de Cristo, y que con ellos se abrian las puertas del paraíso que con el primer pecado se cerraron, y que desde entonces entrarian los hombres á gozar la felicidad eterna, y ocupar las sillas del cielo que para ellos estaban imposibilitadas. Conocieron en esto la potestad de Cristo Señor nuestro para llamar á los pecadores, justificarlos y glorificarlos, y los triunfos que en su vida santísima habia conseguido de todos ellos con las virtudes eminentísimas que habia ejercitado de humildad, paciencia, mansedumbre, y todas las demás. La confusion y tormento de Lucifer, cuando conoció esta verdad, no se puede explicar con lengua humana; pero fue tal, que humilló su soberbia á pedir á nuestra reina María santísima les permitiese bajar al infierno, y los arrojase de su presencia; mas no lo consintió la gran Reina, porque aun no era tiempo.

1418. Con la tercera palabra que habló Jesús dulcísimo con su Madre [2]: *Mujer, ves ahí á tu hijo*, conocieron los demonios que aquella divina Mujer era Madre verdadera de Dios humanado; y la misma que se les habia manifestado en el cielo en imágen y señal cuando fueron criados, y la que les quebrantaria la cabeza [3], como el Señor se lo habia dicho en el paraíso terrenal. Conocieron la dignidad y excelencia de esta gran Señora sobre todas las criaturas, y la potestad que contra ellos tenia, como lo estaban experimentando. Y como desde el principio del mundo, cuando fue criada la primera mujer, todos los demonios habian buscado con su astucia quién seria aquella gran Mujer señalada en el cielo, y en esta ocasion conocieron que hasta entonces la habian perdido de vista sin conocerla; fue inexplicable el furor de estos dragones, porque este desengaño desatinó su arrogancia sobre todo lo que les atormentaba, y se enfurecian contra sí mismos como unos leones sangrientos, y contra la divina Señora renovaron su indignacion aunque sin provecho. Á mas de esto conocieron que san Juan era señalado por Cristo nuestro Salvador como Ángel de guarda de su Madre, con la potestad de sasacerdote. Y esto conocieron como amenaza contra la indignacion

1 Luc. XXIII, 42. — 2 Joan. XIX, 26. — 3 Genes. III, 15.

que tenian con la gran Señora, y tambien lo entendió san Juan. Y no solo conoció Lucifer la potestad del Evangelista contra los demonios, sino tambien la que se les daba á todos los sacerdotes por su dignidad y participacion de la misma de nuestro Redentor, y que los demás justos (aunque no fuesen sacerdotes) estarian debajo de una especial proteccion de el Señor, y serian poderosos contra el infierno. Todo esto debilitaba las fuerzas de Lucifer y sus demonios.

1419. La cuarta palabra de Cristo nuestro Salvador fue con el eterno Padre, diciendo [1]: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?* Conocieron en ella los malignos espíritus que la caridad de Cristo con todos los hombres era inmensa y sin término; y que misteriosamente para satisfacerla se le habia suspendido á su humanidad santísima el influjo de la Divinidad, para que con el sumo rigor de la pasion fuese la redencion copiosísima, y que sentia, y se querellaba amorosamente de que no fuesen salvos todos los hombres, de quien se hallaba desamparado, y con ánimo de padecer mas, si el eterno Padre lo ordenara. Esta felicidad de los hombres de ser tan amados del mismo Dios aumentó la envidia de Lucifer y sus ministros, y sintieron todos la omnipotencia divina para ejecutar con los hombres aquella infinita caridad sin limitacion. Esta noticia quebrantó el orgullo y malignidad de los enemigos, reconociéndose flacos y débiles para oponerse á ella con eficacia, si los hombres no la querian malograr.

1420. La quinta palabra que habló Cristo [2]: *Sed tengo*, adelantó mas el triunfo contra el demonio y sus secuaces; y se enfurecieron en rabia y despecho, porque la encaminó su Majestad mas claramente contra ellos. Y entendieron que les decia: Si os parece mucho lo que por los hombres padezco, y el amor que les tengo, quiero entendais que siempre mi caridad queda sedienta, y anhelando por su eterna salud, y no la han extinguido [3] las muchas aguas de mis tormentos y dolores de mi pasion: muchos mas padeciera por ellos, si fuera necesario, para redimirlos de vuestra tiranía, y hacerlos poderosos y fuertes contra vuestra malicia y soberbia.

1421. En la sexta palabra del Señor [4]: *Consummatum est*, acabaron de conocer Lucifer y sus demonios el misterio de la Encarnacion y redencion humana, ya concluida con el órden de la sabiduría divina en todo su cumplimiento y perfeccion. Porque se les manifestó como Cristo nuestro Redentor habia cumplido con la obe-

[1] Matth. XXVII, 46. — [2] Joan. XIX, 28. — [3] Cant. VIII, 7.
[4] Joan. XIX, 30.

diencia del Padre eterno; y como habia llenado las promesas y profecías hechas al mundo de los antiguos Padres; y que la humildad y obediencia de nuestro Redentor habia recompensado su soberbia, y la inobediencia que tuvieron en el cielo, no queriendo sujetarse y reconocerle por superior en la carne humana; y que por esto, con suma sabiduría y equidad eran humillados y vencidos por aquel mismo Señor que ellos despreciaron. Y como á la dignidad grande y méritos infinitos de Cristo era consiguiente que en aquella hora ejecutase el oficio y potestad de juez de los Ángeles y de los hombres, como el eterno Padre se lo habia cometido [1]; usando de su virtud, y como intimando la sentencia á Lucifer en la misma ejecucion le mandó á él y á todos los demonios, que como condenados al fuego eterno, bajasen luego todos á lo mas profundo de aquellos calabozos infernales. Y luego á un mismo tiempo pronunció la séptima palabra [2]: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Concurrió la poderosa Reina y Madre de Jesús con la voluntad de su Hijo santísimo, y mandó tambien á Lucifer y sus aliados que al punto descendiesen al profundo. Á la fuerza de este imperio de el supremo Rey y de la Reina, salieron los espíritus malignos del monte Calvario, y fueron precipitados hasta lo mas ínfimo del infierno con mayor violencia y presteza que sale el rayo despedido de las nubes.

1422. Cristo nuestro Salvador, como vitorioso triunfador, rendido ya el mayor enemigo, para entregar su espíritu al Padre, dió licencia á la muerte para que llegase, inclinando la cabeza [3], venciendo tambien á la misma muerte con este consentimiento, en que tambien se halló engañada la misma muerte como el demonio. La razon de esto es, porque la muerte no pudiera herir á los hombres, ni tener jurisdicion sobre ellos, si no es por el primer pecado, á quien se le intimó este castigo; y por eso dijo el Apóstol que las armas ó estímulo de la muerte es el pecado, que abrió la herida por donde entró ella en el mundo del linaje humano [4]; y como nuestro Salvador pagó la deuda del pecado que no pudo cometer, por esto cuando la muerte le quitó la vida, sin tener derecho contra su Majestad, perdió el que tenia contra los demás hijos de Adan [5], para que desde entonces ni la muerte ni el demonio pudiese ofenderlos como antes, si los mismos hombres, valiéndose de la vitoria de Cristo, no se les volviesen á sujetar de su propia voluntad. Si nuestro primer padre Adan no pecara, y no hubiéramos pecado todos en él, no hu-

[1] Joan. v, 22. — [2] Luc. xxiii, 46. — [3] Joan. xix, 30. — [4] Rom. v, 12.
[5] I Cor. xv, 55.

biera pena de muerte, sinó un tránsito de aquel feliz estado al felicísimo de la eterna patria. Pero el pecado nos hizo súbditos de la muerte y esclavos del demonio, que nos la procuró, para que valiéndose de ella nos privase del tránsito á la vida eterna, y primero de la gracia, dones y amistad de Dios; y quedamos en servidumbre del pecado y del demonio [1], y sujetos á su tirano y inícuo imperio. Todas estas obras del demonio disolvió Cristo nuestro Señor; y muriendo sin culpa, y satisfaciendo por las nuestras, hizo que la muerte *solo* fuese corporal, y no de la alma; que nos quitase la vida corporal, y no la eterna; la natural, y no la espiritual; antes bien fuese puerta para pasar á la última felicidad, si nosotros no queremos perderla. Así cumplió su Majestad la pena y el castigo del primer pecado, disponiendo tambien que con la muerte corporal y natural, admitida por su amor, fuese la recompensa que de nuestra parte podíamos ofrecer. Desta manera absorbió Cristo nuestro Señor la muerte [2], y la suya fue el bocado con que la engañó [3], y con su muerte santísima la quitó las fuerzas y la vida, y la dejó vencida y muerta.

1423. Cumplióse en este triunfo de nuestro Salvador la profecía de Habacuc en su cántico y oracion; de que solo tomaré las palabras que bastan para mi intento. Conoció el Profeta este misterio y el poder de Cristo contra la muerte y el demonio. Y con temor santo pidió al Señor que vivificase su obra, que es el hombre, y profetizó que lo haria; y cuando mas indignado se acordaria de su misericordia [4]; que la gloria de esta maravilla llenaria los cielos, y su alabanza á la tierra; su resplandor seria como la luz; y en sus manos tendria los cuernos, que son los brazos de la cruz, y que en ella estaba su fortaleza escondida; que la muerte iria delante de su cara como cautiva y vencida; que delante de sus piés saldria el demonio y mediria la tierra. Todo se ejecutó á la letra; porque Lucifer salió como hollado, y quebrantada su cabeza de los piés de Cristo y de su Madre santísima, que en el Calvario le conculcaron y pisaron con su pasion y poder. Y porque bajó hasta el centro de la tierra (que es lo ínfimo del infierno y lo mas léjos de la superficie), por esto dije que midió la tierra. Todo lo demás del cántico pertenece al triunfo de Cristo Señor nuestro en el suceso de la Iglesia hasta el fin, y no es necesario repetirlo ahora. Pero lo que es justo que todos los hombres entendamos es, que Lucifer y sus demonios quedaron con la muerte de Cristo nuestro Salvador atados, quebrantados y debilita-

[1] I Joan. III, 8. — [2] I Cor. XV, 54. — [3] Osee, XIII, 14.
[4] Habac. III, 2, 3, 4, 5.

dos para tentar á las criaturas racionales, si ellas con sus culpas y por su voluntad no le hubieran desatado, y alentado su soberbia para volver con nuevos brios á perder el mundo. Todo se conocerá mejor del conciliábulo que hizo en el infierno, y de lo que diré en lo restante de esta Historia.

Conciliábulo que hizo Lucifer con sus demonios en el infierno, despues de la muerte de Cristo nuestro Señor.

1424. La caida de Lucifer con sus demonios desde el monte Calvario al profundo del infierno, fue mas turbulenta y furiosa que cuando fue arrojado del cielo. Y aunque siempre aquel lugar es tierra tenebrosa y cubierta de las sombras de la muerte, de caliginosa confusion, de miserias, tormentos y desórden, como dice el santo Job [1]: pero en esta ocasion fue mayor su infelicidad y turbacion; porque los condenados recibieron nuevo horror y accidental pena con la ferocidad y encuentros que bajaron los demonios, y el despecho que rabiosos manifestaban. Cierto es que no tienen potestad en el infierno para poner las almas á su voluntad en lugares de mayor ó menor tormento; porque esto lo dispensa el poder de la divina justicia, segun los deméritos de cada uno de los condenados, porque con esta medida sean atormentados. Pero, á mas de la pena esencial, dispone el justo Juez que puedan sucesivamente padecer otras penas accidentales en algunas ocasiones; porque sus pecados dejaron en el mundo raíces y muchos daños para otros que por su causa se condenan, y el nuevo efecto de sus pecados no retratados les causa estas penas. Atormentaron los demonios á Judas con nuevas penas, por haber vendido y procurado la muerte á Cristo. Y conocieron entonces que aquel lugar de tan formidables penas, donde le habian puesto (de que hablé arriba [2]), era destinado para castigo de los que se condenasen con fe y sin obras, y los que despreciasen de intento el culto desta virtud y el fruto de la redencion humana. Y contra estos manifiestan los demonios mayor indignacion, como la concibieron contra Jesús y María.

1425. Luego que Lucifer tuvo permiso para esto y para levantarse del aterramiento en que estuvo algun tiempo, procuró intimar á los demonios su nueva soberbia contra el Señor. Para esto los convocó á todos, y puesto en lugar eminente les habló, y dijo: Á vosotros, que por tantos siglos habeis seguido y seguiréis mi justa par-

[1] Job, x, 21. — [2] Supr. n. 1249.

cialidad en venganza de mis agravios, es notorio el que ahora he recibido de este nuevo Hombre y Dios, y como por espacio de treinta y tres años me ha traido engañado, ocultándome el ser divino que tenia, y encubriendo las operaciones de su alma, y alcanzando de nosotros el triunfo que ha ganado con la misma muerte que para destruirle le procuramos. Antes que tomara carne humana le aborrecí, y no me sujeté á reconocerle por mas digno que yo de que todos le adorasen como superior. Y aunque por esta resistencia fuí derribado del cielo con vosotros, y convertido en la fealdad que tengo, indigna de mi grandeza y hermosura; pero mas que todo esto me atormenta hallarme tan vencido y oprimido de este Hombre y de su Madre. Desde el dia que fue criado el primer hombre los he buscado con desvelo para destruirlos; y si no á ellos, á todas sus hechuras, y que ninguna le admitiese por su Dios ni le siguiese, y que sus obras no resultasen en beneficio de los hombres. Estos han sido mis deseos, estos mis cuidados y conatos; pero en vano, pues me venció con su humildad y pobreza, me quebrantó con su paciencia, y al fin me derribó del imperio que tenia en el mundo con su pasion y afrentosa muerte. Esto me atormenta de manera, que si á él le derribara de la diestra de su Padre, donde ya estará triunfante, y á todos sus redimidos los trajera á estos infiernos, aun no quedara mi enojo satisfecho, ni se aplacara mi furor.

1426. ¡Es posible que la naturaleza humana, tan inferior á la mia, ha de ser tan levantada sobre todas las criaturas! Que ha de ser tan amada y favorecida de su Criador que la juntase á sí mismo en la persona del Verbo eterno! Que antes de ejecutarse esta obra me hiciese guerra, y despues me quebrantase con tanta confusion mia! Siempre la tuve por enemiga cruel; siempre me fue aborrecible y intolerable. ¡Oh hombres tan favorecidos y regalados del Dios que yo aborrezco, y amados de su ardiente caridad! ¿Cómo impediré vuestra dicha? ¿cómo os haré infelices cual yo soy, pues no puedo aniquilar al mismo ser que recibísteis? ¿Qué harémos ahora, ó vasallos mios? ¿cómo restaurarémos nuestro imperio? ¿cómo cobrarémos fuerzas contra el hombre? ¿cómo podrémos ya vencerle? Porque si de hoy mas no son los mortales insensibles y ingratísimos, si no son peores que nosotros contra este Hombre y Dios que con tanto amor los ha redimido, claro está que todos le seguirán á porfía; todos le darán el corazon y abrazarán su suave ley; ninguno admitirá nuestros engaños; aborrecerán las honras que falsamente les ofrecemos, y amarán el desprecio; querrán la mortificacion de su carne,

y conocerán el peligro de los deleites; dejarán los tesoros y riquezas, y amarán la pobreza que tanto honró su Maestro; y á todo cuanto nosotros pretendamos aficionar sus apetitos, les será aborrecible por imitar á su verdadero Redentor. Con esto se destruye nuestro reino, pues nadie vendrá con nosotros á este lugar de confusion y tormentos; y todos alcanzarán la felicidad que nosotros perdimos; todos se humillarán hasta el polvo, y padecerán con paciencia, y no se logrará mi indignacion y soberbia.

1427. ¡Oh infeliz de mí, y qué tormento me causa mi propio engaño! Si le tenté en el desierto [1], fue darle ocasion para que con aquella vitoria dejase ejemplo á los hombres, y que en el mundo le hubiese tan eficaz para vencerme. Si le perseguí, fue ocasionar la enseñanza de su humildad y paciencia. Si persuadí á Judas que le vendiese, y á los judíos que con mortal odio le atormentasen y pusiesen en la cruz, con estas diligencias solicité mi ruina, y el remedio de los hombres, y que en el mundo quedase aquella doctrina que yo pretendí extinguir. ¿Cómo se pudo humillar tanto el que era Dios? ¿Como sufrió tanto de los hombres, siendo tan malos? ¿Cómo yo mismo ayudé tanto para que la redencion humana fuese tan copiosa y admirable? ¡Oh qué fuerza tan divina la de este Hombre, que así me atormenta y debilita? Aquella mi enemiga, Madre suya, ¿cómo es tan invencible y poderosa contra mí? Nueva es en pura criatura tal potencia, y sin duda la participa del Verbo eterno, á quien vistió de carne. Siempre me hizo grande guerra el Todopoderoso por medio de esta Mujer tan aborrecible á mi altivez, desde que la conocí en su señal ó idea. Pero si no se aplaca mi soberbia indignacion, no me despido de hacer perpétua guerra á este Redentor, á su Madre y á los hombres. Ea, demonios de mi séquito, ahora es el tiempo de ejecutar la ira contra Dios. Llegad todos á conferir conmigo por qué medios lo harémos, que deseo en esto vuestro parecer.

1428. Á esta formidable propuesta de Lucifer respondieron algunos demonios de los mas superiores, animándole con diversos arbitrios que fabricaron para impedir el fruto de la redencion en los hombres. Convinieron todos en que no era posible ofender á la persona de Cristo, ni menguar el valor inmenso de sus merecimientos, ni destruir la eficacia de los Sacramentos, ni falsificar ni revocar la doctrina que Cristo habia predicado; mas que no obstante todo esto convenia que, conforme á las nuevas causas, medios y favores que Dios habia ordenado para el remedio de los hombres, se inventasen

[1] Matth. IV, 1.

allí nuevos modos de impedirlos, pervirtiéndolos con mayores tentaciones y falacias. Para esto algunos demonios de mayor astucia y malicia dijeron: Verdad es que los hombres tienen ya nueva doctrina y ley muy poderosa, tienen nuevos y eficaces Sacramentos, nuevo ejemplar y maestro de las virtudes, y poderosa intercesora y abogada en esta nueva Mujer; pero las inclinaciones y pasiones de su carne y naturaleza siempre son unas mismas, y las cosas deleitables y sensibles no se han mudado. Por este medio, añadiendo nueva astucia, desharémos, en cuanto es de nuestra parte, lo que este Dios y Hombre ha obrado por ellos; y les harémos poderosa guerra procurando atraerlos con sugestiones, irritando sus pasiones, para que con grande ímpetu las sigan, sin atender á otra cosa; y la condicion humana, tan limitada, embarazada en un objeto, no puede atender al contrario.

1429. Con este arbitrio comenzaron de nuevo á repartir oficios entre los demonios, para que con nueva astucia se encargasen como por cuadrillas de diferentes vicios en que tentar á los hombres. Determinaron que se procurase conservar en el mundo la idolatría, para que los hombres no llegasen al conocimiento del verdadero Dios ni de la redencion humana. Si esta idolatría faltaba, arbitraron se inventasen nuevas sectas y herejías en el mundo; y que para todo esto buscasen los hombres mas perversos y de inclinaciones depravadas que primero las admitiesen, y fuesen maestros y cabezas de los errores. Y allí fueron fraguadas en el pecho de aquellas venenosas serpientes la secta de Mahoma, las herejías de Arrio, de Pelagio, de Nestorio, y cuantas se han conocido en el mundo, desde la primitiva Iglesia hasta ahora, y otras que tienen maquinadas, que ni es necesario ni conveniente referirlas. Este infernal arbitrio aprobó Lucifer, porque se oponia á la divina verdad, y destruia el fundamento de la salud humana, que consiste en la fe divina. Á los demonios, que lo intentaron y se encargaron de buscar hombres impíos para introducir estos errores, los alabó y acarició, y los puso á su lado.

1430. Otros demonios tomaron por su cuenta pervertir las inclinaciones de los niños, observando las de su generacion y nacimiento. Otros de hacer negligentes á sus padres en la educacion y doctrina de los hijos, ó por demasiado amor, ó aborrecimiento, y que los hijos aborreciesen á sus padres. Otros se ofrecieron á poner odio entre los maridos y mujeres, y facilitarles los adulterios, y despreciar la justicia y fidelidad que se deben. Todos convinieron en que sembrarian entre los hombres rencillas, odios, discordias y vengan-

zas, y para esto los moviesen con sugestiones falsas, con inclinaciones soberbias y sensuales, con avaricia y deseo de honras y dignidades, y les propusiesen razones aparentes contra todas las virtudes que Cristo habia enseñado; y sobre todo divirtiesen á los mortales de la memoria de su pasion y muerte, y del remedio de la redencion, de las penas del infierno y de su eternidad. Y por estos medios les pareció á todos los demonios que los hombres ocuparian sus potencias y cuidados en las cosas deleitables y sensibles, y no les quedaria atencion ni consideracion de las espirituales, ni de su propia salvacion.

1431. Oyó Lucifer estos y otros arbitrios de los demonios, y respondiendo dijo: Con vuestros pareceres quedo muy obligado, todos los admito y apruebo, y todo será fácil de alcanzar con los que no profesaren la ley que este Redentor ha dado á los hombres. Pero en los que la admitan y abracen, dificultosa empresa será. Mas en ella y contra estos pretendo estrenar mi saña y furor, y perseguir acerbísimamente á los que oyeren la doctrina de este Redentor y le siguieren; y contra ellos ha de ser nuestra guerra sangrienta hasta el fin del mundo. En esta nueva Iglesia he de procurar sobresembrar mi zizaña [1], las ambiciones, la codicia, la sensualidad y los mortales odios, con todos los vicios de que soy cabeza. Porque si una vez se multiplican y crecen los pecados entre los fieles, con estas injurias y su pesada ingratitud irritarán á Dios para que les niegue con justicia los auxilios de la gracia que les deja su Redentor tan merecidos; y si con sus pecados se privan de este camino de su remedio, segura tendrémos la vitoria contra ellos. Tambien es necesario trabajemos en quitarles la piedad, y todo lo que es espiritual y divino; que no entiendan la virtud de los Sacramentos, ó que los reciban en pecado, y cuando no le tengan, que sea sin fervor ni devocion; que como estos beneficios son espirituales, es menester admitirlos con afecto de voluntad, para que tenga mas fruto quien los usare. Y si una vez llegaren á despreciar la medicina, tarde recuperarán la salud, y resistirán menos á nuestras tentaciones; no conocerán nuestros engaños, olvidarán los beneficios, no estimarán la memoria de su propio Redentor, ni la intercesion de su Madre; y esta feísima ingratitud los hará indignos de la gracia, y irritado su Dios y Salvador se la niegue. En esto quiero que todos me ayudeis con grande esfuerzo, no perdiendo tiempo ni ocasion de ejecutar lo que os mando.

[1] Matth. XIII, 25.

1432. No es posible referir los arbitrios que maquinó el dragon con sus aliados en esta ocasion contra la santa Iglesia y sus hijos, para que estas aguas del Jordan entrasen en su boca [1]. Basta decir que les duró esta conferencia cási un año entero despues de la muerte de Cristo, y considerar el estado que ha tenido el mundo y el que tiene despues de haber crucificado á Cristo nuestro bien y maestro, y haber manifestado su Majestad la verdad de su fe con tantas luces de milagros, beneficios y ejemplos de varones santos. Y si todo esto no basta para reducir á los mortales al camino de la salud, bien se deja entender cuánto ha podido Lucifer con ellos, y que su ira es tan grande, que podemos decir con san Juan [2]: ¡Ay de la tierra, que baja á vosotros Satanás lleno de indignacion y furor! Mas ¡ay dolor, que verdades tan infalibles como estas y tan importantes para conocer nuestro peligro, y excusarle con todas nuestras fuerzas, estén hoy tan borradas de la memoria de los mortales con tan irreparables daños del mundo! El enemigo astuto, cruel y vigilante; ¡nosotros dormidos, descuidados y flacos! ¿Qué maravilla es que Lucifer se haya apoderado tanto del mundo, si muchos le oyen, le admiten y siguen sus engaños, y pocos le resisten, porque se olvidan de la eterna muerte que con implacable indignacion y malicia les procura? Pido yo á los que esto leyeren, no quieran olvidar tan formidable peligro. Y si no le conocen por el estado del mundo y sus desdichas, y por los daños que cada uno experimenta en sí mismo, conózcanlo á lo menos por la medicina y remedios tantos y tan poderosos, que dejó en la Iglesia nuestro Salvador y Maestro, pues no aplicara tan abundante antídoto, si nuestra dolencia y peligro de morir eternamente no fuera tan grande y formidable.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

1433. Hija mia, gran inteligencia has recibido con la divina luz del glorioso triunfo que mi Hijo y mi Señor alcanzó en la cruz, de los demonios, y de la opresion con que los dejó vencidos y rendidos. Pero debes entender que ignoras mucho mas de lo que has conocido de misterios tan inefables; porque viviendo en carne mortal, no tiene disposicion la criatura para penetrarlos como ellos son en sí mismos, y la divina Providencia reserva su total conocimiento para premio de los Santos del cielo, y á su vista beatífica, donde se alcanzan estos misterios con perfecta penetracion, y tambien para confu-

[1] Job, XL, 18. — [2] Apoc. XII, 12.

sion de los réprobos en el grado que lo conocerán al fin de su carrera. Pero basta lo que has entendido para quedar enseñada del peligro de la vida mortal, y alentada con la esperanza de vencer á tus enemigos. Quiero tambien adviertas mucho la nueva indignacion que contra tí ha concebido el dragon por lo que dejas escrito en este capítulo. Siempre la ha tenido, y procurado impedirte para que no escribieras mi Vida; y tú lo has conocido en todo su discurso. Mas ahora se ha irritado su soberbia de nuevo, por lo que has manifestado la humillacion, quebranto y ruina que recibió en la muerte de mi Hijo santísimo, el estado en que le dejó, y los arbitrios que fabricó con sus demonios para vengar su caida en los hijos de Adan, y mas en los de la santa Iglesia. Todo esto le ha turbado y alterado de nuevo, por ver que se manifiesta á los que lo ignoraban. Y tú sentirás esta indignacion en los trabajos que moverá contra tí, con varias tentaciones y persecuciones, que ya has comenzado á reconocer, y á experimentar la saña y crueldad de este enemigo; y te aviso para que estés muy advertida.

1434. Admiracion te causa, y con razon, haber conocido por una parte el poder de los merecimientos de mi Hijo y redencion humana, la ruina y debilitacion que causó en los demonios; y por otra parte verlos tan poderosos, y señoreando al mundo con formidable osadía. Y aunque á esta admiracion te responde la luz que se te ha dado en lo que dejas escrito, quiero añadirte mas, para que tu cuidado sea mayor contra enemigos tan llenos de malicia. Cierto es que cuando conocieron el sacramento de la encarnacion y redencion, y que mi Hijo santísimo habia nacido tan pobre, humilde y despreciado; su vida, milagros, pasion y muerte misteriosa, y todo lo demás que obró en el mundo para traer á sí á los hombres, quedó Lucifer y sus demonios debilitados, y sin fuerzas para tentar á los fieles, como solian á los demás, y como siempre deseaban. En la primitiva Iglesia perseveró muchos años este terror de los demonios y el temor que tenian á los bautizados y seguidores de Cristo nuestro Señor; porque resplandecia en ellos la virtud divina por medio de la imitacion y fervor con que profesaban su santa fe, seguian la doctrina del Evangelio, ejecutaban las virtudes con heróicos y ferventísimos actos de amor, de humildad, paciencia y desprecio de las vanidades y engaños aparentes del mundo; y muchos derramaban su sangre, daban la vida por Cristo nuestro Señor, y hacian obras excelentes y admirables por la exaltacion de su santo nombre. Esta invencible fortaleza les redundaba de estar tan inmediatos á la pasion y muerte

de su Redentor, y tener mas presente el prodigioso ejemplar de su grandiosa paciencia y humildad; y por ser menos tentados de los demonios, que no pudieron levantarse del pesado aterramiento en que los dejó el triunfo del divino Crucificado.

1435. Esta imágen viva y imitacion de Cristo, que reconocian los demonios en aquellos primeros hijos de la Iglesia, temian de manera, que no se atrevian á llegar á ellos, y luego huian de su presencia, como sucedia con los Apóstoles y los demás justos que gozaron de la doctrina de mi Hijo santísimo. Ofrecian al Altísimo en su perfectísimo obrar las primicias de la gracia y redencion. Y lo mismo sucediera hasta ahora (como se ve y experimenta en los perfectos y santos), si todos los católicos admitieran la gracia, obraran con ella, no la tuvieran vacía, y siguieran el camino de la cruz, como el mismo Lucifer lo temió, y lo dejas escrito. Pero luego con el tiempo se comenzó á resfriar la caridad, el fervor y devocion en muchos fieles, y fueron olvidando el beneficio de la redencion; admitieron las inclinaciones y deseos carnales; amaron la vanidad y la codicia, y se han dejado engañar y fascinar de las fabulaciones falsas de Lucifer, con que han escurecido la gloria del Señor, y se han entregado á sus mortales enemigos. Con esta fea ingratitud ha llegado el mundo al infelicísimo estado que tiene, y los demonios han levantado su soberbia contra Dios, presumiendo apoderarse de todos los hijos de Adan, por el olvido y descuido de los católicos. Y llega su osadía á intentar la destruicion de toda la Iglesia, pervirtiendo á tantos que la nieguen; y á los que están en ella, que la desestimen, ó que no se aprovechen del precio de la sangre y muerte de su Redentor. Y la mayor calamidad es, que no acaban de conocer este daño muchos católicos, ni cuidan del remedio, aunque pueden presumir han llegado á los tiempos que mi Hijo santísimo amenazó cuando habló á las hijas de Jerusalen[1], que serian dichosas las estériles, y muchos pedirian á los montes y collados que los enterrasen y cayesen sobre ellos, para no ver el incendio de tan feas culpas como van talando á los hijos de perdicion, como maderos secos, sin fruto y sin alguna virtud. En este mal siglo vives, ó hija mia; y para que no te comprehenda la perdicion de tantas almas, llórala con amargura de corazon, y nunca olvides los misterios de la encarnacion, pasion y muerte de mi Hijo santísimo, que quiero los agradezcas tú por muchos que los desprecian. Asegúrote que sola esta memoria y meditacion es de gran terror para el infierno, y ator-

1 Luc. XXIII, 28.

menta y aleja á los demonios, y ellos huyen y se apartan de los que con agradecimiento se acuerdan de la vida y misterios de mi Hijo santísimo.

CAPÍTULO XXIV.

La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo, ya difunto; su descendimiento de la cruz y sepultura, y lo que en estos pasos obró María santísima, hasta que volvió al cenáculo.

Constancia inmóvil con que perseveró María al pié de la cruz, interior y exteriormente.—La mayor afliccion de María era la ingratitud de los hombres.—Consulta á los Ángeles cómo bajaria á su Hijo de la cruz y le daria sepultura.—Respuesta de los Ángeles, que la dieron á entender que aun habia de verter mas sangre el sagrado cuerpo.—Palabra de sumo dolor que dijo á san Juan y las Marías, cuando vió la tropa de soldados que venia al Calvario.—Lanzada que dió Longinos al cuerpo de Cristo.—Sintió María en su pecho el dolor de la lanzada como si recibiera la herida.—Dolor de su alma.—Deprecacion que hizo por Longinos.—Ejemplo raro de dar bien por mal.—Cuán eficaz fue la deprecacion de María en la conversion de Longinos.—Salpicaron algunas gotas de la sangre de Cristo á la cara de Longinor, y recibió vista en cuerpo y alma.—Predicó Longinos á Cristo en presencia de los judíos.—Misterios que conoció María en la lanzada del cuerpo de Cristo.—Recopilólos en un cántico que hizo en alabanza de su Hijo.—Lugar que dió el Señor á la tribulacion de María, no manifestándola el órden de la sepultura de su Hijo difunto.—Oracion de María al Padre por la sepultura de el cuerpo de su Hijo.—Nueva afliccion de María cuando vió la gente que venia al descendimiento.—Calidades de Josef Abarimathia.—Peticion que hizo Josef á Pilatos de el cuerpo de Jesús.—Confesion de Pilatos.—Calidades de Nicodemus.—Prevenciones y compañía con que vinieron Josef y Nicodemus á dar sepultura al cuerpo de Cristo.—Lágrimas y lamentables clamores que derramaron postrados al pié de la cruz y á los de la Madre de Dios.—Invicto ánimo con que los levantó y alentó María.—Hicieron Josef y Nicodemus el descendimiento por sus manos.—Quiso Josef que se apartase María porque no se renovase su dolor.—Respuesta de María á esta proposicion.—Quitaron lo primero la corona, y la pusieron en las manos de María.—Adoracion con que la recibió.—Oró por la reverencia de las santas espinas.—Adoracion de la corona que hicieron los fieles que allí estaban.—Entregaron tambien primero los clavos á María.—Como pusieron el cuerpo de Cristo en los brazos de su Madre.—Afectos de María en este paso.—Adoracion del sagrado cuerpo.—Admirable eminencia de todas las acciones y palabras de la Madre de Dios en este paso.—Uncion del sagrado cuerpo.—Convocó María muchos coros de Ángeles para asistir al entierro.—Procesion del entierro de Cristo.—Su sepultura.—Volvióle á adorar María antes de cubrirle con la lápida.—Al punto que se cerró el sepulcro de Cristo se volvieron á cerrar los que se abrieron en su muerte.—Por mandado de María quedaron muchos Ángeles en guarda del santo sepulcro.—Volvió la procesion con María al Calva-

rio, y adoraron la cruz.—Acompañaron á María hasta la casa del cenáculo.—Malicia con que pidieron los judíos guarda para el sepulcro.—La llaga del costado de Cristo es puerta para que las almas entren á gustar su amor en la fuente de su corazon.—Es habitacion segura y escuela de el amor.—Cuán poderosa es la oracion que se hace perdonando injurias, no solo para el que perdona, sino para el ofensor.—Cuán puntual es la providencia de Dios para quien le llama en las necesidades con verdadera confianza.—Beneficios divinos que alcanzaron Josef y Nicodemus por la obra del entierro de Cristo, y oracion de su Madre.—Providencia divina en las necesidades de los pobres, para que sea remunerado el que las remedia.—Cómo recompensa el Señor los agravios que se reciben con paciencia.

1436. El evangelista san Juan dice [1], que cerca de la cruz estaba María santísima Madre de Jesús, acompañada de María Cleofás y María Magdalena. Y aunque esto lo refiere de antes que espirase nuestro Salvador, se ha de entender que perseveró la invicta Reina despues, estando siempre en pié, arrimada á la cruz, adorando en ella á su difunto Jesús, y á la divinidad que siempre estaba unida al sagrado cuerpo. Estaba la gran Señora constantísima, inmóvil en sus inefables virtudes, entre las olas impetuosas de dolores que entraban hasta lo íntimo de su castísimo corazon; y con su eminente ciencia conferia en su pecho los misterios de la Redencion humana, y la armonía con que la Sabiduría divina disponia todos aquellos sacramentos. La mayor afliccion de la Madre de misericordia era la desleal ingratitud que los hombres con tanto daño propio mostrarian á beneficio tan raro, y digno de eterno agradecimiento. Estaba asimismo cuidadosa cómo daria sepultura al sagrado cuerpo de su Hijo santísimo, quién se le bajaria de la cruz, á donde siempre tenia levantados sus divinos ojos. Con este doloroso cuidado se convirtió á sus santos Ángeles que la asistian, y les dijo: *Ministros del Altísimo, y amigos mios en la tribulacion, vosotros conoceis que no hay dolor como mi dolor; decidme, pues, cómo bajaré de la cruz al que ama mi alma; cómo y dónde le daré honorífica sepultura, que como á Madre me toca este cuidado; decidme qué haré, y ayudadme en esta ocasion con vuestra diligencia.*

1437. Respondiéronla los santos Ángeles: *Reina y Señora nuestra, dilátese vuestro afligido corazon para lo que le resta de padecer. El Señor todopoderoso ha encubierto de los mortales su gloria y su potencia para sujetarse á la impía disposicion de los crueles malignos, y siempre quiere consentir que se cumplan las leyes puestas por los hombres; y una es, que los sentenciados á muerte no se quiten de la cruz*

1 Joan. XIX, 25.

sin licencia del mismo juez. Prestos y poderosos fuéramos nosotros en obedeceros y en defender á nuestro verdadero Dios y Criador; pero su diestra nos detiene, porque su voluntad es justificar en todo su causa, y derramar la parte de sangre que le resta en beneficio de los hombres, para obligarlos mas al retorno de su amor que tan copiosamente los redimió [1]. *Y si de este beneficio no se aprovecharen como deben, será lamentable su castigo, y su severidad será la recompensa de haber caminado Dios con pasos lentos en su venganza.* Esta respuesta de los Ángeles acrecentó el dolor de la afligida Madre; porque no se le habia manifestado que su Hijo santísimo habia de ser herido con la lanzada, y el recelo de lo que sucederia con el sagrado cuerpo la puso en nueva tribulacion y congoja.

1438. Vió luego el tropel de gente armada que venia encaminándose al monte Calvario; y creciendo el temor de algun nuevo oprobrio que harian contra el Redentor difunto, habló con san Juan y las Marías, y dijo: *¡Ay de mí, que llega ya el dolor á lo último, y se divide mi corazon en el pecho! ¿Por ventura no están satisfechos los ministros y judíos de haber muerto á mi Hijo y Señor? ¿Si pretenden ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado cuerpo ya difunto?* Era víspera de la gran fiesta del sábado de los judíos [2], y para celebrarla sin cuidado habian pedido á Pilatos licencia para quebrantar las piernas á los tres justiciados, con que acabasen de morir, los bajasen aquella tarde de las cruces, y no quedasen en ellas el dia siguiente. Con este intento llegó al Calvario aquella compañía de soldados que vió María santísima. Y en llegando, como hallaron vivos á los dos ladrones, les quebrantaron las piernas [3], con que acabaron la vida. Pero llegando á Cristo nuestro Salvador, como le hallaron difunto, no le quebrantaron las piernas [4]; cumpliéndose la misteriosa profecía del Éxodo [5], en que mandaba Dios no quebrantasen los huesos del cordero figurativo, que comian la Pascua. Pero un soldado que se llamaba Longinos, arrimándose á la cruz de Cristo nuestro Salvador, le hirió con una lanza penetrándole su costado; y luego salió de la herida sangre y agua [6], como lo afirma san Juan que lo vió, y dió testimonio de la verdad.

1439. Esta herida de la lanzada, que no pudo sentir el cuerpo sagrado y ya difunto, sintió su Madre santísima, recibiendo en su castísimo pecho el dolor, como si recibiera la herida. Pero á este tormento sobreexcedió el que recibió su alma santísima, viendo la nueva

[1] Psalm. CXXIX, 7. — [2] Joan. XIX, 31. — [3] Ibid. 32. — [4] Ibid. 33.
[5] Exod. XII, 46. — [6] Joan. XIX, 34, 35.

crueldad con que habian rompido el costado de su Hijo ya difunto. Y movida de igual compasion y piedad, olvidando su propio tormento, dijo á Longinos: *El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia por la pena que has dado á mi alma.* Hasta aquí no mas llegó su indignacion, ó para decirlo mejor, su piadosísima mansedumbre, para doctrina de todos los que fuésemos ofendidos. Porque en la estimacion de la candidísima paloma, esta injuria que recibió Cristo muerto fue muy ponderable; y el retorno que le dió al delincuente fue el mayor de los beneficios, que fue mirarle Dios con ojos de misericordia, dándole bendicion y dones por agravios al ofensor. Y sucedió así; porque obligado nuestro Salvador de la peticion de su Madre santísima, ordenó que de la sangre y agua que salió de su divino costado salpicasen algunas gotas á la cara de Longinos, y por medio de este beneficio le dió vista corporal, que cási no la tenia; y al mismo tiempo se la dió en su alma para conocer al Crucificado, á quien inhumanamente habia herido. Con este conocimiento se convirtió Longinos, y llorando sus pecados los lavó con la sangre y agua que salió del costado de Cristo, y lo conoció y confesó por verdadero Dios y Salvador del mundo. Y luego lo predicó en presencia de los judíos, para mayor confusion y testimonio de su dureza y perfidia.

1440. La prudentísima Reina conoció el misterio de la lanzada, y como en aquella última sangre y agua que salió del costado de su Hijo santísimo salia dél la nueva Iglesia lavada y renovada en virtud de su pasion y muerte, y que del sagrado pecho salian como de raíz los ramos que por todo el mundo se extendieron con frutos de vida eterna. Confirió asimismo en su pecho interiormente el misterio de aquella piedra herida con la vara de la justicia del eterno Padre [1], para que despidiese agua viva con que mitigar la sed de todo el linaje humano, refrigerando y recreando á cuantos de ella fuesen á beber. Consideró la correspondencia de estas cinco fuentes de piés, manos y costado, que se abrieron en el nuevo paraíso de la humanidad santísima de Cristo nuestro Señor, mas copiosas y eficaces para fertilizar el mundo que las del paraíso terrestre divididas en cuatro partes por la superficie de la tierra [2]. Estos y otros misterios recopiló la gran Señora en un cántico de alabanza que hizo en gloria de su Hijo santísimo, despues que fue herido con la lanza. Y con el cántico hizo ferventísima oracion, para que todos aquellos sacra-

[1] Exod. XVII, 6.
[2] Genes. II, 10.

mentos de la redencion se ejecutasen en beneficio de todo el linaje humano.

1441. Corria ya la tarde de aquel dia de Parasceve, y la Madre piadosísima aun no tenia certeza de lo que deseaba, que era la sepultura para su difunto Hijo Jesús; porque su Majestad daba lugar á que la tribulacion de su amantísima Madre se aliviase por los medios que su divina providencia tenia dispuestos, moviendo el corazon de Josef Abarimathia y Nicodemus [1], para que solicitasen la sepultura y entierro de su Maestro. Eran entrambos discípulos del Señor y justos, aunque no del número de los setenta y dos; porque eran ocultos por el temor de los judíos, que aborrecian como á sospechosos y enemigos á todos cuantos seguian la doctrina de Cristo nuestro Señor, y le reconocian por Maestro. No se le habia manifestado á la prudentísima Vírgen el órden de la voluntad divina sobre lo que deseaba de la sepultura para su Hijo santísimo, y con la dificultad que se le representaba crecia el doloroso cuidado de que no hallaba salida con su propia diligencia. Estando así afligida levantó los ojos al cielo, y dijo: *Eterno Padre y Señor mio, por la dignacion de vuestra bondad y sabiduría infinita fuí levantada del polvo á la dignidad altísima de Madre de vuestro eterno Hijo; y con la misma liberalidad de Dios inmenso me concedísteis le criase á mis pechos, le alimentase, y le acompañase hasta la muerte; ahora me toca como á Madre dar á su sagrado cuerpo honorífica sepultura, y solo llegan mis fuerzas á desearlo, y dividírseme el corazon de que no lo consigo. Suplico á vuestra Majestad, Dios mio, dispongais con vuestro poder los medios para que yo lo ejecute.*

1442. Esta oracion hizo la piadosa Madre despues que recibió el cuerpo de Jesús difunto la lanzada. Y en breve espacio reconoció que venia hácia el Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas, que pudo imaginarse venian á quitar de la cruz su inestimable tesoro; pero como no sabia el fin, se afligió de nuevo en el recelo de la crueldad judáica, y volviéndose á san Juan le dijo: *Hijo mio, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevencion?* El Apóstol respondió: *No temais, Señora mia, á los que vienen, que son Josef y Nicodemus con otros criados suyos, y todos son amigos y siervos de vuestro Hijo santísimo y mi Señor.* Era Josef justo en los ojos del Altísimo [2], y en la estimacion del pueblo noble, y decurion con oficio de gobierno, y del Consejo, como lo da á entender el Evangelio, que dice no consintió Josef en el consejo ni obras

[1] Joan. XIX, 38. — [2] Luc. XXIII, 50, 51.

de los homicidas de Cristo, á quien reconocia por verdadero Mesías. Y aunque hasta su muerte era Josef discípulo encubierto, pero en ella se manifestó, obrando estos nuevos efectos la eficacia de la redencion. Y rompiendo Josef el temor que antes tenia á la envidia de los judíos, y no reparando en el poder de los romanos, entró con osadía á Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús [1], difunto en la cruz, para bajarle de ella y darle honrosa sepultura, afirmando que era inocente y verdadero Hijo de Dios; y que esta verdad estaba testificada con los milagros de su vida y muerte.

1443. Pilatos no se atrevió á negar á Josef lo que pedia, antes le dió licencia para que dispusiese del cuerpo difunto de Jesús todo lo que le pareciese bien. Con este permiso salió Josef de casa del Juez, y llamó á Nicodemus, que tambien era justo y sábio en las letras divinas y humanas, y en las sagradas Escrituras, como se colige de lo que le sucedió cuando de noche fué á oir la doctrina de Cristo nuestro Señor, como lo cuenta san Juan [2]. Estos dos varones santos, con valeroso esfuerzo se resolvieron en dar sepultura á Jesús crucificado. Y Josef previno la sábana [3] y sudario en que envolverle, y Nicodemus compró hasta cien libras de los aromas con que los judíos acostumbraban á ungir los difuntos de mayor nobleza [4]. Con esta prevencion, y de otros instrumentos, caminaron al Calvario, acompañados de sus criados y de algunas personas pias y devotas, en quienes tambien obraba ya la sangre del divino Crucificado, por todos derramada.

1444. Llegaron á la presencia de María santísima, que con dolor incomparable asistia al pié de la cruz, acompañada de san Juan y las Marías. Y en vez de saludarla, con la vista del divino y lamentable espectáculo se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algun espacio estuvieron Josef y Nicodemus postrados á los piés de la gran Reina, y todos al de la cruz, sin contener las lágrimas y suspiros, sin hablar palabra. Lloraban todos con clamores y lamentos de amargura, hasta que la invicta Reina los levantó de la tierra, y los animó y confortó; y entonces la saludaron con humilde compasion. La advertidísima Madre les agradeció su piedad, y el obsequio que hacian á su Dios, Señor y Maestro, en darle sepultura á su cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. Josef Abarimathia respondió, y dijo: *Ya, Señora nuestra, sentimos en el secreto de nuestros corazones la dulce*

[1] Marc. XV, 43. — [2] Joan. III, 2. — [3] Matth. XXVII, 59.
[4] Joan. XIX, 39.



y suave fuerza del divino Espíritu, que nos ha movido con afectos tan amorosos, que ni los pudimos merecer, ni los sabemos explicar. Luego se quitaron las capas ó mantos que tenian, y por sus manos Josef y Nicodemus arrimaron las escalas á la santa cruz, y subieron á desenclavar el sagrado cuerpo, estando la gloriosa Madre muy cerca, y san Juan con la Magdalena asistiéndole. Parecióle á Josef que se renovaria el dolor de la divina Señora, llegando á tocar el sagrado cuerpo cuando le bajasen, y advirtió al Apóstol la retirase un poco de aquel acto, para divertirla. Pero san Juan, que conocia mas el invencible corazon de la Reina, respondió que desde el principio de la pasion habia asistido á todos los trabajos del Señor, y que no le dejaria hasta el fin; porque le veneraba como á Dios, y le amaba como á Hijo de sus entrañas.

1445. Con todo eso la suplicaron tuviese por bien de retirarse un poco mientras ellos bajaban de la cruz á su Maestro. Respondió la gran Señora, y dijo: *Señores mios carísimos, pues me hallé á ver clavar en la cruz á mi dulcísimo Hijo, tened por bien me halle á desenclavarle; que este acto tan piadoso, aunque lastime de nuevo el corazon, cuanto mas tratado y visto, dará mayor aliento en el dolor*. Con esto comenzaron á disponer el descendimiento. Quitaron lo primero la corona de la sagrada cabeza, descubriendo las heridas y roturas que dejaba en ella muy profundas. Bajáronla con gran veneracion y lágrimas, y la pusieron en manos de la dulcísima Madre. Recibióla estando arrodillada, y con admirable culto la adoró, llegándola á su virginal rostro, y regándola con abundantes lágrimas, recibiendo con el contacto alguna parte de las heridas de las espinas. Pidió al Padre eterno hiciese como aquellas espinas consagradas con la sangre de su Hijo fuesen tenidas en digna reverencia por los fieles á cuyo poder viniesen en el tiempo futuro.

1446. Luego, á imitacion de la Madre, las adoraron san Juan y la Magdalena con las Marías, y otras piadosas mujeres y fieles que allí estaban; y lo mismo hicieron con los clavos. Entregáronlos primero á María santísima, y ella los adoró, y despues todos los circunstantes. Para recibir la gran Señora el cuerpo difunto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San Juan asistió á la cabeza y la Magdalena á los piés, para ayudar á Josef y Nicodemus, y todos juntos con grande veneracion y lágrimas le pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Este paso fue para ella de igual compasion y regalo; porque el verle llagado, y desfigurada aquella hermosura, mayor que todos los

hijos de los hombres [1], renovó los dolores del castísimo corazon de la Madre; y el tenerle en sus brazos y en su pecho le era de incomparable dolor, y juntamente de gozo, por lo que descansaba su ardentísimo amor con la posesion de su tesoro. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Tras de su Majestad le adoraron en sus brazos toda la multitud de Ángeles que le asistian; aunque este acto fue oculto á los circunstantes. Y todos, comenzando san Juan, fueron adorando al sagrado cuerpo por su órden. La prudentísima Madre le tenia en sus brazos asentada en el suelo, para que todos le diesen adoracion.

1447. Gobernábase en todas estas acciones nuestra gran Reina con tan divina sabiduría y prudencia, que á los hombres y á los Ángeles era de admiracion; porque sus palabras eran de gran ponderacion, dulcísimas por la caricia y compasion de su difunta hermosura, tiernas por la lástima, misteriosas por lo que significaban y comprehendian. Ponderaba su dolor sobre todo lo que puede causarle á los mortales. Movia los corazones á compasion y lágrimas; ilustraba á todos para conocer el sacramento tan divino que trataba. Y sobre todo esto, sin exceder ni faltar en lo que debia, guardaba en el semblante una humilde majestad entre la serenidad de su rostro y dolorosa tristeza que padecia. Con esta variedad tan uniforme hablaba con su amabilísimo Hijo, con el eterno Padre, con los Ángeles, con los circunstantes, y con todo el linaje humano, por cuya redencion se habia entregado á la pasion y muerte. No me detengo mas en particularizar las prudentísimas y dolorosas razones de la gran Señora en este paso; porque la piedad cristiana pensará muchas, y no es posible detenerme en cada uno de estos misterios.

1448. Pasado algun espacio que la dolorosa Madre tuvo en su seno al difunto Jesús; porque corria ya la tarde, la suplicaron san Juan y Josef diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiólo la prudentísima Madre; y sobre la misma sábana fue ungido su sagrado cuerpo con las especies y ungüentos aromáticos [2] que trajo Nicodemus, gastando en este religioso obsequio todas las cien libras que se habian comprado. Y así ungido fue colocado el cuerpo deífico en féretro, para llevarle al sepulcro. La divina Señora, advertidísima en todo, convocó del cielo muchos coros de Ángeles, que con los de su guarda acudiesen al entierro del cuerpo de su Criador, y al punto descendieron de las alturas en cuerpos visibles, aunque no para los demás circunstantes, sino para su

[1] Psalm. XLIV, 3. — [2] Joan. XIX, 40.

Reina y Señora. Ordenóse una procesion de Ángeles y otra de hombres, y levantaron el sagrado cuerpo san Juan, Josef, Nicodemus y el Centurion que asistió á la muerte y le confesó por Hijo de Dios. Seguian la divina Madre acompañada de la Magdalena, de las Marías, y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse á mas de estas personas otro gran número de fieles, que movidos de la divina luz vinieron al Calvario despues de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas á un huerto que estaba cerca, donde Josef tenia labrado un sepulcro nuevo, en el cual nadie se habia depositado [1] ni enterrado. En este felicísimo sepulcro pusieron el sagrado cuerpo de Jesús. Y antes de cubrirle con la lápida, le adoró de nuevo la prudente y religiosa Madre, con admiracion de todos, Ángeles y hombres. Y luego unos y otros la imitaron, y todos adoraron al crucificado y sepultado Señor, y cerraron el sepulcro con la lápida, que como dice el Evangelio [2] era muy grande.

1449. Cerrado el sepulcro de Cristo, al mismo punto se volvieron á cerrar los que en su muerte se abrieron; porque entre otros misterios estuvieron como aguardando si les tocara la feliz suerte de recibir en sí á su Criador humanado difunto, que es lo que le podian ofrecer, cuando los judíos no le recibian vivo y bienhechor suyo. Quedaron muchos Ángeles en guarda del sepulcro, mandándoselo su Reina y Señora, como quien dejaba en él depositado el corazon. Y con el mismo silencio y órden que vinieron todos del Calvario, se volvieron á él. La divina Maestra de las virtudes se llegó á la santa cruz, y la adoró con excelente veneracion y culto. Luego la siguieron en este acto san Juan, Josef, y todos los que asistian al entierro. Era ya tarde y caido el sol, y la gran Señora desde el Calvario se fué á recoger á la casa del cenáculo, á donde la acompañaron los que estuvieron al entierro: y dejándola en el cenáculo con san Juan, las Marías y otras compañeras, se despidieron de ella los demás, y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les diese su bendicion. Y la humildísima y prudentísima Señora les agradeció el obsequio que á su Hijo santísimo habian hecho, y el beneficio que ella habia recibido; y los despidió llenos de otros interiores y ocultos favores, y de bendiciones de dulzura de su amable natural y piadosa humildad.

1450. Los judíos, confusos y turbados de lo que iba sucediendo, fueron á Pilatos el sábado por la mañana [3], y le pidieron mandase

[1] Joan. XIX, 41. — [2] Matth. XXVII, 60. — [3] Ibid. 62.

guardar el sepulcro; porque Cristo (á quien llamaron seductor) habia dicho y declarado que despues de tres dias resucitaria; y seria posible que sus discípulos robasen el cuerpo, y dijesen habia resucitado. Pilatos contemporizó con esta maliciosa cautela; y les concedió las guardas que pedian [1], y las pusieron en el sepulcro. Pero los pérfidos pontífices solo pretendian escurecer el suceso que temian; como se conoció despues cuando sobornaron á las guardas [2] para que dijesen que no habia resucitado Cristo nuestro Señor, sino que le habian robado sus discípulos. Y como no hay consejo contra Dios [3], por este medio se divulgó mas y se confirmó la resurreccion.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

1451. Hija mia, la herida que recibió mi Hijo santísimo en el costado con la lanza fue solo para mí cruel y dolorosa; mas sus efectos y misterios son suavísimos para las almas santas que saben gustar de su dulzura. Á mí me afligió mucho; mas á quien se encaminó este favor misterioso, sírvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo á los hombres, sobre las llagas de los piés y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazon, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como á gustarle y participarle en la misma fuente, y allí tuviesen las almas su refrigerio y refugio. Este solo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro, y que le tengas por habitacion segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en que imitarme, y entenderás como en retorno de las ofensas que recibieres has de volver bendiciones á quien las hiciere contra tí ó contra alguna cosa tuya, como has conocido que yo lo hice, cuando fuí lastimada con la herida que recibió mi Hijo santísimo en el pecho ya difunto. Y te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra mas poderosa para alcanzar con eficacia la gracia que deseas con el Altísimo. Y no solo para tí, sino tambien para el ofensor es poderosa la oracion que se hace perdonando las injurias; porque se conmueve el corazon piadoso de mi Hijo santísimo, viendo que le imitan las criaturas, en perdonar y orar por quien ofende; por lo que en esto participan de su excelentísima caridad que manifestó en la cruz. Escribe en tu corazon esta doctrina, ejecútala para imitarme y seguirme en la virtud de que

[1] Matth. XXVII, 65. — [2] Ibid. XXVIII, 12. — [3] Prov. XXI, 30.

hice mayor estimacion. Mira por aquella herida el corazon de Cristo tu esposo y á mí, amando en él tan dulce y eficazmente á los ofensores y á todas las criaturas.

1452. Advierte tambien la providencia tan puntual y atenta con que el Altísimo acude oportunamente á las necesidades de las criaturas que le llaman con verdadera confianza; como lo hizo su Majestad conmigo, cuando me hallé afligida y desamparada para dar sepultura á mi Hijo santísimo, como debia hacerlo. Para socorrerme en este aprieto, dispuso el Señor con piadosa caridad y afecto los corazones de Josef y Nicodemus, y de los otros fieles que acudieron á enterrarle. Y fue tanto lo que estos varones justos me consolaron en aquella tribulacion, que por esta obra y mi oracion los llenó el Altísimo de admirables influencias de su divinidad, con que fueron regalados el tiempo que duró el entierro y el descendimiento de la cruz; y desde aquella hora quedaron renovados y ilustrados de los misterios de la Redencion. Este es el órden admirable de la suave y fuerte providencia del Altísimo; que para obligarse de unas criaturas pone en trabajo á otras, y mueve la piedad de quien puede hacer bien al necesitado, para que el bienhechor, por la buena obra que hace, y por la oracion del pobre que la recibe, sea remunerado por la gracia que por otro camino no mereciera. Y el Padre de las misericordas, que inspira y mueve con sus auxilios la obra que se hace, la paga despues como de justicia; porque correspondemos á sus inspiraciones con lo poco que de nuestra parte cooperamos, en lo que por ser bueno es todo de su mano [1].

1453. Considera tambien el órden rectísimo de esta providencia en la justicia que ejecuta, recompensando los agravios que se reciben con paciencia; pues habiendo muerto mi Hijo santísimo despreciado, deshonrado y blasfemado de los hombres, ordenó el Altísimo luego, que fuese honrosamente sepultado, y movió á muchos para que le confesasen por verdadero Dios y Redentor, y le aclamasen por santo, inocente y justo, y que en la misma ocasion, cuando acababan de crucificarle afrentosamente, fuese adorado y venerado con supremo culto como Hijo de Dios; y hasta sus mismos enemigos sintiesen dentro de sí mismos el horror y confusion del pecado que cometieron en perseguirle. Aunque no todos se aprovecharon de estos beneficios, pero todos fueron efectos de la inocencia y muerte del Señor. Y yo tambien concurrí con mis peticiones, para que su Majestad fuese conocido y venerado de los que conocia.

[1] Jacob. I, 17.

CAPÍTULO XXV.

Como la Reina del cielo consoló á san Pedro y á otros Apóstoles; y la prudencia con que procedió despues del entierro de su Hijo; como vió descender su alma santísima al limbo de los santos Padres.

Atencion de María á todas las acciones convenientes en medio de sus dolores. —Gracias que dió á san Juan y á las mujeres santas que la acompañaron.— Respuesta de María pidiéndola tomase algun sustento. —Razones que dijo María á san Juan pidiéndole la mandase en todo lo que habia de hacer.— Razones de san Juan á la Madre de Dios, alegando su obligacion á obedecerla y servirla.—Réplica de la humildad de la Madre de Dios. Rindióse san Juan por el consuelo de María.—Perseveraron las Marías con la Madre de Dios en el ayuno hasta ver á Cristo resucitado.—Providencia prudentísima con que María en medio de sus dolores acudia á las necesidades de toda la devota familia.—Operaciones y afectos interiores á que se entregó toda, estando sola.—Pasó en ellas toda la noche del viernes.—Acciones de María el sábado por la mañana.—Envió á san Juan para que alentase á san Pedro y los otros Apóstoles á que viniesen á su presencia.—Confesion y lágrimas de san Pedro postrado delante de la Madre de Dios.— Prudentísima accion con que recibió María á san Pedro.—Alentólo y lo confortó en la esperanza.—Confesion de la culpa de su huida, y lágrimas de los otros Apóstoles á los piés de María.—Como la Madre de Dios los animó, los confirmó en la fe, y despertó en ellos el amor.—Como conoció María el descenso de la alma de su Hijo al limbo de los santos Padres.—Descripcion de los senos del globo terrestre.—Cuantidad del diámetro de este globo.—Sitio que en él tiene el infierno.—Forma y calidades de este seno.— Sitio del purgatorio, su disposicion y calidades.—Sitio del limbo con dos estancias diferentes.—Seno de los santos Padres, su fin, disposicion y calidades.—Este seno ó limbo de los santos Padres es á donde bajó el alma de Cristo.—Como se llama *infierno*.—De estos senos despues de el juicio final solo se habitará el infierno.—Acompañamiento de Ángeles con que bajó el alma de Cristo al limbo.— Rompiéronse algunos peñascos del camino, y por qué.—Entrada de Cristo en el limbo.—Fueron luego beatificadas todas las almas que en él estaban.—Gracias y alabanzas que dieron á su Redentor.—Mandó el Señor á los Ángeles sacasen todas las almas del purgatorio.—Fueron absueltas de las penas que les faltaban de padecer, y glorificadas.—Conocieron para su tormento todos los condenados el descenso del Redentor al limbo.—Turbacion y terror de los demonios.—Confusion y despecho de las almas condenadas.—Especial tormento de Judas y el mal ladron.—Ira que concibieron desde entonces los demonios contra los cristianos.—Tuvo María vision de todos estos misterios.—Pidió al Señor no la resultase della júbilo á la parte sensitiva, y por qué.—Conformidad de la Vírgen con su Hijo.—Cántico de alabanza con que celebró este triunfo.—Como se ha de guardar la vista interior de Dios en lo superior de la alma entre las ocupaciones exteriores.—Bienes y seguridad de esta habitacion íntima.—Por dónde se pierde y embaraza.—Ejemplo de esta doctrina en las obras de la Madre de Dios.—Medio para imitarla.—Cuánto pierde el alma faltando á este trato íntimo con Dios.

1454. La plenitud de sabiduría, que ilustraba el entendimiento de nuestra gran Reina y señora María santísima, no admitia defecto ni vacío alguno, para que dejase de advertir y atender entre sus dolores á todas las acciones que la ocasion y el tiempo pedian. Y con esta divina providencia lo llevaba todo, y obraba lo mas santo y perfecto de todas las virtudes. Retiróse (como queda dicho [1]) despues del entierro de Cristo nuestro bien á la casa del cenáculo. Y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, acompañada de san Juan y de las Marías, y otras mujeres santas que seguian al Señor desde Galilea, habló con ellas y con el Apóstol, dándoles las gracias con profunda humildad y lágrimas por la perseverancia con que hasta aquel punto la habian acompañado en el discurso de la pasion de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecia el premio de su constante piedad y afecto con que la habian seguido; y asimismo se ofrecia por sierva y amiga de aquellas santas mujeres. Y todas ellas con san Juan reconocieron este gran favor, y la besaron la mano, pidiéndola su bendicion. Suplicáronla tambien descansase un poco, y recibiese alguna corporal refeccion. Respondió la Reina: *Mi descanso y mi aliento ha de ser ver á mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfaced á vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiro á solas con mi Hijo.*

1455. Fuése luego á recoger acompañándola san Juan, y estando con él á solas puesta de rodillas le dijo: *No es razon que olvideis las palabras que mi Hijo santísimo nos habló desde la cruz. Su dignacion os nombró por hijo mio, y á mí por madre vuestra. Vos, señor, sois sacerdote del Altísimo: por esta gran dignidad es razon que os obedezca en todo lo que hubiere de hacer; y desde esta hora quiero me lo mandeis y ordeneis, advirtiendo que siempre fuí sierva, y toda mi alegría está puesta en obedecer hasta la muerte.* Esto dijo la Reina con muchas lágrimas. Y el Apóstol con otras copiosas la respondió: *Señora mia y Madre de mi Redentor y Señor, yo soy quien ha de estar sujeto á vuestra obediencia, porque el nombre de hijo no dice autoridad, sino rendimiento y sujecion á su madre; y el que á mí me hizo sacerdote, os hizo á Vos su Madre, y estuvo sujeto á vuestra voluntad y obediencia [2], siendo Criador de todo el universo. Razon será que yo lo esté, y trabaje con todas mis potencias en corresponder dignamente al oficio que me ha dado, de serviros como hijo, en que desearа ser mas Ángel que terreno, para cumplir con él.* Esta respuesta del Apóstol fue muy prudente, pero no bastante para vencer la humil-

[1] Supr. n. 1449. — [2] Luc. II, 51.

dad de la Madre de las virtudes, que con ella le replicó y dijo: *Hijo mio Juan, mi consuelo será obedeceros como á cabeza, pues lo sois. Yo en esta vida siempre he de tener superior á quien rendir mi voluntad y parecer: para esto sois ministro del Altísimo, y como mi hijo me debeis este consuelo en mi trabajosa soledad. Hágase, Madre mia, vuestra voluntad* (respondió san Juan), *que en ella está mi acierto.* Y sin replicar mas, pidió licencia la divina Madre para quedarse sola en la meditacion de los misterios de su Hijo santísimo; y le pidió tambien saliese á prevenir alguna refeccion para las mujeres que la acompañaban, y que las asistiese y consolase. Solo reservó á las Marías, porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado; y á estas dijo á san Juan las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

1456. Salió san Juan á consolar á las Marías, y ejecutó el órden que la gran Señora le habia dado. Y habiendo satisfecho la necesidad de aquellas mujeres piadosas, se recogieron todas, y gastaron aquella noche en dolorosas y amargas meditaciones de la pasion y misterios del Salvador. Con esta ciencia tan divina obraba María santísima entre las olas de sus angustias y dolores, sin olvidar por esto el cumplimiento de la obediencia, de humildad, caridad y providencia tan puntual, con todo lo necesario. No se olvidó de sí misma por atender á la necesidad de aquellas piadosas discípulas, ni por ellas estuvo inadvertida para todo lo que convenia á su mayor perfeccion. Admitió la abstinencia de las Marías como mas fuertes y fervientes en el amor; atendió á la necesidad de las mas flacas. Dispuso al Apóstol, advirtiéndole lo que con ella misma debia hacer, y en todo obró como gran Maestra de la perfeccion y Señora de la gracia. Todo esto hizo cuando las aguas de la tribulacion habian inundado hasta su alma [1]. Porque en quedando á solas en su retiro, soltó el corriente impetuoso de sus afectos dolorosos, y toda se dejó poseer interior y exteriormente de la amargura de su alma, renovando las especies de todos los misterios y afrentosa muerte de su Hijo santísimo; de los misterios de su vida, predicacion y milagros; del valor infinito de la redencion humana; de la nueva Iglesia que dejaba fundada con tanta hermosura, riquezas de Sacramentos y tesoros de gracia; de la felicidad incomparable de todo el linaje humano, tan copiosa y gloriosamente redimido; de la inestimable suerte de los predestinados, á quienes alcanzaria eficazmente; de la formidable desdicha de los réprobos, que por su voluntad se ha-

1 Psalm. LXVIII, 2.

rian indignos de la eterna gloria que les dejaba su Hijo merecida.

1457. En la ponderacion digna de tan altos y ocultos sacramentos pasó la gran Señora toda aquella noche llorando, suspirando, alabando y engrandeciendo las obras de su Hijo, su pasion, sus juicios ocultísimos, y otros altísimos misterios de la divina sabiduría y oculta providencia del Señor; y sobre todos pensaba y entendia como Madre única de la verdadera sabiduría, confiriendo á veces con los santos Ángeles, y otras con el mismo Señor, lo que su luz divina le daba á sentir en su castísimo corazon. El sábado de mañana, despues de las cuatro, entró san Juan deseoso de consolar á la dolorosa Madre. Y puesta de rodillas, le pidió ella la diese la bendicion como sacerdote y superior suyo. El nuevo hijo se la pidió tambien con lágrimas, y se la dieron uno á otro. Ordenó la divina Reina que luego saliese á la ciudad, donde encontraria con brevedad á san Pedro que venia á buscarle, y que le admitiese, consolase y llevase á su presencia, y lo mismo hiciese con los demás Apóstoles que encontrase, dándoles esperanza del perdon, y ofreciéndoles su amistad. Salió san Juan del cenáculo, y á pocos pasos encontró á san Pedro, lleno de confusion y lágrimas, que iba muy temeroso á la presencia de la gran Reina. Venia de la cueva donde habia llorado su negacion, y el Evangelista le consoló y dió algun aliento con el recado de la divina Madre. Luego los dos buscaron á los demás Apóstoles; hallaron algunos, y todos juntos se fueron al cenáculo, donde estaba su remedio. Entró Pedro el primero, y solo á la presencia de la Madre de la gracia, y arrojándose á sus piés, dijo con gran dolor: *Pequé, Señora, pequé delante de mi Dios, ofendí á mi Maestro y á Vos.* No pudo hablar otra palabra, oprimido de las lágrimas, suspiros y sollozos que despedia de lo íntimo de su afligido corazon.

1458. La prudentísima Vírgen, viendo á Pedro postrado en tierra, y considerándole por una parte penitente de su reciente culpa, y por otra cabeza de la Iglesia, elegido por su Hijo santísimo para vicario suyo, no le pareció conveniente postrarse ella á los piés del pastor que tan poco antes habia negado á su Maestro, ni sufria tampoco su humildad dejar de darle la reverencia que se le debia por el oficio. Para satisfacer á entrambas obligaciones, juzgó que convenia darle reverencia y ocultarle el motivo. Para esto se hincó de rodillas, venerándole con esta accion, y para disimular su intento le dijo: *Pidamos perdon de vuestra culpa á mi Hijo y vuestro Maestro.* Hizo oracion, y alentó al Apóstol confortándole en la esperanza, y acordándole las obras y misericordias que el Señor habia he-

cho con los pecadores reconocidos, y la obligacion que él tenia como cabeza del colegio apóstolico para confirmar con su ejemplo á todos en la constancia y confesion de la fe. Con estas y otras razones de gran fuerza y dulzura confirmó á Pedro en la esperanza del perdon. Entraron luego los otros Apóstoles en la presencia de María santísima, y postrados tambien á sus piés la pidieron los perdonase su cobardía y haber desamparado á su Hijo santísimo en su pasion. Lloraron todos amargamente su pecado, moviéndoles á mayor dolor la presencia de la Madre llena de lastimosa compasion; pero su semblante tan admirable les causaba divinos efectos de contricion de sus culpas y amor de su Maestro. La gran Señora los levantó y animó, prometiéndoles el perdon que deseaban y su intercesion para alcanzarle. Luego comenzaron todos por su órden á contar lo que á cada uno habia sucedido en su fuga, como si algo de ello ignorara la divina Señora. Dióles grata audiencia á todo, tomando ocasion de lo que decian para hablarles al corazon, y confirmarlos en la fe de su Redentor y Maestro, y despertar en ellos su divino amor. Todo lo consiguió María santísima eficazmente; porque de su presencia y conferencia salieron todos fervorizados, y justificados con nuevos aumentos de gracia.

1459. En estas obras se ocupó nuestra divina Reina parte del sábado. Y cuando se hizo tarde se retiró otra vez á su recogimiento, dejando á los Apóstoles renovados en el espíritu, y llenos de consuelo y gozo del Señor, pero siempre lastimados de la pasion de su Maestro. En el retiro de esta tarde convirtió la gran Señora su mente á las obras que hacia la alma santísima de su Hijo, despues que salió de su sagrado cuerpo. Porque desde entonces conoció la beatísima Madre como aquella alma de Cristo unida á la divinidad descendia al limbo de los santos Padres para sacarlos de aquella cárcel soterránea, donde estaban detenidos desde el primer justo que murió en el mundo esperando la venida del universal Redentor de los hombres. Para declarar este misterio, que es uno de los artículos de la santísima humanidad de Cristo nuestro Señor, me ha parecido dar noticia de lo que á mí se me ha dado á entender sobre aquel lugar del limbo y su asiento. Digo, pues, que la tierra y su globo tiene de diámetro, pasando por el centro de una superficie á otra, dos mil quinientas y dos leguas; y hasta la mitad, que es el centro, hay mil doscientas cincuenta y una: y respecto del diámetro se ha de medir la redondez de este globo. En el centro está el infierno de los condenados como en el corazon de la tierra; y este

infierno es una caverna ó cáos que contiene muchas estancias tenebrosas con diversidad de penas, todas formidables y espantosas; y de todas se formó un globo al modo de una tinaja de inmensa magnitud, con su boca ó entrada muy espaciosa y dilatada. En este horrible calabozo de confusion y tormentos estaban los demonios y todos los condenados, y estarán en él por toda la eternidad [1], mientras Dios fuere Dios; porque en el infierno no hay ninguna redencion.

1460. Á un lado del infierno está el purgatorio, donde las almas de los justos purgan y se purifican, cuando en esta vida no acabaron de satisfacer por sus culpas, ni salen de ella tan limpios de sus defectos que puedan luego llegar á la vision beatífica. Esta caverna tambien es grande, pero mucho menos que el infierno; y aunque en el purgatorio hay grandes penas, no se comunican con el infierno de los condenados. Á otro lado está el limbo con dos estancias diferentes. Una para los niños que mueren sin el Bautismo con solo el pecado original, y sin obras buenas ni malas del propio albedrío. Otra servia para depositar las almás de los justos, purgados ya sus pecados; porque no podian entrar en el cielo, ni gozar de Dios hasta que se hiciese la redencion humana, y Cristo nuestro Salvador abriese las puertas [2] que cerró el pecado de Adan. Esta caverna del limbo tambien es menor que el infierno, y no se comunica con él, ni tiene penas del sentido como el purgatorio; porque ya llegaban á él las almas purificadas desde el purgatorio, y solo carecian de la vision beatífica, que es pena de daño; y allí estaban todos los que habian muerto en gracia hasta que murió el Salvador. Á este lugar del limbo bajó su alma santísima con la divinidad, cuando decimos que bajó á los infiernos; porque este nombre infierno significa cualquiera parte de aquellas inferiores que están en lo profundo de la tierra, aunque en el comun modo de hablar por el nombre de infierno entendemos el de los demonios y condenados; porque aquel es el mas famoso significado, como por nombre de cielo ordinariamente entendemos el empíreo, donde están los Santos, y donde permanecerán para siempre, como los condenados en el infierno, aunque el limbo y purgatorio tienen otros nombres particulares. Despues del juicio final solo el cielo y el infierno serán habitados, porque el purgatorio no será necesario, y del limbo han de salir tambien los niños á otra habitacion diferente.

1461. Á esta caverna del limbo llegó la alma santísima de Cris-

1 Matth. xxv, 41. — 2 Psalm. xxiii, 9.



to nuestro Señor, acompañada de innumerables Ángeles que como á su Rey vitorioso y triunfador le iban alabando, dando gloria, fortaleza y divinidad. Y para representar su grandeza y majestad, mandaban se abriesen las puertas de aquella antigua cárcel, para que el Rey de la gloria, poderoso en las batallas y Señor de las virtudes, las hallase francas y patentes en su entrada. En virtud de este imperio se quebrantaron y rompieron algunos peñascos del camino, aunque no era necesario para entrar el Rey y su milicia, que todos eran espíritus subtilísimos. Con la presencia del alma santísima aquella escura caverna se convirtió en cielo, porque toda se llenó de admirable resplandor; y las almas de los justos que allí estaban fueron beatificadas con vision clara de la Divinidad, y en un instante pasaron del estado de tan larga esperanza á la eterna posesion de la gloria, y de las tinieblas á la luz inaccesible que ahora gozan. Reconocieron todos á su verdadero Dios y Redentor, y le dieron gracias y alabanzas con nuevos cánticos de loores, y decian [1]: *Digno es el Cordero, que fue muerto, de recibir divinidad, virtud y fortaleza. Redimístenos, Señor, con tu sangre [2] de todos los tribus, pueblos y naciones; hicístenos reino para nuestro Dios, y reinarémos. Tuya es, Señor, la potencia, tuyo el reino, y tuya es la gloria de tus obras.* Mandó luego su Majestad á los Ángeles sacasen del purgatorio todas las almas que en él estaban padeciendo, y al punto fueron traidas todas á su presencia. Y como en estrenas de la redencion humana fueron absueltas por el mismo Redentor de las penas que les faltaban de padecer, y fueron glorificadas como las demás almas de los justos con la vision beatífica. De manera, que aquel dia en la presencia del Rey quedaron desiertas las dos cárceles limbo y purgatorio.

1462. Para solo el infierno de los condenados fue terrible este dia; porque fue disposicion del Altísimo que todos conociesen y sintiesen el descender al limbo el Redentor, y tambien que los santos Padres y justos conociesen el terror que puso este misterio á los condenados y demonios. Estaban estos aterrados y oprimidos con la ruina que padecieron en el monte Calvario (como se dijo arriba [3]), y como oyeron (en el modo que hablan y oyen) las voces de los Ángeles que iban delante de su Rey al limbo, se turbaron y atemorizaron de nuevo, y como serpientes cuando las persiguen, se escondian y pegaban á las cavernas infernales mas remotas. Á los condenados sobrevino nueva confusion sobre confusion, conocien-

[1] Apoc. v, 12. — [2] Ibid. 9. — [3] Supr. n. 1421.

do con mayor despecho sus engaños, y que por ellos perdieron la redencion de que los justos se aprovecharon. Y como Judas y el mal ladron eran mas recientes en el infierno, y señalados mucho mas en esta desdicha, así fue mayor su tormento, y los demonios se indignaron mas contra ellos; y cuanto era de su parte propusieron los malignos espíritus perseguir y atormentar mas á los cristianos que profesasen su fe católica, y á los que la negasen ó cayesen, darles mayor castigo; porque juzgaban que todos estos merecian mayores penas que los infieles á quien no se les predicó la fe.

1463. De todos estos misterios, y otros secretos que no puedo yo declarar, tuvo noticia y singular vision la gran Señora del mundo desde su retiro. Y aunque esta noticia en la porcion ó parte superior del espíritu, donde la recibia, le causó admirable gozo, no lo participó en su virginal cuerpo, sentidos y parte sensitiva, como naturalmente pudiera redundar en ella. Antes bien cuando sintió que se extendia algo este júbilo á la parte inferior de la alma, pidió al eterno Padre se le suspendiese esta redundancia; porque no la queria admitir en su cuerpo mientras el de su Hijo santísimo estaba en el sepulcro y no era glorificado. Tan advertido y fiel amor fue el de la prudentísima Madre con su Hijo y Señor, como imágen viva, adecuada y perfecta de aquella humanidad deificada. Y con esta atenta fineza quedó llena de gozo en la alma, y de dolores y congoja en el cuerpo, al modo que sucedió en Cristo nuestro Salvador. En esta vision hizo cánticos de alabanza, engrandeciendo el misterio de este triunfo, y la amantísima y sábia providencia del Redentor, que como Padre amoroso y Rey omnipotente quiso bajar por sí mismo á tomar la posesion de aquel nuevo reino que por sus manos le entregó su Padre; y quiso rescatarlos con su presencia, para que en el mismo comenzasen á gozar el premio que les habia merecido. Por todas estas razones y las demás que conocia de este sacramento se gozaba, y glorificaba al Señor como Coadjutora y Madre del triunfador.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1464. Hija mia, atiende á la enseñanza de este capítulo, como mas legítima y necesaria para tí en el estado que te ha puesto el Altísimo, y para lo que de tí quiere en correspondencia de su amor. Esto ha de ser, que entre las operaciones, ejercicios y comunicacion con las criaturas, ahora sean como prelada, ó como súbdita, gober-

nando, mandando ó obedeciendo, por ninguna de estas ó de otras ocupaciones exteriores pierdas la atencion y vista del Señor en lo íntimo y superior del alma; ni te distraigas de la luz del Espíritu Santo, que te asistirá para su incesante comunicacion; que quiere mi Hijo santísimo en el secreto de tu corazon aquellas sendas que quedan ocultas al demonio, y no alcanzan á ellas las pasiones; porque guian al santuario, donde entra solo el sumo sacerdote [1], y donde el alma goza de los ocultos abrazos del Rey y del Esposo, cuando toda y desocupada le previene el tálamo de su descanso. Allí hallarás propicio á tu Señor, liberal al Altísimo, misericordioso á tu Criador, y amoroso á tu dulce Esposo y Redentor; y no temerás la potestad de las tinieblas, ni los efectos del pecado, que se ignoran en aquella region de luz y de verdad. Pero cierra estos caminos el amor desordenado de lo visible, los descuidos en la guarda de la divina ley; embarázalos cualquiera apego y desórden de las pasiones; impídelos cualquiera inútil atencion, y mucho mas la inquietud del ánimo, y no guardar serenidad y paz interior; que todo se requiere solo, puro y despegado de lo que no es verdad y luz.

1465. Bien has entendido y experimentado esta doctrina, y sobre eso te la he manifestado en práctica como en claro espejo. El modo de obrar que tenia entre los dolores, congojas y aflicciones de la pasion de mi Hijo santísimo, y entre los cuidados, atencion, ocupaciones y desvelo con que acudí á los Apóstoles, al entierro, á las mujeres santas; y en todo el resto de mi vida has conocido lo mismo, y como juntaba estas operaciones con las de mi espíritu, sin que se encontrasen ni impidiesen. Para imitarme, pues, en este modo de obrar, como de tí lo quiero, necesario es que ni por el trato forzoso de las criaturas, ni por el trabajo de tu estado, ni por las penalidades de la vida de este destierro, ni por las tentaciones ni malicia del demonio, admitas en tu corazon afecto alguno que te impida, ni atencion que te divierta el interior. Y te advierto, carísima, que si en este cuidado no eres muy vigilante, perderás mucho tiempo, malograrás infinitos y extraordinarios beneficios, y frustrarás los altísimos y santos fines del Señor, y me contristarás á mí y á los Ángeles, que todos queremos sea tu conversacion con nosotros; y tú perderás la quietud de tu espíritu y consuelo de tu alma, muchos grados de gracia y aumentos del amor divino que deseas, y al fin copiosísimo premio en el cielo. Tanto te importa oirme y obedecerme en lo que te enseño con dignacion de madre. Considéralo,

[1] Hebr. IX, 7.

hija mia, pondéralo, y atiende á mis palabras en tu interior, para que las pongas por obra con mi intercesion y con la divina gracia. Advierte asimismo á imitarme en la fidelidad del amor con que excusé el regalo y júbilo, por imitar á mi Señor y Maestro, y alabarle por esto y por el beneficio que hizo á los Santos del limbo, bajando su alma santísima á rescatarlos y llenarlos de gozo de su vista, que todas fueron obras de su infinito amor.

CAPÍTULO XXVI.

La resurreccion de Cristo nuestro Salvador, y el aparecimiento que hizo á su Madre santísima con los santos Padres del limbo.

Tiempo que estuvo el alma de Cristo en el limbo.—Hora en que vino al sepulcro acompañada de los Ángeles y almas rescatadas.—Habian los Ángeles recogido la sangre y demás reliquias que pertenecian á la perfecta integridad y ornato de la humanidad de Cristo.—Manifestóseles á los santos Padres el cuerpo de su Redentor de la forma que lo puso la crueldad de los judíos.—Como lo adoraron, y lo que en él reconocieron.—Reintegracion del cuerpo de Cristo á su natural perfeccion.—Resurreccion de Cristo.—Dotes de gloria que redundaron en el cuerpo de Cristo de la inmensidad de su alma.—Eminencia de estos dotes en el cuerpo de Cristo.—Excedió á la que tuvieron en la Transfiguracion.—Declárанse los dotes en particular.—Hermosura y refulgencia de las sagradas llagas de piés, manos y costado.—Promesa que hizo entonces Cristo á todo el linaje humano de la resurreccion de los cuerpos.—Resucitaron entonces muchos Santos en sus cuerpos á vida inmortal.—Quiénes fueron.—Forma de la resurreccion de estos Santos, y gloria de sus cuerpos.—Tuvo María vision de todos estos misterios.—En el instante de la resurreccion de Cristo redundó en parte sensitiva de su Madre el gozo de la vision de su alma.—Vióla san Juan llena de resplandor y señales de gloria.—Singular júbilo y alivio que sintió María correspondiente á los dolores que habia sentido en la pasion.—Disposiciones que se le infundieron para la vision beatífica.—Aparecimiento de Cristo resucitado y glorioso á su Madre.—Encerró el cuerpo glorioso de Cristo en sí mismo á su Madre penetrándose con ella.—Fue en esta ocasion elevada María á la vision intuitiva de la Divinidad en mas alto grado que jamás la habia tenido.—Duróle esta vision beatífica algunas horas.—Otros favores que hizo Cristo á su Madre despues de esta vision.—Recibió en esta ocasion María cuanto pudo una pura criatura en recompensa de lo que habia padecido.—Habló María con los santos Padres reconociendo á cada uno por sí.—Postráronse delante de la Madre de Dios, y la quisieron adorar.—Postróse María, y dióles reverencia.—Cánticos que hicieron los Ángeles y Santos convidados de María en alabanza de su Hijo.—Correspondió en María una mística resurreccion al género de muerte que tuvo en los dolores de la pasion.—Regla para rastrear algo de la gloria de Cristo, de la de su Madre y de los Santos.—Excelencia de los dotes gloriosos del cuerpo que granjea la criatura por cualquiera obra meritoria por mínima

que sea.—Cuánto granjea por ella en los dotes gloriosos del alma.—De esta correspondencia de premios á una obra pequeña meritoria se colige la excelencia de la gloria de los Santos.—Como se rastrea de aquí la inmensa gloria de la humanidad de Cristo.—Con la gloria que recibió María en la resurreccion olvidó los trabajos y dolores que en la pasion habia tenido.

1466. Estuvo la alma santísima de Cristo nuestro Salvador en el limbo desde las tres y media del viernes á la tarde, hasta despues de las tres de la mañana del domingo siguiente. Á esta hora volvió al sepulcro, acompañado como príncipe vitorioso de los mismos Ángeles que llevó, y de los Santos que rescató de aquellas cárceles inferiores como despojos de su vitoria y prendas de su glorioso triunfo, dejando postrados y castigados sus rebeldes enemigos. En el sepulcro estaban otros muchos Ángeles que le guardaban, venerando el sagrado cuerpo unido á la divinidad. Y algunos de ellos, por mandado de su Reina y Señora, habian recogido las reliquias de la sangre que derramó su Hijo santísimo, los pedazos de carne que le derribaron de las heridas, los cabellos que arrancaron de su divino rostro y cabeza, y todo lo demás que pertenecia al ornato y perfecta integridad de su humanidad santísima. De todo esto cuidó la Madre de la prudencia. Y los Ángeles guardaban estas reliquias, gozoso cada uno con la parte que le alcanzó á cogerla. Y primero que otra cosa se hiciese, se les manifestó á los santos Padres el cuerpo de su Reparador, llagado, herido y desfigurado, como le puso la crueldad de los judíos. Y reconociéndole así muerto le adoraron todos los Patriarcas y Profetas con los otros Santos, y confesaron de nuevo como verdaderamente el Verbo humanado tomó sobre sí nuestras enfermedades y dolores [1], y pagó con exceso nuestra deuda, satisfaciendo á la justicia del eterno Padre lo que nosotros merecíamos, siendo su Majestad inocentísimo y sin culpa. Allí vieron los primeros padres Adan y Eva el estrago que hizo su inobediencia, y el costoso remedio que habia tenido, y la inmensa bondad del Redentor y su gran misericordia. Los Patriarcas y Profetas conocieron y vieron cumplidos sus vaticinios y esperanzas de las promesas divinas. Y como en la gloria de sus almas sentian el efecto de la copiosa redencion, alabaron de nuevo al Omnipotente y Santo de los Santos que por tan maravilloso órden de su sabiduría la habia obrado.

1467. Despues de esto, á vista de todos aquellos Santos, por ministerio de los Ángeles fueron restituidas al sagrado cuerpo difunto

[1] Isai. LIII, 4.



todas las partes y reliquias que tenian recogidas, dejándole con su natural integridad y perfeccion. Y al mismo instante la alma santísima del Señor se reunió al cuerpo, y juntamente le dió inmortal vida y gloria. Y en lugar de la sábana y unciones con que le enterraron [1], quedó vestido de los cuatro dotes de gloria; claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza. Estos dotes redundan en el cuerpo deificado de la inmensa gloria de la alma de Cristo nuestro bien. Y aunque se le debian como por herencia y natural participacion desde el instante de su concepcion, porque desde entonces fue glorificada su alma santísima, y estaba unida á la divinidad toda aquella humanidad inocentísima; mas suspendiéronse entonces sin redundar en el cuerpo purísimo, para dejarle pasible y que mereciese nuestra gloria, privándose de la de su cuerpo, como en su lugar queda dicho [2]. Y en la resurreccion se le restituyeron de justicia estos dotes en el grado y proporcion correspondiente á la gloria del alma y á la union que tenia con la Divinidad. Y como la gloria del alma santísima de Cristo nuestro Señor es incomprehensible y inefable para nuestra corta capacidad, tambien es imposible explicar enteramente con palabras y con ejemplos la gloria y dotes de su cuerpo deificado; porque respecto de su pureza es obscuro el cristal. La luz que contenia y despedia excede á los demás cuerpos gloriosos, como el dia á la noche, y mas que mil soles á una estrella; y toda la hermosura de las criaturas, si se juntara en una, pareciera fealdad en su comparacion, y no hay símil para ella en todo lo criado.

1468. Excedió grandemente la excelencia de estos dotes en la Resurreccion á la gloria que tuvieron en la Transfiguracion y en otras ocasiones que Cristo Señor nuestro se transfiguró, como en el discurso de esta Historia se ha dicho [3]; pòrque entonces la recibió de paso, y como convenia para el fin que se transfiguraba, pero ahora la tuvo con plenitud para gozarla eternamente. Por la impasibilidad quedó invencible de todo el poder criado, porque ninguna potencia le podia alterar ni mudar. Por la subtilidad quedó tan purificada la materia gruesa y terrena, que sin resistencia de otros cuerpos se podia penetrar con ellos como si fuera espíritu incorpóreo; y así penetró la lápida del sepulcro, sin moverla ni dividirla, el que por semejante modo habia salido del virginal vientre de su purísima Madre. La agilidad le dejó tan libre del peso y tardanza de la materia, que excedia á la que tienen los Ángeles inmateriales,

[1] Joan. XIX, 40. — [2] Supr. n. 147. — [3] Ibid. n. 695, 851, 1099.

y por sí mismo podia moverse con mas presteza que ellos de un lugar á otro, como lo hizo en las apariciones de los Apóstoles y en otras ocasiones. Las sagradas llagas que antes afeaban su santísimo cuerpo quedaron en piés, manos y costado tan hermosas, refulgentes y brillantes, que le hacian mas vistoso y agraciado, con admirable modo y variedad. Con toda esta belleza y gloria se levantó nuestro Salvador del sepulcro. Y en presencia de los Santos y Patriarcas prometió á todo el linaje humano la resurreccion universal como efecto de la suya en la misma carne y cuerpo de cada uno de los mortales, y que en ella serian glorificados los justos. Y en prendas de esta promesa, y como en rehenes de la resurreccion universal, mandó su Majestad á las almas de muchos Santos que allí estaban, se juntasen con sus cuerpos y los resucitasen á inmortal vida. Al punto se ejecutó este divino imperio, y resucitaron los cuerpos que anticipando el misterio refiere san Mateo [1]. Y entre ellos fueron santa Ana, san Josef y san Joaquin, y otros de los antiguos Padres y Patriarcas que fueron mas señalados en la fe y esperanza de la encarnacion, y con mayores ansias la desearon y pidieron al Señor. Y en retorno de estas obras se les adelantó la resurreccion y gloria de sus cuerpos.

1469. ¡Oh cuán poderoso y admirable, cuán vitorioso y fuerte se manifestaba ya este leon de Judá, hijo de David! Ninguno se desembarazó del sueño con mas presteza que Cristo de la muerte [2]. Luego á su imperiosa voz se juntaron los huesos secos y esparcidos de aquellos envejecidos difuntos, y la carne, que ya estaba convertida en polvo, se renovó, y unida con los huesos restauró su antiguo ser, mejorándolo todo los dotes de gloria que participó el cuerpo de la alma glorificada que les dió vida. Quedaron en un instante todos aquellos Santos resucitados en compañía de su Reparador, mas claros y refulgentes que el mismo sol, puros, hermosos, transparentes y ligeros para seguirle á todas partes; y nos aseguraron con su dicha la esperanza de que en nuestra misma carne, y con nuestros ojos y no con otros, veríamos á nuestro Redentor, como lo profetizó Job [3] para nuestro consuelo. Todos estos misterios conocia la gran Reina del cielo, y participaba de ellos con la vision que tenia en el cenáculo. Y en el mismo instante que la alma santísima de Cristo entró en su cuerpo y le dió vida, correspondió en el de la purísima Madre la comunicacion del gozo que en el capítulo pasado dije [4] estaba detenido en su alma santísima y como represado

[1] Matth. XXVII, 52. — [2] Psalm. III, 5. — [3] Job, XIX, 26. — [4] Supr. n. 1463.

en ella aguardando la resurreccion de su Hijo santísimo. Y fue tan excelente este beneficio, que la dejó toda transformada de la pena en gozo, de la tristeza en alegría, y de dolor en inefable júbilo y descanso. Sucedió que en aquella ocasion el evangelista san Juan fué á visitarla, como el dia de antes lo habia hecho [1], para consolarla en su amarga soledad, y encontróla repentinamente llena de resplandor y señales de gloria á la que antes apenas conocia por su tristeza. Admiróse el santo Apóstol, y habiéndola mirado con grande reverencia, juzgó que ya el Señor seria resucitado, pues la divina Madre estaba renovada en alegría.

1470. Con este nuevo júbilo, y las operaciones tan divinas que la gran Señora hacia en la vision de tan soberanos misterios, comenzó á disponerse para la visita, que estaba ya muy cerca. Y entre los actos de alabanzas, cánticos y peticiones que hacia nuestra Reina, sintió luego otra novedad en sí misma sobre el gozo que tenia, y fue un género de júbilo y alivio celestial, correspondiente por admirable modo á los dolores y tribulaciones que en la pasion habia sentido; y este beneficio era diferente y mas alto que la redundancia de gozo que de su alma resultaba como naturalmente en el cuerpo. Tras de estos admirables efectos sintió luego otro tercero y diferente beneficio, que la daban, de nuevos y divinos favores. Para esto sintió que la infundian nuevo lúmen de cualidades que preceden á la vision beatífica, en cuya declaracion no me detengo, por haberlo hecho hablando en esta materia en la primera parte [2]. En esta segunda solo añado que recibió la Reina estos beneficios en esta ocasion con mas abundancia y excelencia que en otras; porque ahora habia precedido la pasion de su Hijo santísimo y los méritos que la divina Madre adquirió en ella: y segun la multitud de los dolores, correspondia el consuelo de la mano de su Hijo omnipotente.

1471. Estando así prevenida María santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina, y adoró á su Hijo santísimo; y su Majestad la levantó y llegó á sí mismo. Y con este contacto (mayor que el que pedia la Magdalena de la humanidad y llagas santísimas de Cristo [3]) recibió la Madre Vírgen un extraordinario favor, que sola ella lo mereció, como exenta de la ley del pecado. Y aunque no fue el mayor de los favores que tuvo en esta ocasion, con todo eso no pudiera recibirle, si no fuera con-

[1] Supr. n. 1057. — [2] Part. I, á n. 620. — [3] Joan. XX, 17.

fortada de los Ángeles y por el mismo Señor, para que sus potencias no desfallecieran. El beneficio fue, que el glorioso cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella ó penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol, que todo le llenara de resplandores y hermosura con su luz. Así quedó el cuerpo de María santísima unido al de su Hijo por medio de aquel divinísimo contacto, que fue como puerta para entrar á conocer la gloria del alma y cuerpo santísimo del mismo Señor. Por estos favores, como por grados de inefables dones, fué ascendiendo el espíritu de la gran Señora á la noticia de ocultísimos sacramentos. Y estando en ellos oyó una voz que la decia [1]: *Amiga, asciende mas alto*. En virtud de esta voz quedó del todo transformada y vió la Divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio (aunque de paso) de todos sus trabajos y dolores. Forzoso es aquí el silencio, donde de todo punto faltan las razones y el talento para decir lo que pasó á María santísima en esta vision beatífica, que fue la mas alta y divina que hasta entonces habia tenido. Celebremos este dia con admiracion de alabanza, con parabienes, con amor y humildes gracias de lo que nos mereció, y ella gozó, y fue ensalzada.

1472. Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del ser de Dios con su Hijo santísimo, participando su gloria como habia participado de sus tormentos. Luego descendió de esta vision por los mismos grados que ascendió á ella; y al fin de este favor quedó de nuevo reclinada sobre el brazo izquierdo de la humanidad santísima, y regalada por otro modo de la diestra de su divinidad [2]. Tuvo dulcísimos coloquios con el mismo Hijo sobre los altísimos misterios de su pasion y de su gloria. Y en estas conferencias quedó de nuevo embriagada en el vino de la caridad y amor que bebió en su misma fuente sin medida. Todo cuanto pudo recibir una pura criatura todo se lo dió á María purísima abundantemente en esta ocasion; porque, á nuestro modo de entender, quiso la equidad divina recompensar el como agravio (digólo así, porque no me puedo explicar mejor) que habia recibido una criatura tan pura y sin mácula de pecado, padeciendo los dolores y tormentos de la pasion, que como arriba he dicho [3] muchas veces, eran los mismos que padeció Cristo nuestro Salvador; y en este misterio correspondió el gozo y favor á las penas que la divina Madre habia padecido.

1473. Despues de todo esto (y siempre en altísimo estado) se

[1] Luc. xiv, 10. — [2] Cant. II, 6. — [3] Supr. n. 1236, 1264, 1274, 1287, 1341.

convirtió la gran Señora á los santos Patriarcas y justos que allí estaban, y á todos juntos y á cada uno de por sí reconoció por su órden y les habló respectivamente, gozándose y alabando al Todopoderoso en lo que su liberal misericordia habia obrado con cada uno de ellos. Con sus padres san Joaquin y santa Ana, con su esposo Josef y con el Baptista tuvo singular gozo y les habló particularmente. Luego con los Patriarcas y Profetas, y con los primeros padres Adan y Eva. Y todos juntos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, por causa de su remedio y coadjutora de su redencion; y como á tal la quisieron adorar con digno culto y veneracion, disponiéndolo así la divina Sabiduría. Pero la Reina de las virtudes y Maestra de la humildad se postró en tierra, y dió á los Santos la reverencia que se les debia; y el Señor dió permiso para esto, porque los Santos, aunque eran inferiores en la gracia, eran superiores en el estado de bienaventurados, con gloria inamisible y eterna, y la Madre de la gracia quedaba en vida mortal y viadora, y no habia llegado al estado de comprehensora. Continuóse la conferencia con los santos Padres en presencia de Cristo nuestro Salvador. Y María santísima convidó á todos los Ángeles y Santos que allí asistian, para que alabasen al Triunfador de la muerte, del pecado y del infierno; y todos le cantaron nuevos cánticos, salmos, himnos de gloria y magnificencia; y con esto llegó la hora en que el Salvador resucitado hizo otras apariciones, como diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la gran señora María santísima.

1474. Hija mia, alégrate en el mismo cuidado que tienes, de que no alcanzan tus razones á explicar lo que tu interior conoce de tan altos mistérios como has escrito. Vitoria es de la criatura, y gloria del Altísimo, darse por vencida de la grandeza de los sacramentos tan soberanos como estos; y en la carne mortal se pueden penetrar mucho menos. Yo sentí los dolores de la pasion de mi Hijo santísimo; y aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente; y á este género de muerte le correspondió en mí otra admirable y mística resurreccion á mas levantado estado de gracia y operaciones. Y como el ser de Dios es infinito, aunque la criatura participe mucho, le queda mas que entender, que amar y gozar. Y para que ahora ayudada del discurso puedas rastrear algo de la gloria de Cristo mi Señor, de la mia y de los San-

tos, discurriendo por los dotes del cuerpo glorioso, te quiero proponer la regla por donde en esto puedas pasar á los del alma. Ya sabes que estos son, *vision, comprehension y fruicion.* Los del cuerpo son los que dejas repetidos [1], *claridad, impasibilidad, subtilidad, y agilidad.*

1475. Á todos estos dotes corresponde algun aumento por cualquiera buena obra meritoria que hace el que está en gracia, aunque no sea mayor que mover una pajuela por amor de Dios y dar un jarro de agua [2]. Por cualquiera de estas mínimas obras granjeará la criatura, para cuando sea bienaventurada, mayor claridad que la de muchos soles. Y en la impasibilidad se aleja de la corrupcion humana y terrena mas de lo que todas las diligencias y fuerzas de las criaturas pueden resistirla, y apartar de sí lo que las puede ofender ó alterar. En la subtilidad se adelanta para ser superior á todo lo que le puede resistir, y cobra nueva virtud sobre todo lo que quiere penetrar. En el dote de la agilidad le corresponde á cualquiera obra meritoria mas potencia para moverse, que la tienen las aves, los vientos y todas las criaturas activas, como el fuego y los demás elementos para caminar á sus centros naturales. Por el aumento que se merece en estos dotes del cuerpo, entenderás el que tienen los dotes del alma, á quien corresponden y de quien se derivan. Porque en la vision beatífica adquiere cualquiera mérito mayor claridad y noticia de los atributos y divinas perfecciones que cuanto han alcanzado en esta vida mortal todos los doctores y sábios que ha tenido la Iglesia. Tambien se aumenta el dote de la comprehension ó tencion del objeto divino; porque de la posesion y firmeza con que se comprehende aquel sumo y infinito Bien, se le concede al justo nueva seguridad y descanso mas estimable, que si poseyera todo lo precioso y rico, deseable y apetecible de las criaturas, aunque todo lo tuviera por suyo sin temer perderlo. En el dote de la fruicion, que es el tercero del alma, por el amor con que el justo hace aquella pequeñuela obra, se le conceden en el cielo por premio grados de amor fruitivo tan excelentes, que jamás llegó á compararse con este aumento el mayor afecto que tienen los hombres en la vida á lo visible; ni el gozo que dél resulta tiene comparacion con todo el que hay en la vida mortal.

1476. Levanta ahora, hija mia, la consideracion, y de estos premios tan admirables, que corresponden á una obra hecha por Dios, pondera bien cuál será el premio de los Santos, que por el amor

[1] Supr. n. 1468. — [2] Matth. x, 42.

divino hicieron tan heróicas y magníficas obras, y padecieron tormentos y martirios tan crueles, como la Iglesia santa conoce. Y si en los Santos sucede esto con ser puros hombres y sujetos á culpas y imperfecciones que retardan el mérito, considera con toda la alteza que pudieres cuál será la gloria de mi Hijo santísimo, y sentirás cuán limitada es la capacidad humana, y mas en la vida mortal, para comprehender dignamente este misterio, y para hacer concepto proporcionado de tan inmensa grandeza. La alma santísima de mi Señor estaba unida substancialmente á la divinidad en su divina persona, y por la union hipostática era consiguiente que se le comunicase el océano infinito de la misma divinidad, beatificándola como á quien tenia comunicado su mismo ser de Dios por inefable modo. Y aunque no mereció esta gloria (porque se le dió desde el instante de su concepcion en mi vientre, consiguiente á la union hipostática), pero las obras que hizo despues en treinta y tres años, naciendo en pobreza, viviendo con trabajos, amando como viador, trabajando en todas las virtudes, predicando, enseñando, padeciendo, mereciendo, redimiendo á todo el linaje humano, fundando la Iglesia y cuanto la fe católica enseña; estas obras merecieron la gloria del cuerpo purísimo de mi Hijo, y esta corresponde á la del alma, y todo es inefable y de inmensa grandeza, reservado para manifestarse en la vida eterna. Y en correspondencia de mi Hijo y Señor hizo conmigo magníficas obras el brazo poderoso del Altísimo en el ser de pura criatura, con que olvidé luego los trabajos y dolores de la pasion. Y lo mismo sucedió á los Padres de el limbo y á los demás Santos, cuando reciben el premio. Olvidé la amargura y el trabajo que yo padecí; porque el sumo gozo desterró la pena, pero nunca perdí la vista de lo que mi Hijo padeció por el linaje humano.

CAPÍTULO XXVII.

Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado á las Marías y á los Apóstoles; la noticia que todos daban á la Reina, y la prudencia con que los oia.

Acompañaban á Cristo los santos Padres en las apariciones, aunque no se manifestaban. — Cuando Cristo no se aparecia á otros siempre estaba con su Madre en el cenáculo. — Por qué se apareció primero á las mujeres. — Visita de las santas mujeres al sepulcro con intento de adorar y ungir el cuerpo de Jesús. — Ignoraban que se habian puesto guardas. — Anticipóse el sol aquel dia tres horas. — Concordia de los Evangelistas. — Forma

del santo sepulcro y monumento.—Terremoto y abertura del sepulcro.—Terror y desmayo de las guardas.—Llegada de las mujeres al sepulcro, vision del Ángel, y palabras que les dijo.—Vieron el sepulcro vacío.—Vieron luego otros dos Ángeles, y lo que les dijeron.—Vuelta de las santas mujeres á dar cuenta á los discípulos.—Cuándo volvieron las guardas del desmayo, y la cuenta que dieron á los judíos del suceso.—Concilio que juntaron, y su resolucion.—Partida de san Pedro y san Juan para el sepulcró, y lo que en él vieron.—Perseverancia de la Magdalena en reconocer el sepulcro.—Aparecióselе Cristo sin que le conociese.—Afectos de la Magdalena cuando le conoció.—Aparicion de Cristo á las santas mujeres cuando volvian del sepulcro.—Admirable prudencia con que la Madre de Dios oyó á las santas mujeres, y las confortó en la fe.—Cuándo fue el aparecimiento de Cristo á san Pedro.—Aparecimiento á los dos discípulos que iban á Emaús.—El uno de ellos era san Lucas.—Plática que llevaban entre sí.—Pláticas que tuvo con ellos Cristo en hábito de peregrino.—Escrituras que les declaró.—Manifiéstaseles.—Relacion que hicieron los dos discípulos á los Apóstoles deste aparecimiento.—Dudó entonces santo Tomás, y por eso se ausentó.—Aparecióse Cristo á los demás.—Turbacion de los Apóstoles en este aparecimiento.—Medios con que el Señor les certificó de la verdad de su resurreccion.—Potestad que entonces les dió.—Vuelve santo Tomás y le refieren los demás lo que les habia sucedido.—Su incredulidad.—Aparecimiento de Cristo estando santo Tomás presente.—Reduccion del Apóstol.—Daban cuenta los Apóstoles destos aparecimientos á María.—Ignoraban entonces los Apóstoles la ciencia que de todo tenia la Madre de Dios.—Culpaban con enojo algunos en presencia de la Vírgen á Tomás por su incredulidad.—Cómo los aquietó María.—Oró por Tomás en su incredulidad.—Corrigió á los que contra él se indignaron.—Aparecimiento de Cristo en el mar de Tiberias.—Milagro de la pesca.—Conocieron al Señor san Juan y san Pedro.—Convite que el Señor les hizo.—Exámen del amor de san Pedro.—Hízole única y universal cabeza de la Iglesia.—Profecía de la muerte de san Pedro—Pregunta de san Pedro por san Juan.—Noticia que de todos estos sucesos tenia María.—Perseveró María en su recogimiento los cuarenta dias despues de la resurreccion.—Por qué el Señor en estas apariciones no se daba á conocer á la primera vista.—Las culpas pequeñas de las almas escogidas para el trato familiar de Dios pesan mucho para retraer sus favores.—Como las dispone el Señor para manifestárseles.—Por qué se ausenta cuando comienzan á gozar sus favores.—Reprehension de los temores de la discípula.—Premios con que favorece en esta vida el Señor á los que con amor le buscan y meditan en su pasion y muerte.—Ninguna obra buena hecha con recta intencion se queda sin gran premio de contado.—Como saca el Señor bienes de los males.

1477. Despues que nuestro Salvador Jesús resucitado y glorioso visitó y llenó de gloria á su Madre santísima, determinó su Majestad como amoroso padre y pastor congregar las ovejas de su rebaño, que el escándalo de su pasion habia turbado y derramado. Acompañábanle siempre los santos Padres, y todos los que sacó del

limbo y purgatorio, aunque no se manifestaban en las apariciones; porque sola nuestra gran Reina los vió, conoció y habló á todos en el tiempo que pasó hasta la ascension de su Hijo santísimo. Y cuando no se aparecia á otros, siempre asistia con la amantísima Madre en el cenáculo, de donde no salió la divina Señora aquellos cuarenta dias continuos. Allí gozaba de la vista del Redentor del mundo, y del coro de los Profetas y Santos con quien el mismo Rey y Reina estaban acompañados. Y para manifestarse á los Apóstoles comenzó por las mujeres, no por mas flacas, sino por mas fuertes en la fe y confianza de su resurreccion; que por esto merecieron ser las primeras en el favor de verle resucitado.

1478. Hizo memoria el evangelista san Marcos [1] del cuidado con que María Magdalena y María Josef advirtieron dónde quedaba puesto el cuerpo difunto de Jesús en el sepulcro. Con esta prevencion el sábado por la tarde con otras mujeres santas salieron de la casa del cenáculo á la ciudad, y compraron nuevos ungüentos aromáticos, para madrugar el dia siguiente y volver al sepulcro á visitar y adorar el sagrado cuerpo de su Maestro, con ocasion de ungirle de nuevo. El domingo por la mañana, antes de amanecer, madrugaron para ejecutar su piadoso afecto, ignorando que el sepulcro estaba sellado y con guardas, por órden de Pilatos [2]: y en el camino dificultaban solamente quién les volveria la gran lápida con que ellas habian advertido quedaba cerrado el monumento; pero el amor les daba esfuerzo para vencer esta dificulad, sin saber cómo. Cuando salieron de la casa del cenáculo era de noche, y cuando llegaron al sepulcro habia ya amanecido y nacido el sol; porque aquel dia se anticipó las tres horas que se escureció en la muerte de nuestro Salvador. Con este milagro se concuerdan los evangelistas san Marcos [3] y san Juan [4], que el uno dice vinieron las Marías salido el sol, y el otro que habia tinieblas; porque todo es verdad, que salieron muy de mañana y antes de amanecer; y con la priesa y diligencia del sol las alcanzó cuando llegaban, aunque no se detuvieron en el camino. Era el monumento una pequeña bóveda como cueva, cuya puerta cerraba una grande losa, y dentro tenia á un lado el sepulcro algo levantado del suelo, y en él estuvo el cuerpo de nuestro Salvador.

1479. Poco antes que llegasen las Marías á reconocer la dificultad que iban confiriendo de mover la lápida, fue hecho un gran

[1] Marc. xv, 47. — [2] Matth. xxvii, 65. — [3] Marc. xvi, 2.
[4] Joan. xx, 1.

temblor ó terremoto muy espantoso; y al mismo tiempo un Ángel del Señor abrió el sepulcro, y arrojó la losa [1] que le cubria y cerraba la puerta. Las guardas del monumento con este grande estrépito y movimiento de la piedra cayeron en tierra, desmayados del temor que les causó, dejándolos como difuntos [2], aunque ni vieron al Señor, ni entonces estaba allí su cuerpo; porque ya habia resucitado y salido del monumento antes que el Ángel quitase la piedra. Las Marías, aunque sintieron algun temor, se animaron; y confortándolas el mismo Dios, llegaron y entraron al monumento, y cerca de la puerta vieron al Ángel que revolvió la piedra, sentado sobre ella [3], y su rostro refulgente, los vestidos como la nieve [4], que les habló, y dijo: *No temais, que sé como buscais á* Jesús *Nazareno. No está aquí, que ya ha resucitado. Entrad, y veréis el lugar donde le pusieron*. Entraron las Marías, y viendo el sepulcro vacío, recibieron gran tristeza; porque aun estaban mas atentas á su afecto de verle que á la fe del Ángel. Luego vieron otros dos asentados á los dos lados del sepulcro, que les dijeron [5]: *¿Para qué buscais entre los muertos el que ya está vivo y resucitado? Acordaos que él mismo os dijo en Galilea, que habia de resucitar el dia tercero. Id luego, y dad noticia á los discípulos y á Pedro que vayan á Galilea, donde le verán* [6].

1480. Con esta advertencia de los Ángeles se acordaron las Marías de lo que su divino Maestro habia dicho. Y seguras de su resurreccion, se volvieron del sepulcro con gran priesa, y dieron cuenta á los once discípulos y á otros de los que seguian al Señor, muchos de los cuales juzgaron por delirio lo que decian las Marías [7]. Tan turbados estaban en la fe y tan olvidados de las palabras de su Maestro y Redentor. En el ínterin que las Marías llenas de gozo y pavor contaban á los Apóstoles lo que habian visto, revivieron las guardas del sepulcro y volvieron en sus sentidos. Y como le vieron abierto y sin cuerpo difunto, fueron á dar cuenta del suceso á los príncipes de los sacerdotes [8]. Halláronse confusos, y juntaron concilio para determinar lo que podrian hacer para desmentir la maravilla tan patente que no se podia ocultar. Y acordaron ofrecer á las guardas mucho dinero, con que sobornados dijesen como estando ellos durmiendo habian venido los discípulos de Jesús, y habian hurtado su cuerpo del sepulcro. Y asegurándoles los sacerdotes á

1 Matth. xxviii, 2. — 2 Ibid. 4. — 3 Marc. xvi, 5.
4 Matth. xxviii, 3. — 5 Luc. xxiv, 4, 5. — 6 Marc. xvi, 7.
7 Luc. xxiv, 11. — 8 Matth. xxviii, 11, 12, 13, 14.

las guardas, que los sacarian á paz y á salvo de esta mentira, la publicaron entre los judíos; y muchos de ellos fueron tan estultos, que le dieron crédito; y algunos mas obstinados y ciegos se le dan hasta ahora, creyendo el testimonio de los que confesaron se dormian, cuando dicen que vieron el hurto.

1481. Los discípulos y Apóstoles, aunque tuvieron por desvarío lo que decian las Marías, con todo eso san Pedro y san Juan, deseando certificarse por sus ojos, partieron á toda priesa al monumento [1], y tras ellos volvieron las Marías. Llegó san Juan el primero, y sin entrar en el monumento, vió desde la puerta los sudarios apartados del sepulcro [2], y aguardó á que llegase san Pedro, el cual entró primero y tras dél san Juan [3], y vieron lo mismo, y que el sagrado cuerpo no estaba en el sepulcro. Y san Juan dice que creyó entonces y se aseguró de lo que habia comenzado á creer, cuando vió mudada á la Reina del cielo, como dije en el capítulo pasado [4]. Los dos Apóstoles se volvieron á dar cuenta á los demás de lo que admirados habian visto en el sepulcro. Las Marías se quedaron en él á la parte de afuera, confiriendo con admiracion todo lo que sucedia. Y la Magdalena con mayor fervor y lágrimas volvió á entrar otra vez á reconocer el sepulcro. Y aunque los Apóstoles no vieron á los Ángeles, viólos la Magdalena, y ellos la preguntaron [5]: *Mujer, ¿por qué lloras?* Respondió María: *Porque me han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto.* Con esta respuesta salió fuera al huerto donde estaba el sepulcro, y luego topó con el Señor, aunque no le conoció, antes le juzgó por hortelano. Y su Majestad la preguntó tambien [6]: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿Á quién buscas?* La Magdalena, no conociendo á Cristo nuestro Señor, le respondió como si fuera hortelano de aquel huerto, y sin mas acuerdo, vencida del amor, le dijo [7]: *Señor, si vos le habeis tomado, decidme dónde le teneis, que yo le volveré y le traeré.* Entonces replicó el amantísimo Maestro, y la dijo [8]: *María.* Y con haberla nombrado, se dejó conocer por la voz.

1482. Cuando la Magdalena conoció que era Jesús, se enardeció toda en amor y gozo, y respondió y dijo [9]: *Maestro mio;* y arrojándose á sus piés, fué á quererlos tocar y besar, como acostumbrada á este favor. Pero el Señor la previno, y dijo [10]: *No me toques, porque no he subido á mi Padre, á donde estoy de camino; vuel-*

[1] Joan. xx, 3. — [2] Ibid. 5. — [3] Ibid. 8. — [4] Supr. n. 1469.
[5] Joan. xx, 13. — [6] Ibid. 15. — [7] Ibid. — [8] Ibid. 16.
[9] Ibid. — [10] Ibid. 17.

ve, y díles á mis hermanos los Apóstoles como estoy de paso para mi Padre y suyo. Partió luego la Magdalena, llena de consolacion y júbilo, y á pequeña distancia alcanzó á las otras Marías. Y acabándolas de referir lo que á ella le habia sucedido, y como habia visto á Jesús resucitado; estando admiradas, llorosas y cariñosas de alegría, se les apareció estando juntas, y las dijo[1]: *Dios os salve.* Y conociéndole todas, dice el evangelista san Mateo que adoraron sus sagrados piés, y el Señor las mandó otra vez que fuesen á los Apóstoles, y les dijesen lo que habian visto, y que se fuesen ellos á Galilea, donde le verian resucitado[2]. Desapareció el Señor; y las Marías apresurando el paso volvieron al cenáculo, y contaron á los Apóstoles todo cuanto les habia sucedido, y siempre estaban tardos en darlas crédito[3]. Luego entraron las Marías á dar noticia de lo que pasaba á la Reina del cielo. Y como si lo ignorara las oyó con admirable caricia y prudencia, aunque todo lo sabia por la vision intelectual con que lo conocia. Y como iba conociendo y tomando ocasion de lo que las Marías la contaron, las confirmó en la fe de los misterios y altos sacramentos de la Encarnacion y Redencion, y de las divinas Escrituras que de ellos trataban. Pero no las dijo lo que á la divina Reina le habia sucedido, aunque fue la maestra de estas fieles y devotas discípulas, como el Señor de los Apóstoles, para restituirlos á la fe.

1483. No refieren los Evangelistas cuándo apareció el Señor á san Pedro[4], aunque lo supone san Lucas. Pero fue despues de las Marías, y mas ocultamente á solas, como á cabeza de la Iglesia, antes que á todos juntos y que á otro alguno de los Apóstoles; y fue aquel mismo dia, despues que las Marías le dieron noticia de haberle visto. Luego sucedió el aparecimiento que refieren, y que largamente cuenta san Lucas[5], de los dos discípulos que aquella tarde iban de Jerusalen al castillo de Emaús, que estaba sesenta estadios de la ciudad, y hacian cuatro millas de Palestina y cási dos leguas de España. El uno de los dos se llamaba Cleofás y el otro era el mismo san Lucas; y sucedió en esta manera: Salieron de Jerusalen los dos discípulos, despues que oyeron lo que las Marías contaron; y en el camino continuaron la plática de los sucesos de la pasion y santidad de su Maestro, y la crueldad de los judíos. Admirábanse de que el Todopoderoso hubiese permitido que padeciese tales oprobrios y tormentos un hombre santo y tan inocente.

1 Matth. XXVIII, 9. — 2 Ibid. 10. — 3 Luc. XXIV, 11. — 4 Ibid. 34.
5 Ibid. 13.

El uno decia: ¿Cuándo se vió tal suavidad y dulzura? El otro repetia: ¿Quién jamás oyó ni vió tal paciencia, sin querellarse, ni mudar el semblante tan apacible y de majestad? Su doctrina era santa, su vida inculpable, sus palabras de salud eterna, sus obras en beneficio de todos; pues ¿qué vieron en él los sacerdotes, para cobrarle tanto aborrecimiento? Respondia el otro: Verdaderamente fue admirable en todo; y nadie puede negar que era gran profeta: hizo muchos milagros, alumbró ciegos, sanó enfermos, resucitó muertos, y á todos hizo admirables beneficios; pero dijo que resucitaria al tercero dia de su muerte, que es hoy, y no lo vemos cumplido. Replicó el otro: Tambien dijo que le habian de crucificar [1], y se ha cumplido como lo dijo.

1484. En medio de estas y otras pláticas se les apareció Jesús en hábito de peregrino, como que los alcanzaba en el camino, y les dijo (despues de saludarlos [2]): *¿De qué hablais, que me parece os veo entristecidos?* Respondió Cleofás: ¿Tú solo eres peregrino en Jerusalen, que no sabes lo que ha sucedido estos dias en la ciudad? Dijo el Señor: *Pues ¿qué ha sucedido?* Replicó el discípulo: ¿No sabes lo que han hecho los príncipes y sacerdotes con Jesús Nazareno, varon santo y poderoso en palabras y obras, como le han condenado y crucificado? Nosotros teníamos esperanzas que habia de redimir á Israel resucitando de los muertos, y se pasa ya el dia tercero de su muerte, y no sabemos lo que ha hecho. Aunque unas mujeres de los nuestros nos han atemorizado, porque fueron muy de mañana al sepulcro, y no hallaron al cuerpo, y afirman que vieron unos Ángeles que las dijeron como ya habia resucitado. Luego acudieron otros compañeros nuestros al sepulcro, y vieron ser verdad lo que las mujeres les contaron. Pero nosotros vamos á Emaús para esperar allí á ver en qué paran estas novedades. Respondióles el Señor: *Verdaderamente sois necios y tardos de corazon; pues no entendeis que convenia así, que padeciese Cristo todas esas penas y muerte tan afrentosa para entrar en su gloria.*

1485. Y prosiguiendo el divino Maestro, les declaró los misterios de su vida y muerte para la redencion humana; comenzando de la figura del cordero, que mandó sacrificar y comer Moisés, rubricando los umbrales con su sangre [3]; y lo que figuraba la muerte del sumo sacerdote Aaron [4], la muerte de Sanson [5] por los amores de su esposa Dálila, y muchos salmos de David [6], donde profetizó el

[1] Matth. xx, 19. — [2] Luc. xxiv, à v. 16. — [3] Exod. xii, 7.
[4] Num. xx, 29. — [5] Judic. xvi, 30. — [6] Psalm. xxi, 17, 19; xv, 10.

concilio, la muerte, y division de las vestiduras, y que su cuerpo no veria la corrupcion; lo que dijo la Sabiduría [1], y mas claro Isaías [2] y Jeremías [3] de su pasion; que pareceria un leproso desfigurado, varon de dolores; que seria llevado como oveja al matadero, sin abrir su boca; y Zacarías [4], que le vió traspasado de muchas heridas; y otros lugares de los Profetas les dijo, que claramente dicen los misterios de su vida y muerte. Con la eficacia de este razonamiento fueron los discípulos poco á poco recibiendo el calor de la caridad y la luz de la fe que se les habia eclipsado. Y cuando ya se acercaban al castillo de Emaús, el divino Maestro les dió á entender pasaba adelante en su jornada; pero ellos le rogaron con instancia se quedase con ellos, porque ya era tarde. Admitiólo el Señor, y convidado de los discípulos se reclinaron para cenar juntos, conforme la costumbre de los judíos. Tomó el Señor el pan, y como tambien solia, lo bendijo y partió, dándoles con el pan bendito el conocimiento infalible de que era su Redentor y Maestro.

1486. Conociéronle, porque les abrió los ojos del alma; y al punto que los dejó ilustrados se les desapareció de los del cuerpo, y no le vieron mas entonces. Pero quedaron admirados y llenos de gozo, confiriendo el fuego de caridad que sintieron en el camino, cuando les hablaba su Maestro y les declaraba las Escrituras. Y luego sin dilacion se volvieron á Jerusalen [5] ya de noche. Entraron en la casa donde se habian retirado los demás Apóstoles por temor de los judíos, y los hallaron confiriendo las noticias que tenian de haber resucitado el Salvador, y como ya se habia aparecido á san Pedro. Y á esto añadieron los dos discípulos todo cuanto en el camino les sucedió, y como ellos le habian conocido cuando les partió el pan en el castillo de Emaús. Estaba entonces presente santo Tomás; y aunque oyó á los dos discípulos, y que san Pedro confirmaba lo que decian, asegurando que tambien él habia visto á su Maestro resucitado, con todo estuvo tardo y dudoso, sin dar crédito al testimonio de tres discípulos, fuera de las mujeres. Y con algun despecho (efecto de su incredulidad) se salió y se fué de la compañía de los demás. Y en pequeño espacio, despues que Tomás se habia despedido y cerradas las puertas, entró el Señor y apareció á los demás. Y estando en medio de todos les dijo [6]: *Paz sea con vosotros: yo soy, no querais temer*.

1487. Con este repentino aparecimiento se turbaron los Apósto-

[1] Sap. II, 20. — [2] Isai. LIII, 2. — [3] Jerem. XI, 19.
[4] Zach. XIII, 6. — [5] Luc. XXIV, 33. — [6] Ibid. 36.

les, temiendo si era espíritu ó fantasma lo que veian, y el Señor les dijo [1]: *¿De qué os turbais y admitís tan varios pensamientos? Mirad mis piés y manos, y conoced que yo soy vuestro maestro. Tocad con vuestras manos mi cuerpo verdadero, que los espíritus no tienen carne ni huesos, cómo veis que yo los tengo.* Estaban tan turbados y confusos los Apóstoles, que viendo y tocando las manos llagadas del Salvador, aun no acababan de creer que era él á quien hablaban y tocaban. El amantísimo Maestro, para asegurarlos mas, les dijo [2]: *Dadme si teneis algo de comer.* Ofreciéronle muy gozosos parte de un pez asado y de un panal de miel [3]; comió parte de ello, y lo demás les repartió á todos, diciendo: *¿No sabeis que todo lo que por mí ha pasado es lo mismo que lo que de mí estaba escrito en Moisés, en los Profetas, en los Salmos y Escrituras sagradas, y que todo se debia cumplir así como estaba profetizado?* Y con estas palabras les abrió los sentidos, y le conocieron, y entendieron las Escrituras que hablaban de su pasion, muerte y resurreccion al tercero dia. Y habiéndolos así ilustrado, les dijo otra vez [4]: *Paz sea con vosotros. Como me envió á mí mi Padre, así os envio yo para que enseñeis al mundo la verdad y conocimiento de Dios y de la vida eterna, predicando penitencia de los pecados y remision de ellos en mi nombre.* Y derramando en ellos su divino aliento ó soplo, añadió y dijo [5]: *Recibid al Espíritu Santo, para que los pecados que perdonáredeis sean perdonados, y los que no perdonáredeis no lo sean. Predicaréis á todas las gentes, comenzando de Jerusalen* [6]. Con esto desapareció el Señor, dejándolos consolados y asegurados en la fe, y con potestad de perdonar pecados ellos y los demás sacerdotes.

1488. Todo esto sucedió como se ha dicho, no estando santo Tomás presente; pero luego, disponiéndolo el Señor, volvió á la congregacion de donde se habia ausentado, y le contaron los Apóstoles todo cuanto en su ausencia les habia sucedido. Pero aunque los halló tan trocados con el nuevo gozo que recibieron, con todo eso estuvo incrédulo y porfiado, afirmando que no daba crédito á lo que todos aseguraban, si primero no viese por sus ojos las llagas, y tocase la del costado y las demás con su mano y dedos [7]. En esta dureza perseveró el incrédulo Tomás ocho dias, hasta que pasados volvió el Señor otra vez, cerradas las puertas, y se apareció en medio de los mismos Apóstoles y del incrédulo. Saludólos como solia, diciendo [8]: *Paz sea con vosotros.* Y llamando luego á Tomás, le repre-

[1] Luc. XXIV, 38, 39. — [2] Ibid. 41. — [3] Ibid. 42. — [4] Joan. XX, 21.
[5] Ibid. 22. — [6] Luc. XXIV, 47. — [7] Joan. XX, 25. — [8] Ibid. 26.

hendió con amorosa suavidad, y le dijo [1]: *Llegad, Tomás, con vuestras manos, y tocad los agujeros de las mias y de mi costado, y no querais ser tan incrédulo, sino rendido y fiel.* Tocó las divinas llagas Tomás, y fue ilustrado interiormente para creer y conocer su ignorancia. Y postrándose en tierra dijo [2]: *Señor mio y Dios mio.* Replicó su Majestad [3]: *Porque me viste, Tomás, me has creido; pero serán bienaventurados los que no me vieren y me creyeren.* Desapareció el Señor, quedando los Apóstoles y Tomás llenos de luz y de alegría. Luego fueron todos á dar cuenta á María santísima de lo que habia sucedido, como lo hicieron del primer aparecimiento.

1489. No estaban entonces los Apóstoles capaces de la gran sabiduría de la Reina del cielo, y mucho menos de las noticias que tenia de todo lo que á ellos les sucedia, y de las obras de su Hijo santísimo; y así la daban cuenta de lo que iba sucediendo: y ella los oia con suma prudencia y mansedumbre de Madre y de Reina. Y despues de la primera aparicion la contaron algunos apóstoles la obstinacion de Tomás, y que no les queria dar crédito á todos juntos, aunque le afirmaban haber visto á su Maestro resucitado; y en aquellos ocho dias, como perseveraba en su incredulidad, creció mas contra él la indignacion de algunos apóstoles. Y luego iban á la gran Señora, y le culpaban en su presencia de culpado, terco, arrimado á su parecer, como hombre grosero y desalumbrado. La piadosa Princesa los oia con pacífico corazon; y viendo que crecia el enojo de los Apóstoles, que aun estaban todos imperfectos, habló á los mas indignados, y los quietó con decirles que los juicios del Señor eran muy ocultos, y que de la incredulidad de Tomás sacaria grandes bienes para otros y gloria para sí mismo; que esperasen y no se turbasen tan presto. Hizo la divina Madre ferventísima oracion y peticiones por Tomás, y por ella aceleró el Señor su remedio, y se le dió al incrédulo Apóstol. Luego que se redujo y dieron todos noticia á su Maestra y Señora, los confirmó en su fe, amonestándolos y corrigiéndolos; y les ordenó que con ella diesen gracias al muy alto por aquel beneficio, y que fuesen constantes en las tentaciones; pues todos estaban sujetos á los peligros de caer. Otras muchas y dulces razones les dijo de correccion, enseñanza, advertencia y de doctrina, previniéndolos para lo que les restaba de trabajar en la nueva Iglesia.

1490. Otras apariciones y señales hizo nuestro Salvador, como supone el evangelista san Juan [4]; y solamente se escribieron las que

[1] Joan. xx, 27. — [2] Ibid. 28. — [3] Ibid. 29. — [4] Ibid. 30.



bastan para la fe de su resurreccion. Luego el mismo Evangelista [1] escribe la aparicion que hizo su Majestad en el mar de Tiberias á san Pedro, Tomás, Nathanael, á los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos, que por ser tan misteriosa me ha parecido no omitirla en este capítulo. Sucedió la aparicion en esta forma: Fueron los Apóstoles á Galilea, despues de lo que en Jerusalen les habia sucedido; porque el Señor se lo mandó, prometiéndoles que allá le verian. Y hallándose los siete apóstoles y discípulos cerca de aquel mar, les dijo san Pedro que para tener alguna cosa con que pasar, queria ir á pescar, que lo sabia hacer de oficio. Acompañáronle todos en él, y pasaron aquella noche arrojando las redes sin coger solo un pez. Á la mañana se apareció nuestro Salvador Jesús en la ribera, sin darse entonces á conocer. Estaba cerca la barquilla en que pescaban, y preguntóles el Señor [2]: *¿Teneis algo que comer?* Ellos respondieron: *Nada tenemos.* Replicó su Majestad [3]: *Arrojad la red á la diestra de la navecilla, y cogeréis.* Hiciéronlo así, y llenóse la red de pescado, de manera que no la podian levantar. Entonces san Juan con el milagro conoció á Cristo nuestro Señor, y llegándose á san Pedro, le dijo: El Señor es quien nos habla de la ribera. Con este aviso lo conoció tambien san Pedro; y todo inflamado en sus acostumbrados fervores, se vistió muy apriesa la túnica de que estaba desnudo, y se arrojó al mar [4], caminando sobre las aguas hasta donde estaba el Maestro de la vida, y los demás se fueron acercando con la barquilla donde estaban.

1491. Saltaron en tierra, y hallaron que ya el Señor les tenia prevenida la comida; porque vieron lumbre, pan y un pez sobre las brasas; pero su Majestad les dijo que trajesen de los que ya habian pescado [5], y tirando san Pedro, halló que tenia ciento y cincuenta y tres peces; y con ser tantos, no se habia rompido la red. Mandóles el Señor que comiesen. Y aunque estaba con ellos tan familiar y afable, ninguno se atrevia á preguntarle quién era: porque los milagros y majestad les causó gran temor de reverencia con el Señor. Repartióles los peces y pan. Y luego que acabaron de comer se volvió á san Pedro, y le dijo [6]: *Simon, hijo de Jona, ¿ámasme tú mas que estos?* Respondió san Pedro: *Sí, Señor, tú sabes que yo te amo.* Replicó el Señor: *Apacienta mis corderos.* Luego le preguntó otra vez: *Simon, hijo de Jona, ¿ámasme?* San Pedro replicó lo mismo: *Señor, tú sabes que te amo.* Hizo el Señor tercera vez la

1 Joan. XXI, 1. — 2 Ibid. 5. — 3 Ibid. 6. — 4 Ibid. 7. — 5 Ibid. 10.
6 Ibid. 15, 16, 17.

misma pregunta: *Simon, hijo de Jona, ¿ámasme?* Con esta tercera vez se entristeció san Pedro y respondió: *Señor, tú sabes todas las cosas, y que yo te amo.* Respondióle Cristo nuestro Señor tercera vez: *Apacienta mis ovejas.* Con que á él solo hizo cabeza de su Iglesia única y universal, dándole la suprema autoridad de vicario suyo sobre todos los hombres. Y para esto le examinó tantas veces en el amor que le tenia, como si con aquel solo se hubiera hecho capaz de la suprema dignidad, y él solo le bastara para administrarla dignamente.

1492. Luego el mismo Señor intimó á san Pedro la carga del oficio que le daba, y le dijo [1]: *De verdad te aseguro, que cuando séas ya viejo, no te has de ceñir, como cuando eres mozo, ni has de ir á donde tú quisieres; porque te ceñirá otro y te llevará á donde no quieras.* Entendió san Pedro que le prevenia el Señor la muerte de cruz con que le imitaria y seguiria. Pero como amaba tanto á san Juan, deseando saber lo que seria dél, preguntó al Señor [2]: *¿Qué determinas hacer de este tan amado vuestro?* Respondióle su Majestad: *¿Qué te importa á tí saberlo? Si quiero que él se quede así hasta que venga otra vez al mundo, en mi mano estará. Sígueme tú, y no cuides de lo que yo quiero hacer dél.* De estas razones se levantó entre los Apóstoles un rumor, que san Juan no habia de morir. Pero el mismo Evangelista advierte, que Cristo no dijo que no moriria afirmativamente, como consta de las palabras referidas; antes parece que ocultó de intento la voluntad que tenia de la muerte del Evangelista, reservando entonces para sí el secreto. De todos estos misterios y apariciones tuvo María santísima clara inteligencia por la revelacion que muchas veces he dicho [3]. Y como archivo de las obras del Señor y depositaria de sus misterios en la Iglesia, los guardaba y conferia en su castísimo y prudentísimo pecho. Y luego los Apóstoles, en especial el nuevo hijo san Juan, la informaban de todos los sucesos que se ofrecian. La gran Señora perseveraba en su recogimiento los cuarenta dias continuos despues de la resurreccion; y allí gozaba de la vista de su Hijo santísimo y de los Santos y Ángeles; y estos cantaban al Señor los himnos y alabanzas que la amantísima Madre le hacia; y como de su boca los cogian los Ángeles, para celebrar las glorias del Señor de las vitorias y virtudes.

[1] Joan. XXI, 18. — [2] Ibid. 21, 22, 23.
[3] Supr. n. 990, 534, et frequenter.

Doctrina que me dió la reina María santísima.

1493. Hija mia, la enseñanza que te doy en este capítulo será tambien la respuesta del deséo que tienes de entender por qué mi Hijo santísimo se apareció una vez de peregrino, otra como hortelano; y por qué no se daba á conocer siempre á la primera vista. Advierte, pues, carísima, que las Marías y los Apóstoles, aunque ya eran discípulos del Señor, y entonces los mejores y mas perfectos en comparacion de los otros hombres del mundo; con todo eso en el grado de la perfeccion y santidad eran párvulos, y no tan adelantados como debian en la escuela de tal Maestro. Y así estaban flacos en la fe, y en otras virtudes eran menos constantes y fervorosos de lo que pedia su vocacion y beneficios recibidos de la mano del Señor; y las culpas menores de las almas favorecidas y escogidas para la amistad de Dios, y de su familiar trato, pesan en los ojos de su justísima equidad mas que algunas culpas graves de otras almas que no son llamadas á esta gracia. Por estas causas los Apóstoles y las Marías, aunque eran amigos del Señor, no estaban dispuestos, con sus culpas y flaqueza, tibieza y flojedad de amor, para que el divino Maestro les comunicase luego los efectos celestiales de su conocimiento y presencia. Pero con su paternal amor les hablaba, primero de manifestarse, palabras de vida con que los disponia, ilustrándolos y fervorizándolos. Y cuando en sus corazones renovaba la fe y el amor, entonces se les daba á conocer, y les comunicaba la abundancia de su divinidad que sentian, y otros admirables dones y gracias con que eran renovados y levantados sobre sí mismos. Y cuando comenzaban á gozar de estos favores, se les desaparecia, para que le codiciasen de nuevo con mas ardientes deseos de su comunicacion y trato dulcísimo. Este fue el misterio de aparecerse disimulado á la Magdalena, á los Apóstoles y discípulos del camino de Emaús. Y lo mismo hace respectivamente con muchas almas que elige para su íntimo trato y comunicacion.

1494. Con este órden admirable de la divina Providencia quedarás enseñada y reprehendida de las dudas ó incredulidad que tantas veces has incurrido en los beneficios y favores que recibes de la divina clemencia de mi Hijo santísimo, en que ya es tiempo moderes los temores que siempre has padecido; porque no pases de humilde á ingrata, y de dudosa á pertinaz y tarda de corazon para darles crédito. Tambien te servirá de doctrina el ponderar digna-

mente la prontitud de la inmensa caridad del Altísimo en responder luego á los humildes y contritos de corazon [1]; y asistir al punto á los que con amor le buscan [2] y desean, y á los que meditan y hablan de su pasion y muerte. Todo esto conocerás en Pedro y la Magdalena, y en los discípulos. Imita, pues, hija mia, el fervor de la Magdalena en buscar á su Maestro, sin detenerse con los mismos Ángeles, sin alejarse del sepulcro con todos los demás, sin descansar un punto hasta que le halló tan amoroso y suave. Y esto le granjeó tambien el haberme acompañado á mí en toda la pasion con ardentísimo corazon. Y lo mismo hicieron las otras Marías, con que merecieron las primeras el gozo de la resurreccion. Tras ellas le alcanzó la humildad y dolor con que san Pedro lloró su negacion [3]; luego se inclinó el Señor á consolarle, y mandar á las Marías que señaladamente le diesen á él nuevas de la resurreccion [4], y luego lo visitó y confirmó en la fe, y lo llenó de gozo y dones de su gracia. Á los dos discípulos, aunque dudaban, porque trataban de su muerte y se compadecian de ella, se les apareció luego antes que á otros. Y te aseguro, hija mia, que ninguna buena obra de las que hacen los hombres con recta intencion y corazon se queda sin gran premio de contado; porque ni el fuego en su grande actividad enciende tan presto la estopa muy dispuesta, ni la piedra, quitado el impedimento, se mueve tan presto para el centro, ni el mar corre en su ímpetu ni va con tanta fuerza como la bondad del Altísimo y su gracia se comunica á las almas cuando ellas se disponen, y quitan el óbice de las culpas que detiene como violento al amor divino. Esta verdad es una de las cosas que mayor admiracion causa en los bienaventurados, que la conocen en el cielo. Alábale por esta infinita bondad, y tambien porque con ella saca de los males grandiosos bienes, como lo hizo de la incredulidad de los Apóstoles, en que manifestó el Señor este atributo de su misericordia con ellos; y para todos hizo mas creible su santa resurreccion, y patente el perdon de los pecados y su benignidad, perdonando á los Apóstoles, y como olvidando sus culpas, para buscarlos y aparecérseles, y humanándose con ellos como verdadero padre; alumbrándoles y dándoles doctrina segun su necesidad y poca fe.

[1] Psalm. XXXIII, 19. — [2] Sap. VI, 13. — [3] Matth. XXVI, 75.
[4] Marc. XVI, 7.

CAPÍTULO XXVIII.

Algunos ocultos y divinos misterios que á María santísima sucedieron despues de la resurreccion del Señor; y como se le dió título de Madre y Reina de la Iglesia, y el aparecimiento de Cristo antes y para la ascension.

Dificultad de declarar con palabras los misterios que manifestaba la luz con que se escribió esta Historia. — Estado de María despues de la resurreccion. — En qué ocuparon Jesús y María los cuarenta dias que estuvieron juntos en el cenáculo despues de la resurreccion. — Coloquios que tenian y alteza del gozo que á ellos acompañaba en la Madre de Dios. — Ciencia que tenia María de las vidas de los Santos que allí asistian con su Hijo. — Coro que hizo con ellos ejercitándose en las alabanzas divinas. — Motivo de María en disponer este celestial coro en la tierra. — Multitud, alteza y forma de los cánticos que alternaban. — Todas las almas de los que murieron en gracia aquellos cuarenta dias iban al cenáculo, y allí eran beatificadas. — Como satisfacia María por las que tenian que purgar. — Oraciones que hizo entonces María por los mortales. — Aparecimiento del Padre y el Espíritu Santo en el cenáculo. — Subió Cristo al trono en que aparecian las Personas divinas. — Fue María levantada y puesta en el trono con las tres divinas Personas. — Palabras con que cada una de las Personas divinas la encomendaron la Iglesia. — Palabras con que delante de los Ángeles y Santos la declararon por Madre y Reina de la Iglesia. — Promesa á los que de corazon se valieren de su intercesion. — Humildad de la Madre de Dios en la eminencia de estos favores. — Cuidado que desde aquella hora tuvo María de la Iglesia evangélica. — Altísimo estado de participacion del ser de su Hijo en que quedó María, correspondiente al ministerio que la dieron. — Diósele alguna luz de estos misterios á Juan, para la veneracion de María. — Aparecimiento de Cristo á sus discípulos y discípulas, para volverse al Padre. — Fue en el cenáculo, y cuándo. — Otro aparecimiento á los once Apóstoles que precedió en el mismo dia. — Palabras que dijo el Señor á los Apóstoles dándoles potestad para plantar la Iglesia por todo el mundo. — Juntáronse por disposicion divina en la casa del cenáculo los otros fieles y piadosas mujeres, hasta el número de ciento veinte. — Aparecióse el Señor estando congregados. — Razones que les dijo en recomendacion de su Madre. — Declaró á san Pedro por cabeza de su Iglesia. — Recomendó á Juan por hijo de María. — Pidió María á su Hijo no la diesen mas honra de la precisa para lo que la dejaba encargado. — Razon de esta peticion. — Afectos de amor y sentimiento en que se encendieron los corazones de los discípulos con la despedida de su Maestro. — Tiernas palabras que le dijeron. — Exhortacion á engrandecer y alabar al Señor por las maravillas que obró con su Madre. — Ejercicio de el cántico de *Magnificat*. — Ordenó María á los Evangelistas que no escribiesen mas excelencias suyas que las necesarias para fundar la Iglesia. — Para cuándo se reservaron.

1495. En todo el discurso de esta divina Historia me ha hecho pobre de palabras la abundancia y grandeza de los misterios. Es

mucho lo que al entendimiento se le ofrece en la divina luz, y poco lo que alcanzan las razones: y en esta desigualdad y defecto he sentido siempre gran violencia, porque la inteligencia es fecunda y la palabra estéril; con que no corresponde el parto de las razones á la preñez del concepto; y quedo siempre con recelo de los términos que elijo, y muy descontenta de lo que digo, porque todo es menos, y no puedo suplir este defecto, ni llenar el vacío entre el hablar y entender. Ahora me hallo en este estado, para declarar lo que se me ha dado á conocer de los misterios ocultos y sacramentos altísimos que tuvo María santísima en los cuarenta dias despues de la resurreccion de su Hijo y nuestro Redentor, hasta que subió á los cielos. El estado en que la puso el poder divino fue nuevo y mas levantado despues de la pasiôn y resurreccion: las obras fueron mas ocultas, los favores proporcionados á su eminentísima santidad y á la voluntad ocultísima del que los obraba; porque ella era la regla por donde los media. Y si todo lo que se me ha manifestado lo hubiera de escribir, fuera necesario extender mucho esta Historia en copiosos libros. Por lo que dijere se podrá rastrear algo de tan divinos sacramentos, para la gloria de esta gran Reina y Señora.

1496. Ya queda dicho arriba en el principio del capítulo pasado [1], que en los cuarenta dias despues de la resurreccion del Señor asistia su Majestad en el cenáculo en compañía de su Madre santísima, cuando no se ausentaba para hacer algunas apariciones, de donde volvia luego á su presencia. Y á cualquiera juicio prudente se deja entender que aquel tiempo, cuando los dos Señores del mundo estaban juntos, le gastarian en obras divinas y admirables sobre todo humano pensamiento. Y lo que de estos sacramentos se me ha dado á conocer es inefable; porque muchos ratos gastaban en coloquios dulcísimos de incomparable sabiduría, que para la amantísima Madre eran de un linaje de gozo inferior al de la vision beatífica, pero sobre todo júbilo y consuelo imaginable. Otras veces se ocupaban la gran Reina, los Patriarcas y Santos que allí asistian glorificados en alabar y engrandecer al muy alto. Tuvo María santísima noticia y ciencia de todas las obras y merecimientos de los mismos Santos; de los beneficios, favores y dones que cada uno habia recibido de la diestra del Omnipotente; de los misterios, figuras y profecías que en los antiguos Padres habian precedido. Y de todo estaba tan capaz, y lo tenia mas presente en su memoria para mirarlo, que nosotros para decir la Ave María. Consideró la prudentísima Se-

[1] Supr. n. 1477.

ñora estos grandes motivos que todos aquellos Santos tenian para bendecir y alabar al Autor de todos los bienes, y no obstante que siempre lo hacian y lo hacen los Santos glorificados con la vision beatífica; con todo eso por la parte que hablaba con ellos la divina Princesa, y la respondian, les dijo que por todos aquellos beneficios y obras del Señor, que en ellos conocia, queria que todos con su alteza le magnificasen y alabasen.

1497. Condescendió con la Reina todo aquel sagrado coro de los Santos, y ordenadamente comenzaron y prosiguieron este divino ejercicio; de manera que todos hacian un coro y decian un verso cada uno de los bienaventurados, y la Madre de la Sabiduría les respondia con otro. Y frecuentando estos alternados y dulces cánticos, decia la gran Señora tantos loores y alabanzas por sí sola, como todos los Santos juntos y Ángeles, que tambien entraban en estos cánticos nuevos, y admirables para ellos y para los demás bienaventurados; porque la sabiduría y reverencia que la divina Princesa manifestaba en carne mortal excedia á todos los que estaban fuera de ella, y gozando de la vision beata. Todo lo que en estos dias hizo María santísima excede á la capacidad y juicio de los hombres. Pero los altos pensamientos y motivos de su divina prudencia fueron dignos de su fidelísimo amor; porque conociendo que su Hijo santísimo se detenia en el mundo principalmente por ella, para asistirla y consolarla, determinó recompensarle este amor en la forma que le era posible. Y por esto ordenó que no le faltasen al mismo Señor en la tierra las continuas alabanzas y loores que los mismos Santos le dieran en el cielo. Y concurriendo ella misma á esta veneracion y loores de su Hijo, los levantó de punto, y de la casa del cenáculo hizo cielo.

1498. En estos ejercicios gastó lo mas de aquellos cuarenta dias, y en ellos hicieron mas cánticos y himnos, que todos los Santos y Profetas nos dejaron. Algunas veces interponian los Salmos de David y las mismas profecías de la Escritura, como glosando y manifestando sus misterios tan profundos y divinos; y los santos Padres que los habian dicho y profetizado señalaban mas nuestra Reina, reconociendo aquellos dones y favores que de la divina diestra recibieron, cuando se les revelaron tantos y tan venerables sacramentos. Tambien era admirabilísimo el gozo que recibia cuando respondia á su Madre santísima, á su padre san Joaquin, san Josef y el Baptista, y los grandes Patriarcas; y en carne mortal no puede imaginarse otro estado mas inmediato á la fruicion beatífica que el que entonces tuvo nuestra gran Reina y Señora. Otra gran maravilla sucedió

en aquel tiempo, y fue, que todas las almas de los justos que acabaron en gracia en aquellos cuarenta dias, todas iban al cenáculo, y las que no tenian deuda que pagar, eran allí beatificadas. Pero las que debian ir al purgatorio aguardaban allí sin ver al Señor, unos tres, otros cinco, otros mas ó menos dias. Y en este tiempo la Madre de misericordia satisfacia por ellos con genuflexiones, postraciones y alguna obra penal, y mucho mas con el ardentísimo amor de caridad con que oraba por ellos, y les aplicaba los méritos infinitos de su Hijo por satisfacion; y con este socorro se les abreviaba y recompensaba la pena de no ver al Señor (que del sentido no la tenian), y luego eran beatificados y colocados con el coro de los Santos. Y por cada uno que de nuevo entraba en él, hacia la gran Reina otros cánticos altísimos al Señor.

1499. Entre todos estos ejercicios y júbilos de que gozaba la piadosísima Madre con inefable abundancia, no se olvidaba de la miseria y pobreza de los hijos de Eva y desterrados de la gloria; antes como Madre de misericordia, convirtiendo sus ojos al estado de los mortales, hizo por todos ferventísima oracion. Pidió al eterno Padre dilatase la nueva ley de gracia por todo el mundo; multiplicase los hijos de la Iglesia; la defendiese y amparase, y que el valor de la redencion fuese eficaz para todos. Y aunque esta peticion la regulaba en el efecto por los eternos decretos de la sabiduría y voluntad divina; pero en cuanto al afecto de la amantísima Madre á todos se extendia el fruto de la redencion, deseándoles la vida eterna. Y fuera de esta peticion general la hizo particular por los Apóstoles, y entre ellos señaladamente por san Juan y san Pedro; porque al uno tenia por hijo, y al otro por cabeza de la Iglesia. Pidió tambien por la Magdalena y las Marías, y por todos los demás fieles que entonces pertenecian á la Iglesia, y por la exaltacion de la fe y nombre de su Hijo santísimo Jesús.

1500. Pocos dias antes de la ascension del Señor, estando su Madre santísima en uno de los ejercicios que he dicho, en el cenáculo, apareció el Padre eterno y el Espíritu Santo en un trono de inefable resplandor sobre los coros de los Ángeles y Santos que allí asistian, y otros espíritus que de nuevo acompañaban á las divinas Personas. Luego la del Verbo humanado subió al trono con las otras dos. Y la humilde siempre, y Madre del Altísimo, se postró en tierra retirada á un rincon, donde adoró con suma reverencia á la beatísima Trinidad, y en ella á su mismo Hijo humanado. Mandó luego el eterno Padre á dos de los supremos Ángeles que llamasen á María santísi-

ma, y al punto obedecieron. Llegaron á ella, y con voces dulcísimas le intimaron la voluntad divina. Levantóse del polvo con profunda humildad, encogimiento y veneracion; y acompañada de los Ángeles se llegó á los piés del trono, donde se humilló de nuevo. El eterno Padre la dijo: *Amiga, asciende mas alto* [1]; y obrando estas palabras lo que significaban, con virtud divina fue levantada y puesta en el trono de la Majestad real con las tres divinas Personas. Causóles nueva admiracion á los Santos ver una pura criatura levantada á tan excelente dignidad. Y conociendo la equidad y santidad de las obras del Altísimo, le dieron nueva gloria y alabanza, confesándole por Grande, Justo, Poderoso, Santo y Admirable en todos sus consejos.

1501. Habló el Padre con María santísima, y la dijo: *Hija mia, la Iglesia que mi Unigénito ha fundado, y la nueva ley de gracia que ha enseñado en el mundo, y el pueblo que ha redimido, todo lo fio de tí, y te lo encomiendo.* Dijo luego el Espíritu Santo: *Esposa mia, escogida entre todas las criaturas, mi sabiduría y gracia te comunico, con que se depositen en tu corazon los misterios, obras y doctrina, y lo que el Verbo humanado ha hecho en el mundo.* El mismo Hijo habló, y dijo: *Madre mia amantísima, yo me voy á mi Padre, en mi lugar te dejo, y encargo el cuidado de mi Iglesia; te encomiendo á sus hijos y mis hermanos, como mi Padre me los encargó á mí.* Convirtieron luego las tres divinas Personas sus palabras al coro de los santos Ángeles, y hablando con ellos y con los demás justos y santos, dijeron: *Esta es la Reina de todo lo criado en el cielo y en la tierra; es la Protectora de la Iglesia, Señora de las criaturas, Madre de piedad, Intercesora por los fieles, Abogada de los pecadores, Madre del amor hermoso y de la santa esperanza* [2]; *la poderosa para inclinar nuestra voluntad á la clemencia y misericordia. En ella quedan depositados los tesoros de nuestra gracia, y su corazon fidelísimo será las tablas donde queda escrita y grabada nuestra ley. En ella se encierran los misterios que nuestra omnipotencia ha obrado para la salud del linaje humano. Es la obra perfecta de nuestras manos, donde se comunica y descansa la plenitud de nuestra voluntad, sin algun impedimento, con el corriente de nuestras divinas perfecciones. Quien de corazon la llamare no perecerá; quien alcanzare su intercesion conseguirá la eterna vida. Lo que nos pidiere, le será concedido, y siempre harémos su voluntad, oyendo sus ruegos y deseos; porque con plenitud se dedicó toda á nuestro beneplácito.* Oyendo María santísima estos favores tan ine-

[1] Luc. XIV, 10. — [2] Eccli. XXIV, 24.

fables, se humilló y bajó hasta el polvo tanto mas, cuanto la diestra del Altísimo la exaltaba sobre todas las criaturas humanas y angélicas. Y como si fuera la menor de todas, adorando al Señor se ofreció con prudentísimas razones y ardentísimos afectos para trabajar como fiel sierva en la santa Iglesia, y obedecer con prontitud á la divina voluntad en lo que se le ordenaba. Y desde aquella hora admitió de nuevo el cuidado de la Iglesia evangélica, como Madre amorosa de todos sus hijos; y las peticiones que por ellos habia hecho hasta entonces, las renovó desde aquel punto; de manera, que por el discurso de su vida fueron incesantes y ferventísimas, como verémos en la tercera parte, donde se conocerá mas claro lo que la Iglesia debe á esta gran Reina y Señora, y los beneficios que la mereció y alcanzó. De este beneficio y de los que adelante diré, quedó María santísima con un linaje de participacion del ser de su Hijo, que no hallé términos para explicarlo; porque le dió una comunicacion de sus atributos y perfecciones, correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia, en lugar del mismo Cristo, y la elevó á otro nuevo ser de ciencia y potestad, con que, así de los misterios divinos, como de los corazones humanos nada le fue oculto. Supo y conoció cuándo y cómo habia de usar del poder divino que participaba con los hombres, con los demonios y todas las criaturas; y en una palabra, cuanto pudo caber en una pura criatura, todo lo recibió y tuvo con plenitud y dignacion nuestra gran Reina y Señora. De estos sacramentos se le dió alguna luz á san Juan, para que conociera el grado en que le convenia apreciar y estimar el inestimable valor del tesoro que se le habia encomendado; y desde aquel dia atendió á la gran Señora con nuevo cuidado, y venerarla y servirla.

1502. Otras maravillas y favores obró el Altísimo con María santísima en todos aquellos cuarenta dias, sin pasar alguno en que no se mostrase poderoso y santo en algun singular beneficio, como quien la queria enriquecer de nuevo antes de su partida para los cielos. Como ya se cumpliese el tiempo determinado por la misma Sabiduría para volverse á su eterno Padre, habiendo manifestado su resurreccion con evidentes apariciones y muchos argumentos (como dice san Lucas [1]), últimamente determinó su Majestad aparecer y manifestarse de nuevo á toda aquella congregacion de Apóstoles, y discípulos y discípulas, estando todos juntos, que eran ciento y veinte personas. Esta aparicion fue en el cenáculo el mismo dia de la As-

[1] Act. I, 3.

cension, tras de la que refiere san Marcos, en el último capítulo [1], que todo sucedió en un dia. Porque los Apóstoles, despues de haber estado en Galilea, á donde les mandó el Señor que fuesen [2], y despues de haberles aparecido allí en el mar de Tiberias [3], como arriba se dijo [4], y en el monte que san Mateo dice le adoraron [5], y que le vieron juntos quinientos discípulos, como dice san Pablo [6]; despues de estas apariciones volvieron á Jerusalen, disponiéndolo así el Señor, para que se hallasen á su admirable ascension. Y estando los once Apóstoles juntos y reclinados para comer, entró el Señor, como dicen san Marcos [7] y san Lucas en los Actos apostólicos [8], y comió con ellos con admirable dignacion y afabilidad, templando los resplandores y brillantes hermosos de su gloria, para dejarse ver de todos. Y acabada la comida les habló con majestad severa y agradable, y les dijo:

1503. *Advertid, discípulos mios, que mi eterno Padre me ha dado toda la potestad en el cielo y en la tierra* [9], *y la quiero comunicar á vosotros, para que planteis mi nueva Iglesia por todo el mundo. Incrédulos y tardos de corazon habeis sido en acabar de creer mi resurreccion; pero ya es tiempo que como fieles discípulos mios seais maestros de la fe para todos los hombres. Predicando mi Evangelio como de mí le habeis oido, bautizaréis á todos los que creyeren, dándoles el Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo (que soy yo), y del Espíritu Santo* [10]. *Y los que creyeren y fueren bautizados, serán salvos, y los que no creyeren serán condenados* [11]. *Enseñad á los creyentes á que guarden todo lo que toca á mi santa ley. Y en su confirmacion los creyentes harán señales y maravillas* [12]; *lanzarán los demonios de donde estuvieren; hablarán nuevas lenguas; curarán de las mordeduras de las serpientes, y si ellos bebieren mortal veneno, no les ofenderá; y darán salud á los enfermos con poner sus manos sobre ellos.* Estas fueron las maravillas que prometió Cristo nuestro Salvador para fundar su Iglesia con la predicacion del Evangelio; y todas se cumplieron en los Apóstoles y en los fieles de la primitiva Iglesia. Y para su propagacion en lo que falta del mundo, y para su conservacion donde está plantada, continúa las mismas señales, cuándo y cómo su providencia conoce ser necesario; porque nunca desampara su santa Iglesia, que es su esposa dilectísima.

[1] Marc. XVI, 14. — [2] Matth. XXVIII, 10. — [3] Joan. XXI, 1. — [4] Supr. n. 1490. — [5] Matth. XXXIII, 17. — [6] I Cor. XV, 6. — [7] Marc. XVI, 14. — [8] Act. I, 4. — [9] Matth. XXVIII, 18. — [10] Ibid. 19; ibid. 16. — [11] Marc. XVI, v. 16. — [12] Ibid. 17, 18.

1504. Este mismo dia por dispensacion divina, mientras el Señor estaba con los once discípulos, se fueron juntando en la casa del cenáculo otros fieles y piadosas mujeres hasta el número de ciento y veinte, que arriba dije; porque el divino Maestro determinó que se hallasen presentes á su ascension, y primero quiso informar á toda aquella congregacion, respectivamente como á los once Apóstoles, de lo que les convenia saber antes de su subida á los cielos, y despedirse de todos juntos. Estando así congregados, y unidos en paz y caridad en una sala, que era la en que se celebró la cena, se les manifestó el Autor de la vida á todos, y con semblante apacible les habló como padre amoroso, y les dijo.

1505. *Hijos mios dulcísimos, yo me subo á mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir á los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra os dejo en mi lugar á mi Madre, á quien habeis de oir y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quien á mí me viere verá á mi Padre*[1]*, y el que me conoce le conocerá tambien á él; ahora os aseguro, que quien conociere á mi Madre, me conocerá á mí; y el que á ella oye, á mí oye; y el que la obedeciere, me obedecerá á mí; y me ofenderá quien la ofendiere, y me honrará quien la honrare á ella. Todos vosotros la tendréis por madre, por superior y cabeza, y tambien en vuestros sucesores. Ella responderá á vuestras dudas, disolverá vuestras dificultades; y en ella me hallaréis siempre que me buscáreis; porque estaré en ella hasta el fin del mundo, y ahora lo estoy, aunque el modo es oculto para vosotros.* Y dijo esto su Majestad, porque estaba sacramentado en el pecho de su Madre, conservándose las especies que recibió en la cena, hasta que se consagró en la primera misa, como adelante diré[2]; y cumplió el Señor lo que refiere san Mateo que les dijo en esta ocasion: Con vosotros estoy hasta el fin del mundo[3]. Añadió mas el Señor, y dijo: *Tendréis á Pedro por suprema cabeza de mi Iglesia, donde le dejo por mi vicario; y como á pontífice supremo le obedeceréis. Á Juan tendréis por hijo de mi Madre*[4]*, como yo lo nombré y señalé desde la cruz.* Miraba el Señor á su Madre santísima que estaba presente, y la manifestaba una voluntad como inclinada á mandar á toda aquella congregacion que la adorasen y venerasen con el culto que su dignidad de Madre pedia, dejando esto debajo de algun precepto en la Iglesia. Pero la humildísima Señora suplicó á su Unigénito se sirviese de no darla mas honra de la que era precisa para ejecutar todo lo que

[1] Joan. XIV, 9. — [2] Part. III, n. 125. — [3] Matth. XXVIII, 20.
[4] Joan. XIX, 26.

la dejaba encargado; y que los nuevos hijos de la Iglesia no la diesen mas veneracion que hasta entonces; porque todo el sagrado culto se encaminase inmediatamente al mismo Señor, y sirviese á la propagacion del Evangelio y exaltacion de su nombre. Admitió Cristo nuestro Salvador esta prudentísima peticion de su Madre, reservando el darla mas á conocer para el tiempo conveniente y oportuno; aunque ocultamente la hizo tan extremados favores, como dirémos en lo restante de esta Historia.

1506. Con la amorosa exhortacion que les hizo el divino Maestro á toda aquella congregacion, con los misterios que les manifestó, y con ver que se despedia para dejarlos, fue incomparable la conmocion que todos sintieron en sus corazones; porque en ellos se encendió la llama del divino amor con viva fe de los misterios de su divinidad y humanidad. Con la memoria de su doctrina y palabras de vida que le habian oido, con el cariño de su agradable vista y conversacion, con el dolor de carecer en un punto de tantos bienes juntos, lloraban todos tiernamente, suspiraban de lo íntimo del alma. Quisiéranle detener, y no podian, porque tampoco convenia. Quisiéranse despedir, y no acertaban. Formaban todos en su pecho razones dolorosas entre suma alegría y piadosa pena. Decian: ¿Cómo virémos sin tal Maestro? ¿Quién nos hablará palabras de vida y de consuelo como las suyas? ¿Quién nos recibirá con tan amoroso y amable semblante? ¿Quién será nuestro Padre y nuestro amparo? Pupilos quedamos y huérfanos en el mundo. Rompieron algunos el silencio, y dijeron: *¡Oh amantísimo Señor y Padre nuestro! ¡Oh alegría y vida de nuestras almas! Ahora que te conocemos por nuestro Reparador, ¿te alejas y nos desamparas? Llévanos, Señor, tras de tí; no nos arrojes de tu vista. Ó esperanza nuestra, ¿qué harémos sin tu presencia? ¿Á dónde irémos si nos dejas? ¿Á dónde encaminarémos nuestros pasos, si no te seguimos como á Padre, Caudillo y Maestro nuestro?* Á estas y otras dolorosas razones les respondió su Majestad que no se apartasen de Jerusalen y perseverasen en oracion hasta que les enviase el Espíritu Santo consolador, prometido del Padre, como en el cenáculo se lo habia dicho á los Apóstoles. Tras esto sucedió lo que diré en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1507. Hija mia, justo es que admirándote de los ocultos favores que yo recibí de la diestra del Omnipotente, se despierte tu afecto para

bendecirle y darle eternos loores por tan admirables obras. Y aunque te reservo muchas, que conocerás fuera de la carne mortal; pero en ella quiero que desde hoy tengas como por oficio propio tuyo alabar y engrandecer al Señor, porque siendo yo formada de la comun masa de Adan, me levantó del polvo y manifestó conmigo el poder de su brazo [1], y obró tan grandes cosas con quien no se las pudo dignamente merecer. Para ejercitarte en estas alabanzas del Altísimo, en mi nombre repite muchas veces el cántico que yo hice de *Magnificat* [2], en que las encerré brevemente. Cuando estuvieres á solas, lo dirás postrada en tierra y con otras genuflexiones; y sobre todo ha de ser con íntimo afecto de amor y veneracion. Este ejercicio señalado por mí será muy agradable y acepto en mis ojos, y le presentaré en los del mismo Señor, si le haces como yo de tí le deseo.

1508. Y porque de nuevo te admiras de que los Evangelistas no escribiesen estas obras del Señor conmigo, te respondo tambien de nuevo aunque otras veces te lo he manifestado [3]; porque deseo lo tengan en su memoria todos los mortales. Yo misma ordené á los Evangelistas que no escribiesen de mí mas excelencias de las que eran menester para fundar la Iglesia en los artículos de la fe y mandamientos de la divina ley; porque como Maestra de la Iglesia conocí con la ciencia que el muy alto me infundió para este oficio, que esto era entonces así conveniente para sus principios. Y la declaracion de mis prerogativas estaban encerradas en ser Madre del mismo Dios, y para esta ser llena de gracias, se reservó por la divina Providencia para el tiempo oportuno y conveniente, cuando la fe estuviese mas declarada y fundada. Por los tiempos pasados se han ido manifestando algunos misterios que me pertenecen á mí; pero la plenitud de esta luz se te ha dado á tí, que eres una pobre y vil criatura, por la necesidad del infeliz estado del mundo, en que la divina piedad quiere dar á los hombres este medio tan oportuno, para que todos busquen el remedio y la salud eterna por mi intercesion. Esto has entendido siempre, y lo conocerás mas adelante. Pero en primer lugar quiero de tí que te ocupes toda en la imitacion de mi vida, y en la continua meditacion de mis virtudes y obras, para que alcances la vitoria que deseas de mis enemigos y tuyos.

1 Luc. I, 51. — 2 Ibid. 46.
3 Supr. n. 1026, 1049; part. III, n. 560, 562, 564.

CAPÍTULO XXIX.

La ascension de Cristo Redentor nuestro á los cielos con todos los Santos que le asistian; y lleva á su Madre santísima consigo para darla la posesion de la gloria.

Para celebrar su Ascension escogió Cristo las ciento veinte personas que juntó en el cenáculo.—Quiénes fueron.—Procesion que se ordenó desde el cenáculo al monte Olivete para la Ascension de Cristo.—Estaba ya la resurreccion divulgada por Jerusalen.—Milagrosa providencia para que no se embarazase en Jerusalen esta procesion.—Coros que se formaron en la eminencia del monte.—Adoracion que hizo á Cristo María, y los demás fieles á su imitacion.—Ascension de Cristo, y su modo.—Acompañamiento de este triunfo de Cristo.—Llevó el Señor consigo á su Madre.—Estaba María prevenida de este favor.—Hízolo la Omnipotencia poniendo á María á un tiempo en dos lugares.—Fue colocada en el cielo á la diestra de su Hijo.—Prevencion á los fieles para la devocion en esta maravilla.—Continuacion de la divina luz para escribir esta Historia.—Repeticion de la revelacion de este misterio de llevar Cristo en la Ascension consigo á su Madre.—Modo de la revelacion.—Razones de la piadosa credibilidad de este misterio.—Por otros sucesos quedan escritos en esta Historia.—Principios por donde se han de regular las maravillas que Dios obró con su Madre.—El no penetrarlos es causa de que los hombres las limiten.—Regla general de las prerogativas de María.—Razon de haber estado estas maravillas tantos siglos ocultas en la Iglesia.—Ejemplo que la confirma y declara.—Otras razones que prueban la pia credibilidad de este misterio.—Congruencias de que María subiese con su Hijo á los cielos.—Conveniencia de que el misterio de la subida de María á los cielos con su Hijo se ocultase entonces á los Apóstoles y demás fieles.—Sus lágrimas viendo se les ausentaba Cristo.—Nube que se les interpuso.—En la nube venia el eterno Padre á recibir á su Unigénito y á María.—Recibimiento que les hizo.—Palabras de los Ángeles para que se abriesen las puertas del cielo, y su declaracion.—Entrada de Cristo con su Madre en el empíreo.—Asiento de Cristo á la diestra del Padre.—Profundísima humildad de María viendo á su Hijo sentado á la diestra del eterno Padre.—Voces de las divinas Personas llamando á María al lugar eminente que la tenian señalado.—Manifestóse á todos los bienaventurados que ese lugar era la diestra de su Hijo.—Fue colocada María en el trono de la santísima Trinidad á la diestra de su Hijo.—Diósele eleccion de quedarse por la eternidad en aquel lugar, ó volver al mundo para asistir á la primitiva Iglesia.—Razones con que María eligió el asistir á la Iglesia renunciando por entonces el trono de el cielo.—En premio de esta eleccion se le concedió entonces la vision beatífica.—Singulares favores que el Señor la hizo para enviarla otra vez por madre y maestra de la Iglesia.—Pondérase la obligacion de los mortales en esta eleccion que hizo la Madre de Dios.—Cómo se verifican de María en la ejecucion de esta eleccion las calidades de la mujer fuerte.—Peticiones de María para el empleo á que bajaba de el cielo.—Caridad que bajó á ali-

mentar la Iglesia.—Pidió María á su Hijo en la Ascension consolase á sus discípulos en el dolor de su ausencia.—Á su peticion bajaron los dos Ángeles.—Las palabras de estos Ángeles, aunque fueron de consuelo, fueron tambien de reprehension, y por qué.—Infelicidad de nuestra naturaleza en dejarse llevar de lo sensible aun en lo mas divino.—En qué forma los discípulos de Cristo se dejaban llevar de lo sensible en la conversacion de su Maestro.—Cómo fue conveniente la Ascension, para que se repartiesen á la predicacion por el mundo.—Inclinacion del amor divino á favorecer las almas.—Engaño de los mortales en los favores que desean.—Cómo lo corrige el Señor dándoles trabajos.—Razon de poner el Señor en la eleccion de María su asistencia á la primitiva Iglesia.

1509. Llegó la hora felicísima en que el Unigénito del eterno Padre, que por la encarnacion humana bajó del cielo, habia de subir con admirable y propia ascension para asentarse á la diestra que le tocaba como heredero de sus eternidades, engendrado de su sustancia en igualdad y unidad de naturaleza y gloria infinita. Subió tanto porque descendió primero hasta lo inferior de la tierra, como lo dice el Apóstol[1], dejando llenas todas las cosas que de su venida al mundo, de su vida, muerte y redencion humana estaban dichas y escritas, habiendo penetrado como Señor de todo hasta el centro de la tierra; y echado el sello á todos sus misterios con este de su Ascension, en que dejó prometido el Espíritu Santo, que no viniera si primero no subiera á los cielos el mismo Señor[2], que con el Padre le habia de enviar á su nueva Iglesia. Para celebrar este dia tan festivo y misterioso eligió Cristo nuestro bien por especiales testigos las ciento y veinte personas, á quien juntó y habló en el cenáculo, como en el capitulo pasado se dijo, que eran María santísima, los once Apóstoles, los setenta y dos discípulos, María Magdalena, Marta, y Lázaro, hermano de las dos, las otras Marías y algunos fieles, hombres, y mujeres, hasta cumplir el número sobredicho de ciento y veinte.

1510. Con esta pequeña grey salió del cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos á todos delante por las calles de Jerusalen, y á su lado á la beatísima Madre. Luego Los Apóstoles y todos los demás por su órden caminaron hácia Betania, que distaba menos de media legua á la falda del monte Olivete. La compañía de los Ángeles y Santos que salieron del limbo y purgatorio seguian al Triunfador vitorioso con nuevos cánticos de alabanza, aunque de su vista solo gozaba María santísima. Estaba ya divulgada por toda Jerusalen y Palestina la resurreccion de Jesús Nazareno, aunque la pérfida malicia de los príncipes de los sacerdotes procuraba que se asentase

[1] Ephes. IV, 9. — [2] Joan. XVI, 7.

el falso testimonio de que los discípulos le habian hurtado [1]; pero muchos no lo admitieron, ni dieron crédito. Y con todo eso dispuso la divina Providencia que ninguno de los moradores de la ciudad, ó incrédulos, ó dudosos, reparasen en aquella santa procesion que salia del cenáculo, ni los impidiesen el camino; porque todos estuvieron justamente inadvertidos, como incapaces de conocer aquel misterio tan maravilloso, no obstante que el capitan y maestro Jesús iba invisible para todos los demás, fuera de los ciento y veinte justos que eligió para que le viesen subir á los cielos.

1511. Con esta seguridad que les previno el mismo Señor, caminaron todos hasta subir á lo mas alto del monte Olivete; y llegando al lugar determinado se formaron tres coros, uno de los Ángeles, otro de los Santos, y el tercero de los Apóstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacia cabeza. Luego la prudentísima Madre se postró á los piés de su Hijo, y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, con admirable culto y humildad, y le pidió su última bendicion. Todos los demás fieles que allí estaban á imitacion de su gran Reina hicieron lo mismo. Y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Señor si en aquel tiempo habia de restaurar el reino de Israel [2]. Su Majestad les respondió que aquel secreto era de su eterno Padre, y no les convenia saberlo, y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espíritu Santo predicasen en Jerusalen, en Samaria, y en todo el mundo los misterios de la redencion humana.

1512. Despedido su divina Majestad de aquella santa y feliz congregacion de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos, y en su propia virtud se comenzó á levantar del suelo, dejando en él las señales ó vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavísimo movimiento se fué encaminando por la region del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazon de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lágrimas le seguian con el afecto. Y como al movimiento del primer móvil se mueven tambien los cielos inferiores que comprehende su dilatada esfera; así nuestro Salvador Jesús llevó tras de sí mismo los coros celestiales de Ángeles y santos Padres, y los demás que le acompañaban glorificados, unos en cuerpo y alma, otros en solas las almas: y todos juntos y ordenados subieron, y se levantaron de la tierra acompañando y siguiendo á su Rey, Capitan y Cabeza. El nuevo y oculto sacramento que la diestra del Altísimo obró en esta ocasion fue llevar consigo á su Madre

[1] Matth. XXVIII, 13. — [2] Act. I, 6, 7, 8.

santísima para darla en el cielo la posesion de la gloria y del lugar que como á Madre verdadera le tenia señalado, y ella con sus méritos adquirido, y para adelante prevenido. De este favor estaba ya capaz la gran Reina antes que sucediese; porque su Hijo santísimo se lo habia ofrecido en los cuarenta dias que le acompañó despues de su milagrosa resurreccion. Y porque á ninguna otra criatura humana y viviente se le manifestase este sacramento por entonces; y para que en la congregacion de los Apóstoles y demás fieles asistiese su divina Maestra, perseverando con ellos en oracion hasta la venida del Espíritu Santo (como se dice en los Actos de los Apóstoles [1]), obró el poder divino por milagroso y admirable modo que María santísima estuviese en dos partes, quedando con los hijos de la Iglesia siguiéndolos al cenáculo, y asistiendo con ellos; y subiendo en compañía del Redentor del mundo, y en su mismo trono, á los cielos, donde estuvo tres dias con el mas perfecto uso de las potencias y sentidos; y al mismo tiempo en el cenáculo con menos ejercicio de ellos.

1513. Fue la beatísima Señora levantada con su Hijo santísimo, y colocada á su diestra, cumpliéndose lo que dijo David [2], que estuvo la Reina á su diestra con vestido dorado de resplandores de gloria, y rodeada de variedad de dones y gracias á vista de los Ángeles y Santos que ascendian con el Señor. Para que la admiracion de este gran misterio despierte mas la devocion, inflame la viva fe de los fieles, y los incline á engrandecer al Autor de tan rara y no pensada maravilla, advierto á los que leyeren este milagro que desde que el muy alto me declaró su voluntad de que escribiese esta Historia, y me intimó mandato para ejecutarlo, repetidísimas veces, y en dilatado tiempo, y largos años que han pasado, me ha manifestado su Majestad diversos misterios y descubierto grandes sacramentos de los que dejo escritos y diré adelante; porque la alteza del argumento pedia esta prevencion y disposicion. No lo recibia todo junto; porque no es capaz la limitacion de la criatura de tanta abundancia. Pero para escribirlo se me renueva la luz por otro modo de cada misterio en particular. Las inteligencias de todos han sido ordinariamente en los dias festivos de Cristo nuestro Salvador, y de la gran Reina del cielo; y singularmente este sacramento grande de llevar el Hijo santísimo á la purísima Madre el dia de la Ascension consigo al cielo (quedando en el cenáculo por modo admirable y milagroso), le he conocido consecutivamente algunos años en los mismos dias.

1514. La firmeza que trae consigo la verdad divina no deja duda

[1] Act. I, 14. — [2] Psalm. XLIV, 10.

para el entendimiento que la conoce y mira en el mismo Dios, donde todo es luz sin mezcla de tinieblas [1], y se conoce el objeto y la razon. Pero para quien oye en relacion estos misterios, necesario es dar motivos á la piedad para pedir el crédito de lo que es obscuro. Por esta causa me hallara dudosa en escribir el oculto sacramento de esta subida á los cielos de nuestra Reina, si no fuera tan grande falta negarle á esta Historia maravilla y prerogativa que tanto la engrandece. Á mí se ofreció la duda cuando conocí este misterio la primera vez; pero ahora que le escribo, no la tengo, despues que dije en la primera parte [2], como en naciendo la Princesa de las alturas fue llevada niña al cielo empíreo; y en esta segunda parte [3] dije que sucedió lo mismo dos veces en los nueve dias que precedieron á la Encarnacion del Verbo, para disponerla dignamente para tan alto misterio. Y si el poder divino hizo con María santísima estos favores tan admirables antes de ser Madre del Verbo, disponiéndola para que lo fuese; mucho mas creible es que los repitiria despues que ya estaba consagrada con haberle tenido en su virginial talamo, dándole forma humana de su purísima sangre, alimentándole á sus pechos con su leche, y criándole como á Hijo verdadero; y despues de haberle servido treinta y tres años, siguiéndole y imitándole en su vida, pasion y muerte con la fidelidad que ninguna lengua puede explicar.

1515. En estos favores y misterios de María santísima, muy diferente cosa es investigar la razon por que el Altísimo los obró en ella, ó por que los ha tenido ocultos tantos siglos en su Iglesia. Lo primero se ha de regular con el poder divino y el amor inmenso que tuvo á su Madre, y por la dignidad que la dió sobre todas las criaturas. Y como los hombres en carne mortal no llegan á conocer cabalmente, ni la dignidad de Madre, ni el amor que la tuvo y tiene su Hijo y toda la beatísima Trinidad, ni los méritos y santidad á donde la levantó su omnipotencia; por esta ignorancia limitan el poder divino en obrar con su Madre todo lo que pudo, que fue todo lo que quiso. Pero si á ella sola se dió á sí mismo con tan especial modo como hacerse hijo de su substancia; consiguiente era en el órden de gracia hacer con ella singularmente lo que con ningun otro, ni con todo el linaje humano se debia hacer ni convenia; y con ella no solamente han de ser singulares los favores, beneficios y dones que hizo el Altísimo con su Madre santísima, pero la regla general es, que ninguno le negó de cuantos pudo hacer con ella que redundase en su gloria y santidad, despues de la de su humanidad santísima.

1 I Joan. I, 5. — 2 Part. I, n. 330. — 3 Supr. n. 72, 90.

1516. Pero en manifestar Dios estas maravillas á su Iglesia concurren otras razones de su altísima providencia, con que la gobierna, y la va dando nuevos resplandores, segun los tiempos y necesidades que con ellos se ofrece. Porque el dichoso dia de la gracia, que amaneció al mundo con la encarnacion del Verbo humanado y redencion de los hombres, tiene su mañana y meridiano como tendrá su ocaso, y todo lo dispone la eterna Sabiduría cómo y cuándo oportunamente conviene. Y aunque todos los misterios de Cristo y su Madre estén revelados en las divinas Escrituras; mas no todos se manifiestan igualmente á un mismo tiempo, sino poco á poco ha ido corriendo el Señor la cortina de las figuras, metáforas, ó enigmas, con que se revelaron muchos sacramentos, como encerrados y reservados para su tiempo, como lo están los rayos del sol despues de haber salido debajo de la nube que los oculta hasta que se retira. Y no es maravilla que á los hombres se les vaya comunicando por partes alguno de los muchos rayos de esta divina luz: pues los mismos Ángeles, aunque conocieron desde su creacion el misterio de la Encarnacion en substancia y como en general, como fin á donde se ordenaba todo el ministerio que tienen con los hombres; pero no se les manifestaron á los divinos espíritus todas las condiciones, efectos y circunstancias de este misterio; antes han conocido muchas de ellas despues de cinco mil y doscientos y mas años de la creacion de el mundo. Este nuevo conocimiento de lo que no sabian en particular, les causaba nueva admiracion de alabanza y gloria, que daban al Autor, como en todo el discurso de esta Historia muchas veces repito [1]. Con este ejemplo respondo á la admiracion que puede causar á quien oyere de nuevo el misterio que aquí escribo de María santísima, oculto hasta que el Altísimo lo ha querido manifestar, con los demás que dejo escritos y escribiré adelante.

1517. Antes que yo estuviera capaz de estas razones, cuando comencé á conocer este misterio de haber llevado Cristo nuestro Salvador á su Madre santísima consigo en su ascension, no fue pequeña mi admiracion, no tanto en mi nombre como en los demás á cuya noticia llegará. Entre otras cosas que entendí entonces del Señor, fue acordarme lo que san Pablo de sí mismo dejó escrito en la Iglesia, cuando refirió el rapto que tuvo hasta el tercero cielo [2], que fue el de los bienaventurados, donde dejó en duda si fue arrebatado en cuerpo ó fuera dél, sin afirmar ó negar alguno de estos dos modos, antes suponiendo que pudo ser por cualquiera de ellos. En-

[1] Supr. n. 631, 692, 997, 1261, 1286. — [2] II Cor. XII, 2.

tendí luego que si al Apóstol en el principio de su conversion le sucedió esto, de manera que pudiese ser llevado al cielo empíreo corporalmente, cuando no habian precedido en él méritos sino culpas; y concederle este milagro al poder divino no tiene peligro ni inconveniente en la Iglesia; ¿cómo se ha de dudar que haria el mismo Señor este favor á su Madre, y mas sobre tan inefables merecimientos y santidad? Añadió mas el Señor, que si á otros Santos de los que resucitaron en el cuerpo con la resurreccion de Cristo se les concedió subir en cuerpo y alma con su Majestad; mas razon habia para conceder á su Madre purísima este favor, pues aunque á ninguno de los mortales se le hiciera este beneficio, á María santísima se le debia en algun modo por haber padecido con el Señor. Y era puesto en razon que con él mismo entrase á la parte del triunfo y del gozo con que llegaba á tomar la posesion de la diestra de su eterno Padre, para que de la suya la tomase tambien su propia Madre, que le habia dado de su misma substancia aquella naturaleza humana en que subia triunfante á los cielos. Y así como era conveniente que en esta gloria no se apartasen Hijo y Madre; tambien lo era que ninguno otro de el linaje humano en cuerpo y alma llegase primero á la posesion de aquella eterna felicidad que María santísima, aunque fueran su padre y madre, su esposo Josef, y los demás; que á todos y al mismo Señor y Hijo santísimo Jesús les faltara esta parte de gozo accidental en aquel dia, sin María santísima, y si no entrara con ellos en la patria celestial como Madre de su Reparador y Reina de todo lo criado, á quien ninguno de sus vasallos se debia anteponer en este favor y beneficio.

1518. Estas congruencias me parecen bastantes para que la piedad católica se alegre y se consuele con la noticia de este misterio, y de los que diré adelante de esta condicion en la tercera parte. Y volviendo al discurso de la Historia, digo que nuestro Salvador llevó consigo á su Madre santísima en la subida á los cielos, llena de resplandor y gloria á vista de los Ángeles y Santos, con increible júbilo y admiracion de todos. Y fue muy conveniente por entonces que los Apóstoles y los demás fieles ignorasen este misterio; porque si vieran ascender á su Madre y Maestra con Cristo, los afligiera el desconsuelo sin medida, ni recurso de algun alivio: pues no les quedaba otro mayor que imaginar tenian consigo á la beatísima Señora y Madre piadosísima. Con todo esto fueron grandes los suspiros, lágrimas y clamores que daban de lo íntimo del alma, cuando vieron que su amantísimo Maestro y Redentor se iba alejando

por la region de el aire. Y cuando ya le iban perdiendo de vista, se interpuso una nube refulgentísima entre el Señor y los que quedaban en la tierra [1], y con esta nube se les ocultó de todo punto para dejar de verle. Venia en ella la persona del eterno Padre, que descendió del supremo cielo á la region del aire á recibir á su Unigénito humanado, y á la Madre que le dió el nuevo ser humanado en que volvia. Y llegándolos el Padre á sí mismo, los recibió con abrazo inseparable de infinito amor y nuevo gozo para los Ángeles, que en ejércitos innumerables venian del cielo, asistiendo á la persona del eterno Padre. Luego en breve espacio penetrando los elementos y los orbes celestiales llegó toda esta divina procesion al lugar supremo de el empíreo. Los Ángeles que subian de la tierra con sus reyes Jesús y María, y los que volvieron de la region del aire, hablaron á la entrada con los demás que quedaron en las alturas, y repitieron aquellas palabras de David [2], añadiendo otras que declaran el misterio y dijeron:

1519. Abrid, príncipes, abrid vuestras puertas eternales; levántense y estén patentes, para que entre en su morada el gran Rey de la gloria, el Señor de las virtudes, el poderoso en las batallas, fuerte y vencedor, que viene vitorioso y triunfador de todos sus enemigos. Abrid las puertas del soberano paraíso, y siempre estén patentes y franqueadas, que sube el nuevo Adan, reparador de todo su linaje humano, rico en misericordias [3], abundante en los tesoros de sus propios merecimientos, cargado de despojos y primicias de la copiosa redencion [4] que con su muerte obró en el mundo. Ya restauró la ruina de nuestra naturaleza, y levantó la humana á la suprema dignidad de su mismo ser inmenso. Ya vuelve con el reino que le dió su Padre de los electos y redimidos [5]. Ya su liberal misericordia les deja á los mortales la potestad para que de justicia puedan adquirir el derecho que perdieron por el pecado, para merecer con la observancia de su ley la vida eterna como hermanos suyos y herederos de los bienes de su Padre: y para mayor gloria suya y gozo nuestro trae consigo y á su lado á la Madre de piedad, que le dió la forma de hombre en que venció al demonio; y viene nuestra Reina tan agradable y especiosa, que deleita á quien la mira. Salid, salid, divinos cortesanos, veréis á nuestro Rey hermosísimo con la diadema que le dió su Madre [6], y á su Madre coronada con la gloria que la da su Hijo.

[1] Act. I, 9. — [2] Psalm. XXIII, 7. — [3] Ephes. II, 4. — [4] Psalm. CXIX, 7.
[5] II Tim. IV, 8. — [6] Cant. III, 11.

1520. Con este júbilo y el que excede á nuestro pensamiento llegó al cielo empíreo aquella nueva procesion tan ordenada. Y puestos á dos coros Ángeles y Santos, pasaron Cristo nuestro Redentor y su beatísima Madre, y todos por su órden les dieron suprema adoracion á cada uno y á los dos respectivamente, cantando nuevos cánticos de loores á los Autores de la gracia y de la vida. El eterno Padre asentó á su diestra en el trono de la Divinidad al Verbo humanado con tanta gloria y majestad, que puso en nueva admiracion y temor reverencial á todos los moradores del cielo, que conocian con vision clara y intuitiva la divinidad de infinita gloria y perfecciones, encerrada y unida sustancialmente en una persona á la humanidad santísima, hermoseada y levantada á la preeminencia y gloria que de aquella inseparable union le resultaba; que ni ojos lo vieron, ni oidos lo oyeron [1], ni jamás pudo caber en pensamiento criado.

1521. En esta ocasion subió de punto la humildad y sabiduría de nuestra prudentísima Reina; porque entre tan divinos y admirables favores quedó como á la peaña del trono real, deshecha en su propio conocimiento de pura y terrena criatura; y postrada adoró al Padre, y le hizo nuevos cánticos de alabanza por la gloria que comunicaba á su Hijo, levantando en él su humanidad deificada en tan excelsa grandeza y gloria. Fue para los Ángeles y Santos nuevo motivo de admiracion y gozo al ver la prudentísima humildad de su Reina, de quien como de un dechado vivo copiaban con santa emulacion sus virtudes de adoracion y reverencia. Oyóse luego una voz del Padre, que la decia: *Hija mia, asciende mas adelante*. Su Hijo santísimo tambien la llamó, diciendo: *Madre mia, levántate y llega al lugar que yo te debo por lo que me has seguido y imitado*. El Espíritu Santo dijo: *Esposa mia y amiga mia, llega á mis eternos abrazos*. Y luego se manifestó á todos los bienaventurados el decreto de la beatísima Trinidad, con que señalaba por lugar y asiento de la felicísima Madre la diestra de su Hijo para toda la eternidad, por haberle dado el ser humano de su misma sangre, y por haberle criado, servido, imitado y seguido con plenitud de perfeccion posible á pura criatura; y que ninguna otra de la humana naturaleza tomase la posesion de aquel lugar y estado inamisible en el grado que le correspondia, antes que la Reina la tuviese, y fuese colocada en el que se le señalaba de justicia para despues de su vida, como superior en suma distancia á todo el resto de los Santos.

1522. En cumplimiento de este decreto fue colocada María san-

[1] Isai. LXIV, 4.

tísima en el trono de la beatísima Trinidad á la diestra de su Hijo santísimo, conociendo ella misma y los demás Santos que se la daba la posesion de aquel lugar, no solo por todas las eternidades, sino tambien dejando en la eleccion de su voluntad si queria permanecer en él, sin dejarle desde entonces ni volver al mundo. Porque esta era como voluntad condicionada de las divinas Personas, que cuanto era de parte del Señor se quedase en aquel estado. Y para que ella eligiese se le manifestó de nuevo el que tenia la Iglesia santa militante en la tierra, y la soledad y necesidad de los fieles, cuyo amparo se le dejaba á su eleccion. Este órden de la admirable providencia del Altísimo fue dar ocasion á la Madre de misericordia para que sobreexcediese y aventajase á sí misma, y obligase al linaje humano con un acto de piedad y clemencia, como el que hizo, semejante al de su Hijo en admitir el estado pasible, suspendiendo la gloria que pudo y debia recibir en el cuerpo para redimirnos. Imitóle en esto tambien su beatísima Madre, para que en todo fuese semejante al Verbo humanado; y conociendo la gran Señora sin engaño todo lo que se le proponia, se levantó del trono, y postrada ante el acatamiento de las tres Personas habló y dijo: *Dios eterno y todopoderoso, Señor mio, el admitir luego este premio, que vuestra dignacion me ofrece, ha de ser para descanso mio. El volver al mundo y trabajar mas en la vida mortal entre los hijos de Adan, ayudando á los fieles de vuestra santa Iglesia, ha de ser de gloria y beneplácito de vuestra Majestad, y en beneficio de mis hijos los desterrados y viadores. Yo admito el trabajo, y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo y recibo, y lo sacrifico al amor que teneis á los hombres. Admitid, Señor y Dueño de todo mi ser, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me gobierne en la empresa que me habeis fiado. Dilátese vuestra fe, sea ensalzado vuestro santo nombre, y multiplíquese vuestra Iglesia, adquirida con la sangre de vuestro Unigénito y mio, que yo me ofrezco de nuevo á trabajar por vuestra gloria, y granjear las almas que pudiere.*

1523. Esta resignacion nunca imaginada hizo la piadosísima Madre y Reina de las virtudes, y fue tan agradable en la divina aceptacion, que luego se la premió el Señor, disponiéndola con las purificaciones y iluminaciones que otras veces he referido [1] para ver la Divinidad intuitivamente; que hasta entonces en esta vision no la habia visto mas de por vision abstractiva, con todo lo que habia pre-

[1] Part. I, à n. 623.

cedido. Y estando así elevada, se le manifestó en vision beatífica, y fue llena de gloria y bienes celestiales, que no se pueden referir ni conocer en esta vida.

1524. Renovó en ella el Altísimo todos los dones que hasta entonces la habia comunicado, y los confirmó y selló de nuevo en el grado que convenia, para enviarla otra vez por Madre y Maestra de la santa Iglesia, y el título que antes la habia dado de Reina de todo lo criado, de Abogada y Señora de los fieles: y como en cera blanda se imprime el sello, así en María santísima por virtud de la omnipotencia divina se reimprimió de nuevo el ser humano y la imágen de Cristo, para que con esta señal volviese á la Iglesia militante, donde habia de ser huerto verdaderamente cerrado y sellado [1] para guardar las aguas de la vida. ¡Oh misterios tan venerables cuanto levantados! ¡Oh secretos de la Majestad altísima, dignos de toda reverencia! ¡Oh caridad y clemencia de María santísima, nunca imaginada de los ignorantes hijos de Eva! No fue sin misterio poner Dios en su eleccion de esta única y piadosa Madre el socorro de sus hijos los fieles; traza fue para manifestarnos en esta maravilla aquel maternal amor que acaso en otras y en tantas obras no acabaríamos de conocer. Órden divino fue, para que ni á ella le faltase esta excelencia, ni á nosotros esta deuda, y nos provocase ejemplo tan admirable. ¿Á quién le pareciera mucho, á vista de esta fineza, lo que hicieron los Santos y padecieron los Mártires, privándose de algun momentáneo contentamiento para llegar al descanso, cuando nuestra amantísima Madre se privó del gozo verdadero para volver á socorrer á sus hijuelos? ¿Cómo excusarémos nuestra confusion, cuando ni por agradecer este beneficio, ni por imitar este ejemplo, ni por obligar á esta Señora, ni por adquirir su eterna compañía y la de su Hijo, aun no queremos carecer de un leve y engañoso deleite, que nos granjea su enemistad y la misma muerte? Bendita sea tal mujer, alábenla los mismos cielos, y llámenla dichosa y bienaventurada todas las generaciones [2].

1525. Á la primera parte de esta Historia puse fin con el capítulo XXXI de las Parábolas de Salomon, declarando con él las excelentes virtudes de esta gran Señora, que fue la única mujer fuerte de la Iglesia, y con el mismo capítulo puedo cerrar esta segunda parte; porque todo lo comprehendió el Espíritu Santo en la fecundidad de misterios que encierran las palabras de aquel lugar. En este gran sacramento de que he tratado aquí se verifica con mayor excelencia,

[1] Cant. IV, 12. — [2] Luc. I, 48.

por el estado tan supremo en que María santísima quedó despues de este beneficio. Pero no me detengo en repetir lo que allí dije, porque con ello se entenderá mucho de lo que aquí podré decir, y se declara como esta Reina fue la mujer fuerte [1], cuyo valor y precio vino de léjos, y de los últimos fines del cielo empíreo, de la confianza, que de ella hizo la beatísima Trinidad; y no se halló frustrado el corazon de su varon, porque nada le faltó de lo que esperaba de ella. Fue la nave del mercader que desde el cielo trajo el alimento de la Iglesia; la que con el fruto de sus manos la plantó; la que se ciñó de fortaleza; la que corroboró su brazo para cosas grandes; la que extendió sus palmas á los pobres, y abrió sus manos á los desamparados; la que gustó y vió cuán buena era esta negociacion á la vista del premio en la bienaventuranza; la que vistió á sus domésticos con dobladas vestiduras; la que no se le extinguió la luz en la noche de la tribulacion, ni pudo temer en el rigor de las tentaciones. Para todo esto, antes de bajar del cielo, pidió al eterno Padre la potencia, al Hijo la sabiduría, al Espíritu Santo el fuego de su amor, y á todas tres Personas su asistencia, y para descender su bendicion. Diéronsela estando postrada ante su trono, y la llenaron de nuevas influencias y participacion de la Divinidad. Despidiéronla amorosamente, llena de tesoros inefables de su gracia. Los santos Ángeles y justos la engrandecieron con admirables bendiciones y loores con que volvió á la tierra, como diré en la tercera parte [2], y lo que obró en la Iglesia santa el tiempo que convino asistir en ella, que todo fue admiracion del cielo y beneficio de los hombres; que trabajó y padeció siempre porque consiguiesen la felicidad eterna. Como habia conocido el valor de la caridad en su orígen y principio, en Dios eterno, que es caridad [3], quedó enardecida en ella, y su pan de dia y noche fue caridad, y como abejita oficiosa bajó de la Iglesia triunfante á la militante, cargada de las flores de la caridad, á labrar el dulce panal de miel del amor de Dios y del prójimo, con que alimentó á los hijos pequeñuelos de la primitiva Iglesia, y los crió tan robustos y consumados varones en la perfeccion, que fueron fundamentos bastantes para los altos edificios de la Iglesia santa [4].

1526. Para dar fin á este capítulo, y con él á esta segunda parte, volveré á la congregacion de los fieles, que dejamos tan llorosos en el monte Olivete. No los olvidó María santísima en medio de sus glorias; y viendo su tristeza y llanto, y que todos estaban cási ab-

[1] Prov. XXXI, 10. — [2] Part. III, n. 3. — [3] I Joan. IV, 16.
[4] Ephes. II, 20.

sortes mirando á la region del aire, por donde su Redentor y Maestro se les habia escondido, volvió la dulce Madre sus ojos desde la nube en que ascendia, y desde donde los asistia. Viendo su dolor, pidió á Jesús amorosamente consolase aquellos hijuelos pobres, que dejaba huérfanos en la tierra. Inclinado el Redentor del linaje humano con los ruegos de su Madre, despachó desde la nube dos Ángeles con vestiduras blancas y refulgentes, que en forma humana aparecieron á todos los discípulos y fieles, y hablando con ellos les dijeron [1]: *Varones galileos, no persevereis en mirar al cielo con tanta admiracion; porque este Señor* Jesús, *que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la misma gloria y majestad que ahora le habeis visto*. Con estas razones, y otras que añadieron, consolaron á los Apóstoles y discípulos, y á los demás, para que no desfalleciesen, y esperasen retirados la venida y consolacion que les daria el Espíritu Santo prometido por su divino Maestro.

1527. Pero advierto que estas razones de los Ángeles, aunque fueron de consuelo para aquellos varones y mujeres, fueron tambien reprehension de su poca fe. Porque si ella estuviera bien informada y fuerte con el amor puro de la caridad, no era necesario ni útil estar mirando al cielo tan suspensos, pues ya no podian ver á su Maestro, ni detenerle con aquel amor y cariño tan sensible que les obligaba á mirar el aire, por donde habia ascendido al cielo: antes bien con la fe le podian ver y buscar á donde estaba, y con ella le hallaran seguramente. Lo demás era ya ocioso y imperfecto modo de buscarle; pues para obligarle á que los asistiese con su gracia, no era menester que corporalmente le vieran y le hablaran: y el no entenderlo así, en varones tan ilustrados y perfectos era defecto reprehensible. Mucho tiempo cursaron los Apóstoles y discípulos en la escuela de Cristo nuestro bien, y bebieron la doctrina de la perfeccion en su misma fuente, tan pura y cristalina, que pudieran estar ya muy espiritualizados y capaces de la mas alta perfeccion. Mas es tan infeliz nuestra naturaleza en servir á los sentidos y contentarse con lo sensible, que aun lo mas divino y espiritual quiere amar y gustar sensiblemente: y acostumbrada á esta grosería, tarda mucho en sacudirse y purificarse de ella; y tal vez se engaña, cuando con mas seguridad y satisfacion ama al mejor objeto. Esta verdad para nuestra enseñanza se experimentó en los Apóstoles, á quienes el Señor habia dicho, que de tal manera era verdad y luz, que juntamente era camino [2], y que por él habian de llegar al conocimien-

[1] Act. I, 11. — [2] Joan. XIV, 6.

to de su eterno Padre: que la luz no es para manifestarse á sí sola, ni el camino es para quedarse en él.

1528. Esta doctrina tan repetida en el Evangelio, y oida de la boca del Autor mismo, y confirmada con el ejemplo de su vida, pudiera levantar el corazon y entendimiento de los Apóstoles á su inteligencia y práctica. Pero el mismo gusto espiritual y sensible que recibian de la conversacion y trato de su Maestro, y la seguridad con que le amaban de justicia, les ocupó todas las fuerzas de la voluntad atada al sentido, de manera que aun no sabian pasar de aquel estado, ni advertir que en aquel gusto espiritual se buscaban mucho á sí mismos, llevados de la inclinacion al deleite espiritual, que viene por los sentidos. Y si no los dejara su mismo Maestro subiéndose á los cielos, fuera muy difícil apartarlos de su conversacion sin grande amargura y tristeza, y con ella no estuvieran tan idóneos para la predicacion del Evangelio, que se debia extender por todo el mundo, á costa de mucho trabajo y sudor, y de la misma vida de los que le predicaban. Este era oficio de varones no párvulos, sino esforzados y fuertes en el amor, no aficionados ni cariñosos al regalo sensible del espíritu, sino dispuestos á padecer abundancia y penuria, á la infamia y á la buena fama [1], á las honras y deshonras, á la tristeza y alegría, conservando en esta variedad el amor y celo de la honra de Dios, con corazon magnánimo y superior á todo lo próspero y adverso. Con esta reprehension de los Angeles se volvieron del monte Olivete [2] al cenáculo con María santísima, donde perseveraron con ella en oracion, aguardando la venida del Espíritu Santo, como en la tercera parte verémos.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

1529. Hija mia, á esta segunda parte de mi vida darás dichoso fin con quedar muy advertida y enseñada de la suavidad eficacísima del divino amor, y de su liberalidad inmensa con las almas que no le impiden por sí mismas. Conforme es á la inclinacion del sumo Bien, y su voluntad perfecta y santa, regalar á las criaturas mas que afligirlas; darles consuelos mas que aflicciones; premiarlas mas que castigarlas; dilatarlas mas que contristarlas. Mas los mortales ignoran esta ciencia divina, porque desean que de la mano del sumo Bien les vengan las consolaciones, deleites, y premios terrenos y peligrosos, y los anteponen á los verdaderos y seguros. Este pernicio-

[1] II Cor. VI, 8. — [2] Act. I, 12.

so error enmienda el amor divino, cuando los corrige con tribulaciones, los aflige con adversidades, los enseña con castigos; porque la naturaleza humana es tarda, grosera y rústica; y si no se cultiva y rompe su dureza, no da fruto sazonado, ni con sus inclinaciones está bien dispuesta para el trato amabilísimo y dulce del sumo Bien. Y así es necesario ejercitarla y pulirla con el martillo de los trabajos, y renovar en el crisol de la tribulacion, con que se haga idónea y capaz de los dones y favores divinos, enseñándose á no amar los objetos terrenos y falaces, donde está escondida la muerte.

1530. Poco me pareció lo que yo trabajé cuando conocí el premio que la bondad eterna me tenia prevenido; y por esto dispuso con admirable providencia que volviese á la Iglesia militante por mi propia voluntad y eleccion; porque venia á ser este órden de mayor gloria para mí, y de exaltacion al santo nombre del Altísimo, y se conseguia el socorro de la Iglesia y de sus hijos[1], por el modo mas admirable y santo. Á mí me pareció muy debido carecer aquellos años que viví en el mundo de la felicidad que tenia en el cielo, y volver á granjear en el mundo nuevos frutos de obras y agrado del Altísimo; porque todo lo debia á la bondad divina, que me levantó del polvo. Aprende, pues, carísima, de este ejemplo, y anímate con esfuerzo para imitarme en el tiempo que la santa Iglesia se halla tan desconsolada y rodeada de tribulaciones, sin haber de sus hijos quién procure consolarla. En esta causa quiero que trabajes con esfuerzo, orando, pidiendo y clamando de lo íntimo del corazon al Todopoderoso por sus fieles, padeciendo; y si fuere necesario, dando por ella tu propia vida, que te aseguro, hija mia, será muy agradable tu cuidado en los ojos de mi Hijo santísimo y en los mios. Todo sea para gloria y honra del Altísimo, Rey de los siglos, inmortal y invisible[1], y de su Madre santísima María, por todas sus eternidades.

[1] I Tim. 1, 17.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

ÍNDICE

DE LAS COSAS MAS NOTABLES

CONTENIDAS EN ESTA SEGUNDA PARTE DE LA MÍSTICA CIUDAD DE DIOS.

A

B

D



F

G

H

I

J

L



LL

M

MARÍA SANTÍSIMA.

Continúase lo historial de la vida de María santísima, desde la encarnacion del Verbo hasta su sagrado parto.

Desde la vuelta de Egipto á Nazareth hasta la muerte de su esposo san Josef.

Desde el tránsito felicísimo de su esposo san Josef hasta la pasion de su santísimo Hijo.

Desde la pasion de su santísimo Hijo hasta su gloriosa ascension á los cielos.

cuerpo, n. 1386. Celo de la honra de Cristo en que se enardeció María santísima, viendo cuánto procuraban obscurecerla los judíos, n. 1389. Mandó á las criaturas insensibles que manifestasen el sentimiento de la muerte de su Criador, ibid. Efectos de esta oracion, n. 1390.

Intercedió María santísima por el buen ladron, n. 1392. Su dolor en el último punto de la muerte de su Hijo, n. 1398. Solo María santísima entendió el testamento que hizo su Hijo santísimo á la hora de su muerte, n. 1400. Quedó María heredera universal, y como fue tambien testamentaria, ibid. En el corazon de María santísima quedó el testamento de Cristo oculto y cerrado, n. 1408.

Obligó María santísima á los demonios á estar inmobles rodeados á la cruz, n. 1444, 1416, *al fin*. No se le habia manifestado á María santísima la herida de la lanza, n. 1437.

Palabras de sumo dolor que dijo María santísima á san Juan cuando vió la tropa de soldados que venian al Calvario, n. 1438. Sintió en su pecho el dolor de la lanzada como si recibiera la herida, n. 1439. Lugar que dió el Señor á la tribulacion de María santísima, no manifestándola el órden de la sepultura de su Hijo difunto, n. 1441.

Invicto ánimo con que María santísima levantó y alentó á Josef y Nicodemus, n. 1444. Adoracion y reverencia con que María santísima recibió la corona de espinas, ibid. Oró para que fuesen reverenciadas de los fieles, n. 1445, 1446. Adoracion de los clavos, n. 1446. Pusieron el sagrado cuerpo en los brazos de María santísima, ibid. Dejó María santísima algunos Ángeles en custodia del sepulcro, n. 1449. Volvió la Vírgen al Calvario con los fieles, á adorar la cruz, y de allí al cenáculo, ibid.

Atencion de María santísima á todas las acciones convenientes en medio de sus dolores, n. 1454. Razones de María santísima á san Juan prestándole obediencia, n. 1455. Providencia prudentísima con que en medio de sus dolores acudia María santísima á las necesidades de toda aquella devota familia, n. 1456. Sus acciones el sábado por la mañana, n. 1457. Envió á san Juan para que alentase á san Pedro y á los otros Apóstoles que viniesen á su presencia, ibid.

Ocupaciones de María santísima el sábado por la tarde, n. 1459. En el instante de la resurreccion de su Hijo santísimo redundó en María el gozo, y san Juan la encontró repentinamente llena de resplandor, n. 1469. Aparecimiento glorioso de Cristo resucitado á su Madre santísima, y la vision beatífica á que fue elevada, n. 1471. Habló María santísima á los santos Padres resucitados, singularmente á sus padres san Joaquin y santa Ana, y á san Josef, al Bautista, á Adan y Eva, n. 1473. Correspondió en María santísima una mística resurreccion al género de muerte que tuvo en los dolores de la pasion, número 1474. Con la gloria de la resurreccion olvidó sus trabajos y dolores, pero no lo que su Hijo santísimo habia padecido por el linaje humano, n. 1476, *al fin*.

Admirable prudencia con que María santísima oia á las santas mujeres lo que les habia sucedido en sus apariciones, y como las confortó en la fe, número 1482. Dábanla cuenta los Apóstoles de todos sus aparecimientos, número 1488. Culpaban con enojo algunos en presencia de la Vírgen á Tomás por su incredulidad, n. 1489.

Estado de María santísima despues de la resurreccion de su Hijo, n. 1495,



Algunas cosas de lo restante de la vida de María santísima, y otras comunes y universales á toda su sacratísima vida.

Lo que nunca se halló en María santísima.

labras, ni equivocacion en ellas, ni trocar una palabra por otra, n. 791. No tenia necesidad de discurrir para hablar, n. 791, *al fin*. Nada ignoraba, número 791. Jamás olvidaba lo que una vez aprendia, porque tenia memoria de Ángel, n. 836, 952. Jamás padeció pensamiento impuro, n. 803. Ni sentia contradicion para el bien, n. 854. Ni sus tentaciones fueron interiores, n. 347, 366, 369, 936. Jamás tuvo culpa ni original, ni actual, n. 1203. Ni imperfecciones, n. 899. Ni negligencias, aun mínimas, ibid. No tenia su corazon impedimento para que Dios obrase en él, ni era ingrata ni remisa, ni tarda ni descuidada, n. 952. Ni sintió jamás repugnancia ni contradicion para obrar las virtudes, n. 1382. No se maravillaba de los ingratos y ignorantes, n. 1302. No se escandalizó jamás de la fragilidad humana, n. 827. Jamás la pareció mucho lo que padecia, n. 1294. Ni padeció desmayo ni ademanes exteriores de sentimiento, n. 879, 1356, 1371, 1444. Ni la turbó el dolor, ni la impidió la congoja, ni la embarazó la persecucion, ni la entibió la amargura de la pasion para atender á las obras de su Hijo santísimo y imitarlas, n. 1380. Nunca tuvo ademanes livianos ni mujeriles, n. 879. Jamás tuvo movimiento ni ademan en su interior, ni en el exterior, con que se inclinase á retractar la voluntad de que su Hijo padeciese, n. 1371. Unas obras no la impedian para otras, aunque fuesen muchas juntas, n. 243, 869, 1456. Ni la impedia el tiempo, ni lugar, ni ocupaciones para obrar lo sumo de la perfeccion en todo, número 241. Jamás miró al rostro á hombre ni mujer, n. 276, 668. Nunca se mudó la túnica interior despues que salió del templo, ni se envejeció ni manchó, ni la vió persona alguna, ni san Josef supo que la traia, n. 424. Ninguna cosa de las que llevaba en su virginal cuerpo se manchó ni sució, ni tenia las pensiones que en esto padecen los otros cuerpos sujetos á pecado, ibid. No comia ni bebia, sino lo precisamente necesario para alimentarse, sin que sobrase cosa alguna, ibid. No comia carne, n. 860. No padeció ni pudo padecer enfermedades, n. 170. Nunca tuvo criado ni criada, y por qué, n. 422, 423. No recibia dinero, n. 66, 927. No compraba ni vendia, n. 433. Ni pedia determinado precio de lo que trabajaba, n. 433, 660. Cuando decia á una piadosa mujer, su vecina, á quien daba sus labores de manos, lo que habia de hacer ó traer, jamás fue imperando ni mandando, sino rogándola y pidiéndola con suma humildad, explorando primero su voluntad, n. 860. Jamás recibió para sí cosa alguna que la ofrecian; solo para repartir á los pobres recibia algo cuando la parecia conveniente, n. 669. Y aun entonces daba en retorno algunas de las labores que hacia, ibid. En medio de sus mayores trabajos y necesidades, no hacia memoria de lo que habia dado por amor de Dios, ni de las conveniencias de su casa que habia dejado, n. 655. Jamás tuvo indignacion contra ninguna criatura humana, n. 1292, 1302. Sin órden especial del Señor, nunca manifestaba ni descubria su secreto, n. 449, 510, 514, *al fin*, 577, 580, 611. Nunca fue curiosa en querer saber las cosas por medios sobrenaturales, ni por divinas revelaciones, n. 514, 515, 675. Compónese esto con que nada hacia sin consultarlo con el Señor, n. 515. Jamás recurria á milagros, sino que faltasen del todo los medios naturales, n. 394, 624, 657 con el 663. Jamás perdió á Dios de vista, n. 163, 869.

Ciencia y sabiduría de María santísima, y su celestial prudencia.

Conocia María santísima los cielos y la tierra, su grandeza, latitud, meridianos, etc., *post Introduc.* n. 9. Á los Ángeles en sí mismos, ibid, y n. 598.

Gracia, obras, virtudes, merecimientos, santidad y gloria de María santísima.

Oracion, contemplacion, éxtasis, raptos y visiones de María santísima, y sus subidas al cielo en cuerpo y alma, siendo viadora.

la salvacion, n. 1097. No niega Dios lo que le pide María santísima, porque le tiene dada palabra de concederle cuanto le pidiere, n. 93, 1403. Ceguedad de los mortales á vista de la proteccion de María santísima, n. 939. Exhórtase á la devocion de María santísima, n. 268, 269, 917, 1085. Medio para conseguirse, n. 892. Por haberla perdido Judas, se perdió, n. 917, 1088, 1095, 1097. Confiesa María santísima que le tocaba abogar por los hombres y tomar la causa de ellos por suya propia, n. 607, *in fine*. Nuestras peticiones las hemos de enviar á Dios por medio de María, n. 268. En las tentaciones recurrir á su proteccion, n. 356. Condiciones de los que han de ser hijos de María santísima, n. 1032. Ninguno desconfie por inútil y desvalido, n. 1031. Recibe con maternales entrañas á los que con devoto afecto quieren ser hijos suyos y siervos de su hijo, ibid. ¿Cómo puedo yo (dice) reconocer por hijos, ni ser Madre de los que desprecian á mi Unigénito? n. 844. Desobliga la intercesion de María quien no se contrista con ella en la pasion de su Hijo, n. 1265. Se ha de buscar á María santísima al punto de la caida en alguna culpa, n. 1267. Promesa de toda la santísima Trinidad á los que de corazon se valieren de la intercesion de María santísima, n. 1501. Privilegios de María en órden á sus devotos, n. 608. Deseo que tiene de que todos lleguen á gustar de la suavidad del Señor, á imitacion suya, n. 853. Desde los cielos ampara y defiende á la Iglesia militante, n. 365. Á peticion suya envió el Señor los dos Ángeles que consolasen á los Apóstoles y demás fieles el dia de su gloriosa ascension, número 1526.

Virtud de María santísima contra los demonios.

Imperio y dominio que María santísima tenia contra Lucifer y sus secuaces, n. 66, 255, 256, 318, 319, 366, 928, 929, 1288, 1290, 1291, 1364, 1403, 1414. Expelió los demonios del cuerpo de una mujer con imperio mental ó imaginario, n. 318. Batallas de María santísima contra los demonios, n. 324, 325. Vide Demonio, Lucifer, Tentaciones, Batallas. La fortaleza que María santísima tenia contra el demonio, n. 337. Obligacion de agradecimiento que debemos á María santísima, por haber peleado por nosotros con el demonio, n. 338. Figuras espantosas con que los demonios se le aparecian á María santísima, n. 342, 360. La potestad de María santísima contra el dragon no se le ha revocado jamás, n. 365. Auxilios y premios que ha prometido el eterno Padre á los que pelearen contra el demonio, invocando el nombre de Jesús y María, n. 938. No podian acercarse los demonios á María santísima con mas de dos mil pasos, n. 610. Terror que la cobraron, n. 945. Antes de conocer á Cristo por Dios, se alborozaron de encontrarle solo en el desierto sin su Madre, á quien ellos temian, n. 995. Por no nombrarla por su nombre María decian: aquella mujer nuestra enemiga, n. 649, 936, 995, 1427. Nunca pudieron rastrear el interior de María santísima ni tocarla en su persona, número 936. Por imperio de María asistieron rabiosos al pié de la cruz, n. 1364, 1414.

Comunicacion de María santísima con los Ángeles.

Conocia María santísima á los Ángeles en sí mismos intuitivamente, *post Introduc.* n. 9, 598. Superioridad, dominio y imperio de María santísima sobre los Ángeles, n. 92, 193. Como superior á los Ángeles mentalmente les hablaba, n. 622. No los mandaba con imperio aunque podia, sino rogando, nú-

Elogios de María santísima contenidos en esta segunda parte: van colocados por alfabeto.

duc. n. 16, 17, 18, 20. Vestidura de la Esposa del Señor y la significacion mística de sus adornos, joyas, dote y habitacion, *Introduc.* n. 19 hasta 22. Adóptala María santísima por hija, *Introduc.* n. 22. Condiciones que la pidió María santísima para ser hija suya, n. 1032. Exhórtala la Vírgen á su imitacion, n. 46, 108, 121, 269, 466, 467, 584, 605, 783, 784, 861, 1508. Reconviénela de los favores que ha recibido, para que aspire á la perfeccion y sea agradecida, n. 86, 108, 156, 157, 312, 334, 467, 584, 603, 806. Cada noche y mañana decia sus culpas en presencia de la Vírgen santísima, n. 725. Regla de la altísima perfeccion que la dió la Vírgen en imitacion suya y de su Hijo santísimo, número 854. La mandó que no admitiese pensamiento alguno sin pedirle licencia, ibid. Previénela de la guerra que el demonio la disponia, n. 973. Estado de perfeccion en que la divina Maestra la queria poner, ibid, *in fine*. Noviciados en que fue puesta, y tres estados de altísima perfeccion á que fue llamada, n. 736. Exhortacion al discípulo de la doctrina evangélica, ibid. Devocion y amor de la venerable Madre á la Vírgen santísima, n. 296. Celo del bien de las almas que la Maestra soberana le encomendó á su discípula, número 259, 260, 321. Documentos que la dió de lo que habia de hacer, cuando Dios le enviase algunas almas necesitadas, n. 260. Exhórtala á solicitar la salvacion de las almas, n. 467. Como queria la Vírgen estuviese su discípula sorda á las adulaciones del mundo, y la da su bendicion, n. 306. Exhortacion de la Vírgen santísima á la venerable Madre de especial amor, y promesa de mucho consuelo á sus religiosas de Ágreda, n. 447. Instrúyela en las obras de misericordia, y en el modo de enseñar á sus súbditas y acudir á las enfermas, n. 671, 863, 871, 872. Enséñala tambien como habia de asistir á sus religiosas en la hora de la muerte, n. 884, 885. Le dió potestad contra los demonios, n. 260. Ordénala que mande á los demonios se aparten de los moribundos, n. 884.

Apruébale el Señor la primera parte de esta Obra, *Introduc.* n. 1. Se turba desconfiada de sí, para emprender tan alta pefeccion como su Majestad la pedia para proseguir, *Introduc.* n. 2. Persuádela el demonio con esta ocasion á que no prosiga en escribir, *Introduc.* n. 3, 4. Contradiciones humanas que tuvo para divertirla de esta ocupacion, *Introduc.* n. 5. Creció la tribulacion con la ausencia de su padre espiritual, n. 6. Afligióla el demonio con enfermedades, n. 7. Valióse de algunas faltas cometidas para turbarla mas, y la persuadió á que quemase la primera parte que tenia escrita, n. 8. Circunstancias que agravaron esta tribulacion, n. 8, 9, 10. Clamó á Dios, y serenóse la tempestad, n. 11. Renuévansele las luces divinas, y fue interiormente corregida y enseñada, n. 12, 13. Fortaleza y favores que recibió de Dios para continuar esta Obra, y seguir la virtud, n. 14 hasta 22. Leyes de la esposa del Señor que se le intimaron, y el desposorio con su Majestad y otros favores de María santísima, n. 16 hasta 23. Renuévansele los mandatos de Cristo Señor nuestro y de su santísima Madre, y de los prelados y confesores, para comenzar y proseguir esta segunda parte, *Introduc.* n. 23, 24. Nueva disposicion que la dió el Señor para ello, y la manda que imite lo que escriba, n. 30. La santísima Trinidad la dió su bendicion para comenzar, *Introduc.* n. 31. Reconoce su insuficencia y los motivos que tuvo para proseguirla, n. 158. Remite á exámen sus escritos, n. 678. Aunque siempre sentia grandes dificultades en proseguir esta Obra no podia arrepentirse de lo comenzado, n. 158, 425.

Primer intento de Dios en haber manifestado á la venerable Madre esta Obra,

N

P



Q

R

T



U

V


Digitized by Google

TABLA

DE LOS LUGARES DE LA SAGRADA ESCRITURA QUE SE TOCAN Y EXPLICAN EN ESTA SEGUNDA PARTE DE LA SAGRADA HISTORIA.

Génesis.

Éxodo.

Levítico.

Números.

Deuteronomio

Josué.

Jueces.

Libro I de los Reyes.

Lib. II de los Reyes.

Lib. III de los Reyes.

Lib. IV de los Reyes.

Lib. I Paralipómenon.

Proverbios.

Cantares.

Sabiduría.

Eclesiástico.

San Mateo.

San Juan.

Actos apostólicos.

San Pablo á los romanos.

San Judas.

Apocalipsis.

FIN DE LA TABLA.

INTRODUCCION

Á LA TERCERA PARTE DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA SANTÍSIMA DE MARÍA MADRE DE DIOS.

Dificultad de proseguir esta Historia, por el mayor conocimiento de la eminencia del objeto y bajeza del instrumento.—Oposicion que hacian los demonios.—Clamores de la venerable Madre en esta tribulacion.—Medios por donde el Señor la aseguraba para proseguir, venciendo los temores.—Nuevas y fuertes contradiciones que tuvo para entrar en esta tercera parte.—Obligábala la obediencia para escribirla.—Nuevos órdenes del Señor para proseguir.—Conformidad notable de el precepto del prelado con el órden divino.—Medios por donde el demonio procuró embarazar su prosecucion.—Tranquilidad interior necesaria para recibir la luz actual de los misterios.—Nuevos clamores de la venerable Madre en esta contradicion.—Respuesta del Señor llamándola á mas alta perfeccion, y á una muerte mística para proseguir esta obra.—Declárase este género de muerte.—Comenzó á disponerse á ella la venerable Madre.—Aflicciones y contradiciones que padeció en este ejercicio.—Maravillosa disposicion de sensibilidad del cuerpo en que se halló de nuevo.—Afliccion de la Madre pareciéndole esta sensibilidad contraria á la muerte que el Señor la ordenaba.—Consuélala el Señor declarándola era medio de conseguir el nuevo estado á que la llamaba.—Acude con instancia á la Madre de Dios su maestra.—Peticiones que la hizo.—Respuesta de la Madre de Dios cerca de la perfeccion á que el Señor la llamaba para proseguir esta obra.—Declárala la obligacion de imitarla con que recibia el beneficio de escribir su Vida.—Intímala que ha de proseguir ejecutando lo que va conociendo.—Enséñala los medios de conseguir esta perfeccion y vencer la oposicion del demonio.—Anhela de nuevo la discípula con la enseñanza de su Maestra á la perfeccion á que era llamada.—Dificultad de subir á la alteza desta perfeccion.—Linaje de muerte mística que habia recibido algunos años antes, y estado de luz que á ella se siguió.—Renovacion de la muerte mística que hizo en esta ocasion la Madre de Dios en su discípula.—Fin á que se ordena.—Testamento.—Testamentarios.—Eleccion de sepultura.—Muerte.—Sufragios.—Descanso en paz.—Operaciones de la alma separada de la vida terrena.—Cesacion de las obras de la vida terrena animal.—Desestimacion propia en la analogía del cuerpo difunto.—Horror de que tuviese acciones de vida terrena quien así murió.—Fruto de esta muerte.—Fue preparacion para que escribiese lo restante de esta Historia dejando ejecutada la doctrina que escribia.—Confesion humilde de la discípula de su tardanza en la ejecucion desta doctrina de su Maestra.—Estado encumbrado que se sigue á esta muerte.—Trabajo de los temores que padeció la venerable Madre.—Cuándo se descubrió con exceso.—Como se aumentó y arraigó en su corazon.—Solo en la alteza de la divina luz se veia libre dél.—Calidad deste temor.—Aflicciones en que la ponia.—Sosególa el Señor para que escribiese esta tercera parte.—Pala-

bras que el Señor la dijo sosegándola y asegurándola.—Cuánto se humillaba la venerable Madre con estos favores y aseguraciones del Señor.—Sosególa de los temores desordenados despertándola otros para su humillacion.—Estado de temor santo en que el Señor la puso.—Ansias de la venerable Madre con el temor de disgustar á Dios por su miseria.—Palabras del Señor con que la ordenó el temor de no ofenderle.—Pregúntala qué quiere para su seguridad.—Peticion de la venerable Madre.—Cadena de especial proteccion con que el Señor la ofreció tenerla asida á sí.—Declárase la excelencia deste beneficio, y los efectos que sintió la Madre en su ejecucion.—Nuevo favor con que el Señor tresdobló esta cadena.—Nuevos combates con que el demonio la turbó para embarazar la prosecucion de esta obra.—Tribunal de Ángeles que envió el Señor para juzgarla de sus descuidos y culpas.—Reprehension y amenaza que entendió la hacian los santos Ángeles.—Promesas que hizo de la enmienda.—Favores que la ofrecieron si las cumplia.—Medios que arbitró, para que la despertasen y compeliesen á obrar lo mas perfecto sin inadvertencia.—Apareciósele el Ángel de su guarda ofreciéndosele al oficio de advertirla.—Ofrécela su presencia en cualquiera ocasion que volviese á él los ojos.—Advertencias que ofreció hacerla.—Manifiéstala el favor de ser él destinado á su guarda, habiendo sido uno de los custodios de la Madre de Dios.—Singularidad deste favor.—Obligacion en que la ponia.—Concedióselo el Señor por haber sido escogida para escribir la Vida de su Madre.—Declárala lo que él hacia en la obra de esta divina Historia.—Exhórtala á caminar á la perfeccion que el Señor la pedia para proseguirla.—Fines de las noticias que se han dado en esta introduccion.—Bendicion que echó la Madre de Dios á su discípula para escribir esta tercera parte.

1. El que navega en un peligroso y alto mar [1], cuanto mas engolfado se halla en él, tanto mas suele sentir los temores de las tormentas y los recelos de sus cosarios enemigos, de quien puede ser invadido. Aumentan este cuidado la ignorancia y la flaqueza; porque ni sabe cuándo, ni por dónde le acometerá el peligro, ni tampoco es poderoso para divertirle antes que llegue, ni á resistirle cuando llegare. Esto mismo es lo que me sucede á mí, engolfada en el inmenso piélago de la excelencia y grandezas de María santísima; aunque es mar en leche, lleno de serenidad muy tranquila, que así lo conozco y confieso. Y no basta para vencer mis temores el hallarme tan adelante en este océano de la gracia, con dejar escritas la primera y segunda parte de su Vida santísima; porque en ella misma, como en espejo inmaculado, he conocido con mayor luz y claridad mi propia insuficiencia y vileza; y con la mas evidente noticia se me representa el objeto de esta divina Historia mas impenetrable y menos comprehensible para todo entendimiento criado. No descansan tampoco los enemigos, príncipes de las tinieblas;

[1] Eccli. XLIII, 26.

que como cosarios molestísimos pretenden afligirme y desconfiarme con falsas ilusiones y tentaciones llenas de iniquidad y astucia sobre toda mi ponderacion. No tiene otro recurso el navegante mas de convertir su vista al norte, que como estrella del mar segura y fija le gobierna y guia entre las olas. Yo trabajo por hacer lo mismo en la tormenta de mis varias tentaciones y temores. Y convertida al norte de la voluntad divina, y á mi estrella María santísima, por donde le conozco con la obediencia; muchas veces afligida, turbada y temerosa clamo de lo íntimo del corazon y digo: Señor y Dios altísimo, ¿qué haré entre mis dudas? ¿Proseguiré adelante, ó mudaré de intento en proseguir el discurso de esta Historia? Y Vos, Madre de la gracia y mi Maestra, declaradme vuestra voluntad y de vuestro Hijo santísimo.

2. Confieso con verdad, y cómo debo á la divina dignacion, que siempre ha respondido á mis clamores, y nunca me ha negado su paternal clemencia, declarándome su voluntad por diversos modos. Aunque se deja entender esta verdad en la asistencia de la divina luz para dejar escritas la primera y segunda parte; pero sobre este favor son innumerables las veces que el mismo Señor por sí mismo, por su Madre santísima y por sus Ángeles me ha quitado y asegurado, añadiendo firmezas á firmezas, y testimonios para vencer mis temores y cobardías. Lo que mas es, que los mismos Ángeles visibles, que son los prelados y ministros del Señor en su santa Iglesia, me han aprobado y intimado la voluntad del Altísimo, para que sin recelos la creyese y ejecutase, prosiguiendo esta divina Historia. Tampoco me ha faltado la inteligencia de la luz ó ciencia infusa que con fuerte suavidad y dulce fuerza llama, enseña y mueve á conocer lo mas alto de la perfeccion, lo purísimo de la santidad, lo supremo de la virtud y lo mas amable de la voluntad, y que todo esto se me ofrece como encerrado y reservado en esta arca mística de María santísima, como maná escondido [1], para que lleguen á gustarle y poseerle.

3. Pero con todo esto, para entrar en esta tercera parte, y comenzar á escribirla, he tenido nuevas y fuertes contradiciones, no menos difíciles de vencer que para las dos primeras. Puedo afirmar sin recelo, no dejo escrito período ni palabra, ni me determino á escribirla sin reconocer mas tentaciones que escribo letras. Y aunque para el embarazo de mis temores me basto yo á mí misma, pues conociéndome la que soy, no puedo dejar de ser cobarde, ni

[1] Hebr. IX, 4.

puedo fiar de mí menos de lo que experimento en mi flaqueza; pero ni esto, ni la grandeza del asunto eran los impedimentos que hallaba, aunque no luego los conocí. Presenté al Señor la segunda parte que tenia escrita, como antes lo hice de la primera. Compelíame la obediencia con rigor para dar principio á esta tercera, y con la fuerza que comunica esta virtud á los que se sujetan á ella, animaba mi cobardía y alentaba el desmayo que en mí reconocia para ejecutar lo que se me mandaba. Mas entre los deseos y dificultades de comenzar, anduve fluctuando algunos dias como nave combatida de contrarios y fuertes vientos.

4. Por una parte me respondia el Señor prosiguiese lo comenmenzado, que aquella era su voluntad y beneplácito; y nunca reconocia otra cosa en mis continuas peticiones. Aunque algunas veces disimulaba estos órdenes del Altísimo, y no los manifestaba luego al prelado y confesor (no por ocultarlos, sino para mayor seguridad, y para no sospechar que se gobernaba solo por mis informes); pero su Majestad, que en sus obras es tan uniforme, les ponia en el corazon nueva fuerza para que con imperio y preceptos me lo mandasen, como siempre lo han hecho. Por otra parte la emulacion y malicia de la antigua serpiente calumniaba todas las obras y movimientos; y despertaba ó movia contra mí una tormenta deshecha de tentaciones que tal vez queria levantarme á lo altivo de su soberbia; otras y muchas me queria abatir á lo profundo de la desconfianza y envolverme en una caliginosa tiniebla de temores desordenados, juntando á estas otras diversas tentaciones interiores y exteriores, creciendo todas al paso que proseguia esta Historia, y mas cuando me inclinaba á concluirla. Valióse tambien este enemigo del dictámen de algunas personas á que por natural obligacion debia algun respeto, y no me ayudaban á proseguir lo comenzado, y tambien turbaba á las religiosas que tengo á mi cargo. Parecíame me faltaba tiempo; porque no habia de dejar el seguimiento de la comunidad, que era la mayor obligacion de prelada. Con todos estos ahogos no acababa de asentar ni quietar el interior en la paz y tranquilidad que era necesaria y conveniente para recibir la luz actual y inteligencia de los misterios que escribo; porque esta no se percibe bien, ni se comunica por entero entre los torbellinos de tentaciones que inquietan al espíritu, y solo viene en aire blando y sereno que templa las potencias interiores [1].

5. Afligida y conturbada de tanta variedad de tentaciones, no

[1] III Reg. XIX, 11, 12.

cesaban mis clamores. Y un dia en particular dije al Señor: Altísimo Dueño y bien mio de mi alma, no son ocultos á vuestra sabiduría mis gemidos y mis deseos de daros gusto y no errar en vuestro servicio [1]. Amorosamente me lamento en vuestra real presencia; porque, ó me mandais, Señor, lo que no puedo yo cumplir, ó dais mano á vuestros enemigos y mios para que con su malicia me lo impidan. Respondióme su Majestad á esta querella, y con alguna severidad me dijo: *Advierte, alma, que no puedes continuar lo comenzado, ni acabarás de escribir la Vida de mi Madre, si no eres en todo muy perfecta y agradable á mis ojos; porque yo quiero coger en tí el copioso fruto deste beneficio, y que tú le recibas la primera con tanta plenitud: y para que lo logres como yo lo quiero, es necesario se consuma en tí todo lo que tienes de terrena y hija de Adan; los efectos del pecado con sus inclinaciones y malos hábitos.* Esta respuesta del Señor despertó en mí nuevos cuidados y mas encendidos deseos de ejecutar todo lo que se me daba á conocer en ella; que no solo era una comun mortificacion de las inclinaciones y pasiones, sino una muerte absoluta de toda la vida animal y terrena, y una renovacion y transformacion en otro ser y nueva vida celestial y angélica.

6. Y deseando extender mis fuerzas á lo que se me proponia, examinaba mis inclinaciones y apetitos, rodeaba por las calles y por los ángulos de mi interior, y sentia un conato vehemente de morir á todo lo visible y terreno. Padecí en estos ejercicios algunos dias grandes aflicciones y desconsuelos; porque al paso de mis deseos crecian tambien los peligros y ocasiónes de divertimientos con criaturas que bastaban para impedirme; y cuanto mas queria alejarme de todo, tanto mas metida y oprimida me hallaba con lo mismo que aborrecia. De todo se valia el enemigo para desmayarme, representándome por imposible la perfeccion de vida que deseaba. Á este desconsuelo se juntó otro nuevo y extraordinario con que me hallé impensadamente. Este fue que comencé á sentir en mi persona una nueva disposicion del cuerpo tan viva, y que me hacia tan sensible para sufrir los trabajos, que los muy fáciles, siendo penales, se me hacian mas intolerables que los mayores de hasta entonces. Las ocasiones de mortificacion, que antes eran muy sufribles, se me hacian violentísimas, y en todo lo que era padecer dolor sensible me sentia tan débil, que me parecian mortales heridas. Sufrir una disciplina era deliquio hasta desmayar, y cada golpe me dividia el corazon; y sin encarecimiento digo, que solo el tocarme una mano con otra

1 Psalm. xxxvii, 10.

me hacia saltar las lágrimas, con grande confusion y desconsuelo mio de verme tan miserable. Y experimenté, haciéndome fuerza á trabajar (no obstante el mal que tenia), saltarme por las uñas la sangre.

7. Ignoraba la causa de esta novedad; y discurriendo conmigo misma y diciendo con despecho: ¡Ay de mí! ¿Qué miseria mia es esta? ¿Qué mudanza la que siento? Mándame el Señor que me mortifique y muera á todo, y me hallo ahora mas viva y menos mortificada. Padecí algunos dias grandes amarguras y despechos con mis discursos. Y para moderarlos me consoló el Altísimo, diciéndome: *Hija y esposa mia, no se aflija tu corazon con el trabajo y novedad que sientes en padecer tan vivamente. Yo he querido que por este medio queden en tí extinguidos los efectos del pecado, y seas renovada para nueva vida y operaciones mas altas, y de mi mayor agrado; y hasta conseguir este nuevo estado, no podrás comenzar lo que te resta de escribir de la Vida de mi Madre y tu Maestra.* Con esta nueva respuesta del Señor recobré algun esfuerzo; porque siempre sus palabras son de vida [1], y la comunican al corazon. Y aunque los trabajos y tentaciones no aflojaban, me disponia á trabajar y pelear; pero desconfiada siempre de mi flaqueza y debilidad, y de hallar remedio. Buscábale contra ellas en la Madre de la vida, y determiné pedirla con instancias y veras su favor, como á único y último refugio de los necesitados y afligidos, y como de quien y por quien á mí, la mas inútil de la tierra, me vinieron siempre muchos bienes y beneficios.

8. Postréme á los piés de esta gran Señora del cielo y tierra, y derramando mi espíritu en su presencia, la pedí misericordia y remedio de mis imperfecciones y defectos. Representéla mis deseos de su agrado y de su Hijo santísimo, y ofrecíme de nuevo para su mayor servicio, aunque me costase pasar por fuego y por tormentos, y derramar mi sangre. Á esta peticion me respondió la piadosa Madre, y dijo: *Hija mia, los deseos que de nuevo enciende el Altísimo en tu pecho, no ignoras que son prendas y efectos del amor con que te llama para su íntima comunicacion y familiaridad. Su voluntad santísima y la mia es, que de tu parte los ejecutes para no impedir tu vocacion ni retardar mas el agrado de su Majestad que de tí quiere. En todo el discurso de la Vida que escribes te he amonestado y declarado la obligacion con que recibes este nuevo y grande beneficio, para que en tí copies la estampa viva de la doctrina que te doy, y el ejem-*

[1] Joan. VI, 69.

plar de mi vida segun las fuerzas de la gracia que recibieres. Ya llegas á escribir la última y tercera parte de mi Historia; y es tiempo de que te levantes á mi perfecta imitacion, y te vistas de nueva fortaleza, y extiendas la mano á cosas fuertes [1]. *Con esta nueva vida y operaciones darás principio á lo que resta de escribir; porque ha de ser ejecutando lo que vas conociendo. Y sin esta disposicion no podrás escribirlo; porque la voluntad del Señor es, que mi vida quede mas escrita en tu corazon que en el papel, y en tí sientas lo que escribes, para que escribas lo que sientes.*

9. *Quiero para esto que tu interior se desnude de toda imágen y afecto de lo terreno* [2], *para que alejada y olvidada de todo lo visible, tu conversacion y continuo trato sea* [3] *con el mismo Señor, conmigo y con sus Ángeles; y todo lo demás fuera desto ha de ser para tí extraño y peregrino. Con la fuerza de esta virtud y pureza que de tí quiero quebrantarás la cabeza de la antigua serpiente, y vencerás la resistencia que te hace para escribir y para obrar. Y porque admitiendo sus vanos temores eres tarda en responder al Señor y en entrar por el camino que él te quiere llevar, y dar crédito á sus beneficios; quiero decirte ahora, que por esto su divina Providencia ha dado permiso á este dragon para que como ministro de su justicia castigue tu incredulidad, y el no reducirte á su perfecta voluntad. Y el mismo enemigo ha tomado mano para hacerte caer en algunas faltas, proponiéndote sus engaños, vestidos de buena intencion y fines virtuosos; y trabajando en persuadirte falsamente que tú no eres para tan grandes favores y tan raros beneficios, porque ninguno mereces, te ha hecho grosera y tarda en el agradecimiento. Como si estas obras del Altísimo fueran de justicia y no de gracia, te has embarazado mucho en este engaño, dejando de obrar lo mucho que pudieras con la gracia divina, y no correspondiendo á lo que sin méritos proprios recibes. Ya, carísima, es tiempo que te asegures y creas al Señor y á mí, que te enseño lo mas seguro y mas alto de la perfeccion, que es mi perfecta imitacion, y que sea vencida la soberbia y crueldad del dragon, y quebrantada su cabeza con la virtud divina. No es razon que tú la impidas ni retardes, sino que olvidada de todo te entregues afectuòsa á la voluntad de mi Hijo santísimo y mia; que de tí queremos lo mas santo, loable y agradable á nuestros ojos y beneplácito.*

10. Con esta enseñanza de mi divina Señora, Madre y Maestra recibió mi alma nueva luz y deseos de obecederla en todo. Renové mis propósitos, determinéme á levantarme sobre mí con la gracia del

[1] Prov. XXXI, 17, 19. — [2] Psalm. XLIV, 11. — [3] Philip. III, 20.

Altísimo, y procuré disponerme para que en mí se ejecutase sin resistencia su voluntad divina. Ayudéme de lo áspero y doloroso de la mortificacion, que era penoso para mí, por la viveza y sensibilidad que sentia (como arriba dije [1]); pero no cesaba la guerra y resistencia del demonio. Reconocia que la empresa que intentaba era muy ardúa, y que el estado á que me llevaba el Señor era de refugio, pero muy alto para la humana flaqueza y gravedad terrena. Bien daré á entender esta verdad, y la tardanza de mi fragilidad y torpeza, confesando que todo el discurso de mi vida ha trabajado el Señor conmigo para levantarme del polvo y del estiércol de mi vileza, multiplicando beneficios y favores que exceden á mí pensamiento. Y aunque todos los ha encaminado su diestra poderosa para este fin, y no conviene ahora ni es posible referirlos; pero tampoco me parece justo callarlos todos, para que se vea en qué lugar tan ínfimo nos puso el pecado, y qué distancia interpuso entre la criatura racional y el fin de las virtudes y perfeccion de que está capaz, y cuánto cuesta restituirla á él.

11. Algunos años antes de lo que ahora escribo recibí un beneficio grande y repetido por la divina diestra. Fue un linaje de muerte, como civil, para las operaciones de la vida animal y terrena; y á esta muerte se siguió en mí otro nuevo estado de luz y operaciones. Pero como siempre queda la alma vestida de la mortal y terrena corrupcion, siempre siente este peso que la abruma y atierra [2], si no renueva el Señor sus maravillas, y favorece y ayuda con la gracia. Renovó en mí en esta ocasion la que he dicho [3] por medio de la Madre de piedad, y hablándome esta dulcísima Señora y gran Reina, me dijo en una vision: *Atiende, hija mia, que ya tú no has de vivir tu vida, sino la de tu esposo Cristo en tí* [4]; *él ha de ser vida de tu alma y alma de tu vida. Para esto quiero por mi mano renovar en tí la muerte de la antigua vida que antes se ha obrado contigo, y renovar la vida que de tí queremos. Sea manifiesto desde hoy al cielo y la tierra, que murió al mundo sor María de Jesús mi hija y sierva, y que el brazo del Altísimo hace esta obra, para que esta alma viva con eficacia en solo aquello que la fe enseña. Con la muerte natural se deja todo; y esta alma, alejada dello, por última voluntad y testamento entregó su alma á su Criador y Redentor, y su cuerpo á la tierra del propio conocimiento y al padecer sin resistencia. Desta alma nos encargamos mi Hijo santísimo y yo, para cumplir su última voluntad, si con ella nos obedeciere con prontitud. Y celebramos*

[1] Supr. n. 6. — [2] Sap. IX, 15. — [3] Supr. n. 9. — [4] Galat. II, 20.

sus exequias con los moradores de nuestra corte, para darle la sepultura en el pecho de la humanidad del Verbo eterno, que es el sepulcro de los que mueren al mundo en la vida mortal. Desde ahora no ha de vivir en sí ni para sí con operaciones de Adan; porque en todas se ha de manifestar en ella la vida de Cristo, que es su vida. Yo suplico á su piedad inmensa mire á esta difunta, y reciba su alma solo para sí mismo, y la reconozca por peregrina y extraña en la tierra, y moradora en lo superior y mas divino. Á los Ángeles ordeno la reconozcan por compañera suya, y la traten y comuniquen como si estuviera libre de la carne mortal.

12. *Á los demonios mando dejen á esta difunta, como dejan á los muertos que no son de su jurisdicion, ni tienen parte en ellos; pues ya desde hoy ha de quedar mas muerta á lo visible que los mismos difuntos al mundo. Á los hombres conjuro que la pierdan de vista y la olviden, como olvidan á los muertos, para que así la dejen descansar y no la inquieten en su paz. Y á tí, alma, te mando y amonesto te imagines como los que dieron fin al siglo en que vivian, y están para eterna vida en presencia del Altísimo. Quiero que tú en el estado de la fe los imites; pues la seguridad del objeto y la verdad es la misma en tí que en ellos. Tu conversacion ha de ser en las alturas* [1]*, tu trato con el Señor de todo lo criado y esposo tuyo; tus conferencias con los Ángeles y Santos, y toda tu atencion ha de estar en mí, que soy tu Madre y Maestra. Para todo lo demás terreno y visible ni has de tener vida ni movimiento, operaciones ni acciones, mas que las que tiene un cuerpo muerto, que ni muestra vida ni sentimiento en cuanto le sucede y se hace con él. No te han de inquietar los agravios, ni moverte las lisonjas; no has de sentir injurias, ni levantarte por las honras; no has de conocer la presuncion, ni derribarte la desconfianza; no has de consentir en tí afecto alguno de la concupiscencia y de la ira; porque tu dechado en estas pasiones ha de ser un cuerpo ya difunto, libre de ellas. Tampoco del mundo debes aguardar mas correspondencia que la que tiene con un cuerpo muerto, que olvida luego á los mismos que antes alababa viviendo; y hasta el que le tenia por mas íntimo y muy propio, procura con presteza quitarle de sus ojos, aunque sea padre ó hermano; y por todo pasa el difunto, sin quejarse ni sentirse por ofendido; ni el muerto tampoco hace caso de los vivos, y menos atiende á ellos ni á lo que deja entre los vivos.*

13. *Cuando así te hallares ya difunta, solo resta que te consideres alimento de gusanos y vilísima corrupcion muy despreciable, para que*

[1] **Philip. III, 20.**

seas sepultada en la tierra de tu propio conocimiento, de tal manera, que tus sentidos y pasiones no tengan osadía de despedir mal olor ante el Señor, ni entre los que viven, por estar mal cubiertas y enterradas, como sucede á un cuerpo muerto. Mayor será el horror (á tu entender) que tú causarás á Dios y á los Santos manifestándote viva al mundo, ó menos mortificadas tus pasiones, que les causarian á los hombres los cuerpos muertos sobre la tierra descubiertos. El usar de tus potencias, ojos, oidos, tacto, y los demás para servir al gusto ó al deleite, ha de ser para tí tan grande novedad ó escándalo, como si vieras á un difunto que se movia. Pero con esta muerte quedarás dispuesta y preparada para ser esposa única de mi Hijo santísimo, y verdadera discípula y hija mia carísima. Tal es el estado que de tí quiero, y tan alta la sabiduría que te he de enseñar en seguir mis pisadas y en imitar mi vida, copiando en tí mis virtudes en el grado que te fuere concedido. Este ha de ser el fruto de escribir mis excelencias y los altísimos sacramentos que te manifiesta el Señor de mi santidad. No quiero que salgan del depósito de tu pecho, sin dejar obrada en tí la voluntad de mi Hijo y mia, que es tu suma ó grande perfeccion. Pues bebes las aguas de la sabiduría en su orígen, que es el mismo Señor; no será razon que tú quedes vacía y sedienta de lo que á otras administras, ni acabes de escribr esta Historia, sin que logres la ocasion y este gran beneficio que recibes. Prepara tu corazon con esta muerte que de tí quiero, y conseguirás mi deseo y tuyo.

14. Hasta aquí habló conmigo la gran Señora del cielo en esta ocasion, y en otras muchas me ha repetido esta doctrina de vida saludable y eterna; de que dejo escrito mucho en las doctrinas que me ha dado en los capítulos de la primera y segunda parte, y diré mas en esta tercera. Y en todo se conocerá bien mi tardanza y desagradecimiento á tantos beneficios, pues me hallo siempre tan atrasada en la virtud y tan viva hija de Adan, habiéndome prometido esta gran Reina y su poderoso Hijo tantas veces, que si muero á lo terreno y á mí misma me levantarán á otro estado y habitacion muy encumbrada, que de nuevo y de gracia se me promete con el favor divino. Esta es una soledad y desierto en medio de las criaturas, sin tener comercio con ellas, y participando solamente de la vista y comunicacion del mismo Señor, y de su Madre santísima y los santos Ángeles, dejando gobernar todas mis operaciones y movimientos por la fuerza de su divina voluntad para los fines de su mayor gloria y honra.

15. En todo el discurso de mi vida desde mi niñez me ha ejer-

citado el Altísimo con algunos trabajos de continuas enfermedades, dolores y otras molestias de criaturas. Pero creciendo los años creció tambien el padecer con otro nuevo ejercicio, con que he olvidado mucho todos los demás; porque ha sido una espada de dos filos que ha penetrado hasta el corazon, y dividido mi espíritu y la alma [1], como dice el Apóstol. Este ha sido el temor que muchas veces he insinuado, y por que he sido reprehendida en esta Historia. Mucho le sentí desde niña, pero descubrióse y excedió de punto despues que entré religiosa y me apliqué toda á la vida espiritual, y el Señor se comenzó á manifestar mas á mi alma. Desde entonces me puso el mismo Señor en esta cruz ó en esta prensa el corazon, temiendo si iba por buen camino, si seria engañada, si perderia la gracia y amistad de Dios. Aumentóse mucho este trabajo con la publicidad que incautamente causaron algunas personas en aquel tiempo con gran desconsuelo mio, y con los terrores que otros me pusieron de mi peligro. De tal manera se arraigó en mi corazon este vivo temor, que jamás ha cesado, ni he podido vencerle del todo con la satisfaccion y seguridad que mis confesores y prelados me han dado, ni con la doctrina que me han enseñado, con las reprehensiones que me han corregido, ni otros medios de que para esto se han valido. Y lo que mas es, aunque los Ángeles, y la Reina del cielo, y el mismo Señor continuamente me quietaban y sosegaban, y en su presencia me sentia libre; pero en saliendo de la esfera de aquella luz divina, luego era combatida de nuevo con increible fuerza, que se conocia ser del infernal dragon y de su crueldad; con que era turbada, afligida y contristada, temiendo el peligro en la verdad, como si no lo fuera. Y donde mas cargaba la mano este enemigo era en ponerme terror, si lo comunicaba con mis confesores, en especial al prelado que me gobernaba; porque ninguna cosa mas teme este príncipe de tinieblas, que la luz y potestad que tienen los ministros del Señor.

16. Entre la amargura de este dolor y un deseo ardentísimo de la gracia y no perder á Dios he vivido muchos años, alternándose en mí tantos y tan varios sucesos, que seria imposible referirlos. La raíz de este temor creo era santa, mas muchas ramas habian sido infructuosas, aunque de todas sabe servirse la Sabiduría divina para sus fines; y por esto daba permiso al enemigo que me afligiese, valiéndose del remedio del mismo beneficio del Señor: porque el temor desordenado y que impide, aunque quiera imitar al bueno,

[1] Hebr. IV, 12.

es malo y del demonio. Mis aflicciones á tiempos han llegado á tal punto, que me parece nuevo beneficio no haber acabado conmigo en la vida mortal, y mas en la del alma. Pero el Señor, á quien los mares y los vientos obedecen [1], y todas las cosas le sirven [2], que administra su alimento á toda criatura en el tiempo mas oportuno [3], ha querido por su divina dignacion hacer tranquilidad en mi espíritu, para que la goce con mas treguas, escribiendo lo que resta desta Historia. Algunos años hace que me consoló su divina Majestad, prometiéndome por sí que me daria quietud, y gozaria de interior paz antes de morir, y que el dragon estaba tan furioso contra mí, rastreando que le faltaria tiempo para perseguirme [4].

17. Y para escribir esta tercera parte, me habló su Majestad un dia, y con singular agrado y dignacion me dijo estas razones: *Esposa y amiga mia, yo quiero aliviar tus penas y moderar tus aflicciones; sosiégate, paloma mia, y descansa en la segura suavidad de mi amor y de mi poderosa y real palabra, que con ella te aseguro soy yo el que te hablo, y elijo tus caminos para mi agrado. Yo soy quien te llevo por ellos, y estoy á la diestra de mi eterno Padre, y en el sacramento de la Eucaristía en las especies del pan. Esta certeza te doy de mi verdad, para que te quietes y asegures; porque no te quiero, amiga mia, para esclava, sino para hija y esposa, y para mis regalos y delicias. Basten ya los temores y amarguras que has padecido. Venga la serenidad y sosiego de tu afligido corazon.* Estos regalos y aseguraciones del Señor, muchas veces repetidos, pensará alguno que no humillan y que solo es gozar; y es de manera, que me abaten el corazon hasta lo último del polvo, y me llenan de cuidados y recelos por mi peligro. Quien al contrario imaginase, seria poco experimentado y capaz de estas obras y secretos del Altísimo. Cierto es que yo he tenido novedad en mi interior y mucho alivio en las molestias y tentaciones de estos desordenados temores. Mas el Señor es tan sábio y poderoso, que si por una parte asegura, por otra despierta á la alma, y la pone en nuevos cuidados de su caida y peligros, con que no la deja levantar de su conocimiento y humillacion.

18. Yo puedo confesar que con estos y otros continuos favores el Señor no tanto me ha quitado los temores cuanto me los ha ordenado; porque siempre vivo con pavor, si le disgustaré ó perderé; cómo seré agradecida y corresponderé á su fidelidad; cómo amaré con plenitud á quien por sí es sumo bien, y á mí me tiene tan me-

[1] Matth. VIII, 27. — [2] Psalm. CXVIII, 91. — [3] Ibid. CXLIV, 15.
[4] Apoc. XII, 12.

recido el amor que puedo darle, y aun lo que no puedo. Poseida de estos recelos, y por mi grande miseria, cuitadez y muchas culpas, dije en una de estas ocasiones al muy alto: Amor mio dulcísimo, Dueño y Señor de mi alma, aunque tanto me asegurais para quietar mi turbado corazon, ¿cómo puedo yo vivir sin mis temores en los peligros de tan penosa y temerosa vida, llena de tentaciones y asechanzas, si tengo mi tesoro en vaso frágil, débil [1], y mas que otra alguna criatura? Respondióme con paternal dignacion, y me dijo: *Esposa y querida mia, no quiero que dejes el temor justo de ofenderme; pero es mi voluntad que no te turbes ni contristes con desórden, impidiéndote para lo perfecto y levantado de mi amor. Á mi Madre tienes por dechado y maestra, para que ella te enseñe y tú la imites. Yo te asisto con mi gracia y te encamino con mi direccion. Díme, pues, qué me pides ó qué quieres para tu seguridad y quietud.*

19. Repliqué al Señor, y con el rendimiento que yo pude le dije: Altísimo Señor y Padre mio, mucho es lo que me pedís, aunque lo debo todo á vuestra bondad y amor inmenso; mas conozco mi flaqueza y inconstancia, y solo me quietaré con no ofenderos, ni con un breve pensamiento, ni movimiento de mis potencias, sino que mis acciones todas sean de vuestro beneplácito y agrado. Respondióme su Majestad: *No te faltarán mis continuos auxilios y favores si tú me correspondes. Y para que mejor lo hagas, quiero hacer contigo una obra digna del amor con que te amo. Yo pondré desde mi ser inmutable hasta tu pequeñez una cadena de mi especial providencia, y que con ella quedes asida y presa de manera, que si por tu flaqueza ó voluntad hicieres algo que disuene á mi agrado, sientas una fuerza con que yo te detenga y vuelva para mí. El efecto de este beneficio conocerás desde luego y le sentirás en ti misma, como la esclava que está asida con prisiones para que no huya.*

20. El Todopoderoso ha cumplido esta promesa con gran júbilo y bien de mi alma; porque entre otros muchos favores y beneficios (que no conviene referirlos, ni son para este intento) ninguno ha sido para mí tan estimable como este. No solo le reconozco en los peligros grandes, sino en los mas pequeños; de manera, que si por negligencia ó descuido omito alguna obra ó ceremonia santa, aunque no sea mas de humillarme en el coro ó besar la tierra cuando entro para adorar al Señor (como lo usamos en la Religion), luego siento una fuerza suave que me tira y avisa de mi defecto, y no me deja (cuanto es de su parte) cometer una pequeña imperfeccion.

[1] II Cor. IV, 7.

Y si algunas veces caigo en ella como flaca, está luego á la mano esta fuerza divina, y me causa tan grande pena, que me divide el corazon. Y este dolor sirve entonces de freno con que se detiene cualquiera inclinacion desordenada, y de estímulo para buscar luego el remedio de la culpa ó imperfeccion cometida. Y como los dones del Señor son sin penitencia [1], no solo no me ha negado su Majestad el que recibo con esta misteriosa cadena, mas antes bien, por su divina dignacion, un dia, que fue el de su santo nombre y circuncision, conocí que tresdoblaba esta cadena, para que con mayor fuerza me gobernase y fuese mas invencible, porque el cordel tresdoblado (como dice el Sábio) con dificultad se rompe [2]. De todo necesita mi flaqueza, para no ser vencida de tan importunas y astutas tentaciones como fabrica contra mí la antigua serpiente.

21. Estas se fueron acrecentando tanto por este tiempo, no obstante los beneficios y mandatos referidos del Señor, de la obediencia y otros que no digo, que todavía recateaba comenzar á escribir esta última parte de esta Historia; porque de nuevo sentia contra mí el furor de las tinieblas y sus potestades que me querian sumergir. Así lo entendí y me declaré con lo que dijo san Juan en el capítulo XII del Apocalipsis: Que el dragon grande y rojo arrojó de su boca un rio de agua contra aquella Mujer divina [3], á quien perseguia desde el cielo; y como no pudo anegarla ni tocarla, se convirtió muy airado contra las reliquias y semilla de aquella gran Señora, que están señaladas con el testimonio de Cristo Jesús [4] en su Iglesia. Conmigo estrenó su ira esta antigua serpiente por el tiempo que voy tratando, turbándome y obligándome, en la forma que puede, á cometer algunas faltas que me embarazaban para la pureza y perfeccion de la vida que me pedian, y para escribir lo que me mandaban. Y perseverando esta batalla dentro de mí misma, llegó el dia que celebramos la fiesta del santo Ángel custodio, que es el 1.° de marzo. Estando en el coro en Maitines, sentí de improviso un ruido ó movimiento muy grande, que con temor reverencial me encogió y humilló hasta la tierra. Luego ví gran multitud de Ángeles que llenaban la region del aire por todo el coro, y en medio de ellos venia uno de mayor refulgencia y hermosura como en un estrado y tribunal de juez. Entendí luego que era el arcángel san Miguel. Y al punto me intimaron que los enviaba el Altísimo con especial potestad y autoridad para hacer juicio de mis descuidos y culpas.

1 Rom. XI, 29. — 2 Eccles. IV, 12. — 3 Apoc. XII, 15. — 4 Ibid. 17.

22. Yo deseaba postrarme en tierra y reconocer mis yerros, para llorarlos humillada ante aquellos soberanos jueces: y por estar en presencia de las religiosas, no me atreví á darles que notar, con postrarme corporalmente; pero con el interior hice lo que me fue posible, llorando con amargura mis pecados. Y en el ínterin conocí como los santos Ángeles, hablando y confiriendo entre sí mismos, decian: *Esta criatura es inútil, tarda y poco fervorosa en obrar lo que el Altísimo y nuestra Reina la mandan; no acaba de dar crédito á sus beneficios y á las continuas ilustraciones que por nuestra mano recibe. Privémosla de todos estos beneficios, pues no obra con ellos, ni quiere ser tan pura ni tan perfecta como la enseña el Señor, ni acaba de escribir la Vida de su Madre santísima, como se le ha ordenado tantas veces; pues si no se enmienda, no es justo que reciba tantos y tan grandes favores y doctrina de tanta santidad.* Oyendo estas razones se afligió mi corazon y creció mi llanto. Y llena de confusion y dolor hablé á los santos Ángeles con íntima amargura, y les prometí la enmienda de mis faltas, hasta morir por obedecer al Señor y á su Madre santísima.

23. Con esta humillacion y promesas templaron algo los espíritus angélicos la severidad que mostraban. Y con mas blandura me respondieron; que si yo cumplia con diligencia lo que les prometia, me aseguraban que siempre con su favor y amparo me asistirian, y admitirian por su familiar y compañera para comunicar conmigo, como ellos lo hacen entre sí mismos. Agradecíles este beneficio; y les pedí lo hiciesen por mí con el Altísimo. Desaparecieron, advirtiéndome que para el favor que me ofrecian los habia de imitar en la pureza, sin cometer culpa ni imperfeccion con advertencia; y esta era la condicion de esta promesa.

24. Despues de todos estos y otros muchos sucesos (que no conviene referirlos) quedé mas humillada, como quien se conocia mas reprehendida, mas ingrata y mas indigna de tantos beneficios, exhortaciones y mandatos. Y llena de confusion y dolor conferí conmigo misma, como ya no tenia excusa ni disculpa para resistir á la voluntad divina en todo lo que conocia, y á mí tanto me importaba. Y tomando resolucion eficaz de hacerlo ó morir en la demanda, anduve arbitrando algun medio poderoso y sensible que me despertase y compeliese en mis inadvertencias, y me diese aviso para que (si fuese posible) no quedasen en mí operaciones ni movimiento imperfecto, y en todo obrase lo mas santo y agradable á los ojos del Señor. Fuí á mi confesor y prelado, y pedíle con el rendimien-

to y veras posibles me reprehendiese severamente, y me obligase á ser perfecta y cuidadosa en todo lo mas ajustado á la divina voluntad, y que yo ejecutase lo que queria la divina Majestad de mí. Y aunque en este cuidado era vigilantísimo, como quien estaba en lugar de Dios y conocia su santísima voluntad y mi camino; mas no siempre me podia asistir ni estar presente, por las ausencias á que le obligaban los oficios de la Religion y prelacía. Determiné tambien hablar á una religiosa que me asistia mas, rogándola me dijese de ordinario alguna palabra de reprehension y aviso, ó de temor, que me excitase y moviese. Todos estos medios y otros intentaba con el ardiente deseo que sentia de dar gusto al Señor, á su Madre santísima y mi Maestra, y á los santos Ángeles, cuya voluntad era una misma de mi aprovechamiento en la mayor perfeccion.

25. En medio de estos cuidados me sucedió una noche, que el santo Ángel de mi guarda se me manifestó con particular agrado, y me dijo: *El muy alto quiere condescender con tus deseos, y que yo haga contigo el oficio que tú quieres, y ansiosa buscas quien le ejerza. Yo seré tu fiel amigo y compañero para avisarte y despertar tu atencion; y para esto me hallarás presente como ahora en cualquiera ocasion y tiempo que volvieres á mí los ojos con deseos de mas agradar á tu Señor y Esposo y guardarle entera fidelidad. Yo te enseñaré á que le alabes continuamente, y conmigo lo harás alternando sus loores, y te manifestaré nuevos misterios y tesoros de su grandeza; te daré particulares inteligencias de su ser inmutable y perfecciones divinas. Y cuando estuvieres ocupada por la obediencia ó caridad, cuando por alguna negligencia te divirtieres á lo exterior y terreno, yo te llamaré y avisaré para que atiendas al Señor; y para esto te diré alguna palabra, y muchas veces será esta:* ¿Quién como Dios, que habita en las alturas y en los humildes de corazon [1]? *Otras, te acordaré tus beneficios recibidos de la diestra del Altísimo, y lo que debes á su amor. Otras, que le mires, y levantes á él tu corazon. Pero en estas advertencias has de ser puntual, atenta y obediente á mis avisos.*

26. *No quiere tampoco el Altísimo ocultarte un favor que hasta ahora has ignorado entre tantos que de su liberalísima bondad has recibido, para que desde ahora le agradezcas. Este es, que yo soy uno de los mil Ángeles que servimos de custodios á nuestra gran Reina en el mundo, y de los señalados con la divisa de su admirable y santo nombre. Atiende á mí, y lo verás en mi pecho.* Advertí luego y conocí como le tenia escrito con grande resplandor; y recibí nueva conso-

[1] Psalm. CXXII, 5.

lacion y júbilo de mi alma. Prosiguió el santo Ángel, y dijo: *También me manda que te advierta, como de estos mil Ángeles muy pocas y raras veces somos señalados para guardar otras almas; y si algunas hasta ahora hemos guardado, todas han sido del número de los Santos y ninguna de los réprobos. Considera, pues, ó alma, tu obligacion de no pervertir este órden; porque si con este beneficio te perdieras, tu pena y castigo fuera de los mas severos de todos los condenados, y tú fueras conocida por la mas infeliz y ingrata entre las hijas de Adan. El haber sido tú favorecida con este beneficio, de que yo te guardase, que fuí de los custodios de nuestra gran reina María santísima y Madre de nuestro Criador, fue órden de su altísima providencia, por haberte elegido entre los mortales en su mente divina para que escribieras la Vida de su beatísima Madre y la imitases; y para todo te enseñase yo, y te asistiese como testigo inmediato de sus divinas obras y excelencias.*

27. *Y aunque este oficio le hace principalmente la gran Señora por sí misma; pero yo despues te administro las especies necesarias para declarar lo que la divina Maestra te ha enseñado, y te doy otras inteligencias que el Altísimo ordena, para que con mayor facilidad escribas los misterios que te ha manifestado. Y tú tienes experiencia de todo, aunque no siempre conocias el órden y sacramento escondido de esta providencia; y que el mismo Señor, usando de ella especialmente contigo, me señaló para que con suave fuerza te compeliese á la imitacion de su purísima Madre y nuestra Reina, y á que en su doctrina la sigas y obedezcas. Desde esta hora ejecutaré este mandato con mayor instancia y eficacia. Determínate, pues, á ser fidelísima y agradecida á tan singulares beneficios, y caminar á lo alto y encumbrado de la perfeccion que se te pide y enseña. Y advierte que cuando alcanzaras la de los supremos Serafines, quedaras muy deudora á tan copiosa y liberal misericordia. El nuevo modo de vida, que de tí quiere el Señor, se contiene y se cifra en la doctrina que recibes de nuestra gran Reina y Señora, y en lo demás que entenderás y escribirás en esta tercera parte. Óyelo con rendido corazon, agradécelo humillada, ejecútalo solícita y cuidadosa; que si lo hicieres, serás dichosa y bienaventurada.*

28. Otras cosas que me declaró el santo Ángel no son necesarias para este intento. Pero he dicho lo que en esta introduccion dejo escrito, así para manifestar en parte el órden que el Altísimo ha tenido conmigo para obligarme á escribir esta Historia, como tambien para que en algo se conozcan los fines de su sabiduría para

que escriba; que son, no para mí sola, sino para todos los que desearen lograr el fruto de este beneficio, como medio poderoso para hacer eficaz el de nuestra redencion cada uno en sí mismo. Conoceráse tambien que la perfeccion cristiana no se alcanza sin grandes peleas con el demonio, y con incesante trabajo en vencer y sujetar las pasiones y malas inclinaciones de nuestra depravada naturaleza. Sobre todo esto, para dar principio á esta tercera parte, me habló la divina Madre y Maestra, y con agradable semblante me dijo: *Mi bendicion eterna y la de mi Hijo santísimo vengan sobre tí, para que escribas lo que resta de mi vida, para que lo obres y ejecutes con la perfeccion que deseamos. Amen.*

TERCERA PARTE

DE LA DIVINA HISTORIA Y VIDA DE LA REINA DEL CIELO, MARÍA SANTÍSIMA: CONTIENE LOS SUCESOS DESDE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO HASTA LA SUBIDA Á LOS CIELOS Y CORONACION DE LA VÍRGEN MADRE DE DIOS.

LIBRO SÉPTIMO,

Y PRIMERO DE LA TERCERA PARTE.

CONTIENE COMO LA DIESTRA DIVINA PROSPERÓ Á LA REINA DEL CIELO DE DONES ALTÍSIMOS, PARA QUE TRABAJASE EN LA SANTA IGLESIA; LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO; EL COPIOSO FRUTO DE LA REDENCION, Y DE LA PREDICACION DE LOS APÓSTOLES; LA PRIMERA PERSECUCION DE LA IGLESIA; LA CONVERSION DE SAN PABLO, Y VENIDA DE SANTIAGO Á ESPAÑA; LA APARICION DE LA MADRE DE DIOS EN ZARAGOZA, Y FUNDACION DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

CAPÍTULO I.

Quedando asentado nuestro Salvador Jesús *á la diestra del eterno Padre, descendió del cielo á la tierra María santísima, para que se plantase la nueva Iglesia con su asistencia y magisterio.*

Resúmese el hilo de la Historia.—Estuvo en la eleccion libre de María quedarse gozando en el cielo, ó volver á trabajar á la tierra.—Razones por que la voluntad divina se inclinaba á conservarla en el trono.—Razones por que la Madre de Dios eligió volver á la Iglesia militante.—Manifestó el Padre eterno á la Iglesia triunfante lo que María elegia por el bien de la militante.—Beneficio que hizo la santísima Trinidad al mundo en darle otra vez á María.—Estuvo María tres dias en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloría de la diestra de su Hijo.—Gloria con que volvió la Madre de Dios al mundo.—Encubrió el Señor su refulgencia á los mortales que la miraban; y solo á san Juan se concedió la viese.—Cuán próspera de dones de gracia vino

para el ministerio á que era enviada.—Forma en que llegó al cenáculo.—Oracion que hizo luego que llegó, ofreciéndose á los trabajos de su ministerio.—Despedida de los Ángeles que la acompañaron.—Advertencia que hicieron los Ángeles á la venerable Madre de que repitiese en esta Historia llamar á María su Reina.—Solo san Juan tuvo noticia de la subida de María al cielo con su Hijo, y la vió bajar.—Efectos que hizo en él la revelacion de este misterio.—Batalla entre el respeto humilde y el fervor amoroso de Juan, sobre si se atreveria á llegar á hablar á la Madre de Dios.—Cayó en tierra, como en la Transfiguracion, cuando llegó á mirarla.—Razon de no extrañar esta demonstracion los demás discípulos.—Palabras con que le recibió María, pidiéndole de nuevo la ordenase lo que habia de hacer, para vivir en su obediencia.—Cuánto se confundió con ellas Juan sobre lo que habia visto.—Razon de rendirse Juan á la obediencia de mandar á la Madre de Dios.—Quedó en el interior de san Juan toda su vida la imágen de María, como la vió bajar del cielo.—Llama la divina Maestra á su discípula á vida mas alta, inmediata á la felicidad eterna.—Medio para conseguirla, por la perfecta imitacion de su Maestra.—Disposiciones para ella.—Declárala como ha de ser esta nueva vida con el ejemplo del que resucita.—Lo que ha de hacer de su parte la criatura habiéndose como tabla rasa y instrumento en la mano del Señor.—Razon especial de querer el Señor manifestar mas su clemencia en el siglo presente.

1. Á la segunda parte de esta Historia puse dichoso fin, dejando en el cenáculo y en el cielo empíreo á nuestra gran Reina y Señora, María santísima, asentada á la diestra de su Hijo y Dios eterno [1], asistiendo en ambas partes por el modo milagroso que queda dicho [2] le concedió la diestra divina de estar su santísimo cuerpo en dos partes: que en su gloriosa Ascension, para hacerla mas admirable, la llevó consigo el Hijo de Dios y suyo á darla la posesion de los premios inefables que hasta entonces habia merecido, y señalarla el lugar que por ellos, y los demás que habia de merecer, la tenia prevenido desde su eternidad. Dije tambien [3] como la beatísima Trinidad dejó en la eleccion libre de esta divina Madre si queria volver al mundo para consuelo de los primitivos hijos de la Iglesia evangélica y para su fundacion; ó si queria eternizarse en aquel felicísimo estado de su gloria, sin dejar la posesion que dél la daban. Porque la voluntad de las tres divinas Personas, como debajo de aquella condicion, se inclinaban, con el amor que á esta singular criatura tenian, á conservarla en aquel abismo en que estaba absorta, y no restituirla otra vez al mundo entre los desterrados hijos de Adan. Por una parte parece que pedia esto la razon de justicia; pues ya el mundo quedaba redimido con la pasion y muerte de su Hijo, á que ella habia cooperado con toda plenitud y perfeccion.

[1] Psalm. XLIV, 10. — [2] Part. II, n. 1512. — [3] Ibid. n. 1522.

Y no quedaba en ella otro derecho de la muerte, no solo por el modo con que padeció sus dolores en la de Cristo nuestro Salvador (como en su lugar queda declarado [1]), sino tambien porque la gran Reina nunca fue pechera de la muerte, del demonio, ni del pecado; y así no le tocaba la ley comun de los hijos de Adan [2]. Y sin morir como ellos, deseaba el Señor (á nuestro modo de entender) que tuviese otro tránsito con que pasara de viadora á comprehensora, y del estado de la mortalidad al de inmortalidad, y no muriera en la tierra la que en ella no habia cometido culpa que la mereciese; y en el mismo cielo podia el Altísimo pasarla de un estado á otro.

2. Por otra parte, solo quedaba la razon de parte de la caridad y humildad de esta admirable y dulcísima Madre; porque el amor la inclinaba á socorrer á sus hijos, y que el nombre del Altísimo fuese manifestado y engrandecido en la nueva Iglesia del Evangelio. Deseaba tambien entrar á muchos fieles á la profesion de la fe con su solicitacion y intercesion, y imitar á sus hijos y hermanos del linaje humano con morir en la tierra; aunque no debia pagar este tributo, pues no habia pecado [3]. Y con su grandiosa sabiduría y admirable prudencia conocia cuán estimable cosa era merecer el premio y la corona, mas que por algun breve tiempo poseerla, aunque sea de la gloria eterna. No fue esta humilde sabiduría sin premio de contado; porque el eterno Padre hizo notoria á todos los cortesanos del cielo la verdad de lo que su Majestad deseaba, y lo que María santísima elegia por el bien de la Iglesia militante y socorro de los fieles. Y todos conocieron en el cielo lo que es justo conozcamos ahora en la tierra; que el mismo Padre eterno así (como dice san Juan) amó al mundo, que dió á su Unigénito para que le redimiese [4]; así tambien dió otra vez á su hija María santísima, enviándola desde su gloria para plantar la Iglesia que Cristo su artífice habia fundado; y el mismo Hijo dió para esto á su amantísima y dilecta Madre, y el Espíritu Santo á su dulcísima Esposa. Tuvo este beneficio otra condicion que le subió de punto; porque vino sobre las injurias que Cristo nuestro Redentor habia recibido en su pasion y afrentosa muerte, con que desmereció el mundo este favor. ¡Oh infinito amor! ¡Oh caridad inmensa! ¡Cómo se manifiesta que las muchas aguas de nuestros pecados no te pueden extinguir [5]!

[1] Part. II, n. 1264, 1341, 1381. — [2] Hebr. IX, 27. — [3] Rom. VI, 23.
[4] Joan. III, 16. — [5] Cant. VIII, 7.



3. Cumplidos tres dias enteros que María santísima estuvo en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de la diestra de su Hijo y Dios verdadero; admitida su voluntad de volver á la tierra, partió de lo supremo del empíreo para el mundo con la bendicion de la beatísima Trinidad. Mandó su Majestad á innumerable multitud de Ángeles que la acompañasen, eligiendo para esto todos los coros y muchos de los supremos Serafines mas inmediatos al trono de la Divinidad. Recibióla luego una nube ó globo de refulgentísima luz, que la servia de litera preciosa ó relicario que movian los mismos Serafines. No pueden caber en humano pensamiento y en vida mortal la hermosura y resplandores exteriores con que esta divina Reina venia; y es cierto que ninguna criatura viviente la pudiera ver ó mirar naturalmente sin perder la vida. Por esto fue necesario que el Altísimo encubriera su refulgencia á los que la miraban, hasta que se fuesen templando las luces y rayos que despedia. Á solo el evangelista san Juan se concedió que viese á la divina Reina en la fuerza y abundancia que le redundó de la gloria que habia gozado. Bien se deja entender la hermosura y gran belleza de esta magnífica Reina y Señora de los cielos, bajando del trono de la beatísima Trinidad; pues á Moisés le resultaron en su cara tantos resplandores de haber hablado con Dios en el monte Sínai [1], donde recibió la ley, que los israelitas no los podian sufrir, ni mirarle al rostro; y no sabemos que el Profeta viese claramente la Divinidad; y cuando la viera, es muy cierto no llegara esta vision á lo mínimo de la que tuvo la Madre del mismo Dios.

4. Llegó al cenáculo de Jerusalen la gran Señora, como substituta de su Hijo santísimo en la nueva Iglesia evangélica. Y en los dones de la gracia que la dieron para este ministerio venia tan próspera y abundante, que fue admiracion nueva para los Ángeles y como asombro de los Santos; porque era una estampa viva de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Bajó de la nube de luz en que venia, y sin ser vista de los que asistian en el cenáculo se quedó en su ser natural, en cuanto no estar mas de en aquel lugar. Al punto la Maestra de la santa humildad se postró en tierra, y pegándose con el polvo dijo: *Dios altísimo y Señor mio, aquí está este vil gusano de la tierra, reconociendo fuí formada de ella* [2], *pasando del no ser al ser que tengo por vuestra liberalísima clemencia. Reconozco tambien, ó altísimo Padre, que vuestra dignacion inefable me levantó del polvo, sin merecerlo yo, á la dignidad de Madre de vuestro Unigénito.*

[1] Exod. XXXIV, 29. — [2] Genes II, 7.

De todo mi corazon alabo y engrandezco vuestra bondad inmensa, porque así me habeis favorecido. Y en agradecimiento de tantos beneficios, me ofrezco á vivir y trabajar de nuevo en esta vida mortal, todo lo que vuestra voluntad santa ordenare. Sacrifícome por vuestra fiel sierva, y de los hijos de la Iglesia santa, y á todos los presento ante vuestra inmensa caridad, y pido que los mireis como Dios y Padre clementísimo, y de lo íntimo de mi corazon os lo suplico. Por ellos ofrezco en sacrificio el carecer de vuestra gloria y descanso para servirlos, y el haber elegido con entera voluntad padecer, dejando de gozaros, privándome de vuestra clara vista por ejercitarme en lo que es tan de vuestro agrado.

5. Despidiéronse de la Reina los santos Ángeles que habian venido á acompañarla desde el cielo, para volverse á él, dando á la tierra nuevos parabienes de que dejaban en ella por moradora á su gran Reina y Señora. Y advierto, que escribiendo yo esto me dijeron los santos príncipes que por qué no usaba mas en esta Historia de llamar á María santísima Reina y Señora de los Ángeles, y que no me descuidase en hacerlo en lo que restaba, por el gran gozo que en esto reciben. Y por obedecerlos y darles gusto la nombraré con este título muchas veces de aquí adelante. Volviendo á la Historia, es de advertir que los tres dias primeros que estuvo la divina Madre en el cenáculo despues de haber bajado del cielo, los pasó muy abstraida de todo lo terreno, gozando de la redundancia del júbilo y admirables efectos de la gloria que en los otros tres habia recibido en el cielo. De este oculto sacramento solo el evangelista san Juan tuvo noticia entonces entre todos los mortales; porque en una vision se le manifestó como la gran Reina del cielo habia subido á él con su Hijo santísimo, y la vió descender con la gloria y gracias que volvió al mundo para enriquecer la Iglesia. Con la admiracion de tan nuevo misterio estuvo san Juan dos dias como suspendido y fuera de sí. Y sabiendo que ya su santísima Madre habia descendido de las alturas, deseaba hablarla, y no se atrevia.

6. Entre los fervores del amor y el encogimiento de la humildad estuvo el amado Apóstol batallando consigo cási un dia. Y vencido del afecto de hijo, se resolvió á ponerse en presencia de su divina Madre en el cenáculo, y cuando iba, se detuvo y dijo: *¿Cómo me atreveré á lo que me pide el deseo, sin saber primero la voluntad del Altísimo y la de mi Señora? Pero mi Redentor y Maestro me la dió por madre, y me favoreció y obligó con título de hijo: pues mi ofi-*

cio es servirla y asistirla; y no ignora su alteza mi deseo, no lo despreciará; piadosa y suave es, y me perdonará: quiero postrarme á sus piés. Con esto se determinó san Juan, y pasó á donde estaba la divina Reina en oracion con los demás fieles. Y al punto que levantó los ojos á mirarla, cayó en tierra postrado, con los efectos semejantes á los que él mismo y los dos Apóstoles sintieron en el Tabor, cuando á su vista se transfiguró el Señor [1]; porque eran muy semejantes á los resplandores de Nuestro Salvador Jesús los que percibió san Juan en el rostro de su Madre santísima. Y como le duraban aun las especies de la vision, en que la vió descender del cielo, fue con mayor fuerza oprimida su natural flaqueza, y cayó en tierra. Con la admiracion y gozo que sintió estuvo así postrado cási una hora, sin poderse levantar. Adoró profundamente á la Madre de su mismo Criador. Y no pudieron extrañar esto los demás Apóstoles y discípulos que asistian en el cenáculo; porque á imitacion de su divino Maestro, y con el ejemplar y enseñanza de María santísima, en el tiempo que estuvieron los fieles aguardando al Espíritu Santo, muchos ratos de la oracion que tenian era en cruz y postrados.

7. Estando así postrado el humilde y santo Apóstol, llegó la piadosa Madre, y le levantó del suelo; y manifestándose con el semblante mas natural, se le puso ella de rodillas, y le habló y dijo: *Señor, hijo mio, ya sabeis que vuestra obediencia me ha de gobernar en todas mis acciones; porque estais en lugar de mi Hijo santísimo y mi Maestro, para ordenarme todo lo que debo hacer; y de nuevo quiero pediros que cuideis de hacerlo, por el consuelo que tengo de obedecer.* Oyendo el santo Apóstol estas razones, se confundió y admiró sobre lo que en la gran Señora habia visto y conocido, y se volvió á postrar en su presencia, ofreciéndose por esclavo suyo, y suplicándola que ella le mandase y gobernase en todo. En esta porfía perseveró san Juan algun rato, hasta que vencido de la humildad de nuestra Reina, se sujetó á su voluntad, y quedó determinado á obedecerla en mandarla, como ella lo deseaba: porque este era para él mayor acierto, y para nosotros raro y poderoso ejemplo; con que se reprehende nuestra soberbia, y nos enseña á quebrantarla. Y si confesamos que somos hijos y devotos de esta divina Madre y Maestra de humildad, debido y justo es imitarla y seguirla. Quedáronle al Evangelista tan impresas en el entendimiento y potencias interiores las especies del estado en que vió á la gran Reina de los Ángeles, que por toda su vida le duró aquella imágen en su interior. Y en esta ocasion, cuan-

[1] Matth. xvii, 2.

do la vió descender del cielo, exclamó con grande admiracion; y las inteligencias que de ella tuvo, las declaró despues el santo Evangelista en el Apocalipsis, en particular en el capítulo XXI, como diré en el siguiente.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora de los Ángeles.

8. Hija mia, habiéndote repetido tantas veces hasta ahora que te despidas de todo lo visible y terreno, y mueras á tí misma y á la participacion de hija de Adan, como te he amonestado y enseñado en la doctrina que has escrito en la primera y segunda parte de mi vida; ahora te llamo con nuevo afecto de amorosa y piadosa madre, y te convido de parte de mi Hijo santísimo, de la mia y de sus Ángeles, que tambien te aman mucho, para que olvidada de todo lo demás que tiene ser, te levantes á otra nueva vida mas alta y celestial, inmediata á la eterna felicidad. Quiero que te alejes del todo de Babilonia, y de tus enemigos, y sus falsas vanidades con que te persiguen, y te avecines á la ciudad santa de la celestial Jerusalen, y vivas en sus atrios, donde te ocupes toda en mi verdadera y perfecta imitacion, y por ella con la divina gracia llegues á la íntima union de mi Señor y tu divino y fidelísimo Esposo. Oye, pues, carísima, mi voz con alegre devocion y prontitud de tu ánimo. Sígueme fervorosa, renovando tu vida con el dechado que escribes de la mia, y atiende á lo que yo hice despues que volví al mundo de la diestra de mi Hijo santísimo. Medita y penetra con todo cuidado mis obras, para que, segun la gracia que recibieres, vayas copiando en tu alma lo que entendieres y escribieres. No te faltará el favor divino, porque el Altísimo no quiere negarle á quien de su parte hace lo que puede, y para lo que es de su agrado y beneplácito, si tu negligencia no lo desmerece. Prepara tu corazon y dilata sus espacios, fervoriza tu voluntad, purifica tu entendimiento, y despeja tus potencias de toda imágen y especie de criaturas visibles, para que ninguna te embarace, ni obligue á cometer ni una leve culpa ó imperfeccion, y el Altísimo pueda depositar en tí su oculta sabiduría, y tú estés preparada y pronta para obrar con ella todo lo mas agradable á nuestros ojos, que te enseñarémos.

9. Tu vida desde hoy ha de ser como quien la recibe resucitada despues de haber muerto á la que tuvo primero. Y como el que recibe este beneficio suele volver á la vida renovado, y cási peregrino y extraño en todo lo que antes amaba, mudando los deseos,



y reformadas y extinguidas las calidades que antes habia tenido, y en todo procede diferente: á este modo y con mayor alteza quiero que tú, hija mia, seas renovada; porque has de vivir como si de nuevo participaras los dotes del alma en la forma que te es posible con el poder divino, que obrará en tí. Pero es necesario para estos efectos tan divinos que tú te ayudes, y prepares todo el corazon, quedando libre y como una tabla muy rasa, donde el Altísimo con su dedo escriba y dibuje como en cera blanda, y sin resistencia imprima el sello de mis virtudes. Quiere su Majestad que seas instrumento en su poderosa mano para obrar su voluntad santa y perfecta: y el instrumento no resiste á la del artífice; y si tiene voluntad, usa della solo para dejarse mover. Ea pues, carísima, ven, ven á donde yo te llamo, y advierte que si en el sumo Bien es natural comunicarse y favorecer á sus criaturas en todos tiempos; pero en el siglo presente quiere este Señor y Padre de las misericordias manifestar mas su liberal clemencia con los mortales; porque se les acaba el tiempo, y son pocos los que se quieren disponer para recibir los dones de su poderosa diestra. No pierdas tú tan oportuna ocasion; sígueme, y corre tras de mis pisadas, y no contristes al Espíritu Santo en detenerte, cuando te convido á tanta dicha con maternal amor y tan alta y perfecta doctrina.

CAPÍTULO II.

Que el evangelista san Juan en el capítulo XXI *del Apocalipsi habla á la letra de la vision que tuvo, cuando vió descender del cielo á María santísima Señora nuestra.*

Razon de revelarse á San Juan muchos sacramentos y misterios de la Madre de Dios, que á otros fueron mas ocultos.—Vióla subir al cielo, y estar á la diestra de su Hijo, y bajar dél.—Temor de san Juan de si se quedaria en el cielo la Vírgen.—Detúvole María para que mientras ella vivia no manifestase los misterios de esta vision.—Fue órden de el Espíritu Santo, que cuando los escribió, fuese con metáforas y enigmas; y por qué.—Declárase de nuevo la razon de ocultar el Señor la grandeza de su Madre en la primitiva Iglesia.—Razon de ocultar Dios el cuerpo de Moisés.—¿Por qué la creacion de los Ángeles se significó solo en metáfora?—Peligro que habria de tener á María por Dios en los gentiles, si al predicarles la fe de Cristo se les propusieran las excelencias de su Madre.—Como ha cesado ya este peligro en los siglos presentes.—Escribió san Juan el misterio presente en el capítulo XXI de su Apocalipsis.—En un mismo lugar de la Escritura se pueden significar á la letra muchos misterios.—Causa de la dificultad de la sagrada Escritura.—Por qué en ella hay tantas metáforas.—Declárase como en el descenso de la ciudad de Jerusalen están significados los misterios de

la Concepcion de la Vírgen y el presente.—Como en la ascension de Cristo su humanidad asentada á la diestra de el Padre y María á la del Hijo, fueron cielo nuevo.—Razon de llamarse entonces el empíreo cielo nuevo y tierra nueva.—Como en este misterio el cielo y tierra antiguos se fueron.—Fue María en otro modo cielo nuevo y tierra nueva en este misterio.—Como entonces no hubo para ella mar de amarguras.—No hubo para los hombres bienaventurados mar de peligros.—Vision de san Juan del descenso de la Madre de Dios desde el celestial trono de su Hijo.—Adorno con que bajaba.—Preparacion con que venia como esposa para su varon.—Voz del trono que oyó san Juan, y los misterios que entendió en ella.—Singular eleccion de María de volver á trabajar á la tierra despues de haber tomado posesion de la gloria en el cielo.—Como mereció con ella que fuesen los hombres pueblo suyo y Dios propicio á ellos.—Felicidades que trajo María bajando del cielo al mundo.—Voz del eterno Padre de la novedad de las cosas y su inteligencia.—Fin de enviar á María renovada al mundo.—Mandó el Señor á Juan que escribiese este misterio.—Por qué lo escribió en enigma.—Cargo que se hace á los mortales en la palabra *Ya está hecho*.—Dios principio y fin de la salud de los hombres.—Los medios se reducen á Cristo y su Madre.—Como se dan á los hombres de balde.—Lo que han de hacer de parte para conseguir la felicidad.—Para todos los hombres dió el Padre á su Unigénito por Maestro y Redentor, y á María por medianera y abogada.—Castigo de los que fueren malos despues de estos beneficios.—Los siete Ángeles de los siete novísimos castigos son de los supremos.—Potestad que se les ha dado para castigar los que pecan, despues de publicados los misterios de Cristo, y proteccion de su Madre.—Las plagas novísimas y mas rigurosas son para estos últimos siglos, y por qué.—Alteza de la vision en que vió Juan este misterio.—Como María se llama esposa y mujer de Cristo.—Como se llama ciudad de Jerusalen.

10. Al oficio y dignidad tan excelente de hijo de María santísima, que dió nuestro Salvador Jesús en la cruz al apóstol san Juan [1], como señalado por objeto de su divino amor, era consiguiente que fuera secretario de los inefables sacramentos y misterios de la gran Reina, que á otros eran mas ocultos. Para esto le fueron revelados muchos que antes habian precedido en ella, y le hicieron como testigo ocular del secreto misterioso que sucedió el dia de la ascension del Señor á los cielos, concediéndole á esta águila sagrada que viese subir al sol Cristo nuestro bien con luz doblada siete veces, como dice Isaías, y á la luna con luz como del sol [2], por la similitud que con él tenia. Vióla el felicísimo Evangelista subir, y estar á la diestra de su Hijo: y vióla tambien descender (como queda dicho [3]) con nueva admiracion; porque vió y conoció la mudanza y renovacion con que bajaba al mundo, despues de la inefable gloria que en el cielo habia recibido con tan nuevos influjos de la Di-

[1] Joan. XIX, 26. — [2] Isai. XXX, 26. — [3] Supr. n. 5.

vinidad y participacion de sus atributos. Ya nuestro Salvador Jesús habia prometido á los Apóstoles que antes de subir al cielo dispondria con su Madre santísima que estuviese con ellos en la Iglesia para su consuelo y enseñanza, como se dijo en el fin de la segunda parte [1]. Pero el apóstol san Juan, con el gozo y admiracion de ver á la gran Reina á la diestra de Cristo nuestro Salvador, se olvidó por algun rato de aquella promesa; y absorto con tan impensada novedad, llegó á temer ó recelarse si la divina Madre se quedaria allá en la gloria que gozaba. Y en esta duda padeció san Juan entre el júbilo que sentia otros amorosos deliquios que le afligieron mucho; hasta que renovó la memoria de las promesas de su Maestro y Señor, y vió de nuevo que su Madre santísima descendia á la tierra.

11. Los misterios de esta vision quedaron impresos en la memoria de san Juan, y jamás los olvidó, ni los demás que le fueron revelados de la gran Reina de los Ángeles; y con ardentísimo deseo queria el sagrado Evangelista dejar noticia de ellos en la santa Iglesia. Pero la humildad prudentísima de María Señora nuestra le detuvo, para que mientras ella vivia no los manifestase, antes los guardase ocultos en su pecho, para cuando el Altísimo ordenase otra cosa; porque no convenia hacerlos antes manifiestos y notorios al mundo. Obedeció el Apóstol á la voluntad de la divina Madre. Y cuando fue tiempo y disposicion divina, que antes de morir el Evangelista enriqueciera á la Iglesia con el tesoro de estos ocultos sacramentos, fue órden del Espíritu Santo que los escribiese en metáforas y enigmas tan difíciles de entender, como la Iglesia lo confiesa. Y fue así conveniente que no quedasen patentes á todos, sino cerrados y sellados como las perlas en el nácar ó en la concha, y el oro en los escondidos minerales de la tierra, para que con nueva luz y diligencia los sacase la santa Iglesia, cuando tuviese necesidad; y en el ínterin estuviesen como en depósito en la escuridad de las sagradas Escrituras, que los Doctores santos confiesan, en especial en el libro del Apocalipsi.

12. De la providencia que tuvo el Altísimo en ocultar la grandeza de su Madre santísima en la primitiva Iglesia he hablado algo en el discurso de esta divina Historia [2], y no me excuso de renovar aquí esta advertencia, por la admiracion que causará de nuevo á quien lo fuere ahora conociendo. Y para vencer la duda (si alguno la tuviere) ayudará mucho considerar lo que varios Santos y Doctores advierten, que ocultó Dios á los judíos el cuerpo y sepultu-

[1] Part. II, n. 1505. — [2] Ibid. n. 413.

ra de Moisés [1], por excusar que aquel pueblo, tan pronto en idolatrías, no errase con ella, dando adoracion al cuerpo del Profeta que tanto habia estimado, ó que le venerase con algun culto supersticioso y vano. Y por la misma razon dicen que cuando Moisés escribió la creacion del mundo y de todas sus criaturas, aunque los Ángeles eran la parte mas noble dellas, no declaró su creacion el Profeta con palabras propias, antes la encerró en aquellas que dijo: *Crió Dios la luz* [2]; dejando lugar para que por ellas se pudiera entender la luz material que alumbra á este mundo visible, significando tambien en oculta metáfora aquellas luces substanciales y espirituales, que son los santos Ángeles, de quien no convenia dejar entonces mas clara noticia.

13. Y si al pueblo hebreo se le pegó el contagio de la idolatría con la comunicacion y vecindad de la gentilidad, tan inclinada y ciega en dar divinidad á todas las criaturas que les parecian grandes, poderosas ó superiores en alguna potencia; mucho mayor peligro tuvieran los mismos gentiles de este error, si cuando se les comenzaba á predicar el Evangelio y la fe de Cristo nuestro Salvador, se les propusiera juntamente la excelencia de su Madre santísima. Y en prueba de esta verdad basta el testimonio de san Dionisio Areopagita, que con haber sido filósofo tan sábio, que conoció entonces al Dios de la naturaleza; con todo esto, cuando ya era católico y llegó á ver y hablar á María santísima, dijo que si la fe no le enseñara era pura criatura, la tuviera y adorara por Dios. En este peligro incurrieran fácilmente los gentiles mas ignorantes, y confundieran la divinidad del Redentor, que debian creer, con la grandeza de su Madre purísima, si se les propusiera todo junto, y pensaran que tambien ella era Dios como su Hijo, pues eran tan semejantes en la santidad. Pero ya este peligro ha cesado, estando tan arraigada la ley y fe del Evangelio en la Iglesia, y tan ilustrada con la doctrina de los sagrados Doctores y tantas maravillas como Dios ha obrado en esta manifestacion del Redentor. Y con tanta luz sabemos que solo él es Dios y hombre verdadero, lleno de gracia y de verdad [3]; y que su Madre es pura criatura, y sin tener divinidad fue llena de gracia, inmediata á Dios y superior á todo el resto de las criaturas. Y en este siglo tan ilustrado con las verdades divinas sabe el Señor cuándo y cómo conviene dilatar la gloria de su Madre santísima, manifestando los enigmas y secretos de las sagradas Escrituras, donde la tiene encerrada.

[1] Deut. XXXIV, 6. — [2] Genes. I, 3. — [3] Joan. I, 14.



14. El misterio de que voy hablando, con otros muchos de nuestra gran Reina, escribió el Evangelista en el capítulo XXI del Apocalipsis debajo de metáforas: en particular llamando á María santísima ciudad santa de Jerusalen, y describiéndola con las condiciones que por todo aquel capítulo prosigue. Y aunque en la primera parte le declaré por mas extenso en tres capítulos que le dividí, ajustándole (como se me dió á entender) al misterio de la Inmaculada Concepcion de la beatísima Madre; ahora es fuerza explicarle del misterio de bajar la Reina de los Ángeles del cielo á la tierra despues de la ascension de su Hijo santísimo. Y no se entienda por esto que hay alguna contradicion y repugnancia en estas explicaciones; porque entrambas caben en la letra del texto sagrado, pues no hay duda que la divina Sabiduría pudo en unas mismas palabras comprehender ajustadamente muchos misterios y sacramentos; y en una palabra que habla podemos entender dos cosas [1], como dijo David, que las entendió sin equivocacion ni repugnancia. Y esta es una de las causas de la dificultad de la sagrada Escritura, y necesaria para que la obscuridad la hiciese mas fecunda y estimable, y llegasen los fieles á tratarla con mayor humildad, atencion y reverencia. Y el estar tan llena de sacramentos y metáforas fue, porque en este estilo y palabras se pueden significar mejor muchos misterios sin violencia de los términos mas propios.

15. Esto se entenderá mejor en el misterio de que hablamos; porque el Evangelista dice: *que vió descender del cielo la ciudad santa de Jerusalen nueva y adornada* [2], *etc.* Y no hay duda que la metáfora de ciudad le conviene con verdad á María santísima, y que descendió del cielo ahora, despues de haber subido á él con su Hijo benditísimo; y antes en la Concepcion Inmaculada, en que descendió de la mente divina, donde como tierra nueva y cielo nuevo estuvo formada, y se declaró en la primera parte. Y el Evangelista entendió entrambos estos sacramentos, cuando la vió descender corporalmente en la ocasion de que hablamos, y los encerró en aquel capítulo. Y así es necesario ahora explicarle á este intento, aunque se repita de nuevo la letra del sagrado texto; pero será con mas brevedad, por lo que ya queda dicho en la primera explicacion. Y en esta hablaré en nombre del Evangelista para ceñirme mas en ella.

16. *Y vi* (dice san Juan) *un cielo nuevo y tierra nueva, porque se fué el primer cielo y primera tierra, y no hay mar* [3]. Cielo nuevo y tierra nueva llamó á la humanidad santísima del Verbo encarnado

[1] Psalm. LXI, 12. — [2] Apoc. XXI, 2. — [3] Ibid. 1.

y á la de su divina Madre; cielo por la habitacion, y nuevo por la renovacion. En Cristo Jesús nuestro Salvador habita la divinidad [1] en unidad de persona, por sustancial union indisoluble. En María por singular modo de gracia despues de Cristo. Estos cielos son ya nuevos; porque la humanidad pasible, que llagada y muerta estuvo en el sepulcro, la vió levantada y colocada á la diestra del eterno Padre, coronada de la gloria y dotes que mereció con su vida y muerte. Vió tambien á la Madre, que le dió este ser pasible y cooperó á la redencion del linaje humano, asentada á la diestra de su Hijo [2], y absorta en el océano de la divina luz inaccesible, participando la gloria de su Hijo como Madre, y que la mereció de justicia por sus obras de inefable caridad. Llamó tambien cielo nuevo y tierra nueva á la patria de los vivientes, renovada con la lucerna del Cordero [3], con los despojos de sus triunfos y con la presencia de su Madre, que como reyes verdaderos habian tomado la posesion del reino, que será eterno. Renováronle con su vista y nuevo gozo que han comunicado á sus antiguos moradores, y con los nuevos hijos de Adan, que á él han traido para poblarle como ciudadanos y vecinos, que jamás le pierdan. Con esta novedad *se fué ya el primer cielo y la primera tierra;* no solo porque el cielo de la humanidad santísima de Cristo y el de María (donde vivió como en primer cielo) se fueron á las eternas moradas, llevando á ellas la tierra del ser humano; sino tambien porque á este antiguo cielo y tierra pasaron los hombres del ser pasible á el estado de la impasibilidad. Fuéronse los rigores de la justicia, y llegó el descanso. Pasó el invierno de los trabajos [4], y vino el verano de la alegría y gozo eterno. Fuese asimismo la primera tierra y cielo de todos los mortales; porque entrando Cristo nuestro bien con su Madre santísima en la celestial Jerusalen, se rompieron los candados y cerraduras que por cinco mil doscientos y treinta y tres años habian tenido, para que ninguno entrase en ella; y todos los mortales quedasen en la tierra, si no se satisfacia primero la divina justicia de la ofensa por las culpas.

17. Y singularmente María santísima fue nuevo cielo y nueva tierra, ascendiendo con su Hijo y Salvador Jesús, y tomando la posesion de su diestra en la gloria de alma y cuerpo, sin haber pasado por la comun muerte de todos los hijos de los hombres. Y aunque antes en la tierra de su condicion humana era cielo, donde por

[1] Colos. II, 9. — [2] Psalm. XLIV, 10. — [3] Apoc. XXI, 23.
[4] Cant. II, 11.

especialísimo modo vió la Divinidad; pero en esta gran Señora se fueron este primer cielo y tierra y pasó por órden admirable á ser nuevo cielo y nueva tierra, en que habitase Dios por suma gloria entre todas las criaturas. Con esta novedad, en esta nueva tierra, en que habitaba Dios, *no hubo mar;* porque para ella se acabaron las amarguras y tormentos de los trabajos, si admitiera el quedarse desde entonces en aquel estado felicísimo. Y para los demás, que en alma y cuerpo, ó solo en alma, quedaron en la gloria, tampoco hubo mar de borrascas y peligros, como le habia en la primera tierra de la mortalidad.

18. *Y yo Juan* (prosigue el Evangelista) *ví á la ciudad santa Jerusalen, que descendia del cielo y de Dios, preparada como la esposa adornada para su varon* [1]. Yo indigno apóstol de Jesucristo soy á quien se le manifestó tan oculto sacramento, para que diese noticia al mundo: y ví á la Madre del Verbo humanado, verdadera ciudad mística de Jerusalen, vision de paz, que descendia del trono del mismo Dios á la tierra, como vestida de la misma Divinidad y adornada con una nueva participacion de sus atributos, de sabiduría, potencia, santidad, inmutabilidad, amabilidad, y similitud con su Hijo en el proceder y obrar. Venia como instrumento de la omnipotente diestra, como vicedios por nueva participacion. Y aunque venia á la tierra para trabajar en ella en beneficio de los fieles, privándose para esto voluntariamente del gozo que tenia con la vision beatífica, determinó el Altísimo enviarla preparada y guarnecida con todo el poder de su brazo, y recompensarle el estado y vision que por aquel tiempo dejaba, con otra vista y participacion de su divinidad incomprehensible, compatible con el estado de viadora; pero tan divino y levantado, que excediese á todo humano y angélico entendimiento. Para esto la adornó de su mano con los dones á que la pudo extender, y la dejó preparada como esposa para su varon el Verbo humanado: de tal manera, que ni pudiese desear en ella gracia alguna, ni excelencia, que le faltase; ni por estar ausente de su diestra dejase este varon de estar en ella y con ella, como en su cielo y trono proporcionado. Y como la esponja recibe y embebe en sí misma el licor que participa, llenando de él todos sus vacíos; así tambien (á nuestro modo de entender) quedó llena esta gran Señora de la influencia y comunicacion de la Divinidad.

19. Prosigue el texto: *Y del trono oí una gran voz que decia: Mi-*

[1] Apoc. XXI, 2.

ra al tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y serán pueblo suyo, y él será su Dios [1]. Esta voz, que salió del trono, llevó toda mi atencion con divinos efectos de suavidad y gozo. Y entendí como antes de morir la gran Señora recibia la posesion del premio merecido por singular favor, y prerogativa debida á sola ella entre todos los mortales. Y aunque ninguno de los que llegan á poseer el que les toca tiene autoridad para volver á la vida, ni se les deja en su mano; mas á esta única Esposa se le concedió esta gracia para engrandecer sus glorias: pues habiendo llegado á poseerlas, y hallándose reconocida y aclamada de los cortesanos del cielo por su legítima Reina y Señora, descendió por su voluntad á la tierra, para ser sierva de sus mismos vasallos, criarlos y gobernarlos como hijos. Por esta caridad sin medida mereció de nuevo que todos los mortales fuesen pueblo suyo, y se le diese nueva posesion de la Iglesia militante, donde volvia á ser habitadora y gobernadora, y mereciera tambien que Dios esté con ellos, y sea Dios misericordioso y propicio con los hombres; porque en su pecho estuvo sacramentado todo el tiempo que este sagrario de María purísima vivió en la Iglesia, depues que descendió del cielo. Y para estar en ella (cuando no hubiera otra razon) se quedara su mismo Hijo sacramentado en el mundo, y por sus méritos y peticiones estaba con los hombres por gracia y nuevos beneficios; y por esto añade y dice:

20. *Y enjugará las lágrimas de sus hijos, y en adelante no habrá muerte, ni llanto, ni clamor* [2]. Porque esta gran Señora viene por Madre de la gracia, de la misericordia, del gozo y de la vida. Ella es quien llena al mundo de alegría, quien enjuga las lágrimas que introdujo el pecado, que comenzó de nuestra madre Eva. Es la que convirtió el luto en regocijo, el llanto en nuevo júbilo, los clamores en alabanza y gloria, y la muerte del pecado en vida, para quien la buscare en ella. Ya se acabó la muerte del pecado, y los clamores de los réprobos y su dolor irreparable; porque si antes se acogieran los pecadores á este sagrado, en él hallaran perdon, misericordia y consuelo. Los primeros siglos, donde faltaba María Reina de los Angeles, ya se fueron y pasaron con dolor; y los clamores de los que la desearon y no la vieron, como ahora la tiene y la posee el mundo para su remedio y amparo, y detener la justicia divina para solicitar misericordia á los pecadores.

21. *Y el que estaba en el trono dijo: Atiende que hago nuevas to-*

[1] Apoc. XXI, 3. — [2] Ibid. 4.

das las cosas [1]. Esta fue voz del Padre eterno que me dió á conocer como todo lo hacia nuevo; Iglesia nueva, ley nueva, Sacramentos nuevos. Y habiendo hecho tan nuevos favores á los hombres como darles á su Hijo unigénito [2], les hacia otro singularísimo de enviarles á la Madre tan renovada, y nueva con admirables dones y potestad de distribuir los tesoros de la redencion que su Hijo puso en sus manos, para que los derramase en los hombres con su prudentísima voluntad. Para esto la envió á la Iglesia desde su real trono, renovada con la imágen de su Unigénito, sellada con los atributos de la Divinidad, como un trasunto copiado de aquel original, cuanto en pura criatura era posible, para que de ella se copiase la santidad de la nueva Iglesia evangélica.

22. *Y me dijo: Escribe, porque estas palabras son fidelísimas y verdaderas. Y me dijo tambien: ya está hecho. Yo soy el principio y el fin; y daré al sediento, que beba de balde de la fuente de la vida. El que venciere poseerá estas cosas, y seré Dios para él, y será él hijo para mí* [3]. Mandóme escribir este misterio el mismo Señor desde su trono, para que testificase la fidelidad y verdad de sus palabras y obras admirables con María santísima, en cuya grandeza y gloria empeñó su omnipotencia. Y porque estos sacramentos eran tan ocultos y levantados, los escribí en cifra y en enigma hasta su lugar y tiempo señalado, que por el mismo Señor se manifestasen al mundo, y se entendiese que ya estaba hecho todo lo posible, que convenia para remedio y salud de los mortales. Y con decir que *estaba hecho*, les hacia cargo de haber enviado á su Unigénito para redimirlos con su pasion y muerte, enseñarlos con su vida y doctrina, y á su Madre enriquecida para socorro y amparo de la Iglesia; y al Espíritu Santo, para que la prosperase, ilustrase, confirmase y fortaleciese con sus dones, como se lo habia prometido. Y porque no tuvo mas que darnos el eterno Padre, dijo: *ya está hecho.* Como si dijera: Todo lo posible á mi omnipotencia y conveniente á mi equidad y bondad, como principio y fin que soy de todo lo que tiene ser. Como principio, se le doy á todas las cosas con la omnipotencia de mi voluntad; y como fin, las recibo, ordenando con mi sabiduría los medios por donde lleguen á conseguir este fin. Los medios se reducen á mi Hijo santísimo y á su Madre, mi dilecta y única entre los hijos de Adan. En ellos están las aguas puras y vivas de la gracia, para que como de fuente, orígen y manantial beban todos los mortales que sedientos de su salud eterna llegaren á buscarlas [4].

[1] Apoc. XXI, 5. — [2] Joan. III, 16. — [3] Apoc. XXI, 5, 6, 7. — [4] Joan. VII, 37.

Para ellos se darán de balde; porque no las pueden merecer, aunque se las mereció, y con su misma vida, mi Hijo humanado, y su dichosa Madre se las granjea y merece á los que á ella acuden. Y el que venciere á sí mismo, al mundo y al demonio, que pretenden impedirle estas aguas de vida eterna, para este vencedor seré yo Dios liberal, amoroso y omnipotente, y él poseerá todos mis bienes, y lo que por medio de mi Hijo y de su Madre le tengo preparado; porque le adoptaré por hijo y heredero de mi eterna gloria.

23. *Pero á los tímidos, incrédulos, odiosos, homicidas, fornicarios, maléficos, idólatras y á todos los mentirosos, su parte para estos será en el estanque de fuego y ardiente azufre, que es la muerte segunda* [1]. Para todos los hijos de Adan dí á mi Unigénito por Maestro, Redentor y Hermano, y á su Madre por amparo, medianera y abogada conmigo poderosa; y como tal la vuelvo al mundo, para que todos entiendan que quiero se valgan de su proteccion. Pero á los que no vencieren al temor de su carne en padecer, ó no creyeren mis testimonios y maravillas obradas en beneficio suyo, y testificadas en mis Escrituras; á los que habiéndolas creido se entregaren á las inmundicias torpes de los deleites carnales, á los hechiceros, idólatras, que desamparan mi verdadero poder y divinidad, y siguen al demonio; todos los que obran la mentira y la maldad, no les aguarda otra herencia mas de la que ellos mismos eligieron para sí. Esta es el formidable fuego del infierno, que como estanque de azufre arde sin claridad con abominable olor, donde para todos los réprobos hay diversidad de penas y tormentos correspondientes á las abominaciones que cada uno cometió, aunque todas convienen en ser eternas y privar de la vision divina que beatifica á los Santos. Y esta será la segunda muerte sin remedio, porque no se aprovecharon del que tenia la primera muerte del pecado, que por la virtud de su Reparador y de su Madre pudieron restaurar con la vida de la gracia. Y prosiguiendo la vision, dice el Evangelista:

24. *Y vino uno de los siete Ángeles, que tenian siete copas llenas de siete novísimos castigos, y me dijo: Ven, y te mostraré la Esposa, que es mujer del Cordero* [2]. Conocí que este Ángel y los demás eran de los supremos y cercanos al trono de la beatísima Trinidad; y que se les habia dado especial potestad para castigar la osadía de los hombres que cometiesen los pecados referidos, despues de publicado al mundo el misterio de la redencion, vida, doctrina y muer-

[1] Apoc. XXI, 8. — [2] Ibid. 9.

te de nuestro Salvador, y la excelencia y potestad que tiene su Madre santísima para remediar á los pecadores que la llaman de todo corazon. Y porque con la sucesion de los tiempos se manifestarian mas estos sacramentos con los milagros y luz que recibiria el mundo, y con los ejemplos y vidas de los Santos, y en particular de los varones apostólicos, fundadores de las religiones, y tanto número de mártires y confesores; por eso los pecados de los hombres en los últimos siglos serán mas graves y detestables; y sobre tantos beneficios la ingratitud será mas pesada y digna de mayores castigos; y consiguientemente merecerian mayor indignacion de la digna ira y justicia divina. Así en los tiempos futuros (que son los presentes para nosotros) castigaria Dios con rigor á los hombres con plagas novísimas; porque serian las últimas, acercándose cada dia al juicio final. Véase en la primera parte el número 266.

25. *Y levantóme en espíritu el Ángel á un grande y alto monte, y mostróme á la ciudad santa de Jerusalen, que bajaba del cielo desde el mismo Dios* [1]. Fuí levantado con la fuerza del poder divino á un monte alto de suprema inteligencia y luz de ocultos sacramentos; y con el espíritu ilustrado ví á la Esposa de el Cordero, que era su mujer, como á ciudad santa de Jerusalen; esposa del Cordero, por la similitud y amor recíproco del que quitó los pecados del mundo [2]; y mujer, porque le acompañó inseparablemente en todas sus obras y maravillas, y por ella salió del seno de su eterno Padre para tener sus delicias con los hijos de los hombres [3], por hermanos de esta Esposa, y por ella tambien hermanos suyos del mismo Verbo humanado [4]. Víla como ciudad de Jerusalen, que encerró en sí y dió espaciosa habitacion al que no cabe en los cielos ni en la tierra [5]; y porque en esta ciudad puso el templo y propiciatorio donde quiso ser buscado y obligado, para mostrarse propicio y liberal con los hombres. Y víla como ciudad de Jerusalen; porque en su interior ví encerradas todas las perfecciones de Jerusalen triunfante, y el adecuado fruto de la redencion humana todo se contenia en ella. Y aunque en la tierra se humillaba á todos y se postraba á nuestros piés, como si fuera la menor de las criaturas, la ví en las alturas levantada al trono y diestra de su Unigénito [6], de donde descendia á la Iglesia, próspera y abundante, para favorecer á los hijos y fieles della.

[1] Apoc. XXI, 10. — [2] Joan. I, 29. — [3] Prov. VIII, 31. — [4] Matth. XXVIII, v. 10; Joan. XX, 17. — [5] II Par. VI, 18. — [6] Psalm. XLIV, 10.

CAPÍTULO III.

Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo XXI *del Apocalipsi.*

Tuvo María desde su primer instante una singular claridad de participacion divina no concedida á otra criatura. — Á qué grado llegó esta claridad, cuando fue asentada á la diestra de su Hijo. — En qué sentido la llamó Juan claridad de Dios. — Muro de proteccion divina con que fue guarnecida María. — Doblóse esta defensa cuando descendió al mundo, y en qué forma. — Generalidad de los beneficios de María á todos los mortales sin excepcion, significada en las doce puertas. — Grabó Cristo en el corazon de su Madre, cuando eligió volver al mundo, los nombres de sus Apóstoles, encargándoselos. — Fue san Matías antes escrito apóstol en el corazon de María que electo en la tierra. — Razon de grabarse los nombres de los doce Apóstoles en María. — Lo que obró en ellos y con ellos. — Midióse la magnitud de María en presencia de Juan, para que él entendiese su inmensidad. — Fue Cristo la medida, y en qué forma. — Significacion del número de los estadios. — Fue en esta ocasion María medida con su Hijo á la diestra del Padre, y se halló proporcionada. — Hermosa admirable variedad de las obras exteriores de María. — Eminente perfeccion de su interior. — Dones y privilegios divinos sobre que se fundó su fábrica. — Felicidades que encuentran los que llegan á la Madre de Dios con afecto devoto. — Ardentísimo amor con que deseó María lleguen todos á sí, para enriquecerlos. — Bajaba del cielo en María Cristo sacramentado, que era su templo. — Tuvo María despues de este misterio vision abstractiva continua de la Divinidad. — Perseveró en ella siempre Cristo sacramentado. — Veíale así siempre en sí misma con particular vision. — Luz que ha dado María á la Iglesia despues de este descenso por todos los siglos. — En estos últimos la dilatará con mayor esplendor, por la excesiva necesidad que tendrá la Iglesia de su amparo. — Prosperidad que tendrian los reyes y príncipes de la tierra, si se empleasen en la exaltacion del nombre de Cristo y de su Madre. — Ha dado el Señor á María el título de Patrona, Protectora y Abogada de estos reinos católicos. — Culpas que les han merecido las calamidades que padecen. — Por ser demás católicos son mas pesadas. — La proteccion de María es el medio que el Señor ha dado para desenojarle con la enmienda. — Cuánto importa no perder la ocasion de este amparo. — El beneficio de conservar la fe católica en estos reinos tan pura, es testimonio del singular amor que les tienen Cristo y su Madre. — Singular clemencia de María para admitir á todos los que con corazon devoto llegaren á ella por su remedio. — Ninguno de los mortales se puede excusar de llegar á valerse de su amparo. — Agrado de el Señor en que se manifieste al mundo lo que María hizo por la Iglesia, y desea favorecer á los católicos. — Cuán importante es á los hijos de la Iglesia conocer en estas excelencias de María lo que les puede y quiere favorecer. — Exhortacion de la Madre de Dios á su discípula, para que se adelante en la devocion y confianza de su Maestra. — Renovacion interior que la ordenó á su imitacion.

26. Esta ciudad santa de Jerusalen, María Señora nuestra (dice el Evangelista), *tenia la claridad de Dios, y su resplandor era semejante á una piedra preciosa de jaspe como cristal* [1]. Desde el punto que tuvo ser María santísima, fue su alma llena y como bañada de una nueva participacion de la Divinidad, nunca vista ni concedida á otra criatura; porque ella sola era la clarísima aurora que participaba de los mismos resplandores del sol Cristo, hombre y Dios verdadero, que della habia de nacer. Y esta divina luz y claridad fué creciendo hasta llegar al supremo estado que tuvo, asentada á la diestra de su Hijo unigénito en el mismo trono de la beatísima Trinidad, y vestida de variedad de todos los dones, gracias, virtudes, méritos y gloria, sobre todas las criaturas [2]. Y cuando la ví en aquel lugar y luz inaccesible, me pareció no tenia otra claridad mas que la del mismo Dios, que en su inmutable ser estaba como en fuente y en su orígen, y en ella estaba participado; y por medio de la humanidad de su Hijo unigénito resultaba una misma luz y claridad en la Madre y en el Hijo, y en cada uno con su grado; pero en sustancia parecia una misma, y que no se hallaba en otro de los bienaventurados, ni en todos juntos. Y por la variedad parecia al jaspe; por lo estimable era preciosa, y por la hermosura de alma y cuerpo era como cristal penetrado, bañado y sustanciado con la misma claridad y luz.

27. *Y tenia la ciudad un grande y alto muro con doce puertas, y en ellas doce Ángeles, escritos los nombres de los doce tribus de Israel. Tres puertas al Oriente, tres al Aquilon, tres al Austro, y tres al Occidente* [3]. El muro, que defendia y encerraba esta ciudad santa de María santísima, era tan alto y grande, cuanto lo es el mismo Dios, y su omnipotencia infinita y todos sus atributos; porque todo el poder y grandeza divina, y su sabiduría inmensa se emplearon en guarnecer á esta gran Señora, en asegurarla, y defenderla de los enemigos que la pudieran asaltar. Y esta invencible defensa se dobló, cuando descendió al mundo para vivir en él sola, sin la asistencia visible de su Hijo santísimo, y para asentar la nueva Iglesia del Evangelio, que para esto tuvo todo el poder de Dios por nuevo modo á su voluntad contra los enemigos de la misma Iglesia, visibles y invisibles. Y porque despues que fundó el Altísimo esta ciudad de María franqueó liberalmente sus tesoros, y por ella quiso llamar á todos los mortales al conocimiento de sí mismo, y á la eterna felicidad sin excepcion de gentiles, judíos, ni bárbaros, sin

[1] Apoc. XXI, 11. — [2] Psalm. XLIV, 10. — [3] Apoc. XXI, 12, 13.

diferencia de naciones y de estados; por eso edificó esta ciudad santa con doce puertas á todas las cuatro partes del mundo sin diferencia. Y en ellas puso los doce Ángeles, que llamasen y convidasen á todos los hijos de Adan, y en especial despertasen á todos á la devocion y piedad de su Reina; y los nombres de los doce tribus en estas puertas, para que ninguno se tenga por excluido del refugio y sagrado de esta Jerusalen divina; y todos entiendan que María santísima tiene escritos sus nombres en el pecho y en los mismos favores que recibió del Altísimo, para ser Madre de clemencia y misericordia, y no de la justicia.

28. *El muro de esta ciudad tenia doce fundamentos, y en ellos estaban los nombres de los doce Apóstoles del Cordero* [1]. Cuando nuestra gran Madre y Maestra estuvo á la diestra de su Hijo y Dios verdadero en el trono de su gloria, y se ofreció á volver al mundo para plantar la Iglesia; entonces el mismo Señor la encargó singularmente el cuidado de los Apóstoles, y grabó sus nombres en el inflamado y candidísimo corazon de esta divina Maestra, y en él se hallaran escritos, si fuera posible que le viéramos. Y aunque entonces éramos solos once los Apóstoles, vino escrito en lugar de Judas san Matías, tocándole esta suerte de antemano. Y porque del amor y sabiduría de esta Señora salió la doctrina, la enseñanza, la firmeza y todo el gobierno con que los doce Apóstoles y san Pablo fundamos la Iglesia y la plantamos en el mundo; por esto escribió los nombres de todos en los fundamentos de esta ciudad mística de María santísima, que fue el apoyo y fundamento en que se aseguraron los principios de la santa Iglesia, y de sus fundadores los Apóstoles. Con su doctrina nos enseñó, con su sabiduría nos ilustró, con su caridad nos inflamó, con su paciencia nos toleró, con su mansedumbre nos atraia, y con su consejo nos gobernaba; con sus avisos nos prevenia, y con su poder divino, de que era dispensadora, nos libraba de los peligros. Á todos acudia como á cada uno, y á cada uno como á todos juntos. Y los Apóstoles tuvimos patentes las doce puertas de esta ciudad santa, mas que todos los hijos de Adan. Y mientras vivió por nuestra Maestra y amparo, jamás se olvidó de alguno de nosotros, sino que en todo lugar y tiempo nos tuvo presentes, y nosotros tuvimos su defensa y proteccion, sin faltarnos en alguna necesidad y trabajo. Y de esta grande y poderosa Reina, y por ella participamos y recibimos todos los beneficios, gracias y dones que nos comunicó el brazo de el Altísimo, para ser idóneos

[1] Apoc. XXI, 14.

ministros del Nuevo Testamento [1]. Y por todo esto estaban nuestros nombres en los fundamentos del muro de esta ciudad mística, la beatísima María.

29. *Y el que hablaba conmigo tenia una medida de oro, como caña para medir la ciudad, sus puertas y su muro. Y la ciudad está puesta en cuadrángulo, con igual longitud y latitud. Y midió la ciudad con la caña de oro, con que tenia doce mil estadios. Y su longitud, latitud y altura eran iguales* [2]. Para que yo entendiese la magnitud inmensa de esta ciudad santa de Dios, la midió en mi presencia el mismo que me hablaba. Y para medirla tenia en la mano una vara ó caña de oro, que era el símbolo de la humanidad deificada con la persona del Verbo, y de sus dones, gracia y merecimientos; en que se encierra la fragilidad del ser humano y terreno, y la inmutabilidad preciosa y inestimable del ser divino, que realzaba á la humanidad y sus merecimientos. Y aunque esta medida excedia tanto á lo mensurado; pero no se hallaba otra en el cielo ni en la tierra con que medir á María santísima y su grandeza, fuera de la de su Hijo y Dios verdadero; porque todas las criaturas humanas y angélicas eran inferiores y desiguales para investigar y medir esta ciudad mística y divina. Pero medida con su Hijo, era proporcionada con él, como Madre digna suya, sin faltarle cosa alguna para esta proporcionada dignidad. Y su grandeza contenia doce mil estadios, con igualdad por todas cuatro superficies de su muro, que cada lienzo contenia doce mil de largo y de alto; con que venia á estar en cuadro y correspondencia muy igual. Tal era la grandeza, inmensidad y correspondencia de los dones y excelencias de esta gran Reina, que si los demás Santos recibieron con medida de cinco ó dos talentos [3]; pero ella de doce mil cada uno, excediéndonos á todos con inmensa magnitud. Y aunque fue medida con esta proporcion, cuando bajó del no ser al ser en su inmaculada Concepcion, prevenida para Madre del Verbo eterno; pero en esta ocasion que bajó del cielo á plantar la Iglesia, fue medida otra vez con la proporcion de su Unigénito á la diestra del Padre, y se halló con la correspondencia ajustada para tener allí aquel lugar, y volver á la Iglesia para hacer el oficio de su mismo Hijo y Reparador del mundo.

30. *Y la fábrica del muro era de piedra de jaspe; mas la ciudad era de oro finísimo, semejante al vidrio puro y limpio. Y sus fundamentos estaban adornados con todo género de piedras preciosas* [4]. Las

[1] II Cor. III, 6. — [2] Apoc. XXI, 15, 16. — [3] Matth. XXV, 15.
[4] Apoc. XXI, 18, 19.

obras y compostura exterior de María santísima, que se manifestaban á todos, como en la ciudad se manifiesta el muro que la rodea, todas eran de tan hermosa variedad y admiracion á los que la miraban y comunicaban, que solo con su ejemplo vencia y atraia los corazones, y con su presencia ahuyentaba los demonios, y deshacia todas sus fantásticas ilusiones; que por eso el muro de esta ciudad santa era de jaspe. Con su proceder y obrar en lo exterior hizo nuestra Reina mayores frutos y maravillas en la primitiva Iglesia, que todos los Apóstoles y Santos de aquel siglo. Pero lo interior de esta divina ciudad era finísimo oro de inexplicable caridad, participada de la de su mismo Hijo, y tan inmediata á la de el Ser infinito, que parecia un rayo de ella misma. No solo era esta ciudad de oro levantado en lo precioso, sino tambien era como vidrio claro, puro y transparente; porque era un espejo inmaculado en que reverberaba la misma Divinidad, sin que en ella se conociese otra cosa fuera desta imágen. Y á mas de esto era como una tabla cristalina en que estaba escrita la ley del Evangelio; para que por ella y en ella se manifestase al mundo todo: y por eso era de vidrio claro, y no de piedra escura [1], como las de Moisés para un pueblo solo. Y los fundamentos, que se descubrian en el muro de esta gran ciudad, todos eran de preciosas piedras; porque la fundó el Altísimo de su mano, como poderoso y rico, sin tasa ni medida, sobre lo mas precioso, estimable y seguro de sus dones, privilegios y favores, significados en las piedras de mayor virtud, estimacion, riqueza y hermosura que se conoce entre las criaturas. (Véase el capítulo X de la primera parte, libro I).

31. *Y las puertas de la ciudad, cada una era una preciosa margarita. Doce puertas, doce margaritas, y la plaza oro lucidísimo como el vidrio. Y no habia templo en ella; porque su templo es el mismo Dios omnipotente y el Cordero* [2]. El que llegare á esta ciudad santa de María, para entrar en ella por fe, esperanza, veneracion, piedad y devocion, hallará la preciosa margarita que le haga dichoso, rico y próspero en esta vida, y en la otra bienaventurado por su intercesion. No sentirá horror de entrar en esta ciudad de refugio; porque sus puertas son amables y de codicia, como preciosas y ricas margaritas: para que ninguno de los mortales tenga excusa, si no se valiere de María santísima, y de su dulcísima piedad con los pecadores; pues nada hubo en ella que dejase de atraerlos á sí y al camino de la eterna vida. Y si las puertas son tan ricas y llenas

[1] Exod. XXXI, 18. — [2] Apoc. XXI, 21, 22.

de hermosura á quien llegase, mas lo será el interior, que es la plaza de esta admirable ciudad; porque es de finísimo oro y muy lucido, de ardentísimo amor y deseo de admitir á todos, enriquecerlos con los tesoros de la felicidad eterna. Y para esto se manifiesta á todos con su claridad y luz; y ninguno hallará en ella tinieblas de falsedad ó engaño. Y porque en esta ciudad santa de María venia el mismo Dios por especial modo, y el Cordero, que es su Hijo sacramentado, que la llenaban y ocupaban; por esto no ví en ella otro templo y propiciatorio mas que al mismo Dios omnipotente y al Cordero. Ni tampoco era necesario que en esta ciudad se hiciera templo para que orase y pidiese con acciones y ceremonias como en los demás, que para sus súplicas van á los templos; porque el mismo Dios y su Hijo eran su templo, y estaban atentos y propicios para todas sus peticiones, oraciones y ruegos que por los fieles de la Iglesia ofrecia.

32. *Y no tenia necesidad de luz del sol ni de la luna; porque la claridad de Dios le daba luz, y su lucerna es el Cordero* [1]. Despues que nuestra Reina volvió al mundo de la diestra de su Hijo santísimo, no fue ilustrado su espíritu con el modo comun de los Santos, ni como el que tuvo antes de la ascension, sino que en recompensa de la vision clara y fruicion, de que carecia para volver á la Iglesia militante, se le concedió otra vision abstractiva y continua de la Divinidad, á que correspondia otra fruicion proporcionada. Y con este especial modo participaba del estado de los comprehensores, aunque estaba en el de viadora. Y fuera de este beneficio recibió tambien otro, que su Hijo santísimo sacramentado en las especies del pan perseveró siempre en el pecho de María como en su proprio sagrario; y no perdia estas especies sacramentales hasta que recibia otras de nuevo. De manera que mientras vivió en el mundo, despues que descendió del cielo, tuvo consigo siempre á su Hijo santísimo y Dios verdadero sacramentado. Y en sí misma le miraba con una particular vision que se le concedió, para que le viese y tratase, sin buscar fuera de sí misma su real presencia. En su pecho le tenia, para decir con la Esposa: Téngole, y no le dejaré [2]. Con estos favores ni pudo haber noche en esta ciudad santa, en que alumbrase la gracia como luna, ni tuvo necesidad de otros rayos del Sol de justicia; porque le tenia todo con plenitud, y no por partes, como los demás Santos.

33. *Y caminarán las gentes en su resplandor, y los reyes de la*

[1] Apoc. XXI, 23. — [2] Cant. III, 4.

tierra llevarán á ella su gloria y su honor[1]. Ninguna excusa ni disculpa tendrán los desterrados hijos de Eva, si con la divina luz, que María santísima ha dado al mundo, no caminaren á la verdadera felicidad. Para que ilustrase su Iglesia, le envió del cielo su Hijo y Redentor en sus primeros principios, y la dió á conocer á los primogénitos de la Iglesia santa. Despues de la sucesion de los tiempos ha ido manifestando su grandeza y santidad por medio de las maravillas que esta gran Reina ha obrado en innumerables favores y beneficios que de su mano han recibido los hombres. En estos últimos siglos (que son los presentes) dilatará su gloria, y la dará á conocer de nuevo con mayor resplandor, por la excesiva necesidad que tendrá la Iglesia de su poderosa intercesion y amparo, para vencer al mundo, al demonio y á la carne, que por culpa de los mortales tomarán mayor imperio y fuerzas, como ahora las tienen para impedirles la gracia y hacerlos mas indignos de la gloria. Contra la nueva malicia de Lucifer y sus seguidores quiere oponer el Señor los méritos y peticiones de su Madre purísima, y la luz que envia al mundo, de su vida y poderosa intercesion; para que sea refugio y sagrado de los pecadores, y todos caminen y vayan á él por este camino tan recto y seguro y lleno de resplandor.

34. Y si los reyes y príncipes de la tierra caminasen con esta luz, y llevasen su honor y gloria á esta ciudad santa de María, y en exaltar su nombre y el de su Hijo santísimo empleasen la grandeza, potestad, riquezas y potencia de sus Estados; asegúrense, que si con este norte se gobernasen, merecerian ser encaminados con el amparo de esta suprema Reina en el ejercicio de sus dignidades, y con grande acierto gobernarian sus Estados ó monarquías. Y para renovar esta confianza en nuestros católicos príncipes, profesores y defensores de la santa fe, les hago manifiesto lo que ahora y en el discurso de esta Historia se me ha dado á entender para que así lo escriba. Esto es, que el supremo Rey de los reyes y Reparador de las monarquías ha dado á María santísima especial título de Patrona, Protectora y Abogada de estos reinos católicos. Y con este singular beneficio determinó el Altísimo prevenir el remedio de las calamidades y trabajos que al pueblo cristiano por sus pecados le habian de sobrevenir y afligir, y sucederia en estos siglos presentes como con dolor y lágrimas lo experimentamos. El dragon infernal ha convertido su saña y furor contra la santa Iglesia, conociendo el descuido de sus cabezas y de los miembros de este cuerpo místico, y que

[1] Apoc. XXI, 24.

todós aman la vanidad y deleite. Y la mayor parte de estas culpas y de su castigo toca á los mas católicos, cuyas ofensas, como de hijos, son mas pesadas; porque saben la voluntad de su Padre celestial que habita en las alturas, y no la quieren cumplir mas que los extraños. Y sabiendo tambien que el reino de los cielos padece fuerza y se alcanza con violencia [1], ellos se han entregado al ocio, á las delicias y á contemporizar con el mundo y la carne. Este peligroso engaño del demonio castiga el justo Juez por mano del mismo demonio, dándole por sus justos juicios licencia para que aflija á la Iglesia santa y azote con rigor á sus hijos.

35. Pero el Padre de las misericordias, que está en los cielos, no quiere que las obras de su clemencia sean del todo extinguidas; y para conservarlas nos ofrece el remedio oportuno de la proteccion de María santísima, sus continuos ruegos, intercesion y peticiones, con que la rectitud de la justicia divina tuviese algun título y motivo conveniente para suspender el castigo riguroso que merecemos y nos amenaza, si no procuramos granjear la intercesion de esta gran Reina y Señora del cielo, para que desenoje á su Hijo santísimo justamente indignado, y nos alcance la enmienda de los pecados, con que provocamos su justicia y nos hacemos indignos de su misericordia. No pierdan la ocasion los príncipes católicos y los moradores de estos reinos, cuando María santísima les ofrece los dias de la salud y el tiempo mas aceptable de su amparo [2]. Lleven á esta Señora su honor y gloria, dándosela toda á su Hijo santísimo y á ella, por el beneficio de la fe católica que les ha hecho; conservándola hasta ahora en sus monarquías tan pura, con que han testificado al mundo el amor tan singular que Hijo y Madre santísimos tienen á estos reinos, y el que manifiestan en darles este aviso saludable. Procuren, pues, emplear sus fuerzas y grandeza en dilatar la gloria y exaltacion del nombre de Cristo por todas las naciones y el de María santísima. Y crean será medio eficacísimo, para obligar al Hijo, engrandecer á la Madre con digna reverencia, y dilatarla por todo el universo, para que sea venerada y conocida de todas las naciones.

36. En mayor testimonio y prueba de la clemencia de María santísima, añade el Evangelista: *Que las puertas de esta Jerusalen divina no estaban cerradas ni por el día ni por la noche: para que todas las gentes lleven á ella su gloria y honra* [3]. Nadie, por pecador y tardo que haya sido, por infiel y pagano, llegue con desconfianza á las puertas de esta Madre de misericordia; que quien se priva de

[1] Matth. XI, 12. — [2] II Cor. VI, 2. — [3] Apoc. XXI, 25, 26.

la gloria que gozaba á la diestra de su Hijo para venir á socorrernos, no podrá cerrar las puertas de su piedad á quien llegare á ellas por su remedio con devoto corazon. Y aunque llegare en la noche de la culpa ó en el dia de la gracia, y á cualquiera hora de la vida, siempre será admitido y socorrido. Si el que llama á media noche á las puertas del amigo que de verdad lo es, le obliga por la necesidad ó por la importunidad á que se levante y le socorra, dándole los panes que pide [1]; ¿qué hará la que es Madre, y tan piadosa, que llama, espera, y convida con el remedio? No aguardará que seamos importunos; porque es presta en atender á los que la llaman, oficiosa en responder, y toda suavísima y dulcísima en favorecer, y liberal en enriquecer. Es el fomento de la misericordia, motivo para usar el Altísimo de ella, y puerta del cielo para que entremos á la gloria por su intercesion y ruegos: *Nunca entrará en ella cosa manchada ni engañosa* [2]. Nunca se turbó, ni admitió indignacion ni odio contra los hombres; no se halló en ella jamás engaño, culpa ni defecto; nada le falta de cuanto se puede desear para el remedio de los mortales. No tenemos excusa ni descargo, si no llegamos con humilde reconocimiento; que como es pura y limpia, tambien nos purificará y limpiará á nosotros. Tiene las llaves de las fuentes del Redentor, de que dice Isaías saquemos agua [3]; y su intercesion, obligada de nuestros ruegos, vuelve la llave, y salen las aguas para lavarnos ámpliamente y admitirnos en su felicísima compañía, y de su Hijo y Dios verdadero, por todas las eternidades.

Doctrina que me dió la gran Reina y Señora de los Ángeles.

37. Hija mia, quiérote manifestar para tu aliento, y de mis siervos, que has escrito los misterios de estos capítulos con agrado y aprobacion del Altísimo, cuya voluntad es se manifieste al mundo lo que yo hice por la Iglesia, volviendo á ella desde el cielo empíreo para ayudar á los fieles; y tambien el deseo que tengo de socorrer á los católicos que se valieren de mi intercesion y amparo, como el Altísimo me lo encargó, y yo con maternal afecto se la ofrezco á ellos. Tambien ha sido especial gozo de los Santos, y entre ellos de mi hijo Juan, que hayas declarado el que tuvieron todos, cuando subí con mi Hijo y mi Señor á los cielos, acompañándole en su ascension; porque ya es tiempo que lo entiendan los hijos de la Iglesia, y conozcan mas expresamente la grandeza de los

[1] Luc. XI, 8. — [2] Apoc. XXI, 27. — [3] Isai. XII, 3.

beneficios á que me levantó el Todopoderoso, y se levanten ellos en su esperanza, estando mas capaces de lo que les puedo y quiero favorecer; porque me compadezco, como madre amorosa, de ver á mis hijos tan engañados del demonio, y oprimidos de su tiranía, á que ciegamente se han entregado. Otros grandes sacramentos encerró Juan mi siervo en el capítulo XXI y en el XII del Apocalipsi, de los beneficios que me hizo el Altísimo; y de todos has declarado en esta Historia lo que pueden conocer ahora los fieles para su remedio por mi intercesion, y mas escribirás adelante.

38. Pero desde luego para tí has de coger el fruto de todo lo que has entendido y escrito. En primer lugar, te debes adelantar en el cordial afecto y devocion que conmigo tienes, y en una firmísima esperanza de que yo seré tu amparo en todas tus tribulaciones, y te encaminaré en tus obras, y que las puertas de mi clemencia estarán para tí patentes, y tambien para todos cuantos tú me encomendares, si fueres la que yo quiero, y tal como te deseo. Para esto te advierto, carísima, y te aviso, que como yo fuí renovada en el cielo por el poder divino para volver á la tierra, y obrar en ella con nuevo modo y pefeccion; así el mismo Señor quiere que tú seas renovada en el cielo de tu interior, y en el retiro y superior de tu espíritu, y en la soledad de los ejercicios, donde te has recogido para escribir lo que resta de mi vida. No entiendas se ha ordenado sin especial providencia, como lo conocerás ponderando lo que precedió en tí para dar principio á esta tercera parte, como lo has escrito. Ahora, pues, que sola y desocupada del gobierno y conversacion de tu casa te doy esta doctrina; es razon que con el favor de la divina gracia te renueves en la imitacion de mi vida, y en ejecutar en tí (cuanto es posible) lo que conoces en mí. Esta es la voluntad de mi Hijo santísimo, la mia, y tus mismos deseos. Oye, pues, mi enseñanza, y cíñete de fortaleza [1]. Determina con eficacia tu voluntad, para ser atenta, fervorosa, oficiosa, constante y diligentísima en el agrado de tu Esposo y Señor. Acostúmbrate á no perderle jamás de tu vista, cuando desciendas á la comunicacion de las criaturas y á las obras de Marta. Yo seré tu maestra, los Ángeles te acompañarán, para que con ellos y sus inteligencias alabes continuamente al Señor; y su Majestad te dará su virtud, para que pelees sus batallas con sus enemigos y tuyos. No te hagas indigna de tantos bienes y favores.

[1] Prov. XXXI, 17.

CAPÍTULO IV.

Despues de tres dias que María santísima descendió del cielo, se manifiesta y habla en su persona á los Apóstoles; visítala Cristo nuestro Señor; y otros misterios hasta la venida del Espíritu Santo.

Advertencia para que no se extrañen los sacramentos de María que se manifiestan en esta Obra, por haber estado ocultos hasta ahora.—Dia en que bajó María del cielo.—Estuvo tres dias gozando en el cenáculo de los efectos de la vision beatífica.—Encubrióse á los discípulos la refulgencia del cuerpo que en ellos tenia.—Fue conveniente que estos efectos se remitiesen poco á poco.—Concordia de la revelacion de la ascension de María con su Hijo, y lo que se dice en los Actos apostólicos.—Operaciones de María en el cielo y el cenáculo en el mismo tiempo.—Operaciones de María en los tres primeros dias despues de su descenso.—Admiracion de los Ángeles de ver la singular humildad de María despues de haber sido exaltada á tanta grandeza.—Palabras con que la ponderaban y admiraban.—Bendiciones con que por tan rara humildad exaltaban á su reinado.—Peticiones que hacia la Madre de Dios en el cenáculo, acompañando en la oracion á los Apóstoles.—Ardor de caridad con que las hacia para el bien de los hombres.—Estado eminentísimo de viadora que tenia en este tiempo María, y obras de su interior.—Visita que hizo Cristo á su Madre personalmente en este tiempo.—Favores que hizo en ella.—Humildad de María en este beneficio.—Duró cinco horas esta visita del Hijo.—Ninguno de los Apóstoles conoció entonces este favor.—Pidió María licencia á su Hijo para hacer, cuando la visitase, el ejercicio de reconocer postrada los que le parecian defectos.—En qué forma pudo tener lugar este ejercicio en la inocentísima Vírgen.—Atencion cuidadosa que tuvo la Madre de Dios para que los Apóstoles se preparasen para recibir al Espíritu Santo.—Envióles desde el cielo al cenáculo un Ángel que les enseñase el modo de disponerse.—Despues que bajó del cielo gastaba cada dia una hora en enseñarlos.—Como les daba la doctrina sin forma de magisterio.—Distribucion de tiempo y ejercicio que les ordenó.—Nunca hablaba sino que san Pedro ó san Juan se lo mandasen.—Alcanzó del Señor su humildad que les inspirase lo hiciesen.—Misterios que les declaraba.—Enseñóles á orar mentalmente, declarándoles la excelencia y necesidad desta oracion.—Otros ejercicios espirituales que les enseñó para disponerlos á recibir el Espíritu Santo.—Todas las mañanas y tardes pedia la bendicion á los Apóstoles.—Como los venció para que se la diesen.—Palabras que decian los Apóstoles, gozosos y admirados de hallar en María tan vivamente imitada la enseñanza de su Maestro.—Cuánto pudieron dejar escrito los Apóstoles de la santidad, obras y doctrina que vieron en la Madre de Dios.—Fue voluntad divina que se proveyese el apostolado que habia vacado por Judas, antes de la venida del Espíritu Santo.—Declarósela María á los Apóstoles.—Pidiéronla nombrase ella al que conociese mas digno.—Ordenó María á san Pedro que hiciese la eleccion, para que comenzase á ejercer el oficio de cabeza de la Iglesia en presencia de los fieles.—Proposicion de san Pedro para la eleccion.—Forma de la eleccion.—Seguridad que entonces tuvo.—Eleccion de san Matías en apóstol de Cristo.—

Deseo de la Madre de Dios de la perfeccion de su discípula en su imitacion. —Aliéntala á la confianza de sus favores.—Radícala en la humildad para recibirlos.—Virtudes en que quiere la imite.—Sagacidad de el demonio en apartar á los mortales de la veneracion y culto de Dios.—Cómo aparta á los mundanos.—Cómo á los que desean la virtud.—Cómo á los que tratan de perfeccion.—Exhortacion al ejercicio y enseñanza de tratar á Dios con veneracion y temor santo.—Obligacion al ejercicio de esta doctrina en los que gobiernan.—Veneracion á los sacerdotes.—Peticiones por las necesidades de los prójimos.

39. Advierto de nuevo á los que leyeren esta Historia que no extrañen los ocultos sacramentos de María santísima que en ella vieren escritos, ni los tengan por increibles, por haberlos ignorado el mundo hasta ahora; porque á mas de que todos caben digna y convenientemente en esta gran Reina, aunque la santa Iglesia hasta ahora no haya tenido historias auténticas de las obras maravillosas que hizo despues de la ascension de su Hijo santísimo; no podemos negar serian muchas y muy grandiosas, pues quedaba por maestra, protectora, y madre de la ley evangélica, que se introducia en el mundo debajo de su amparo y proteccion. Y si para este ministerio la renovó el altísimo Señor (como se ha dicho), y en ella empleó todo el resto de su omnipotencia, ningun favor ó beneficio, por grande que sea, se le ha de negar á la que fue única y singular, como no disuene de la verdad católica.

40. Estuvo tres dias en el cielo gozando de la vision beatífica (como dije en el primer capítulo [1]), y descendió á la tierra el dia que corresponde al domingo despues de la Ascension, que llama la santa Iglesia infraoctava de la fiesta. Estuvo en el cenáculo otros tres dias gozando de los efectos de la vision de la Divinidad, y templándose los resplandores con que venia de las alturas, conociendo el misterio solo el evangelista san Juan; porque no convenia manifestar este secreto á los demás Apóstoles por entonces, ni ellos estaban harto capaces para él. Y aunque asistia con ellos, se les encubria su refulgencia los tres dias que la tuvo en la tierra; y fue así conveniente, pues el mismo Evangelista, á quien se le concedió este favor, cayó en tierra postrado, cuando llegó á su presencia, como arriba se dijo [2]; aunque fue confortado con especial gracia para la primera vista de su beatísima Madre. Tampoco fue conveniente que luego y repentinamente le quitase el Señor á nuestra gran Reina la refulgencia y los demás efectos exteriores y interiores con que venia desde su gloria y trono; sino que con órden de su sabiduría infinita fue-

[1] Supr. n. 3. — [2] Ibid. n. 6.

se poco á poco remitiendo aquellos dones y favores tan divinos, para que volviese el virginal cuerpo al estado visible mas comun, en que pudiera conversar con los Apóstoles y con los otros fieles de la santa Iglesia.

41. Dejo asimismo advertido arriba [1] que esta maravilla de haber estadó María santísima personalmente en el cielo no contradice á lo que está escrito en los Actos apostólicos, que los Apóstoles y mujeres santas perseveraron unánimes en oracion con María Madre de Jesús, y sus hermanos [2], despues que su Majestad subió á los cielos. La concordia de este lugar con lo que he dicho es clara; porque san Lucas escribió aquella historia segun lo que él y los Apóstoles vieron en el cenáculo de Jerusalen, y no el misterio que ignoraba. Y como el cuerpo purísimo estaba en dos partes, aunque la atencion y el uso de las potencias y sentidos fuese mas perfecto y real en el cielo, es verdad que asistia con los Apóstoles, y que todos la veian. Y á mas de esto, se verifica que María santísima perseveraba con ellos en oracion; porque desde el cielo los veia, y unia su oracion y peticiones con todos los moradores del santo cenáculo; y en la diestra de su Hijo santísimo se las presentó, y alcanzó para ellos la perseverancia y otros grandes favores del Altísimo.

42. Los tres dias que estuvo esta gran Señora en el cenáculo gozando de los efectos de la gloria, y en el ínterin que se iban templando los resplandores de su redundancia, se ocupó en encendidos y divinos afectos de amor, de agradecimiento, y de inefable humildad, que no hay términos ni razones para manifestar lo que de este sacramento he conocido, aunque será muy poco respecto de la verdad. En los mismos Ángeles y Serafines que la asistian causó nueva admiracion, y con ella conferian entre sí mismos cuál era mayor maravilla, haber levantado el brazo poderoso del Altísimo á una pura criatura á tantos favores y grandeza, ó el ver que despues de hallarse tan levantada y enriquecida de gracia y gloria sobre todas las criaturas se humillase, reputándose por la mas ínfima entre ellas. Con esta admiracion conocí que los mismos Serafines estaban como suspensos (á nuestro modo de entender) mirando á á su Reina en las obras que hacia; y hablando unos con otros decian: *Si los demonios antes de su caida llegaran á conocer este raro ejemplo de humildad, no fuera posible que á vista suya se levantaran en su soberbia. Esta nuestra gran Señora es la que sin defecto, sin mengua, no por partes, sino con toda plenitud, llenó los vacíos de la*

[1] Part. II, n. 1512. — [2] Act. I, 14.

humildad de todas las criaturas. Ella sola ponderó dignamente la majestad y sobreeminente grandeza del Criador, y la poquedad de todo lo criado. Ella es la que sabe cuándo y cómo ha de ser obedecido y venerado; y como lo sabe lo ejecuta. ¿Es posible que entre las espinas que sembró el pecado en los hijos de Adan, produjese la tierra este candidísimo lirio de tanto agrado para su Criador, y fragrancia para los mortales [1]? Y que del desierto del mundo, yermo de la gracia, y todo terreno, se levantase tan divina criatura, tan afluente de las divinas delicias del Todopoderoso [2]? Eternamente sea alabado en su sabiduría y bondad, que formó tal criatura, tan ordenada y admirable, para santa emulacion de nuestra naturaleza, para ejemplo y gloria de la humana. Y tú, bendita entre las mujeres, señalada y escogida entre todas las criaturas, seas bendita, conocida y alabada de todas las generaciones [3]. Goces por toda la eternidad de la excelencia que te dió tu Hijo y nuestro Criador. Tenga en tí su agrado y complacencia, por la hermosura de tus obras y prerogativas; quede saciada en ellas la inmensa caridad con que desea la justificacion de todos los hombres. Tú por todos le dés satisfacion, y mirándote á tí sola no le pesará haber criado á los demás ingratos. Y si ellos le irritan y desobligan, tú le aplacas y le haces propicio y caricioso. No admiramos que tanto favorezca á los hijos de Adan, pues tú, Señora y Reina nuestra, vives con ellos, y son de tu pueblo.

43. Con estas alabanzas y otros muchos cánticos que hacian los santos Ángeles celebraron la humildad y obras de María santísima despues que descendió del cielo; y en algunos de estos loores alternó ella con sus respuestas. Antes que la dejasen en el cenáculo los que volvieron al cielo despues de haberla acompañado, y pasados los tres dias que estuvo en él (sabiendo solo san Juan los resplandores que la cercaban), conoció que ya era tiempo de tratar y conversar con los fieles. Hízolo así, y miró á los Apóstoles y discípulos con gran ternura como piadosa Madre; y acompañándolos en la oracion que hacian, los ofreció con lágrimas á su Hijo santísimo, y pidió por ellos y por todos los que en los futuros siglos habian de recibir la santa fe católica y la gracia. Y desde aquel dia, sin omitir algunos de los que vivió en la santa Iglesia, pidió tambien al Señor que acelerase los tiempos en que se habian de celebrar en ella las festividades de sus misterios, como en el cielo se le habia manifestado de nuevo. Pidió tambien que su Majestad enviase al mundo los varones de levantada y señalada santidad para la conversion de los pecadores, de que

1 Cant. II, 2. — 2 Ibid. VIII, 5. — 3 Luc. I, 48.

tenia la misma ciencia. En estas peticiones era tanto el ardor de la caridad con los hombres, que naturalmente le quitara la vida; y para alentarla y moderar la fuerza de estos anhelos, muchas veces la envió su Hijo santísimo uno de los Serafines mas supremos, que la respondiese y dijese se cumplirian sus deseos y peticiones; declarándola el órden que la divina Providencia habia de guardar en esto, para mayor utilidad de los mortales.

44. Con la vision de la Divinidad, de que gozaba por el modo abstractivo (que tengo dicho [1]), era tan inefable el incendio de amor que padecia aquel castísimo y purísimo corazon, que sin comparacion excedia á los mas inflamados Serafines, inmediatos al trono de la Divinidad. Y cuando alguna vez descendia un poco de los efectos de esta divina llama, era para mirar la humanidad de su Hijo santísimo; porque ninguna especie de otras cosas visibles reconocia en su interior, salvo cuando actualmente trataba con los sentidos á las criaturas. Y en esta noticia y memoria de su amado Hijo sentia algun natural cariño de su ausencia, aunque moderado y perfectísimo, como de madre prudentísima. Pero como en el corazon del Hijo correspondia el eco de este amor, dejábase herir de los deseos de su amantísima Madre; cumpliéndose á la letra lo que dijo en los Cantares, le hacian volar y le traian á la tierra los ojos con que le miraba su querida Madre y Esposa [2].

45. Sucedió esto muchas veces (como diré adelante [3]), y la primera fue en uno de los pocos dias que pasaron despues que la gran Señora descendió del cielo antes de la venida del Espíritu Santo, aun no seis dias despues que conversaba con los Apóstoles. En este breve espacio descendió Cristo nuestro Salvador en persona (*) á visitarla y llenarla de nuevos dones y consolacion inefable. Estaba la candidísima paloma adolecida de amor, y con aquellos deliquios que ella confesó causaba la caridad bien ordenada en la oficina del Rey [4]. Y su Majestad, llegando á ella en esta ocasion, la reclinó sobre su pecho en la mano siniestra de su deificada humanidad, y con la diestra de la divinidad la iluminó, enriqueció y bañó toda de nuevas influencias con que la vivificó y fortaleció [5]. Allí descansaron las ansias amorosas de esta cierva herida [6], bebiendo á satisfacion en las fuentes del Salvador [7], y fue refrigerada y fortalecida para encenderse mas en la llama de su fuego amoroso que jamás se extinguió [8].

[1] Supr. n. 32. — [2] Cant. VI, 4. — [3] Infr. n. 213, 347, 357, 598, 619, 631, 646, 656, 665, et passim. — (*) Véase la nota I. — [4] Cant. II, 4, 5. — [5] Ibid. 6. — [6] Psalm. XLI, 2. — [7] Ibid. XII, 3. — [8] Cant. VIII, 7.

Curó, quedando mas herida de esta dolencia; fue sana enfermando de nuevo, y recibió vida para entregarse mas á la muerte de su afecto; porque este linaje de dolencias ni conoce otra medicina, ni admite otro remedio. Cuando la dulcísima Madre con este favor cobró algun esfuerzo y se le concedió el Señor á la parte sensitiva, se postró ante su real Majestad, y de nuevo le pidió la bendicion con profunda humildad y fervoroso agradecimiento, por el favor que recibió con su vista.

46. Estaba la prudentísima Señora desimaginada de este beneficio, no solo por haber tan poco tiempo que carecia de la presencia humana de su santísimo Hijo; sino porque su Majestad no la declaró cuándo la visitaria, y su altísima humildad no la dejaba pensar que la dignacion divina se inclinaria á darla aquel consuelo. Y como esta fue la primera vez que la recibió, fue mayor la admiracion con que quedó mas humillada y aniquilada en su estimacion. Estuvo cinco horas gozando de la presencia y regalos de su Hijo santísimo; y nadie de los Apóstoles conoció entonces este beneficio, aunque en el semblante con que vieron á la divina Reina y en algunas acciones sospecharon tenia novedad admirable, pero ninguno se atrevió á preguntarla la causa, por el temor y reverencia con que la miraban. Para despedirse de su Hijo purísimo al tiempo que conoció se queria volver á los cielos, se postró de nuevo en tierra, pidiéndole otra vez su bendicion y licencia, para que si alguna la visitase como entonces, reconociese en su presencia los defectos que cometia en ser agradecida, y darle el retorno que debia á sus beneficios. Hizo esta peticion, porque el mismo Señor la ofrecia la visitaria algunas veces en su ausencia, y porque antes de la subida á los cielos, cuando vivian juntos, acostumbraba la humilde Madre á postrarse ante su Hijo y Dios verdadero, reconociéndose indigna de sus favores, y tarda en recompensarlos, como en la segunda parte queda dicho [1]. Y aunque no pudo acusarse de alguna culpa, porque ninguna cometió la que era Madre de la santidad; ni tampoco con ignorancia se persuadió á que la tenia, porque era Madre de la sabiduría; pero dió el Señor lugar á su humildad, amor y ciencia, para que llegase á la digna ponderacion de la deuda que como pura criatura tenia á Dios como á Dios: y con este altísimo conocimiento y humildad, le parecia poco todo lo que hacia en retorno de tan soberanos beneficios. Y esta desigualdad atribuia á sí misma. Y aunque no era

[1] Part. II, n. 698, 989,, 921 1028.

culpa, queria confesar la inferioridad del ser terreno, comparado con la divina excelencia.

47. Pero entre los inefables misterios y favores que recibió desde el dia de la Ascension de su Hijo Jesús Salvador nuestro, fue admirable la atencion que esta prudentísima Maestra tuvo para que los Apóstoles y demás discípulos se preparasen dignamente para recibir al Espíritu Santo. Conocia la gran Reina cuán estimable y divino era este beneficio que les prevenia el Padre de las lumbres; y conocia tambien el cariño sensible de los Apóstoles con la humanidad de su Maestro Jesús, y que los embarazaria algo la tristeza que padecian por su ausencia. Y para reformar en ellos este defecto, y mejorarlos en todo, como piadosa Madre y poderosa Reina, en llegando al cielo con su Hijo santísimo, despachó otro de sus Ángeles al cenáculo, para que les declarase su voluntad y la de su Hijo, que era se levantasen á sí sobre sí, y estuviesen mas donde amaban por fe al ser de Dios, que donde animaban, que eran los sentidos; y que no se dejasen llevar de la vista sola de la humanidad, sino que les sirviese de puerta y camino para pasar á la Divinidad, donde se halla adecuada satisfacion y reposo. Mandó la divina Reina al santo Ángel que todo esto les inspirase y dijese á los Apóstoles. Y despues que la prudentísima Señora descendió de las alturas, los consoló en su tristeza, y los alentó en el desmayo que tenian, y cada dia una hora les hablaba, y la gastaba en declararles los misterios de la fe que su Hijo santísimo la habia enseñado. Y no lo hacia en forma de magisterio, sino como confiriéndolo, y les aconsejó hablasen ellos otra hora, confiriendo los avisos, promesas, doctrina y enseñanza de su divino Maestro Jesús, y que otra parte del dia rezasen vocalmente el Pater noster y algunos salmos; y que lo demás gastasen en oracion mental, y á la tarde tomasen algun alimento de pan y peces, y el sueño moderado. Y con esta oracion y ayuno se dispusiesen para recibir al Espíritu Santo que vendria sobre ellos.

48. Desde la diestra de su Hijo santísimo cuidaba la vigilante Madre de aquella dichosa familia; y para dar á todas las obras el supremo grado de perfeccion, aunque hablaba, despues de bajar del cielo, á los Apóstoles, nunca lo hizo sin que san Pedro ó san Juan se lo mandasen. Y pidió y alcanzó de su Hijo santísimo, que así se lo inspirase á ellos, para obedecerlos como á sus vicarios y sacerdotes: y todo se cumplia como la Maestra de la humildad prevenia; y despues obedecia como sierva, disimulando la dignidad de Reina y de Señora, sin atribuirse autoridad, dominio, ni superioridad alguna, si-

no obrando como inferior á todos. Con este modo hablaba á los Apóstoles y con los otros fieles. Y en aquellos dias les declaró el misterio de la santísima Trinidad con términos muy altos y incomprehensibles, pero inteligibles y acomodados al entender de todos. Luego les declaró el misterio de la union hipostática, y todos los de la Encarnacion, y otros muchos de la doctrina que habian oido de su Maestro; y como para mayor inteligencia serian ilustrados por el Espíritu Santo cuando le recibiesen.

49. Enseñóles á orar mentalmente, declarándoles la excelencia y necesidad de esta oracion; y que en la criatura racional el principal oficio y mas noble ocupacion ha de ser levantarse con el entendimiento y voluntad, sobre todo lo criado, al conocimiento y amor divino; y que ninguna otra cosa ni ocupacion se debe anteponer ni interponer para que la alma se prive de este bien, que es el supremo de la vida, y el principio de la felicidad eterna. Enseñóles tambien como debian agradecer al Padre de las misericordias el habernos dado á su Unigénito por nuestro Reparador y Maestro, y el amor con que su Majestad nos habia redimido á costa de su pasion y muerte; y porque á ellos, que eran sus Apóstoles, los habia escogido entre los demás hombres para su compañía y fundamentos de su santa Iglesia. Con estas exhortaciones y enseñanza ilustró la divina Madre los corazones de los once Apóstoles y de los otros discípulos, y los fervorizó y dispuso para que estuviesen idóneos y prevenidos á recibir al Espíritu Santo y sus divinos efectos. Y como penetraba sus corazones, y conocia la condicion y natural de cada uno, á todos se acomodaba, como la necesidad de cada cual pedia, segun su gracia y espíritu, para que con alegría, consuelo y fortaleza obrasen las virtudes: y en las exteriores les advirtió hiciesen humillaciones, postraciones, y otras acciones de culto y reverencia, adorando á la majestad y grandeza del Altísimo.

50. Todos los dias por la mañana y tarde iba á pedir la bendicion á los Apóstoles. Primero á san Pedro, como cabeza, luego á san Juan, y á los demás por sus antigüedades. Al principio se querian retirar todos de hacer esta ceremonia con María santísima, porque la miraban como á Reina y Madre de su maestro Jesús. Mas la prudentísima Señora los obligó, para que todos la bendijesen como sacerdotes y ministros del Altísimo, declarándoles esta suprema dignidad, y el oficio que por ella les tocaba, la suma reverencia y respeto que se les debia. Y como esta competencia venia á ser sobre quién mas se humillaba, era cierto que la Maestra de la humildad

habia de quedar vitoriosa, y los discípulos vencidos y enseñados con su ejemplo. Por otra parte las palabras de María santísima eran tan dulces, ardientes y eficaces en mover los corazones de todos aquellos primeros fieles, que con una fuerza divina y suavísima los ilustraba y reducia á obrar todo lo mas santo y perfecto de las virtudes. Y reconociendo ellos estos admirables efectos en sí mismos, los conferian unos con otros, y admirados decian: *Verdaderamente en esta pura criatura hallamos la misma enseñanza, doctrina y consuelo, que nos faltó con la ausencia de su Hijo y nuestro Maestro. Sus obras y palabras, sus consejos, y comunicacion llena de suavidad y mansedumbre, nos enseña y obliga, como lo sentíamos con nuestro Salvador cuando nos hablaba y vivia con nosotros. Ahora se encienden nuestros corazones con la doctrina y exhortaciones de esta admirable criatura, como nos sucedia con las palabras de* JESÚS *nuestro Salvador. Sin duda que como Dios omnipotente ha depositado en la Madre de su Unigénito la sabiduría y virtud divina. Podemos ya enjugar las lágrimas, pues para nuestra enseñanza y consuelo nos dejó tal Madre y Maestra, y nos concedió tener con nosotros esta viva arca del Testamento, donde depositó su ley, su vara de los prodigios, el maná dulcísimo para nuestra vida y consuelo* [1].

51. Si los sagrados Apóstoles y los demás hijos primitivos de la santa Iglesia nos hubieran dejado escrito lo que conocieron y alcanzaron de la gran Señora María santísima, y de su eminente sabiduría, como testigos de vista; lo que la oyeron, hablaron y comunicaron en tanto tiempo; con estos testimonios tuviéramos noticia mas expresa de la santidad y obras heróicas de la Emperatriz de las alturas, y como en la doctrina que enseñaba y en los efectos que obraba, se conoció haberla comunicado su Hijo santísimo un linaje de virtud divina semejante á la suya; aunque en el Señor estaba como la fuente en su orígen, y en su beatísima Madre estaba como el arcaduz ó conducto, por donde se comunicaba y comunica á todos los mortales. Pero los Apóstoles fueron tan felices y dichosos, que bebieron las aguas del Salvador, y de la doctrina de su purísima Madre, en su misma fuente, recibiéndolas por el sentido, como convenia para el ministerio y oficio que se les encargaba, de fundar la Iglesia y plantear la fe del Evangelio por todo el orbe.

52. Por la traicion y muerte del infeliz entre los nacidos Judas, estaba su obispado, como dijo David, de vacante, y era necesario que se proveyese en otro digno el apostolado [2]; porque era voluntad

[1] Hebr. IX, 4. — [2] Psalm. CVIII, 8.

del Altísimo que para la venida del Espíritu Santo estuviese cumplido el número de los doce, como el Maestro de la vida los habia numerado cuando los eligió [1]. Este órden del Señor les declaró María santísima á los once Apóstoles en una de las pláticas que les hacia; y todos admitieron la proposicion, y la suplicaron que como Madre y Maestra nombrase ella al que conociese por mas digno y idóneo para el apostolado. No lo ignoraba la divina Señora, porque tenia escritos en su corazon los nombres de los doce con san Matías, como dije en el tercer capítulo [2]: Pero con su humilde y profunda sabiduría conoció que convenia remitir aquella diligencia á san Pedro, para que comenzase á ejercer en la nueva Iglesia el oficio de pontífice y cabeza, como vicario de Cristo, su Autor y Maestro. Ordenóle al Apóstol que esta eleccion la hiciese en presencia de todos los discípulos y otros fieles, para que todos le viesen obrar como suprema cabeza de la Iglesia. Y así lo hizo san Pedro como lo ordenó la Reina.

53. El modo de esta primera eleccion que se hizo en la Iglesia refiere san Lucas en el capítulo I de los Hechos apostólicos [3]. Dice que en aquellos dias que fueron entre la ascension y venida del Espíritu Santo, el apóstol san Pedro habiendo juntado los ciento y veinte, que se hallaron tambien á la subida del Señor á los cielos, les hizo una plática, en que les declaró como convenia haberse cumplido la profecía de David de la traicion de Judas, la cual dejó escrita en el salmo XL [4]; y como habiendo sido elegido entre los doce Apóstoles prevaricó infelizmente, y se hizo caudillo de los que prendieron á Jesús; y del precio por que le vendió le quedó por posesion el campo que se compró con él, que en la lengua comun llamaban Haceldama; y al fin, como indigno de la misericordia divina se colgó á sí mismo, y reventó por medio, derramando sus entrañas, como todo era notorio á cuantos estaban en Jerusalen; y convenia fuese elegido otro en su lugar en el apostolado para testificar la resurreccion del Salvador, conforme otra profecía del mismo David [5]; y este que habia de ser elegido, debia ser alguno de los que habian seguido á Cristo su Maestro en la predicacion desde el bautismo de san Juan.

54. Acabada esta plática, y convenidos todos los fieles en que se hiciese eleccion del duodécimo apóstol, se remitió á san Pedro el modo de la eleccion. Determinó el Apóstol que de entre los setenta y dos discípulos se nombrasen dos, que fueron Josef, llamado el Jus-

[1] Luc. VI, 13. — [2] Supr. n. 28. — [3] Act. I, à v. 15.
[4] Psalm. XL, 10. — [5] Ibid. CVIII, 8.

to, y Matías; y entre los dos, se sortease y se tuviese por apóstol aquel á quien le cupiese la suerte. Aprobaron todos este modo de elegir, que entonces era muy seguro; porque la virtud divina obraba grandes maravillas para fundar la Iglesia. Y escribiendo los nombres de los dos cada uno en una cédula con el oficio de discípulo y apóstol de Cristo, los pusieron en un vaso que no se viese; y todos hicieron oracion, pidiendo á Dios eligiese á quien fuera su santísima voluntad, pues conocia como Señor los corazones de todos [1]. Luego san Pedro sacó una suerte en que estaba escrito Matías, discípulo y apóstol de Jesús; y con alegría de todos fue reconocido y admitido san Matías por legítimo apóstol, y los once le abrazaron. Y María santísima, que á todo estaba presente, le pidió la bendicion, y á su imitacion lo hicieron los demás fieles, y todos continuaron la oracion y ayuno hasta la venida del Espíritu Santo.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

55. Hija mia, admírastē con razon de los ocultos y soberanos favores que recibí de la diestra de mi Hijo, y de la humildad con que los recibia y agradecia; de la caridad y atencion que entre este gozo tenia, las necesidades de los Apóstoles y fieles de la santa Iglesia. Tiempo es ya, carísima, de que en tí cojas el fruto de esta ciencia; ni tú puedes ahora entender mas, ni mi deseo en tí se extiende á menos que á tener una hija fiel que me imite con fervor, y una discípula que me oiga y siga con todo el corazon. Enciende, pues, la luz de tu viva fe, con saber que yo soy tan poderosa para favorecerte y ayudarte, y fia de mí, que lo haré sobre tus deseos, y seré liberal sin escasez en llenarte de grandes bienes. Mas tú para recibirlos humíllate mas que la misma tierra, y toma el último lugar entre las criaturas; pues por tí misma eres mas inútil que el mas vil y desechado polvo, y nada tienes mas que la misma miseria y necesidad. Pondera bien con esta verdad cuánta y cuál es contigo la clemencia y dignacion del Altísimo, y qué grado de agradecimiento y retorno le debes; y si el que paga (aunque sea por entero) lo que debe, no tiene de qué se gloriar; tú, que no puedes satisfacer por tanta deuda, justo es quedes humillada, pues quedas siempre deudora, aunque siempre trabajes cuanto puedas. Pues, ¿qué será siendo remisa y negligente?

56. Con esta prudencia y atencion conocerás como debes imitarme en la fe viva, en la esperanza cierta, en la caridad fervorosa, en

[1] Act. I, 25.



la humildad profunda, y en el culto y reverencia debida á la infinita grandeza del Señor. Y te advierto de nuevo que la sagacidad de la serpiente es vigilantísima contra los mortales, para que no atiendan á la veneracion y culto que se debe á su Dios, y con vana osadía desprecian esta virtud y las que en sí contiene. En los mundanos y viciosos introduce un estultísimo olvido de las verdades católicas, para que la fe divina no les proponga el temor y veneracion que se debe al muy alto; y en esto los hace muy semejantes á los paganos, que no conocen la verdadera Divinidad. Á otros, que desean la virtud y hacen algunas obras buenas, les causa el enemigo una tibieza y negligencia peligrosa con que pasan inadvertidos de lo que pierden, por faltarles el fervor. Á los que tratan de mas perfeccion, los pretende este dragon engañar con una grosera confianza, para que con los favores que reciben, ó con la clemencia que conocen, se juzguen por muy familiares con el Señor, y se descuiden en la humilde veneracion y temor con que han de estar en presencia de tanta Majestad, ante quien tiemblan las potestades del cielo [1], como la santa Iglesia se lo enseña. Y porque en otras ocasiones te he amonestado y advertido de este peligro, basta ahora acordártelo.

57. Pero de tal manera quiero que seas fiel y puntual en ejercitar esta doctrina, que en todas tus acciones exteriores sin afectacion ni extremos la confieses y practiques, para que con ejemplo y palabras enseñes á todos los que te trataren el temor santo y veneracion que las criaturas deben al Criador. Especialmente quiero que á tus religiosas les adviertas y enseñes esta ciencia, para que no ignoren la humildad y reverencia con que han de tratar con Dios. Y la mas eficaz enseñanza será en tí el ejemplo en las obras de obligacion; porque estas, ni las debes ocultar, ni omitirlas por temor de la vanidad. Esta obligacion es mayor en el que gobierna á otros, que es deuda del oficio exhortar, mover, y encaminar á los súbditos en el temor santo del Señor, y esto se hace mas eficazmente con el ejemplo que con las palabras. En particular las amonesta á la veneracion que han de tener á los sacerdotes, como ungidos y cristos del Señor. Y tú á imitacion mia pídeles siempre la bendicion cuando llegares á oirles y te despidieres de ellos. Y cuando mas favorecida te veas de la divina dignacion, vuelve tambien los ojos á las necesidades y aflicciones de tus prójimos, y al peligro de los pecadores, y pide por todos con viva fe y confianza: que no es legítimo amor con Dios, si solo con gozar se contenta, y se olvida de sus hermanos. Aquel sumo Bien

[1] In præf. Miss.

que conoces y participas, has de solicitar, y pedir se comunique á todos, pues á nadie excluye, y todos necesitan de su comunicacion y auxilio divino. En mi caridad conoces lo que debes imitar en todo.

CAPÍTULO V.

La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y otros fieles: vióle María santísima intuitivamente; y otros ocultísimos misterios y secretos que sucedieron entonces.

Union de caridad que habia en todos los Apóstoles y fieles que estaban en el cenáculo aguardando la venida del Espíritu Santo.—Medios de esta union. Por ella y las virtudes de los que estaban en el cenáculo, sintieron en el infierno los demonios nueva opresion y terror.—Conoció María el tiempo y hora de la venida del Espíritu Santo.—Peticion de Cristo por la ejecucion de la venida del Espíritu Santo.—Pidió tambien viniese en forma visible; y por qué razones.—Acompañó María desde el cenáculo esta peticion que hacia su Hijo en el cielo.—Conoció María el despacho de la peticion de su Hijo.—Declárase la mision del Espíritu Santo por el Padre y el Hijo.—Previno María á los discípulos el dia de Pentecostes por la mañana.—Venida del Espíritu Santo.—Efectos que hizo el Espíritu Santo en la Madre de Dios en esta venida.—Vióle intuitivamente.—Cuánto agradeció y glorificó al Señor por este beneficio de la Iglesia.—Como se le renovaron los dones y gracias de el Espíritu Santo.—Efectos que hizo en los Apóstoles.—Solos ellos fueron confirmados en gracia.—Efectos que hizo en los demás discípulos.—Entre los Apóstoles fueron aventajados en los dones san Pedro y san Juan; y por qué.—Fue llena la casa del cenáculo de admirable luz y resplandor.—Efectos que hizo en los moradores de Jerusalen.—Dispuso á los que se compadecieron en la pasion de Cristo, para admitir la doctrina de los Apóstoles.—Castigos que hizo en los enemigos de Cristo.—Turbáronse y atemorizáronse todos.—Los que se señalaron en la muerte, cayeron de celebro por tres horas.—Los que azotaron á Cristo murieron sufocados por la sangre propia.—El que le dió la bofetada fue lanzado en el infierno en cuerpo y alma.—Enfermedades abominables con que quedaron los otros y duran en sus descendientes.—Terror y opresion que causó á los demonios por tres dias.—Confesion de alabanza al Espíritu Santo por tan admirables obras.—Razon de los diversos efectos de gracia y de castigo que hizo el Espíritu Santo en su venida.—Especial razon de bajar el Espíritu Santo á visitar á María.—Cuánto deben los hombres agradecer el beneficio de haberles enviado el Padre al Espíritu Santo despues que les dió al Hijo.—En la venida visible del Espíritu Santo dió prendas de que vendria invisible con los mismos efectos interiores á los fieles que se dispusieren para recibirlo.—Llama la Madre de Dios á su discípula á la alta participacion del divino Espíritu y sus dones.—Como ha de cooperar la voluntad humana libremente con los dones del Espíritu Santo.—Mocion del don de sabiduría; y cómo se ha de cooperar con ella.—Mocion del don del entendimiento; y cómo ha de cooperar con ella.—Mocion del don del entendimiento; y cómo ha de coo-

perar con ella el alma. — Don de fortaleza; y cómo se ha de obrar con él.— Mocion del don de ciencia.—Mocion del don de piedad.—Mocion del don de consejo. — Mocion y efectos del don de temor.—Como se ha de discernir el temor santo del temor desordenado.

58. En compañía de la gran Reina del cielo perseveraban alegres los doce Apóstoles con los demás discípulos y fieles aguardando en el cenáculo la promesa del Salvador, confirmada por la Madre santísima, de que les enviaria de las alturas al Espíritu consolador, que les enseñaria y administraria todas las cosas que en su doctrina habian oido [1]. Estaban todos unánimes y tan conformes en la caridad, que en todos aquellos dias ninguno tuvo pensamiento, afecto, ni ademan contrario de los otros. Uno mismo era el corazon y alma de todos en el sentir y obrar. Y aunque se ofreció la eleccion de san Matías, no intervino entre todos estos nuevos hijos de la Iglesia un ademan ni menor movimiento de discordia; con ser esta ocasion en la que los diferentes dictámenes arrastran la voluntad para discordar aun los mas atentos; porque todos lo son para seguir cada uno su parecer, y no reducirse al ajeno. Pero entre aquella santa congregacion no tuvo entrada la discordia; porque los unió la oracion, el ayuno y el estar todos esperando la visita del Espíritu Santo, que sobre corazones encontrados y discordes no puede tener asiento. Y para que se vea cuán poderosa fue esta union de caridad, no solo en disponerlos para recibir el Espíritu Santo, sino tambien para vencer á los demonios y ahuyentarlos; advierto que desde el infierno, donde estaban aterrados despues de la muerte de nuestro Salvador Jesús, desde allí sintieron nueva opresion y terror con las virtudes de los que estaban en el cenáculo: aunque no las conocieron en particular, sintieron que de allí les resultaba aquella nueva fuerza que los acobardaba; y juzgaron que se destruia su imperio con lo que aquellos discípulos de Cristo comenzaban á obrar en el mundo con su doctrina y ejemplo.

59. La Reina de los Ángeles María santísima con la plenitud de sabiduría y gracia conoció el tiempo y la hora determinada por la divina voluntad para enviar al Espíritu Santo sobre el colegio apostólico. Como se cumpliesen los dias de Pentecostes [2], que fueron cincuenta dias despues de la resurreccion del Señor y nuestro Redentor, vió la beatísima Madre como en el cielo la humanidad de la Persona del Verbo proponia al eterno Padre la promesa que el mismo Salvador dejaba hecha en el mundo á sus Apóstoles, de enviar-

[1] Joan. XIV, 26. — [2] Act. II, 1.

les al divino Espíritu consolador [1], y que se cumplia el tiempo determinado por su infinita sabiduría para hacer este favor á la santa Iglesia, para plantar en ella la fe que el mismo Hijo habia ordenado y los dones que le habia merecido. Propuso su Majestad tambien los méritos que en la carne mortal habia adquirido con su santísima vida, pasion y muerte, y los misterios que habia obrado para remedio del linaje humano; y que era su medianero, abogado, y intercesor entre el eterno Padre y los hombres, y que entre ellos vivia su dulcísima Madre, en quien las divinas Personas se complacian. Pidió tambien su Majestad viniese el Espíritu Santo al mundo en forma visible, á mas de la gracia y dones invisibles; porque así convenia para honrar la ley del Evangelio á vista de el mundo; para confortar, y alentar mas á los Apóstoles y fieles que habian de predicar la palabra divina; para causar terror en los enemigos del mismo Señor, que en su vida le habian perseguido y despreciado hasta la muerte de cruz.

60. Esta peticion, que hizo nuestro Redentor en el cielo, acompañó su Madre santísima desde la tierra en la forma que á la piadosa Madre de los fieles convenia. Y estando con profunda humildad postrada en tierra en forma de cruz, conoció como en el consistorio de la beatísima Trinidad se admitia la peticion del Salvador del mundo, y que para despacharla y ejecutarla (á nuestro modo de entender) las dos personas del Padre y del Hijo, como principio de quien procede el Espíritu Santo, ordenaban la mision activa de la tercera Persona, porque á las dos se les atribuye el enviar la que procede de entrambos; y la tercera persona del Espíritu Santo aceptaba la mision pasiva y admitia venir al mundo. Y aunque todas estas Personas divinas y sus operaciones son de una misma voluntad infinita y eterna sin desigualdad alguna; pero las mismas potencias que en todas Personas son indivisas y iguales, tienen unas operaciones *ad intra* en una Persona, que no las tienen en otra; y así el entendimiento en el Padre (*) engendra, y no en el Hijo, porque es engendrado; y la voluntad en el Padre y en el Hijo espira, y no en el Espíritu Santo, que es espirado. Por esta razon al Padre y al Hijo se les atribuye enviar, como principio activo, al Espíritu Santo *ad extra*, y á él se le atribuye el ser enviado como pasivamente.

61. Precediendo las peticiones dichas, el dia de Pentecostes por la mañana la prudentísima Reina previno á los Apóstoles, á los demás discípulos y mujeres santas (que todas eran ciento y veinte personas [2]) para que orasen y esperasen con mayor fervor; porque muy

[1] Joan. XIV, 26. — (*) Véase la nota II. — [2] Act. I, 15.

presto serian visitados de las alturas con el divino Espíritu. Y estando así orando todos juntos con la celestial Señora, á la hora de tercia se oyó en el aire un gran sonido de un espantoso tronido, y un viento ó espíritu vehemente con grande resplandor, como de relámpago y de fuego; y todo se encaminó á la casa del cenáculo, llenándola de luz y derramándose aquel divino fuego sobre toda aquella santa congregacion [1]. Aparecieron sobre la cabeza de cada uno de los ciento y veinte unas lenguas del mismo fuego [2] en que venia el Espíritu Santo, llenándolos á todos y á cada uno de divinas influencias y dones soberanos, causando á un mismo tiempo muy diferentes y contrarios efectos en el cenáculo y en todo Jerusalen, segun la diversidad de sujetos.

62. En María santísima fueron divinos, y admirables para los cortesanos del cielo, que los demás somos muy inferiores para entenderlos y explicarlos. Quedó la purísima Señora transformada y elevada toda en el mismo altísimo Dios; porque vió intuitivamente y con claridad al Espíritu Santo, y por algun espacio (aunque de paso) gozó de la vision beatífica de la Divinidad. Y de sus dones y efectos recibió sola ella mas que todo el resto de los Santos. Y su gloria por aquel tiempo excedió á la de los Ángeles y bienaventurados. Y sola ella dió mas gloria, alabanza y agradecimiento, que todos ellos juntos por el beneficio de haber enviado el Señor á su divino Espíritu sobre la santa Iglesia, empeñándose para enviarle muchas veces y gobernarla con su asistencia hasta el fin del mundo. Y de las obras que sola María santísima hizo en esta ocasion se complació y agradó la beatísima Trinidad de manera, que se dió su Majestad como por pagado y satisfecho de este favor que hizo al mundo; y no solo por satisfecho, pero hizo, como si se hallara obligado por tener á esta única criatura que el Padre miraba como Hija, y el Hijo como Madre, y el Espíritu Santo como á Esposa, á quien (á nuestro modo de entender) debia visitar y enriquecer despues de haberla elegido para tan alta dignidad. Renovávonse en la digna y feliz Esposa todos los dones y gracias del Espíritu Santo, con nuevos efectos y operaciones que no caben en nuestra capacidad.

63. Los Apóstoles, como dice san Lucas, fueron tambien llenos y repletos del Espíritu Santo [3]; porque recibieron admirables aumentos de la gracia justificante en grado muy levantado; y solos ellos doce fueron confirmados en esta gracia para no perderla. Respectivamente se les infundieron hábitos de los siete dones, sabiduría, en-

[1] Act. II, 2. — [2] Ibid. 3. — [3] Ibid. 4.

tendimiento, ciencia, piedad, consejo, fortaleza y temor, todos en grado convenientísimo. En este beneficio tan grandioso y admirable, como nuevo en el mundo, quedaron los doce Apóstoles elevados y renovados para ser idóneos ministros del Nuevo Testamento [1] y fundadores de la Iglesia evangélica en todo el mundo: porque esta nueva gracia y dones les comunicaron una virtud divina, que con eficaz y suave fuerza los inclinaba á lo mas heróico de todas las virtudes y á lo supremo de la santidad. Con esta fuerza oraban, y obraban pronta y fácilmente todas las cosas, por arduas y difíciles que fuesen; y esto no con tristeza y por violenta necesidad, sino con gozo y alegría [2].

64. En todos los demás discípulos, y otros fieles que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo, obró el Altísimo los mismos efectos con proporcion y respectivamente, salvo que no fueron confirmados en gracia como los Apóstoles; mas segun la disposicion de cada uno se les comunicó la gracia y dones con mas ó menos abundancia para el ministerio que les tocaba en la santa Iglesia. La misma proporcion se guardó en los Apóstoles; pero san Pedro y san Juan señaladamente fueron aventajados en estos dones por los mas altos oficios que tenian; el uno de gobernar la Iglesia como cabeza, y el otro de asistir y servir á su Reina y Señora de cielo y tierra María santísima. El texto sagrado de san Lucas dice: que el Espíritu Santo llenó toda la casa donde estaba aquella feliz congregacion [3], no solo porque todos en ella quedaron llenos del divino Espíritu y de sus inefables dones, sino porque la misma casa fue llena de admirable luz y resplandor. Esta plenitud de maravillas y prodigios redundó y se comunicó á otros fuera del cenáculo; porque obró tambien diversos y varios efectos el Espíritu Santo en los moradores y vecinos de Jerusalen. Todos aquellos, que con alguna piedad se compadecieron de nuestro Salvador y Redentor Jesús en su pasion y muerte, doliéndose de sus acerbísimos tormentos, y reverenciando su venerable persona, fueron visitados en lo interior con nueva luz y gracia que los dispuso para admitir despues la doctrina de los Apóstoles. Y los que se convirtieron con el primer sermon de san Pedro eran muchos de estos, á quien su compasion y pena de la muerte del Señor les comenzó á granjear tanta dicha como esta. Otros justos, que estaban en Jerusalen fuera del cenáculo, recibieron tambien grande consolacion interior con que se movieron y dispusieron; y así obró

1 II Cor. III, 6. — 2 Ibid. IX, 7.
3 Act. II, 2.



en ellos el Espíritu Santo nuevos efectos de gracia, respectivamente en cada uno.

65. No son menos admirables, aunque mas ocultos, otros efectos muy contrarios á los que he dicho, que el mismo Espíritu divino obró este dia en Jerusalen. Sucedió, pues, que con el espantoso trueno, y vehemente conmocion del aire, y relámpagos en que vino el Espíritu Santo, turbó y atemorizó á todos los moradores de la ciudad enemigos del Señor, respectivamente á cada uno segun su maldad y perfidia. Señalóse este castigo con todos cuantos fueron actores y concurrieron en la muerte de nuestro Salvador, particularizándose y airándose en malicia y rabia. Todos estos cayeron en tierra por tres horas, dando en ella de celebro. Y los que azotaron á su Majestad murieron luego todos, ahogados de su propia sangre, que del golpe se les movió y trasvenó hasta sufocarlos, por la que con tanta impiedad derramaron. El atrevido que dió la bofetada á su Majestad divina, no solo murió repentinamente, sino que fue lanzado en el infierno en alma y cuerpo. Otros de los judíos, aunque no murieron, quedaron castigados con intensos dolores y algunas enfermedades abominables, que con la sangre de Cristo de que se cargaron han pasado á sus descendientes, y aun perseveran hoy entre ellos, y los hacen inmundísimos y horribles. Este castigo fue notorio en Jerusalen; aunque los pontífices y fariseos pusieron gran diligencia en desmentirlo, como lo hicieron en la resurreccion del Salvador. Pero como esto no era tan importante, no lo escribieron los Apóstoles ni Evangelistas, y la confusion de la ciudad y la multitud lo olvidó luego.

66. Pasó tambien el castigo y el temor hasta el infierno, donde los demonios le sintieron con nueva confusion y opresion, que les duró tres dias, como á los judíos estar en tierra tres horas. Y en aquellos dias estuvieron Lucifer y sus demonios dando formidables aullidos, con que todos los condenados recibieron nueva pena y aterramiento de confusísimo dolor. ¡Oh Espíritu inefable y poderoso! La Iglesia santa os llama dedo de Dios, porque procedeis del Padre y del Hijo, como el dedo del brazo y del cuerpo; pero en esta ocasion se me ha manifestado que teneis el mismo poder infinito con el Padre y con el Hijo. En un mismo tiempo con vuestra Real presencia se movieron cielo y tierra con efectos tan disímiles en todos sus moradores; pero muy semejantes á los que sucederán el dia del juicio. Á los Santos y á los justos llenásteis de vuestra gracia, dones y consolacion inefable, y á los impíos y soberbios castigásteis, y llenás-

teis de confusion y penas. Verdaderamente veo aquí cumplido lo que dijísteis por David: Que sois Dios de venganzas, y libremente obrais dando la retribucion digna á los malos, porque no se glorien en su malicia injusta, ni digan en su corazon que no lo veréis ni entenderéis, redarguyendo y castigando sus pecados [1].

67. Entiendan, pues, los insipientes del mundo y sepan los estultos de la tierra, que conoce el Altísimo los pensamientos vanos de los hombres; y que si con los justos es liberal y suavísimo, con los impíos y malos es rígido, y justiciero para su castigo [2]. Tocábale al Espíritu Santo hacer lo uno y lo otro en esta ocasion; porque procedia del Verbo, que se humanó por los hombres, y murió para redimirlos, y padeció tantos oprobrios y tormentos sin abrir su boca [3], ni dar retribucion de estas deshonras y desprecios. Y bajando al mundo el Espíritu Santo, era justo que volviera por la honra del mismo Verbo humanado; y aunque no castigara á todos sus enemigos, pero en el castigo de los mas impíos quedara señalado el que merecian todos los que con dura perfidia le habian despreciado, si con darles lugar no se reducian á la verdad con verdadera penitencia. Á los pocos que habian admitido al Verbo humanado, siguiéndole y oyéndole como á Redentor y Maestro, y á los que habian de predicar su fe y doctrina, era justo premiarlos y disponerlos con favores proporcionados para el ministerio de plantar la Iglesia y ley evangélica. Á María santísima era como debido visitarla el Espíritu Santo. El Apóstol dijo, que dejar el hombre á su padre y madre, y unirse con su esposa (como lo habia dicho Moisés [4]) era gran sacramento entre Cristo y la Iglesia [5], por quien descendió del seno del Padre para unirse con ella en la humanidad que recibió. Pues si Cristo bajó del cielo por estar con su esposa la Iglesia, consiguiente parecia que bajase el Espíritu Santo por María santísima, no menos esposa suya que Cristo de la Iglesia, y no la amaba menos que el Verbo humanado á la Iglesia.

Doctrina que me dió la gran Reina del cielo y Señora nuestra.

68. Hija mia, poco atentos y agradecidos son los hijos de la Iglesia al beneficio que les hizo el Altísimo, enviando á ella al Espíritu Santo, despues de haber enviado á su Hijo por Maestro y Redentor de los hombres. Tanta fue la dileccion con que los quiso amar y traer

[1] Psalm. XCIII, 1. — [2] Ibid. 11. — [3] Isai. LIII, 7. — [4] Genes. II, 24.
[5] Ephes. V, 32.

á sí, que para hacerlos participantes de sus divinas perfecciones envió primero al Hijo [1], que es la sabiduría; y despues al Espíritu Santo, que es su mismo amor, para que de estos atributos fuesen enriquecidos en el modo que todos eran capaces de recibirlos. Y aunque vino el divino Espíritu en la primera vez sobre los Apóstoles y los demás que con ellos estaban; pero en aquella venida dió prendas y testimonio de que haria el mismo favor á los demás hijos de la Iglesia, de la luz y del Evangelio, comunicando á todos sus dones, si todos se dispusieren para recibirlos. En fe de esta verdad venia el mismo Espíritu Santo sobre muchos de los creyentes en forma ó en efectos visibles [2]; porque eran verdaderamente fieles siervos, humildes, sencillos de corazon, limpios y aparejados para recibirle. Y tambien ahora viene en muchas almas justas, aunque no con señales tan manifiestas como entonces, porque no es necesario ni conveniente. Los efectos y dones interiores todos son de una misma condicion, segun la disposicion y grado de cada uno que los recibe.

69. Dichosa es la alma que anhela y suspira por alcanzar este beneficio y participar de este divino fuego, que enciende, ilustra y consume todo lo terreno y carnal, y purificándola la levanta á nuevo ser, por la union y participacion del mismo Dios. Esta felicidad, hija mia, deseo para tí como verdadera y amorosa madre; y para que la consigas con plenitud, te amonesto de nuevo prepares tu corazon, trabajando por conservar en él una inviolable tranquilidad y paz en todo lo que te sucediere. Quiere la divina clemencia levantarte á una habitacion muy alta y segura, donde tengan término las tormentas de tu espíritu, y no alcancen las baterías del mundo ni del infierno; donde en tu reposo descanse el Altísimo, y halle en tí digna morada y templo de su gloria. No te faltarán acometimientos y tentaciones del dragon, y todas con suma astucia. Vive prevenida, para que ni te turbes ni admitas desasosiego en lo interior de tu alma. Guarda tu tesoro en su secreto, y goza de las delicias del Señor, de los efectos dulces de su casto amor, de las influencias de su ciencia; pues en esto te ha elegido y señalado entre muchas generaciones, alargando su mano liberalísima contigo.

70. Considera, pues, tu vocacion, y asegúrate, que de nuevo te ofrece el Altísimo la participacion y comunicacion de su divino Espíritu y sus dones. Pero advierte que cuando los concede, no quita la libertad de la voluntad; porque siempre deja en su mano el hacer eleccion del bien y del mal á su albedrío; y así te conviene que

[1] Joan. III, 16. — [2] Act. VIII, 17; X, 44; XI, 15.

en confianza del favor divino tomes eficaz resolucion de imitarme en todas las obras que de mi vida conoces, y no impedir los efectos y virtud de los dones del Espíritu Santo. Y para que mejor entiendas esta doctrina, te diré la práctica de todos siete.

71. El primero, que es la *Sabiduría,* administra el conocimiento y gusto de las cosas divinas, para mover el cordial amor que en ellas debes ejercitar, codiciando y apeteciendo en todo lo bueno, lo mejor, y mas perfecto y agradable al Señor. Á esta mocion has de concurrir entregándote toda al beneplácito de la divina voluntad, y despreciando cuanto te pueda impedir, por mas amable que sea para la voluntad y deseable al apetito. Á esto ayuda el don de el *Entendimiento,* que es el segundo, dando una especial luz para penetrar profundamente el objeto representado al entendimiento. Con esta inteligencia has de cooperar y concurrir, divirtiendo y apartando la atencion y discurso de otras noticias bastardas y peregrinas, que el demonio por sí y por medio de otras criaturas ofrece, para distraer el entendimiento, y que no penetre bien la verdad de las cosas divinas. Esto le embaraza mucho; porque son incompatibles estas dos inteligencias; y porque la capacidad humana es corta y partida en muchas cosas, comprehende menos, y atiende menos á cada una, que si atendiera á sola ella. En esto se experimenta la verdad del Evangelio, que ninguno puede servir á dos señores [1]. Y cuando atenta toda el alma á la inteligencia del bien le penetra, es necesaria la *Fortaleza,* que es el tercero don, para ejecutar con resolucion todo lo que el entendimiento ha conocido por mas santo, perfecto y agradable al Señor. Y las dificultades ó impedimentos que se ofrecieren para hacerlo, se han de vencer con fortaleza, exponiéndose la criatura á padecer cualquier trabajo y pena, por no privarse del verdadero y sumo Bien que conoce.

72. Mas porque muchas veces sucede que con la natural ignorancia y dubiedad, junto con la tentacion, no alcanza la criatura las conclusiones ó consecuencias de la verdad divina que ha conocido, y con esto se embaraza para obrar lo mejor; entre los arbitrios que ofrece la prudencia de la carne, sirve para esto el don de *Ciencia,* que es el cuarto; y da luz para inferir unas cosas buenas de otras, y enseña lo mas cierto y seguro, y á declararse en ello, si fuere menester. Á este se llega el don de la *Piedad,* que es el quinto, y inclina al alma con fuerte suavidad á todo lo que verdaderamente es agrado y servicio del Señor, y beneficio espiritual de la criatura á

[1] Matth. VI, 24.

que lo ejecute; no con alguna pasion natural, sino con motivo santo, perfecto y virtuoso. Para que en todo se gobierne con alta prudencia, sirve el sexto don de *Consejo,* que encamina la razon para obrar con acierto y sin temeridad; pesando los medios, y consiliando para sí y para otros con discrecion, para elegir los medios mas proporcionados á los fines honestos y santos. Á todos estos dones se sigue el último del *Temor,* que los guarda y sella todos. Este don inclina al corazon para que huya y se rescate de todo lo imperfecto, peligroso y disonante á las virtudes y perfeccion del alma; y así le viene á servir de muro que la defiende. Es necesario entender la materia y modo de este temor santo, para que no exceda en él la criatura, ni tema donde no hay que temer; como á tí tantas veces te ha sucedido por la astucia de la serpiente, que á vuelta del temor santo te ha procurado introducir el temor desordenado de los mismos beneficios del Señor. Mas con esta doctrina quedarás advertida cómo has de practicar los dones del Altísimo, y avenirte con ellos. Y te advierto y amonesto, que la ciencia de temer es propio efecto de los favores que Dios comunica, y le da al alma con suavidad, dulzura, paz y tranquilidad, para que sepa estimar y apreciar el don (que ninguno hay pequeño de la mano del Altísimo), y porque el temor no impida á conocer bien el favor de su poderosa mano; y para que este temor la encamine á agradecerle con todas sus fuerzas, y humillarse hasta el polvo. Conociendo tú estas verdades sin engaño, y quitando la cobardía del temor servil, quedará el filial; y con él como norte navegarás segura en este valle de lágrimas.

CAPÍTULO VI.

Salieron del cenáculo los Apóstoles á predicar á la multitud que concurrió; como les hablaron en varias lenguas; convirtiéronse aquel dia cási tres mil; y lo que hizo María santísima en esta ocasion.

Razon de concurrir tanta gente á la casa del cenáculo despues de la venida del Espíritu Santo.—Pidieron los Apóstoles licencia á la Madre de Dios para salir á predicarles.—Fervoroso esfuerzo con que comenzaron á predicarles.—Admiracion de las gentes que habian concurrido, oyéndolos hablar cada uno en su lengua.—Cada uno de los Apóstoles recibió don de hablar en todas las lenguas.—En esta ocasion solo hablaban la lengua de Palestina, y cada uno de los oyentes oia su lengua propia.—Razon de este milagro que hizo Dios entonces.—Declárase como comenzaron á hablar en varias lenguas.—Diversos efectos que hizo esta maravillosa predicacion en los oyentes.—Dureza pertinaz de los pérfidos judíos.—Sermon de san Pedro contra las calumnias de los pérfidos.—Efectos que hizo el sermon de san Pedro en

muchos de los oyentes. — Instruccion que les dió de lo que debian hacer.— Confusion de los pérfidos judíos.—Primer fruto de la predicacion de los Apóstoles.—Los tres mil que se convirtieron este dia eran de todas las naciones que habia en Jerusalen.—Muchos de ellos eran judíos.—Convirtiéronse algunos de los que habian intervenido á la muerte de Cristo.—Llevaron los Apóstoles á los nuevos fieles á la presencia de María.—Vió María desde su retiro individualmente cuanto pasó en esta primera predicacion de los Apóstoles.—Cuánto obró la Madre de Dios en ella por medio de su oracion y de los Ángeles.—Palabras que dijo san Pedro á los nuevos fieles dándoles á conocer á la Madre de Dios.—Efectos interiores que hizo en ellos la presencia de la Madre Vírgen.—Dióles la bendicion por mandado de san Pedro.—Deseo de los nuevos convertidos de oir de la boca de la Madre de Dios alguna palabra de consuelo.—Exhortacion que les hizo María obedeciendo.—Efectos que hizo en ellos esta exhortacion.—Desde aquel dia continuaron los Apóstoles la predicacion y milagros.—Catequizaban á cada uno en su lengua propia.—Todos los que recibieron el Espíritu Santo en el cenáculo, recibieron el don de lenguas.—Razon de comunicarse esta gracia y la de hacer milagros entonces tambien á la Magdalena y sus compañeras.—Admiracion de Jerusalen con los milagros y predicacion de los Apóstoles y discípulos.—Como se aumentaba la Iglesia convocadas las gentes con la fama de los milagros.—Fervor de los nuevos creyentes y perfeccion de la Iglesia primitiva.—Cuán disímil fue aquel dichoso estado de los fieles en el principio de la Iglesia evangélica, que el que ahora se experimenta.—Disculpa que suele alegar nuestra tibieza.—Muéstrase que son inexcusables los fieles de estos siglos en los vicios que hoy se experimentan.—Maravillas y grandiosas obras que hizo la Madre de Dios en la Iglesia primitiva.—Cuán pocos fueron los fieles que se condenaron en los años que vivió María en la Iglesia, y cuán muchos los que se salvaron.—Razones para no entristecernos de no haber nacido en aquel siglo dichoso fundadas en la caridad de María.—El dolor ha de ser de cuán diferente es nuestra fe, fervor y devocion, que la de aquel siglo.—Exhortacion que hizo María á los Apóstoles y ministros de la palabra divina.—Ejecutaba primero lo que amonestaba.—Por ninguno de los convertidos dejó de hacer gracias y peticiones.—Maravillosa prudencia con que instruia en particular las almas, conforme á las necesidades que en sus interiores veia.—Ninguno de los que María informó y catequizó en la fe, se condenó.—Oracion que hacia por ellos para que se salvasen.—Eficacia que tenia esta oracion.—Persuasion de que será lo mismo ahora en los que de todo corazon piden la intercesion de María.—Dones que ofrecian á la Madre de Dios los nuevos fieles.—Ninguno recibió.—Como disponia los ánimos para que acudiesen á los Apóstoles cuando convenia recibir alguno.—Clemencia con que admitia y curaba á los pobres y por mano de san Juan remediaba necesidades.—Cuidaba de prevenir lo necesario para el sustento de los Apóstoles y los servia de rodillas.—Motivos que tenia para darles esta reverencia.—Medios suficientes que dió el Señor, para que todos pudiesen conseguir la salud eterna, sin excluir á alguno.—Admiracion de que ahora se conviertan tan pocos pecadores, teniendo tantos medios.—No pueden los mortales quejarse de la providencia divina, pues á todos y á cada uno ofrece su misericordia.—Muéstrase como la perdicion les viene de sí mismos.—Atencion con que se ha de reci-

bir cualquiera inspiracion santa, aviso ó doctrina.—No se ha de despreciar por parecer cosa pequeña.—Daño que hace á las almas el despreciar los auxilios divinos.—Es mayor en quien mas ha recibido.—Como se ha de imitar á la Madre de Dios en ayudar los hijos de la Iglesia.

73. Con las señales tan visibles y notorias, que descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, se conmovió toda la ciudad de Jerusalen con sus moradores, admirados de la novedad nunca vista; y corriendo la voz de lo que se habia visto sobre la casa del cenáculo, concurrió á ella toda la multitud del pueblo para saber el suceso [1]. Celebrábase aquel dia una de las fiestas ó pascuas de los hebreos; y así por esto, como por especial dispensacion del cielo, estaba la ciudad llena de forasteros y extranjeros de todas las naciones del mundo, á quienes el Altísimo queria hacer manifiesta aquella nueva maravilla, y los principios con que comenzaba á predicarse y dilatarse la nueva ley de gracia, que el Verbo humanado nuestro Redentor y Maestro habia ordenado para la salud de los hombres.

74. Los sagrados Apóstoles, que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo estaban inflamados en caridad, sabiendo que la ciudad de Jerusalen concurria á las puertas del cenáculo, pidieron licencia á su Reina y Maestra para salir á predicarles; porque tanta gracia no podia estar un punto ociosa, sin redundar en beneficio de las almas, y nueva gloria del Autor. Salieron todos de la casa del cenáculo, y puestos á vista de toda la multitud comenzaron á predicar los misterios de la fe y salud eterna. Y como hasta aquella hora habian estado encogidos y retirados, y entonces salieron con tan impensado esfuerzo, y sus palabras salian de sus bocas como rayos de nueva luz y fuego que penetraban los oyentes; quedaron todos admirados y como atónitos de tan peregrina novedad, nunca vista ni oida en el mundo. Mirábanse unos á otros, y con asombro se preguntaban y decian: ¿Qué es esto que vemos? ¿Por ventura todos estos que nos hablan no son galileos? Pues ¿cómo los oimos cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos? Los judíos y los prosélitos, los romanos, latinos, griegos, cretenses, árabes, partos, medos, y todos los demás de diversas partes del mundo los oimos hablar y entendemos en nuestras lenguas [2]. ¡Oh grandezas de Dios! ¡Qué admirable es en sus obras!

75. Esta maravilla, de que todas las naciones de tan diversas lenguas como estaban en Jerusalen oyesen hablar á los Apóstoles, cada nacion en su lengua, les causó grande asombro, junto con la

[1] Act. II, 6. — [2] Ibid. 7.

doctrina que predicaban. Pero advierto, que si bien cada uno de los Apóstoles con la plenitud de ciencia y dones que recibieron gratuitos quedaron sábios y capaces para hablar en todas lenguas de las naciones, porque así fue necesario para predicarles el Evangelio; pero en esta ocasion no hablaron mas (*) de en la lengua de Palestina, y hablando ellos y articulando sola esta, eran entendidos de todas las naciones, como si á cada uno le hablaran en su lengua propia. De manera que la voz de cada uno de los Apóstoles, que él articulaba en lengua hebrea, llegaba á los oidos de los oyentes en la lengua propia de su nacion. Y este fue el milagro que hizo Dios entonces, para que mejor fuesen entendidos y admitidos de tan diversas gentes. Y la razon fue, porque no repetia el misterio, que predicaba san Pedro, en cada lengua de los que allí estaban oyéndole. Sola una vez le predicaba, y aquella oian y entendian todos, cada cual en su lengua propia, y lo mismo sucedia á los demás Apóstoles; porque si cada uno hablara en la lengua del que le oia, era necesario repitiese (por lo menos diez y siete veces) las palabras para otras tantas naciones que refiere san Lucas [1] estaban en el auditorio, y cada uno entendia su lengua materna; y en esto se gastaria mas tiempo de lo que se colige del Texto sagrado, y fuera gran confusion y molestia repetir tantas veces lo mismo, ó hablar á un tiempo tantas lenguas cada uno, ni el milagro fuera para nosotros tan inteligible como el que he declarado.

76. Las naciones que oian á los Apóstoles no entendieron la maravilla, aunque se admiraron de oir cada uno su idioma nativo y propio. Y lo que el texto de san Lucas dice, que los Apóstoles comenzaron á hablar en varias lenguas [2] es, porque al punto las entendieron, y habláron luego en ellas (como diré adelante [3]) y pudieron hablarlas; porque aquel dia los que vinieron al cenáculo los oyeron predicar cada nacion en su lengua. Pero la novedad y admiracion causó en los oyentes diversos efectos, dividiéndose en contrarios pareceres, segun la disposicion de cada uno. Los que piadosamente oian á los Apóstoles, entendian mucho de la Divinidad y redencion humana, de que hablaban altísima y fervorosamente; y con la fuerza de sus palabras eran despertados y movidos en vivos deseos de conocer la verdad; y con la divina luz eran ilustrados y compungidos para llorar sus pecados y pedir misericordia de ellos; y con lágrimas aclamaban á los Apóstoles, y les decian les enseñasen lo que debian hacer para alcanzar la vida eterna. Otros, que eran du-

(*) Véase la nota III. — [1] Act. II, à v. 9. — [2] Ibid. 4. — [3] Infr. n. 83.

ros de corazon, se indignaban con los Apóstoles, quedando ayunos de las grandezas divinas que hablaban y predicaban; y en lugar de admitirlos los llamaban noveleros y hazañeros. Y muchos de los judíos mas impíos en su perfidia y envidia daban mas rígida censura á los Apóstoles, atribuyéndoles que estaban embriagados y sin juicio [1]. Y algunos de estos eran de los que habian vuelto en sí de la caida que dieron con el trueno que causó el Espíritu Santo; porque se levantaron mas obstinados y rebeldes contra Dios.

77. Para convencer esta blasfemia tomó la mano el apóstol san Pedro, como cabeza de la Iglesia, y hablando en mas alta voz les dijo [2]: *Varones que sois judíos, y los que vivís en Jerusalen, oid mis palabras, y sea notorio á todos vosotros como estos que están conmigo no están embriagados del vino, como vosotros quereis imaginar; pues aun no es pasada la hora del mediodía, cuando los hombres suelen cometer este desórden. Pero sabed todos que se ha cumplido en ellos lo que tiene Dios prometido por el profeta Joel, cuando dijo [3]: Sucederá en los futuros tiempos, que yo derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; y los jóvenes y ancianos tendrán visiones y sueños divinos. Y daré mi espíritu á mis siervos y siervas: y haré prodigios en el cielo y maravillas en la tierra, antes que venga el dia del Señor grande y manifiesto. Y el que invocare el nombre del Señor, aquel será salvo. Oid, pues, israelitas mis palabras [4]: Vosotros sois quien quitásteis la vida á Jesús Nazareno por manos de los inícuos, siendo varon santo, aprobado de Dios con virtudes, prodigios y milagros que obró en vuestro pueblo, de que sois testigos y sabidores: y Dios le resucitó de los muertos, conforme á las profecías de David [5]; que no pudo hablar de sí mismo el santo Rey, pues vosotros teneis el sepulcro donde está su cuerpo; pero como profeta habló de Cristo, y nosotros somos testigos de haberle visto resucitado, y subir á los cielos en su misma virtud, para sentarse á la diestra del Padre, como tambien el mismo David dejó profetizado [6]. Entiendan los incrédulos estas palabras y verdades que la malicia de su perfidia quiere negar; á que se opondrán las maravillas de el Altísimo, que obrará en nosotros sus siervos en testimonio de la doctrina de Cristo y de su admirable resurreccion.*

78. *Entienda, pues, toda la casa de Israel, y conozca con certeza que este Jesús, á quien vosotros crucificásteis, le hizo Dios su Cristo ungido y Señor de todo, y le resucitó al tercero dia de los muertos.*

[1] Act. II, 13. — [2] Ibid. à v. 14. — [3] Joel, II, 28. — [4] Ibid. à v. 22.
[5] Psalm. XV, à v. 8. — [6] Ibid. CIX, 1.

Oyendo estas razones se compungieron los corazones de muchos de los que allí estaban, y con grande llanto preguntaron á san Pedro y á los otros Apóstoles qué podrian hacer para su propio remedio [1]. Prosiguiendo san Pedro les dijo [2]: *Haced verdadera penitencia, y recibid el Bautismo en nombre de* Jesús, *con que serán perdonados vuestros pecados, y recibiréis tambien el Espíritu Santo; porque esta promesa se hizo para vosotros, para vuestros hijos, y para los que están mas léjos, que traerá y llamará el Señor. Procurad, pues, ahora aprovecharos del remedio, y ser salvos con desviaros de esta perversa y incrédula generacion.* Otras muchas palabras de vida les predicó san Pedro y los demás Apóstoles, con que los pérfidos judíos y los demás incrédulos quedaron muy confusos; y como nada pudieron responder, se alejaron y retiraron del cenáculo. Pero los que admitieron la verdadera doctrina y fe de Jesucristo fueron cási tres mil [3], y todos se juntaron á los Apóstoles, y fueron bautizados por ellos con gran temor y terror de todo Jerusalen; porque los prodigios y maravillas que obraban los Apóstoles pusieron grande espanto y miedo á los que no creian.

79. Los tres mil que se convirtieron este dia con el primer sermon de san Pedro eran de todas las naciones que entonces estaban en Jerusalen, para que luego alcanzase á todas las gentes el fruto de la redencion, y de todas se agregase una Iglesia, y á todos se extendiese la gracia del Espíritu Santo, sin excluir algun pueblo ni nacion; pues de todas se habia de componer la universal Iglesia. Muchos fueron de los judíos que con piedad y compasion habian seguido á Cristo nuestro Salvador, y atendido á su pasion y muerte, como arriba dije [4]. Y tambien se convirtieron algunos (aunque muy pocos) de los que habian intervenido en ella, porque no se dispusieron mas; que si lo hicieran, todos fueran admitidos á la misericordia y perdonados de su error. Acabado el sermon se retiraron los Apóstoles aquella tarde al cenáculo, con gran parte de la multitud de los nuevos hijos de la Iglesia, para dar cuenta de todo á la Madre de misericordia María purísima, y que la conociesen y venerasen los nuevos convertidos á la fe.

80. Pero la gran Reina de los Ángeles nada ignoraba de todo lo sucedido; porque de su retiro habia oido la predicacion de los Apóstoles, y conoció hasta el menor pensamiento de los oyentes, y le fueron patentes los corazones de todos. Estuvo siempre la piadosísima Madre postrada, su rostro pegado con el polvo, pidiendo con

[1] Act. II, 37. — [2] Ibid. 38. — [3] Ibid. 41. — [4] Part. II, n. 1387.

lágrimas la conversion de todos los que se redujeron á la fe del Salvador, y por los demás, si quisieran cooperar á los auxilios y gracia del Señor. Y para ayudar á los Apóstoles en aquella grande obra que hacian, dando principio á la predicacion, y á los oyentes para que atendiesen á ella, envió María santísima muchos Ángeles de los que la acompañaban, para que inviolablemente asistiesen á unos y á otros con inspiraciones santas que les administraron, alentando á los sagrados Apóstoles, dándoles esfuerzo para que con mas fervor preguntasen y manifestasen los misterios ocultos de la divinidad y humanidad de Cristo Redentor nuestro. Todo lo ejecutaron los Ángeles como su Reina lo ordenaba; y en esta ocasion obró con su poder y santidad conforme la grandeza de tan nueva maravilla, y al paso de la causa y materia que se trataba. Cuando llegaron á su presencia los Apóstoles con aquellas primicias tan copiosas de su predicacion y del Espíritu Santo, los recibió á todos con increible alegría y suavidad de verdadera y piadosa madre.

81. El apóstol san Pedro habló á los recien convertidos, y les dijo: *Hermanos mios y siervos del Altísimo, esta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro* Jesús, *cuya fe habeis recibido, reconociéndole por Dios y Hombre verdadero. Ella le dió la forma humana concibiéndole en sus entrañas, y salió de ellas, quedando vírgen antes del parto, en el parto, y despues del parto; recibidla por Madre, por amparo y medianera vuestra, que por ella recibiréis vosotros y nosotros luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias.* Con esta exhortacion del Apóstol y vista de María santísima recibieron aquellos nuevos fieles admirables efectos de interior luz y consolacion; porque este privilegio de hacer grandes beneficios interiores, y dar luz particular á los que con piedad y veneracion la miraban, se le aumentó y renovó cuando estuvo en el cielo á la diestra de su Hijo santísimo. Y como todos aquellos creyentes recibieron este favor con la presencia de la gran Señora, postráronse á sus piés, y con lágrimas la pidieron les diese la mano y la bendicion á todos. Pero la humilde y prudente Reina se excusó de hacerlo, por estar presentes los Apóstoles, que eran sacerdotes, y san Pedro vicario de Cristo, hasta que el mismo Apóstol la dijo: *Señora, no negueis á estos fieles lo que su piedad pide para consuelo de sus almas.* Obedeció María santísima á la cabeza de la Iglesia, y con humilde serenidad de reina dió la bendicion á los nuevos convertidos.

82. Mas el amor que solicitaba sus corazones les movió á desear que la divina Madre les hablase algunas palabras de consuelo; y la

humildad y reverencia los embarazaba para suplicárselo. Y como atendieron la obediencia que tenia á san Pedro, se convirtieron á él, y le pidieron la rogase no los despidiese de su presencia sin decirles alguna palabra con que fuesen alentados. Á san Pedro le pareció convenia consolar aquellas almas, que habian renacido en Cristo nuestro bien con su predicacion y la de los demás Apóstoles; pero como sabia que la Madre de la Sabiduría no ignoraba lo que habia de obrar, no se atrevió á decirla mas de estas palabras: *Señora, atended á los ruegos de estos siervos y hijos vuestros*. Luego la gran Señora obedeció y habló á los convertidos, y les dijo: *Carísimos hermanos mios en el Señor, dad gracias y alabad de todo corazon al omnipotente Dios, porque de entre los demás hombres os ha traido y llamado al camino verdadero de la eterna vida con la noticia de la santa fe que habeis recibido. Estad firmes en ella para confesarla de todo corazon, y para oir y creer todo lo que contiene la ley de gracia, como la ordenó y enseñó su verdadero Maestro* Jesús, *mi Hijo y vuestro Redentor; y para oir y obedecer á sus Apóstoles, que os enseñarán y catequizarán: y por el Bautismo seréis señalados con la señal y carácter de hijos del Altísimo. Yo me ofrezco por sierva vuestra, para asistiros en todo lo que fuere necesario para vuestro consuelo, y rogaré por vosotros á mi Hijo y Dios eterno, y le pediré os mire como piadoso padre, y os manifieste la alegría de su rostro en la felicidad verdadera; y ahora os comunique su gracia*.

83. Con esta dulcísima exhortacion quedaron aquellos nuevos hijos de la Iglesia confortados, llenos de luz, veneracion y admiracion de lo que concibieron de la Señora del mundo; y pidiéndola de nuevo su bendicion, se despidieron aquel dia de su presencia, renovados y mejorados con admirables dones de la diestra del Altísimo. Los Apóstoles y discípulos desde aquel dia continuaron sin intermision la predicacion y maravillas, y por toda aquella octava catequizaron no solo á los tres mil que se convirtieron el dia de Pentecostes, sino á otros muchos que cada dia recibian la fe. Y porque venian de todas las naciones, hablaban y catequizaban á cada uno en su propia lengua; que por esto dije arriba [1] hablaron en varias lenguas desde aquella hora. No solo recibieron esta gracia los Apóstoles; que aunque en ellos fue mayor y mas señalada, tambien la recibieron los discípulos y todos los ciento y veinte que estaban en el cenáculo, y las mujeres santas que recibieron el Espíritu Santo. Y así fue necesario entonces; porque era grande la multitud de los

[1] Supr. n. 76.

que venian á la fe. Y aunque todos los varones y muchas mujeres iban á los Apóstoles, pero otras muchas despues de oirlos acudian á la Magdalena y á sus compañeras; y ellas las catequizaban, enseñaban, y convertian á otras que llegaban á la fama de los milagros que hacian; porque esta gracia tambien se comunicó á las mujeres santas, que curaban todas las enfermedades con solo poner las manos sobre las cabezas, daban vista á ciegos, lengua á los mudos, piés á los tullidos, y vida á muchos muertos. Y aunque todas estas y otras maravillas hacian principalmente los Apóstoles; pero unos y otros admiraban á Jerusalen y la tenian puesta en asombro, sin que se hablase de otra cosa, sino de los prodigios y predicacion de los Apóstoles de Jesús, de sus discípulos, y seguidores de su doctrina.

84. Extendíase la fama de esta novedad hasta fuera de la ciudad; porque ninguno llegaba con enfermedad que no fuese sano de ella. Y fueron entonces mas necesarios estos milagros, no solo para confirmacion de la nueva ley y fe de Cristo Señor nuestro, sino tambien porque el deseo natural que tenian los hombres de la vida y salud corporal los estimulase, para que viniendo á buscar la mejoría de los cuerpos, oyesen las palabras divinas, y volviesen sanos de cuerpo y alma, como sucedia comunmente á cuantos llegaban á ser curados de los Apóstoles. Con esto se multiplicaba cada dia el número de los creyentes; cuyo fervor en la fe y caridad era tan ardiente, que todos comenzaron á imitar la pobreza de Cristo, despreciando las riquezas y haciendas propias, ofreciendo cuanto tenian á los piés de los Apóstoles, sin reservar ni reconocer cosa alguna por suya [1]. Todas las hacian comunes para los fieles, y todas querian desembarazarse del peligro de las riquezas, y vivir en pobreza, sinceridad, humildad y oracion continua, sin admitir otro cuidado mas que el de la salud eterna. Todos se reputaban por hermanos y hijos de un Padre que está en los cielos [2]. Y como eran comunes para todos la fe, la esperanza, la caridad y los Sacramentos, la gracia y la vida eterna que buscaban; y por eso les parecia peligrosa la desigualdad entre unos mismos cristianos hijos de un Padre, herederos de sus bienes, y profesores de su ley; disonábales, que habiendo tanta union en lo principal y esencial, fuesen unos ricos y otros pobres, sin comunicarse estos bienes temporales como los de la gracia; pues todos son de un mismo Padre para todos sus hijos.

85. Este fue el dorado siglo y dichoso principio de la Iglesia

[1] Act. II, 45. — [2] Matth. XXIII, 9.

evangélica, donde el ímpetu del rio alegró la ciudad de Dios [1], y el corriente de la gracia y dones del Espíritu Santo fertilizó este nuevo paraíso de la Iglesia recien plantado por la mano de nuestro Salvador JESÚS, estando en medio dél el árbol de la vida María santísima. Entonces era la fe viva, la esperanza firme, la caridad ardiente, la sinceridad pura, la humildad verdadera, la justicia rectísima, cuando los fieles ni conocian la avaricia ni seguian la vanidad, hollaban el fausto, ignoraban la codicia, la soberbia, la ambicion, que despues han prevalecido tanto entre los profesores de la fe, que se confiesan por seguidores de Cristo, y con las obras le niegan. Darémos por descargo, que entonces eran las primicias del Espíritu Santo [2], y que los fieles eran menos; que los tiempos ahora son diferentes, y que vivia en aquellos en la santa Iglesia la Madre de la sabiduría y de la gracia María santísima nuestra Señora, cuya presencia, oraciones y amparo los defendian y confirmaban para creer y obrar heróicamente.

86. Á esta réplica responderémos en el discurso de esta Historia, donde se entenderá que por culpa de los fieles se han introducido tantos vicios en el término de la Iglesia, dando al demonio la mano, que él mismo con su soberbia y malicia aun no imaginaba que conseguiria entre los cristianos. Y solo digo ahora, que la virtud y gracia del Espíritu Santo no se acabaron en aquellas primicias. Siempre es la misma, y fuera tan eficaz con muchos hasta el fin de la Iglesia, como lo fue en pocos en sus principios, si estos muchos fueran tan fieles como aquellos pocos. Verdad es que los tiempos se han mudado; pero esta mudanza de la virtud á los vicios, y del bien á el mal no consiste en la mudanza de los cielos y de los astros, sino en las de los hombres, que se han desviado del camino recto de la vida eterna, y caminan á la perdicion. No hablo ahora de los paganos y herejes, que del todo han desatinado, no solo con la luz verdadera de la fe, y de la misma razon natural. Hablo de los fieles, que se precian de ser hijos de la luz, que se contentan con solo el nombre, y tal vez se valen dél para dar color de virtud á los vicios, y rebozar los pecados.

87. De las maravillas y grandiosas obras, que hizo la gran Reina en la primitiva Iglesia, no será posible en esta tercera parte escribir la menor de ellas; pero de lo que escribiré, y de los años que vivió en el mundo despues de la Ascension, se podrá inferir mucho; porque no cesó ni descansó, ni perdió punto ni ocasion en que no

[1] Psalm. XLV, 5. — [2] Rom. VIII, 23.

hiciera algun singular favor á la Iglesia en comun ó en particular, así orando y pidiéndolo á su Hijo santísimo, sin que nada se le negase, como exhortando, enseñando, aconsejando y derramando la divina gracia, de que era tesorera y dispensadora por diversos modos entre los hijos del Evangelio. Y entre los ocultos misterios que sobre este poder de María santísima se me han manifestado, uno es, que en aquellos años que vivió en la Iglesia santa fueron muy pocos respectivamente los que se condenaron; y se salvaron mas que en muchos siglos despues, comparando un siglo con aquellos pocos años.

88. Yo confieso que esta felicidad de aquel mas que dichoso siglo nos pudiera causar santa envidia á los que nacemos en la luz de la fe en los últimos y peores tiempos, si con la sucesion de los años fuera menor el poder, la caridad y clemencia de esta suprema Emperatriz. Verdad es que no alcanzamos aquella dicha de verla, tratarla y oirla corporalmente con los sentidos; y en esto fueron mas bienaventurados que nosotros aquellos primeros hijos de la Iglesia. Pero entendamos todos, que en la divina ciencia y caridad de esta piadosa Madre estuvimos presentes, aun en aquel siglo [1]; porque á todos nos vió y conoció en el órden y sucesion de la Iglesia, que nos tocaba nacer en ella; y por todos oró y pidió, como por los que entonces vivian. Y no es ahora menos poderosa en el cielo, que entonces lo era en la tierra: tan Madre nuestra es, como de los primeros hijos; y por suyos nos tiene como los tuvo á ellos. Mas ¡ay dolor! que nuestra fe, nuestro fervor y devocion es muy diferente: no se ha mudado ella, ni su caridad es menos ahora, ni lo fuera su intercesion y amparo, si en estos afligidos tiempos acudiéramos á ella reconocidos, humillados y fervientes, solicitando su intercesion, y dejando en sus manos nuestra suerte con segura esperanza de el remedio, como lo hacian aquellos devotos y primitivos hijos; que sin duda conociera luego toda la Iglesia católica en los fines el mismo amparo que tuvo en esta Reina en sus principios.

89. Volvamos al cuidado que tenia la piadosa Madre con los Apóstoles y con los recien convertidos, atendiendo al consuelo y necesidad de todos y de cada uno. Exhortó y animó á los Apóstoles y ministros de la divina palabra, renovando en ellos la atencion que debian tener del poder y demostraciones tan prodigiosas con que su Hijo santísimo comenzaba á plantar la fe de su Iglesia; la virtud que el Espíritu Santo les habia comunicado para hacerlos ministros

[1] Part. II, n. 789.

tan idóneos; la asistencia que siempre conocieron del poderoso brazo del Altísimo; que le reconociesen y alabasen por Autor de todas aquellas obras y maravillas; que por todas ellas diesen humildes agradecimientos; y con segura confianza prosiguiesen la predicacion y exhortacion de los fieles, la exaltacion del nombre del Señor, que fuese alabado, conocido y amado de todos. Esta doctrina y amonestacion que hizo al colegio apostólico ejecutaba ella primero con postraciones, humillaciones, alabanzas, cánticos y loores al Altísimo. Y esto era con tanta plenitud, que por ninguno de los convertidos dejó de hacer gracias y peticiones fervorosas al eterno Padre; porque á todos los tenia presentes en su mente con distincion.

90. Y no solo hacia por cada uno estas obras; pero á todos los admitia, oia y acariciaba con palabras de vida y luz. Y aquellos dias despues de la venida de el Espíritu Santo muchos la hablaron en secreto, manifestándola sus interiores, y lo mismo sucedia despues de los que se convertian en Jerusalen, aunque no los ignoraba la gran Reina; porque conocia los corazones de todos, sus afectos, inclinaciones y condiciones; y con esta divina ciencia y sabiduría se acomodaba á la necesidad y natural de cada uno; y le aplicaba la medicina saludable que pedia su dolencia. Por este modo hizo María santísima tan raros beneficios y tan grandes favores á innumerables almas, que no se pueden conocer en esta vida.

91. Ninguno de los que la divina Maestra informó y catequizó en la fe (*) se condenó; aunque fueron muchos á los que alcanzó esta feliz suerte: porque entonces, y despues todo lo que vivieron, hizo especial oracion por ellos, y todos fueron escritos en el libro de la vida. Y para obligar á su Hijo santísimo le decia: *Señor mio y vida de mi alma, por vuestra voluntad y agrado volví al mundo para ser Madre de vuestros hijos, y mis hermanos los fieles de vuestra Iglesia. No cabe en mi corazon que se pierda el fruto de vuestra sangre, de infinito precio, en estos hijos que solicitan mi intercesion; ni han de ser infelices por haberse valido de este humilde gusanillo de la tierra para inclinar vuestra clemencia. Admitidlos, Hijo mio, en el número de vuestros predestinados y amigos para vuestra gloria.* Á estas peticiones le respondió luego el Señor, que se haria lo que pedia. Y lo mismo creo yo sucede ahora con los que merecen la intercesion de María santísima, y la piden de todo corazon; porque si esta purísima Madre llega á su Hijo santísimo con semejantes peticiones, ¿cómo se puede imaginar que le negará lo poco el que la dió todo su

(*) Véase la nota IV.

mismo ser, para que le vistiese de la carne y naturaleza humana, y en ella le criase y alimentase á sus virginales pechos?

92. Muchos de aquellos nuevos fieles, con el concepto tan alto que sacaban de oir y ver á la gran Señora, volvian á ella y la llevaban joyas, riquezas y grandes dones; y especialmente las mujeres se despojaban de sus galas para ofrecerlas á la divina Maestra. Pero ninguna de todas estas cosas recibió ni admitió. Y si alguna convenia recibir, disponia los ánimos ocultamente para que acudiesen á los Apóstoles, y que ellos dispensasen de todo esto, repartiéndolo con caridad, equidad y justicia entre los fieles mas pobres y necesitados. Pero agradecíalo la humilde Madre, como si lo recibiera para sí misma. Á los pobres y enfermos admitia con inefable clemencia, y á muchos curaba de enfermedades envejecidas y antiguas. Y por mano de san Juan remedió grandes necesidades ocultas, atendiendo á todo sin omitir cosa alguna de virtud. Y como los Apóstoles y discípulos se ocupaban todo el dia en la predicacion y conversion de los que venian á la fe, cuidaba la gran Reina de prevenirles lo necesario para su comida y sustento; y llegada la hora servia personalmente á los sacerdotes hincadas las rodillas, y pidiéndoles la mano con increible humildad y reverencia para besársela. Esto hacia especialmente con los Apóstoles, como quien miraba y conocia sus almas confirmadas en gracia, y los efectos que en ellas habia obrado el Espíritu Santo, y la dignidad de sumos sacerdotes y fundamentos de la Iglesia [1]. Algunas veces los veia con gran resplandor que despedian, y todo le aumentaba la reverencia y veneracion.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles.

93. Hija mia, en lo que has conocido de los sucesos de este capítulo hallarás encerrado mucho del misterio oculto de la predestinacion de las almas. Advierte como para todos fue poderosa la redencion humana, pues fue tan superabundante y copiosa [2]. Á todos se les propuso la palabra de la Verdad divina, cuantos oyeron la predicacion ó llegó á su noticia en los efectos de la venida de mi Hijo al mundo. Y fuera de la exterior predicacion y noticia del remedio, á todos se les dieron interiores inspiraciones y auxilios, para que le admitiesen y buscasen. Y con todo esto te admiras que con el primer sermon del Apóstol se convirtiesen tres mil entre la mul-

[1] Ephes. II, 20. — [2] Rom. V, 20.

titud grande que estaba en Jerusalen. Mayor admiracion podia causar que ahora se conviertan tan pocos al camino de la salud eterna, cuando está mas dilatado el Evangelio, la predicacion es frecuente, los ministros muchos, la luz de la Iglesia mas clara, y la noticia de los misterios divinos mas expresa: y con todo esto los hombres están mas ciegos, y los corazones mas endurecidos, la soberbia mas levantada, la avaricia sin rebozo, y todos los vicios sin temor de Dios y sin recato.

94. En esta perversidad y suerte infelicísima no pueden los mortales querellarse de la altísima y justísima providencia del Señor, que á todos y á cada uno ofreció y ofrece su paternal misericordia, y enseña el camino de la vida y tambien de la muerte; y al que deja endurecer el corazon, es con rectísima justicia. De sí mismos se querellarán sin remedio los réprobos, cuando sin tiempo conozcan lo que en el tiempo oportuno podian y debian conocer. Si en la vida breve y momentánea, que se les concede para merecer la eterna, cierran los oidos y los ojos á la verdad y á la luz, y escuchan al demonio, entregándose á toda su impiísima voluntad, y usan tan mal de la bondad y clemencia del Señor, ¿qué pueden alegar en su descargo? Y si no saben perdonar una injuria, y por cualquiera ligero agravio intentan cruelísimas venganzas; por atesorar la hacienda pervierten todo el órden de la razon y fraternidad natural; por un torpe deleite se olvidan de la pena eterna; y sobre todo desprecian las inspiraciones, auxilios y avisos que Dios les envia, para que teman su perdicion, y no se entreguen á ella; ¿cómo se podrán querellar de la divina clemencia? Desengáñense, pues, los mortales que han pecado contra Dios, que sin penitencia no hay gracia, y sin enmienda no hay remision, y sin perdon no hay gloria. Pero así como á ningun indigno se le concederá, tampoco se le negará al que fuere digno; ni jamás faltó ni faltará la misericordia para el que la quisiere granjear.

95. De todas estas verdades quiero, hija mia, que tú colijas los documentos saludables que te convienen. El primero sea, que recibas con atencion cualquiera inspiracion santa que tuvieres, cualquiera aviso ó doctrina que oyeres, aunque venga por mano del mas inferior ministro del Señor, ó de cualquiera criatura; y debes considerar prudentemente que no es acaso y sin disposicion divina que llegue á tu noticia: pues no hay duda que lo ordena todo la providencia del Altísimo para darte algun aviso; y así le debes recibir con humilde agradecimiento, y conferirlo en tu interior, para enten-

der qué virtud puedes y debes obrar con aquel despertador que te han dado, y ejecutarla como la entendieres y conocieres. Y aunque te parezca cosa pequeña no la desprecies; que por aquella obra buena te dispones para otras de mayor mérito y virtud. Advierte lo segundo, el daño que hace en las almas despreciar tantos auxilios, inspiraciones, llamamientos, y otros beneficios del Señor; pues la ingratitud que en esto se comete va justificando la justicia con que el Altísimo viene á dejar endurecidos muchos pecadores. Y si en todos este peligro es tan formidable, ¿cuánto lo será en tí, si malograses tan abundante gracia y favores como de la clemencia del Señor has recibido sobre muchas generaciones? Y porque todo lo ordena mi Hijo santísimo para tu bien y de otras almas; quiero últimamente que á imitacion mia (como lo has conocido) se engendre en tu corazon un cordialísimo afecto de ayudar á todos los hijos de la Iglesia, y á todos los demás que pudieres, clamando al Altísimo de lo íntimo de tu corazon, suplicándole mire á todas las almas con ojos de misericordia y que las salve. Y porque consigan esta dicha, ofrécete á padecer, si fuere necesario; acordándote le costaron á mi Hijo y tu Esposo derramar sangre y dar su vida para rescatarlos, y lo que yo trabajé en la Iglesia. El fruto de esta rendencion pídelo tú á la divina misericordia continuamente, y para eso te impongo mi obediencia.

CAPÍTULO VII.

Júntanse los Apóstoles y discípulos para resolver algunas dudas en particular sobre la forma de el Bautismo; dánselo á los nuevos catecúmenos; celebra san Pedro la primera misa, y lo que en todo esto obró María santísima.

Razon de no proseguir en esta Historia el órden de los hechos apostólicos como lo escribió san Lucas.—Aumento de la Iglesia en los siete dias primeros despues de la venida del Espíritu Santo.—Oracion de María, para que el Señor diese luz á los Apóstoles de lo que convenia disponer para el gobierno de la Iglesia.—Dice el Señor á María que le pida.—Peticiones de la Madre de Dios por el bautismo de nuevos fieles y celebracion del sacrificio de la misa.—Razon de la humildad de María con que se detenía de proponerlo á los Apóstoles.—Respuesta del Señor concediéndole sus peticiones.—Proposicion de san Pedro á la Madre de Dios cerca del bautismo de los nuevos convertidos.—Respuesta de María remitiéndolo á él como cabeza de la Iglesia.—Ordenó san Pedro el bautismo para el dia siguiente.—Duda que se ofreció, sobre si se les habia de dar el bautismo de san Juan, ó el de Cristo.—Resolucion de que se les diese y introdujese el bautismo de Cristo.—

Forma de el Bautismo que se guardó siempre desde este dia.—Cómo se entiende el que bautizaban en el nombre de Jesús.—Proposicion que hizo María á la congregacion de los Apóstoles y discípulos, para que se comenzase á celebrar el sacrificio santo de la misa.—Determinóse el consagrar el dia siguiente, y que san Pedro como cabeza de la Iglesia fuese el sacerdote.—Proposicion que hizo san Pedro sobre la forma con que se habian de dispensar y distribuir las limosnas que les ofrecian.—Diversos medios que se propusieron, hallándose embarazados.—Pidieron san Pedro y san Juan á María los encaminase en aquella duda.—Respuesta de María declarando la altísima pobreza que vino á enseñar su Hijo al mundo.—Exhórtalos á la imitacion y práctica de la pobreza de Cristo.—Medio que les dió para recibir las ofrendas y limosnas.—Señala el uso para las necesidades comunes.—Propone el medio de la mendicacion para cuando las limosnas ofrecidas no bastaren.—Abrazó la Iglesia primitiva la pobreza como la propuso María.—Razon de no haber remitídose á otro que Cristo y su Madre la doctrina y asiento de la pobreza evangélica.—Perseveró esta pobreza muchos años en la Iglesia, y despues se redujo á solo el estado eclesiástico.—Renovóse en las religiones.—El primer paso en la imitacion y secuela de Cristo es la pobreza voluntaria.—Como previno y aliñó María por sus manos el cenáculo y lo demás necesario para que se celebrase en él el sacrificio de la misa.—Previno tambien lo necesario para el bautismo de los catecúmenos.—Preparacion que hizo para recibir á su Hijo sacramentado.—Sermon que hizo san Pedro á los catecúmenos antes de bautizarlos.—Órden con que se hizo el bautismo.—Asistencia de María y vista de los efectos que en cada uno hacia.—Á vista de todos descendia del cielo una clarísima luz sobre cada uno de los bautizados.—Pasaron de cinco mil los que se bautizaron este dia.—Preparacion de los Apóstoles y discípulos para comulgar.—Forma de la primera misa que celebró san Pedro.—Comulgó á María despues de los Apóstoles.—Efectos admirables que hizo esta comunion en la Madre de Dios.—Comulgaron los discípulos y mil de los recien bautizados.—Comulgaron María, los Apóstoles y discípulos en entrambas especies; los recien bautizados en solas las de pan.—Razon de esta diferencia.—Desde la primitiva Iglesia comenzó la costumbre de comulgar en solas las especies de pan los que no consagraban.—Forma en que terminó aquella misa despues de la comunion.—Singularísima caridad con los hijos de Adan que infundió el Señor á María, cuando en el cielo la dió título de Madre y Maestra de la Iglesia.—Efectos admirables de este amor.—Rompióse físicamente en esta comunion el corazon de María, y dentro dél se depositó su Hijo sacramentado.—Cuánto se ofende María de la indigna comunion de los fieles.—Leccion para comulgar con perfeccion.—Reverencia exterior que usaba la discípula para comulgar.—Está en el cuerpo de Cristo consagrado parte de la propia sangre y sustancia de su Madre.—Llanto que se debe hacer de la irreverencia y indignidad con que reciben muchos á Cristo sacramentado.—Causa de ser tantos los que ahora se condenan en la Iglesia.

96. No pertenece al intento de esta Historia proseguir en ella el órden de los hechos apostólicos, como lo escribe san Lucas, ni referir todo lo que hicieron los Apóstoles despues de la venida del Es-

píritu Santo; porque aunque es cierto que de todo tuvo noticia y ciencia la gran Reina y Maestra de la Iglesia; pero muchas cosas hicieron no estando ella presente; y no es necesario referirlas aquí, ni tampoco es posible declarar el modo con que su alteza concurria á todas las obras de los Apóstoles y discípulos, y á cada uno de los sucesos en particular; que para esto eran necesarios grandes volúmenes de libros. Basta para mi intento, y para tejer este discurso, tomar lo que es forzoso del que guarda el Evangelista en los Actos de los Apóstoles, con que se entenderá mucho de lo que él omitió tocante á nuestra Reina y Señora, porque no era para su intento ni convenia escribirlo entonces.

97. Pues como los Apóstoles continuasen la predicacion y prodigios que obraban en Jerusalen, crecia tambien el número de los creyentes, que en los siete dias despues de la venida del Espíritu Santo llegaron á cinco mil, que dice san Lucas en el capítulo IV [1]. Y todos los iban catequizando para darles el Bautismo, ocupándose en esto principalmente los discípulos; porque los Apóstoles predicaban y tenian algunas controversias con los fariseos y saduceos. Este dia séptimo, estando la Reina de los Ángeles retirada en su oratorio, y considerando como iba creciendo aquella pequeña grey de su Hijo santísimo, multiplicó sus ruegos, presentándola á su Majestad, pidiéndole diese luz á sus ministros los Apóstoles para que comenzasen á disponer el gobierno necesario para la mas acertada direccion de aquellos nuevos hijos de la fe. Y postrada en tierra adoró al Señor y le dijo: *Altísimo Dios eterno, este vil gusanillo os alaba y engrandece por el amor inmenso que teneis al linaje humano; y porque tan liberal manifestais vuestra misericordia de Padre, llamando á tantos hombres al conocimiento y fe de vuestro Hijo santísimo, glorificando y dilatando la honra de vuestro santo nombre en el mundo. Suplico á vuestra Majestad, Señor mio, enseñeis y deis luz á vuestros Apóstoles y mis señores de todo lo que conviene á vuestra Iglesia, para que puedan disponer y ordenar el gobierno necesario para su amplificacion y conservacion.*

98. Luego la prudentísima Madre en aquella vision que tenia de la Divinidad conoció al Señor muy propicio, que á sus ruegos la respondió: *María, esposa mia, ¿qué quieres? ¿Qué me pides? Porque tu voz y tus ansias han sonado dulcemente en mis oidos* [2]. *Pide lo que deseas, que mi voluntad está inclinada á tus ruegos.* Respondió María santísima: *Dios y Señor mio, dueño de todo mi ser, mis deseos*

[1] Act. IV, 4. — [2] Cant. II, 14.

y mis gemidos no son ocultos á vuestra sabiduría infinita [1]. *Quiero, busco y solicito vuestro mayor agrado y beneplácito, vuestra mayor gloria, y exaltacion de vuestro nombre en la santa Iglesia. Estos nuevos hijos con que tan presto la habeis multiplicado os presento, y mi deseo de que reciban el sagrado Bautismo, pues ya están informados en la santa fe. Y si es de vuestra voluntad y servicio, deseo tambien que los Apóstoles, vuestros sacerdotes y ministros, comiencen ya á consagrar el cuerpo y sangre de vuestro Hijo y mio; para que con este admirable y nuevo sacrificio os dén gracias y loores por el beneficio de la redencion humana, y de los que por ella habeis hecho al mundo, y asimismo para que los hijos de la Iglesia que fuere vuestra voluntad recibamos este alimento de vida eterna. Yo soy polvo y ceniza, la menor sierva de los fieles, y mujer; y por esto me detengo en proponerlo á vuestros sacerdotes los Apóstoles. Pero inspirad, Señor, en el corazon de Pedro, que es vuestro vicario, para que ordene lo que Vos quereis.*

99. Este beneficio mas debió tambien la nueva Iglesia á María santísima, que por su prudentísima atencion y por su intercesion se comenzase á consagrar el cuerpo y sangre de su Hijo santísimo, y celebrar la primera misa en la misma Iglesia despues de la Ascension y venida del Espíritu Santo. Y estaba puesto en razon que por su diligencia se comenzase á distribuir el pan de vida [2] entre sus hijos; pues ella era la nave rica y próspera que le trajo de los cielos [3]. Para esto le respondió el Señor: *Amiga y paloma mia, hágase lo que tú pides y deseas. Mis Apóstoles con Pedro y Juan te hablarán, y ordenarás por ellos lo que deseas para que se ejecute.* Luego entraron todos á la presencia de la gran Reina, que los recibió con la reverencia acostumbrada, puesta de rodillas, y pidiéndoles la bendicion. San Pedro, como cabeza del apostolado, se la dió. Habló por todos, y propuso á María santísima como los nuevos convertidos estaban ya catequizados en la fe y misterios del Señor; y que seria justo darles el Bautismo, y señalarlos por hijos de Cristo, y agregados al gremio de la santa Iglesia: y pidió á la divina Maestra que ella ordenase lo que fuese mas acertado, y del beneplácito del Altísimo. Respondió la prudentísima Madre: *Señor, vos sois cabeza de la Iglesia, y vicario de mi Hijo santísimo en ella; y todo lo que en su nombre por vos fuere ordenado, lo aprobará su voluntad santísima; y la mia es la suya con la vuestra.*

100. Con esto san Pedro ordenó que el dia siguiente (que correspondió al domingo de la santísima Trinidad) se les diese el santo

[1] Psalm. XXXVII, 10. — [2] Joan. VI, 35. — [3] Prov. XXXI, 14.



Bautismo á los catecúmenos que aquella semana se habian convertido; y así lo aprobó nuestra Reina y los demás Apóstoles. Luego se ofreció otra duda sobre el bautismo que habian de recibir, si seria el de san Juan, ó el de Cristo nuestro Salvador. Á algunos de aquella congregacion les parecia que se les diese el bautismo de san Juan, que era de penitencia; y que por esta puerta habian de entrar á la fe y justificacion de las almas. Otros, por el contrario, dijeron que con el bautismo de Cristo y su muerte habia espirado el bautismo de san Juan, que servia para prevenir los corazones que recibiesen al Redentor, y que el bautismo de su Majestad daba gracía para justificar y lavar todos los pecados á quien estaba dispuesto; y que era necesario introducirle luego en la santa Iglesia.

101. Este parecer aprobaron san Juan y san Pedro, y le confirmó María santísima; con que se estableció, que luego se introdujese el bautismo de Cristo nuestro Señor, y con él fuesen bautizados aquellos nuevos convertidos, y los demás que viniesen á la Iglesia. Y en cuanto á la materia y forma de este bautismo no hubo duda entre los Apóstoles; porque todos convinieron que la materia habia de ser agua natural y elementar; y la forma: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;* por haber sido esta materia y forma las que señaló el mismo Señor nuestro Salvador, y las practicó en los que dejó bautizados por su persona. Esta forma del Bautismo se guarda siempre desde este dia. Y cuando en los Actos de los Apóstoles se dice que bautizaban en el nombre de Jesús [1], no se entiende esto de la forma, sino del autor del Bautismo que era Jesús, á diferencia del bautismo de san Juan. Y lo mismo, era bautizar en el nombre de Jesús, que con el bautismo de Jesús; pero la forma era la que el mismo Señor dijo, expresando las tres Personas de la santísima Trinidad [2], como fundamento y principio de toda la fe y verdad católica. Con esta resolucian acordaron los Apóstoles que para el dia siguiente se juntasen todos los catecúmenos en la casa del cenáculo para ser bautizados; y que los setenta y dos discípulos tomasen á su cargo prevenirlos aquel dia.

102. Despues de esto la gran Señora habló á toda aquella congregacion, y habiéndoles pedido licencia, les dijo: *Señores mios, el Redentor del mundo, mi Hijo y Dios verdadero, por el amor que tuvo á los hombres ofreció al eterno Padre el sacrificio de su sagrado cuerpo y sangre, consagrándose á sí mismo debajo las especies de pan y vino, en que determinó quedarse en la santa Iglesia, para que en ella*

1 Act. II, 38. — 2 Matth. XXVIII, 19.

tengan sus hijos sacrificio y alimento de vida eterna, y prenda segurísima de la que esperan en los cielos. Por este sacrificio, que contiene los misterios de la vida y muerte del Hijo, se ha de aplacar el Padre; y en él y por él dará la Iglesia las gracias y loores que como á Dios y Bienhechor le debe. Vosotros sois los sacerdotes y ministros, á quien solos pertenece el ofrecerle. Mi deseo es (si fuere vuestra voluntad), que deis principio á este incruento sacrificio, y consagreis el cuerpo y sangre de mi Hijo santísimo, para que agradezcamos el beneficio de su redencion, y de haber enviado al Espíritu Santo á la Iglesia; y para que recibiéndole los fieles, comiencen á gozar este pan de vida y sus divinos efectos. Y de los que recibieren el Bautismo, podrán ser admitidos á la comunion del sagrado cuerpo aquellos que parecieren mas capaces y estuvieren preparados; pues el Bautismo es la primera disposicion para recibirle.

103. Con la voluntad de María santísima se conformaron todos los Apóstoles y discípulos; y les dieron gracias por el beneficio que todos recibian con su advertencia y doctrina; y quedó determinado que el dia siguiente, despues del bautismo de los catecúmenos, se consagrasen el cuerpo y sangre de Cristo, y que san Pedro fuese el sacerdote, pues era el supremo de la Iglesia. Admitiólo el santo Apóstol, y antes de salir de aquella junta propuso en ella otra duda, para que tambien se resolviese sobre la dispensacion y gobierno con que se habian de distribuir las limosnas y bienes de los convertidos que les ofrecian; y para que lo considerasen todos, lo propuso de esta manera:

104. *Carísimos hermanos mios, ya sabeis que nuestro Redentor y Maestro* Jesús, *con ejemplo, con doctrina y mandatos, nos ordenó y enseñó la verdadera pobreza* [1], *en que debíamos vivir, ahorrados y libres de los cuidados del dinero y de la hacienda, sin codiciarla ni juntar tesoros en esta vida. Y á mas de esta saludable doctrina, tenemos delante de los ojos muy reciente el formidable escarmiento de la perdicion de Judas, que tambien era apóstol como nosotros, y por su avaricia y codicia del dinero infelizmente se perdió, y cayó de la dignidad del apostolado en el abismo de la maldad y condenacion eterna. Este peligro tan tremendo hemos de alejar de nosotros, que ninguno ha de poseer dinero ni tratarlo, para imitar y seguir en suma pobreza á nuestro Capitan y Maestro. Todos vosotros conozco que deseais esto mismo, entendiendo que para retirarnos de este contagio nos puso luego el Señor el riesgo y el castigo delante los ojos. Y para que todos que-*

[1] Matth. VIII, 20; Luc. XIV, 33.

demos libres de este embarazo que sentimos en las dádivas y limosnas que los fieles nos ofrecen, es necesario para adelante tomar forma de gobierno. En esta materia conviene que ahora determineis el modo y órden que se ha de guardar en recibir y dispensar el dinero y dádivas que nos ofrecieren.

105. Para tomar medio conveniente en este gobierno, se halló algo embarazado todo el colegio de los Apóstoles y discípulos; y propusieron diversos arbitrios. Algunos dijeron que se nombrase un mayordomo que recibiera todo el dinero y ofrendas, y lo distribuyese y gastase, acudiendo á las necesidades de todos. Pero este arbitrio, con el ejemplo de Judas, no se abrazó tan bien entre aquel colegio de pobres y discípulos del Maestro de la pobreza. Á otros les pareció que se depositase todo y entregase á persona de confianza fuera del colegio, que fuese dueño y señor dello, y acudiese con los frutos ó como réditos á la necesidad de los otros fieles; y tambien en esto se hallaron dudosos, como en otros medios que se proponian. La gran Maestra de humildad María santísima oyó á todos sin hablar palabra; así porque daba aquella reverencia á los Apóstoles, como porque si dijera primero su parecer, ninguno manifestara su propio dictámen; y aunque era Maestra de todos, siempre se portaba como discípula que oia y aprendia. Pero san Pedro y san Juan, viendo la diversidad de arbitrios que se proponian por los demás, suplicaron á la divina Madre los encaminase á todos en aquella duda, declarándoles lo mas agradable á su Hijo santísimo.

106. Obedeció luego, y hablando á toda aquella congregacion, les dijo: *Señores y hermanos mios, yo estuve en la escuela de nuestro verdadero maestro, mi Hijo santísimo, desde la hora que nació de mis entrañas, hasta que murió y subió á los cielos; y en el discurso de la vida divina jamás le ví, ni conocí* (*) *que tocase, ni tratase por su mano el dinero, ni tampoco que admitiese dádiva de mucho valor ó precio. Y cuando recien nacido recibió los dones que adorándole ofrecieron los Reyes de Oriente* [1], *fue por el misterio que significaban, y para no frustrar los piadosos intentos de aquellos Reyes, que eran las primicias de las gentes. Pero sin dilacion, estando en mis brazos, me ordenó que luego los distribuyese entre los pobres y en el templo, como lo hice. Y muchas veces me dijo en su vida, que entre los altos fines para que vino al mundo en forma humana, uno fue levantar la pobreza, y enseñarla á los mortales, de quienes era aborrecida; y con su conversacion, doctrina y vida santísima siempre me manifestó, y así lo*

(*) Véase la nota V. — [1] Matth. II, 11.

entendí, que la santidad y perfeccion, que venia á enseñar, se habia de fundar en suma pobreza voluntaria, y desprecio de las riquezas: y cuanto esta fuese mayor en la Iglesia, tanto se levantaria la santidad que en todos tiempos tuviese; y así se conocerá en los futuros.

107. *Pues habiendo de seguir los pasos de nuestro verdadero Maestro, y poner en práctica su doctrina, para imitarle y fundar su Iglesia con ella y con su ejemplo; necesario es que todos abracemos la mas alta pobreza, y la veneremos y honremos como á madre legítima de las virtudes y santidad. Y así me parece que todos apartemos el corazon del amor y codicia de las riquezas y dinero; y que todos nos abstengamos de recibirlo y tratarlo, y de admitir dádivas grandes y de mucho valor. Y para que á ninguno toque la avaricia, se pueden elegir seis ó siete personas de vida aprobada, y de virtud bien fundada, que reciban las ofrendas y limosnas, y lo demás de que los fieles se quieren desposeer, para vivir mas seguros y seguir á Cristo mi Hijo y su Redentor sin embarazo de hacienda. Y todo esto tenga nombre de limosna, y no de renta, ni dinero, ni de rédito; y el uso de ello sea para las necesidades comunes de todos, y de nuestros hermanos los pobres, necesitados y enfermos; y ninguno en nuestra congregacion, ni la Iglesia reconozca cosa alguna por suya propia mas que de sus hermanos. Y si no bastaren para todos estas limosnas ofrecidas por Dios, pediránlas en su nombre los que para esto fueren señalados: y todos entendamos que nuestra vida ha de pender de la altísima providencia de mi Hijo santísimo, y no de la codicia, ni del dinero, ni de adquirirlo, y de juntar hacienda con pretexto de sustentarnos, mas que con la confianza y mendicacion moderada, cuando sea necesaria.*

108. Ninguno de los Apóstoles ni de los otros fieles de aquella santa congregacion replicó á la determinacion de su gran Reina y nuestra; sino todos abrazaron y admitieron su doctrina, reconociendo que ella era la única y legítima discípula del Señor y Maestra de la Iglesia. La prudentísima Madre, por disposicion divina, no quiso fiar de alguno de los Apóstoles esta enseñanza y el asentar en la Iglesia el sólido fundamento de la perfeccion evangélica y cristiana; porque obra tan ardua pedia el magisterio y el ejemplo de Cristo y de su misma Madre. Ellos fueron los inventores y artífices de esta nobilísima pobreza, y los que primero la honraron y profesaron; y á los dos Maestros siguieron los Apóstoles y todos los hijos de la primitiva Iglesia. Perseveró este modo de pobreza por muchos años. Despues, por la fragilidad humana y por la malicia del enemigo, no se conservó en todos, y se vino á reducir la pobreza voluntaria á solo el es-

tado eclesiástico. Y porque tambien la dificultó el tiempo ó la imposibilitó, levantó Dios el estado de las religiones, donde con alguna diversidad de institutos se renovó y resucitó la pobreza primitiva en todo ó en la mayor parte; y así se conservará en la Iglesia hasta su fin, gozando de los privilegios de esta virtud los que mas ó menos la siguen, la honran y la aman. Ningun estado de los que aprueba la santa Iglesia se excluyó de la perfeccion proporcionada; y ninguno tiene excusa de no seguir la mas alta en el estado que vive. Pero como en la casa de Dios hay muchas mansiones [1], tambien hay órden y grados; tenga cada uno el que le toca segun el género de su estado. Mas entendamos todos, que el primer paso en la imitacion y secuela de Cristo es la voluntaria pobreza; y el que la siguiere mas ahorrado, puede alargar los pasos mas ligeramente para allegarse mas á Cristo y participar con abundancia de las otras virtudes y perfecciones.

109. Con la determinacion de María santísima se concluyó aquella junta del colegio apostólico, y fueron nombrados seis varones prudentes para recibir limosnas y dispensarlas. La gran Señora pidió la bendicion á los Apóstoles que salieron á continuar su ministerio; y los discípulos á prevenir los catecúmenos para recibir el Bautismo el dia siguiente. La Reina con asistencia de sus Ángeles y de las otras Marías salió á disponer y aliñar la sala donde su Hijo santísimo celebró las cenas; y por su mano la limpió y barrió para volver á consagrar en ella el dia siguiente como estaba tratado. Pidió al dueño de la casa el mismo adorno que se puso el jueves de la cena (como dije en su lugar[2]), y el devoto huésped lo ofreció todo con suma veneracion en que tenia á María santísima. Previno tambien su alteza el pan cenceño y vino necesario para la consagracion, y tambien el mismo plato y cáliz en que habia consagrado nuestro Salvador. Y para el Bautismo previno agua pura, y bacías en que se hiciese con facilidad y decencia. Con esta prevencion se retiró la piadosa Madre, y pasó aquella noche en ferventísimos afectos, postraciones, hacimiento de gracias y otros ejercicios con altísima oracion, ofreciendo al eterno Padre todo lo que con altísima sabiduría conoció, para disponerse dignamente para la comunion que esperaba, y para que los demás tambien la recibiesen con agrado de su altísima Majestad; y lo mismo pidió por los que habian de ser bautizados.

110. El dia siguiente por la mañana, que fue el octavo de el Espíritu Santo, se juntaron en la casa del cenáculo todos los fieles y

[1] Joan. XIV, 2. — [2] Part. II, n. 1158, 1181.

catecúmenos con los Apóstoles y discípulos, y estando congregados les predicó san Pedro, declarándoles la condicion y excelencia del sacramento del Bautismo, la necesidad que dél tenian y los efectos divinos que por él recibirian; quedando señalados por miembros del cuerpo místico de la Iglesia con el carácter interior; y reengendrados en el ser de hijos de Dios y herederos de su gloria por la gracia justificante y remision de los pecados. Exhortóles á la guarda de la divina ley, á que se obligaban por su voluntad propia, y al humilde agradecimiento de este beneficio y de todos los demás que de la mano del Altísimo recibian. Declaróles asimismo la verdad del misterio sacrosanto de la Eucaristía que se habia de celebrar, consagrando el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo, para que todos le adorasen, y se preparasen los que despues del Bautismo le habian de recibir.

111. Con este sermon se fervorizaron todos los nuevos convertidos; porque su disposicion era de todo corazon verdadera, las palabras del Apóstol vivas y penetrantes, y la gracia interior muy copiosa. Luego se comenzó el Bautismo por mano de los Apóstoles con gran órden y devocion de todos. Para esto entraban los catecúmenos por una puerta del cenáculo y salian por otra ya bautizados, y asistian á guiarlos sin confusion los discípulos y otros fieles. Á todo estaba presente María santísima, aunque retirada á un lado del cenáculo; y por todos hacia oracion y cánticos de alabanza. Conocia en cada uno el efecto que hacia el Bautismo en mayor ó menor grado de las virtudes que se le infundian. Miraba y conocia que todos eran renovados y lavados en la sangre del Cordero, y que sus almas recibian una pureza y candidez divina. Y en testimonio de esto, á vista de todos los que estaban presentes, descendia una clarísima y visible luz del cielo sobre cada uno que se acababa de bautizar. Con esta maravilla quiso Dios autorizar el principio de este gran Sacramento en su Iglesia, y consolar á aquellos primeros hijos que por esta puerta entraban en ella, y á nosotros que alcanzamos esta dicha menos advertida y agradecida de lo que debemos.

112. Concluyóse esta accion del Bautismo, aunque pasaron de cinco mil los que este dia le recibieron. Y mientras los bautizados daban gracias por tan admirable beneficio, se pusieron los Apóstoles un rato en oracion con todos los discípulos y otros fieles. Y todos se postraron en tierra confesando y adorando al Señor Dios infinito y inmutable, y la propia indignidad para recibirle en el augustísimo Sacramento del altar. Con esta profunda humildad y adoracion se

prepararon de próximo para comulgar. Y luego dijeron las mismas oraciones y salmos que Cristo nuestro Señor habia dicho antes de consagrar, imitando en todo aquella accion, como la habian visto hacer á su divino Maestro. Tomó san Pedro en sus manos el pan ázimo que estaba preparado, y levantando primero los ojos al cielo con admirable reverencia, pronunció sobre el pan las palabras de la consagracion del cuerpo santísimo de Cristo, como las dijo antes el mismo Señor Jesús [1]. Al punto fue lleno el cenáculo de un resplandor visible con inmensa multitud de Ángeles; y toda esta luz se encaminó singularmente á la Reina del cielo y tierra advirtiéndola todos. Luego San Pedro consagró el cáliz, y con el sagrado cuerpo y sangre hizo las mismas ceremonias que nuestro Salvador, levantándolos para que todos lo adorasen. Tras de esto se comulgó el Apóstol á sí mismo, luego á los once Apóstoles como María santísima se lo habia prevenido. Y luego por mano de san Pedro comulgó la divina Madre, asistiéndola con inefable reverencia los espíritus celestiales que allí estaban. Y para llegar la gran Señora al altar hizo tres humillaciones y postraciones hasta llegar con su rostro al suelo.

113. Volvió luego á su lugar, donde antes habia estado, y no es posible manifestar con palabras los efectos que hizo en esta suprema criatura la comunion de la Eucaristía; porque toda fue transformada y elevada; toda absorta en aquel divino incendio del amor de su Hijo santísimo, que con su cuerpo sagrado participó. Quedó elevada y abstraida; pero los santos Ángeles la encubrieron algo por voluntad de la misma Reina, para que los circunstantes no atendiesen mas de lo que convenia á los efectos divinos que en ella se pudieran conocer. Prosiguieron los discípulos comulgando despues de nuestra Reina; y tras ellos comulgaron los otros fieles que antes habian creido. Pero, de los cinco mil bautizados, comulgaron aquel dia solos mil; porque no todos estaban harto capaces ni prevenidos para recibir al Señor con el conocimiento y disposicion tan atenta que pide este gran Sacramento y misterio del altar. La forma de comunion que usaron este dia los Apóstoles fue comulgando todos con María santísima y los ciento y veinte, en quienes vino el Espíritu Santo en entrambas especies de pan y vino; pero los recien bautizados solo comulgaron en las especies de pan. Mas esta diferencia no se hizo porque los nuevos fieles fuesen menos dignos de unas especies que de otras; sino porque los Apóstoles conocieron, que en cualquier especie recibian una misma cosa por entero, que era á Dios sacramentado; y que no

[1] II Cor. XI, 24.

habia precepto para cada uno de los fieles, ni tampoco necesidad de comulgar en entrambas especies; y para la multitud hubiera gran peligro de irreverencia y otros inconvenientes muy graves en comulgar las especies del *sanguis;* los que no habia entonces para pocos que le recibieron. Pero desde la primitiva Iglesia he entendido que se comenzó la costumbre de comulgar en sola especie de pan los que no celebraban ni consagraban. Y aunque tambien algunos sin ser sacerdotes comulgaban algun tiempo en entrambas especies; mas creciendo la santa Iglesia, dilatada por todo el mundo, convenientemente ordenó, como gobernada por el Espíritu Santo, que los legos y los que no consagran en la misa comulgasen solo el cuerpo sagrado; y tocase á los que celebran este divino convite comulgar entrambas especies que consagran. Esta es la seguridad de la santa Iglesia católica romana.

114. Acabada la comunion de todos, san Pedro dió tambien fin al sagrado misterio con algunas oraciones y salmos que en hacimiento de gracias y peticiones ofreció él y los demás Apóstoles; porque entonces aun no se habian señalado, ni ordenado otros ritos, y ceremonias, y deprecaciones que despues se fueron añadiendo en el diverso tiempo para acompañar la sagrada accion del consagrar, así antes como despues de la consagracion y comunion. Hoy felicísima, santa y sábiamente, tiene ordenado la Iglesia romana todo lo que para este misterio contiene la misa que celebran los sacerdotes del Señor. Despues de todo lo dicho se quedaron los Apóstoles otro rato en oracion. Y cuando fue tiempo (porque ya era tarde aquel dia) salieron á otras cosas y á recibir el alimento necesario. Nuestra gran Reina y Señora dió gracias al muy alto por todos, en que se complació su voluntad divina, y aceptó las peticiones que su amada le hizo por los presentes y ausentes en la santa Iglesia.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles María santísima.

115. Hija mia, aunque en la vida presente no puedas penetrar el secreto del amor que yo tuve á los hombres, y el que siempre les tengo; con todo eso, sobre lo que has entendido, para tu mayor enseñanza, quiero adviertas de nuevo como el Altísimo, cuando en el cielo me dió título de Madre de la santa Iglesia y de su Maestra; entonces me infundió una participacion inefable de su infinita caridad y misericordia con los hijos de Adan. Y como yo era pura criatura, y el beneficio tan inmenso; con la fuerza que en mí obraba, perdiera

muchas veces la vida natural, si el poder divino con milagro no me conservara. Estos efectos sentia muchas veces en el mismo agradecimiento que tenia cuando entraban algunas almas en la Iglesia y despues en la gloria; porque yo sola conocia enteramente esta dicha y la pesaba; y como la conocia, la agradecia al muy alto con intenso fervor y humillacion. Pero cuando mas desfallecia en mis afectos era cuando pedia la conversion de los pecadores, y cuando alguno de los fieles se perdia. En estas y otras ocasiones, entre el gozo y el dolor, padecí mucho mas que los Mártires en todos sus tormentos; porque por cada una de las almas obraba con fuerza sobreexcelente y sobrenatural. Todo esto me deben los hijos de Adan, que por ellos ofrecí tantas veces la vida. Y si ahora no estoy en aquel estado para ofrecerla; el amor con que solicito su salud eterna no es menos, sino mas alto y mas perfecto.

116. Y si tal fuerza tuvo en mí el amor de Dios para con los prójimos, de aquí entenderás cuál seria la que sentia con el mismo Señor, cuando le recibia sacramentado. En esto te declaro un secreto de lo que me sucedió la primera vez que le recibí de mano de san Pedro; que en esta ocasion dió lugar el Altísimo á la violencia de mi amor hasta que mi corazon se abrió realmente, y dió lugar, como yo lo deseaba, para que mi Hijo sacramentado entrase y se depositase en él como rey en su legítimo trono y custodia. Con esto entenderás, carísima, que si en la gloria, de que gozo, pudiera tener dolor; una de las causas que me le diera mayor es la formidable grosería y atrevimiento de los hombres en llegar á recibir el sagrado cuerpo de mi Hijo santísimo; unos inmundos y abominables, otros sin veneracion y respeto, y cási todos sin atencion, sin conocimiento y sin reparo de lo que pesa y vale aquel bocado, que no es menos que el mismo Dios, para eterna vida ó eterna muerte.

117. Teme, pues, ó hija mia, este atrevido peligro; llórale en tantos hijos de la Iglesia, pide al Señor el remedio; y con la doctrina que te doy hazte digna de conocer y ponderar profundamente este misterio de amor: y cuando llegas á recibirle, sacude y limpia de tu entendimiento toda especie de cosa terrena; á ninguna atiendas fuera de que vas á recibir al mismo Dios infinito y incomprehensible. Extiéndete sobre tus fuerzas en el amor, en la humildad y en el agradecimiento; pues todo será menos de lo que debes y de lo que pide tan venerable misterio. Para disponerte mejor, será tu dechado y espejo lo que yo hacia en estas ocasiones; en que especialmente quiero me imites interiormente, como lo haces en las tres humilla-

ciones corporales; y tambien es de mi agrado la cuarta que tú has añadido para dar reverencia á la parte de carne y sangre que está en el Sacramento, como de mis entrañas la recibió mi Hijo santísimo; y con mi leche se aumentó y creció. Continúa siempre esta devocion; pues así es verdad que está en el cuerpo consagrado parte de mi propia sangre y sustancia, como tú lo has entendido. Y si con el afecto que tienes sintieras gran dolor si vieras hollar el sagrado cuerpo y sangre, y que alguno lo pisaba con desprecio y por ignominia; lo mismo debes sentir con amargura y llanto, sabiendo como le tratan hoy tantos hijos de la Iglesia con irreverencia y sin algun temor ni decoro. Llora, pues, esta desdicha; llora, porque hay pocos que la lloren, y llora, porque se frustran los fines tan pretendidos con el inmenso amor de mi Hijo santísimo. Y para que llores mas te hago saber, que como en la primitiva Iglesia eran tantos los que se salvaban, ahora lo son los que se condenan. Y no te declaro en esto lo que sucede cada dia; porque si lo entendieras, y tienes caridad verdadera, murieras de dolor. Este daño sucede porque los hijos de la fe siguen las tinieblas, aman la vanidad, codician las riquezas, y cási todos apetecen el deleite sensible y engañoso, el cual ciega y esourece el entendimiento, y le pone densas tinieblas, con que no conoce la luz, ni sabe hacer distincion entre lo malo y lo bueno, ni penetra la verdad y doctrina evangélica.

CAPÍTULO VIII.

Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunion para otra; y el modo de sus operaciones, despues que descendió del cielo á la Iglesia.

Razon de tratar de propósito del beneficio de conservarse siempre las especies sacramentales en María.—Razon principal de haber hecho el Señor este singular beneficio á su Madre.—Razones de conveniencia y equidad que tuvo para hacerlo.—Alteza con que recompensó Cristo con su continua presencia sacramental en su Madre la que gozaba María, cuando vivia en carne mortal su Hijo.—Consiguió Cristo con este beneficio la palabra que dió á la Iglesia, de estar con los fieles hasta el fin del mundo.—Sola María fue el templo y sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento.—En qué forma estuvo en María para provecho de la Iglesia.—Como hizo María mas feliz aquel siglo siendo custodia del Sacramento, que estos en que tiene tantas.—Consiguió Cristo con este beneficio adecuadamente el fin de haberse quedado en este Sacramento.—Era tal el amor de Cristo á su Madre, que si no la acompañara siempre en este Sacramento, volviera al mundo á hacerla compañía.—Razon de esta ponderacion de el amor de

Cristo á su Madre.—Modo con que obraba el Señor el milagro de conservar las especies sacramentales en María.—Iban del estómago al corazon de María, y en él se conservaban.—Razon de este prodigio.—Milagrosa conservacion de las especies, sin que las alterase el ardor de el abrasado corazon de la Vírgen.—Órden con que se consumian las especies sacramentales antiguas, cuando de nuevo comulgaba.—Estado de María con este beneficio, y el de la vision abstractiva continua de la Divinidad.—Nuevo y perfectísimo uso de los sentidos que tuvo despues que bajó del cielo.—Admirable uso de la vista.—No se valia de las especies que entran por la vista para discurrir, sino de las infusas y ciencia que se le comunicaba con la vision de la Divinidad.—Admirable uso que tuvo del sentido del oido.—Uso maravilloso del sentido del olfato.—Conoció que despues que bajó del cielo podia vivir sin alimento.—Solo comia por obediencia y humildad.—No percibia el sabor del alimento.—No tenia en el tacto sensible delectacion.—Sentia el tacto de las especies sacramentales en el corazon con gran júbilo.—Este nuevo uso de los sentidos de María se le concedió á peticion suya.—Era un género de participacion del de los Santos glorificados.—Correspondencia de la sabiduría y obrar interior de María al uso milagroso de las potencias sensitivas.—Gozo que tenia de la adoracion que daban los Ángeles á su Hijo sacramentado en su pecho.—Gozábase de la reverencia que tenian al Sacramento los Ángeles en recompensa de la grosería con que sabia le habian de tratar los hombres.—Diversos modos en que se le manifestaba el cuerpo de su Hijo dentro de sí misma.—Conocia el gozo que tenia su Hijo de estar sacramentado en su corazon.—Elogio de María en lo singular de este favor.—Afectos de admiracion de las obras de la Madre de Dios en este estado.—Obligacion en que pone á la alma el conocimiento del alto estado de las virtudes de la Madre de Dios.—Modo especial con que queda Cristo en las almas que le reciben con señalada perfeccion, despues de consumidas las especies sacramentales.—Preparacion con que se ha de disponer el alma para conseguir este singular beneficio.—Doctrina del uso perfecto de los sentidos cuando no se puede excusar el trato con las criaturas.—Daños que se siguen de moverse en las determinaciones de la voluntad de solo lo que se percibe por los sentidos.—Consultas de las acciones con que se han de evitar estos daños.

118. Hasta ahora he tocado arriba este beneficio muy de paso [1], reservando su mayor declaracion para su lugar, que es este; para que tan grande maravilla del Señor en favor de su Madre amantísima no quede en esta Historia sin la inteligencia que puede desear nuestra piedad. Afligeme mi propia cortedad para explicarme; porque no solo ignoro infinito mas que entiendo; pero esto que conozco, lo declaro con recelo y menos satisfacion de mis términos y razones menos comprehensivas de mi concepto. Con todo eso no me atrevo á dejar en silencio los beneficios que nuestra gran Reina recibió de la poderosa diestra de su Hijo santísimo, despues que desde

[1] **Supr. n. 19, 32.**

ella descendió al gobierno de su Iglesia; porque si antes fueron grandiosos y inefables, desde entonces crecieron con hermosa variedad, en que se manifestó ser infinito el poder que los hacia, y como inmensa la capacidad en esta única y escogida entre todas las criaturas que los recibia.

119. En este raro y prodigioso beneficio, que las especies sacramentales con el sagrado cuerpo se conservasen siempre en el pecho de María santísima, no se ha de buscar otra causa, fuera de la que tuvieron los otros favores en que únicamente se señaló Dios con esta gran Señora, que es su voluntad santa y su sabiduría infinita, con que obra siempre en medida y peso todo lo que conviene [1]. Para la prudencia y piedad cristiana bastaba por razon saber que sola á esta pura criatura tuvo Dios por Madre natural, y que sola ella fue digna de serlo entre todas las criaturas. Y como esta maravilla fue sola y sin ejemplo, seria torpe ignorancia buscar ejemplares para persuadirnos que hizo el Señor con su Madre lo que no hizo ni hará con otras almas; pues sola María sale y se levanta sobre el órden comun de todas. Mas aunque todo esto es verdad, quiere el Altísimo que con la luz de la fe y con otras ilustraciones alcancemos las razones de conveniencia y equidad, con que su brazo poderoso obró estas maravillas con su dignísima Madre, para que en tales maravillas le conozcamos y alabemos en ella y por ella; y entendamos cuán segura tenemos toda nuestra esperanza, y nuestras suertes en manos de tan poderosa Reina, en quien depositó su Hijo toda la fuerza de su amor. Y conforme á estas verdades diré lo que se me ha dado á entender del misterio que voy hablando.

120. Vivió María santísima treinta y tres años en compañía de su Hijo y Dios verdadero; y desde la hora que su Majestad nació de su virginal vientre, nunca le dejó hasta la cruz. Crióle, sirvióle, acompañóle, siguióle y imitóle, obrando en todo y siempre como Madre, como Hija, como Esposa, como sierva fidelísima y amiga; gozando de su vista, de su conversacion, de su doctrina y de los favores que con todos estos méritos y obsequios recibió en la vida mortal. Ascendió Cristo á los cielos, y la fuerza del amor y de la razon le obligaron á llevar consigo á su amantísima Madre, para no estar allí sin ella, ni ella en el mundo sin su presencia y compañía. Pero la caridad ardentísima que entrambos tenian á los hombres rompió en algun modo posible este lazo y union, obligando á nuestra amorosa Madre que volviese al mundo para fundar la Iglesia; y al Hijo

[1] Sap. XI, 21.

que la enviase, y consintiese en la ausencia que se interponia entre los dos por este tiempo. Pero siendo poderoso el Hijo de Dios para recompensarla esta privacion á su querida en algun modo posible, venia á ser deuda del amor el hacerlo; y no quedara tan acreditado, ni fuera tan manifiesto, si negara á su Madre purísima el favor de acompañarla en la tierra, cuando él se quedaba glorioso en la diestra de su eterno Padre. Fuera de esto, el amor ardentísimo de la beatísima Madre, acostumbrado y criado con la presencia de su Hijo purísimo, viviera con una intolerable violencia, si tantos años no le tuviera presente en el modo que podia estando en la Iglesia santa.

121. Á todo esto satisfacia Cristo nuestro Salvador (como lo hizo) estando siempre sacramentado en el corazon de su felicísima Madre mientras vivió en la Iglesia, y su Majestad en el cielo. Y en algun modo con esta sacramental presencia la recompensó con abundancia la que tenia, cuando vivia en el mundo con la dulcísima Madre; porque entonces muchas veces se le ausentaba para salir á las obras de la redencion, y en estas ocasiones la afligian los recelos ó temores de los trabajos de su Hijo santísimo; ó si volveria, ó se quedaria fuera de su compañía; y cuando la tenia no podia olvidar la pasion y muerte de cruz que le esperaba. Este dolor templaba á tiempos el gozo de tenerle y conservarle. Mas cuando ya estaba á la diestra del eterno Padre, pasada la tormenta de la pasion, y aquel mismo Señor y Hijo suyo estaba sacramentado en su virginal pecho, entonces gozaba de su vista la divina Madre sin recelos ni zozobras. En el Hijo tenia presente á toda la beatísima Trinidad por aquel modo de vision que arriba dije [1]. Entonces se cumplia y ejecutaba á la letra lo que dijo esta gran Reina en los Cantares: Téngole, y no le soltaré; yo le tendré, y no le dejaré hasta traerle á casa de mi madre la Iglesia [2]. Allí le daré á beber del adobado vino y del mosto de mis granadas.

122. Desempeñóse tambien el Señor con este beneficio de su Madre santísima en la promesa hecha á su Iglesia en los Apóstoles, que estaria con ellos hasta el fin del siglo [3], cumpliendo esta palabra desde la hora que se la dió para subirse á los cielos tan anticipadamente, que ya estaba entonces sacramentado en el pecho de su Madre, como dije en la segunda parte [4]. Y no se hubiera cumplido desde entonces, si no estuviera en la Iglesia por este nuevo milagro; porque en aquellos primeros años no tuvieron los Apóstoles templo, ni disposicion para guardar continuamente la Eucaristía sagrada, y así

[1] Supr. n. 32. — [2] Cant. VIII, 2. — [3] Matth. XXVIII, 20.
[4] Part. II, n. 1505.

la consumian toda el dia que celebraban. Sola María santísima fue el templo y el sagrario en que por algunos años se conservó el santísimo Sacramento, para que no faltase de la Iglesia el Verbo humanado por ningun instante de tiempo, despues que subió á los cielos hasta el fin del mundo. Y aunque no estaba allí para uso de los fieles, pero estaba para su provecho y para otros fines muy gloriosos; porque la gran Reina del cielo oraba y pedia por todos los fieles en el templo de sí misma. Adoraba á Cristo sacramentado en la Iglesia en nombre de toda ella; y mediante esta Señora y la presencia que en ella tenia, estaba presente y unido por aquel modo al cuerpo místico de los fieles. Y sobre todo hizo esta gran Señora y Madre mas feliz aquel siglo con tener sacramentado en su pecho á su Hijo y Dios verdadero, que estando como ahora en otras custodias y sagrarios; porque en el de María santísima siempre fue adorado con suma reverencia y culto, y nunca fue ofendido, como lo es ahora en los templos. Tuvo en María con plenitud las delicias [1] que deseó por eternos siglos con los hijos de los hombres; y ordenándose á este fin la asistencia perpétua de Cristo en su Iglesia, no la conseguia su Majestad tan adecuadamente, como estando sacramentado en el corazon de su purísima Madre. Ella era la esfera mas legítima del divino amor, y como el elemento propio y el centro en que descansaba; y todas las criaturas, fuera de María santísima, eran en su comparacion como extrañas, y en ellas no tenia su lugar ni esfera aquel incendio de la Divinidad que siempre arde en infinita caridad.

123. Y por las inteligencias que de este misterio he tenido, me atrevo á decir del amor con que Cristo nuestro Salvador estimaba á su Madre santísima, y de lo que ella le obligaba, que si no la acompañara siempre estando con ella debajo las especies consagradas, volviera el mismo Hijo de la diestra de su Padre al mundo [2], para hacerle compañía el tiempo que vivió la Madre en la Iglesia. Y si para esto fuera necesario que las moradas de los cielos y sus cortesanos carecieran de la asistencia y presencia de la humanidad santísima por aquel tiempo, estimara esto en menos que faltar á la compañía de su Madre. Y no es encarecimiento decir esto, cuando todos hemos de confesar que en María purísima hallaba el Señor una correspondencia y linaje de amor mas semejante al de su voluntad que en todos los bienaventurados juntos; y con otro amor correspondiente le amaba su Majestad á ella mas que á todos. Si el pastor de la parábola evangélica [3] dejó noventa y nueve ovejas para ir á buscar una sola

[1] Prov. VIII, 31. — [2] Infr. n. 680. — [3] Matth. XVIII, 12.

que le faltaba, y no dirémos que dejó lo mas por lo menos; no hiciera novedad en el cielo que este divino pastor Jesús dejara en él á todo el resto de los Santos para descender á estar en compañía de aquella candidísima oveja, que le vistió de su misma naturaleza, le crió, y alimentó con ella. Sin duda que los ojos de esta amada Esposa y Madre le obligaran á volar de las alturas [1] y venir á la tierra á donde antes habia venido para remedio de los hijos de Adan, menos obligado, ó para decirlo mejor, desobligado de sus pecados, y á padecer por ellos. Y si descendiera á vivir con su amantísima Madre, no fuera para padecer y morir; mas para recibir el gozo de tenerla consigo. Pero no fue necesario para esto desamparar el cielo; pues bajando sacramentado satisfacia á su amor y al de la felicísima Madre, en cuyo corazon como en su lecho descansaba este verdadero Salomon [2], sin dejar la diestra de su eterno Padre.

124. El modo con que obraba el Altísimo este milagro era así: En recibiendo María santísima las especies sacramentales se retiraban del lugar comun del estómago, donde se cuece y actúa el natural alimento, para que con el poco que alguna vez comia la gran Señora, no se confundiesen ni mezclasen, ni se gastasen con él. Retirado el santísimo Sacramento del lugar del estómago, se ponia en el mismo corazon de María, como en retorno de la sangre que dió en la encarnacion del Verbo, para que de ella se formase aquella humanidad santísima con quien se unió hipostáticamente, como declaré en la segunda parte [3]. La comunion de la Eucaristía sagrada se llama extension de la encarnacion, y así era justo participase esta extension con otro nuevo y particular modo la feliz Madre que tambien con modo milagroso y singular concurrió á la misma encarnacion del Verbo eterno.

125. El calor del corazon en los vivientes perfectos es muy grande, y en el hombre no será menor por su mayor excelencia y nobleza en el ser y en las operaciones y larga vida; y la providencia de la naturaleza le encamina algun aire ó ventilacion con que se refrigere, y temple aquel ardor innato que es la raíz del que tiene todo animal. Y con ser esto así, y que en la generosa complexion de nuestra Reina el calor de su corazon era intenso y le aumentaban los afectos y operaciones de su inflamado amor, con todo esto no se alteraban ni consumian las especies sacramentales pegadas á su corazon. Y aunque para conservarlas era menester multiplicar milagros, no se han de escasear en esta única criatura, que toda era un pro-

[1] Cánt. vi, 4. — [2] Ibid. iii, 7. — [3] Part. II, n. 137.

digio de milagros que en ella estaban epilogados. Este favor comenzó de la primera comunion que recibió en la cena (como en su lugar se ha dicho [1]), y para continuarle se conservaron aquellas primeras especies hasta la segunda comunion que recibió de mano de san Pedro el dia octavo de Pentecostes [2]. Y entonces sucedió que en recibiendo de nuevo las especies, al tiempo de pasarlas se consumieron las antiguas que tenia en el corazon, y en su lugar entraron en él las nuevas especies que recibió. Con este órden milagroso, desde aquel dia hasta la última hora de su vida santísima fueron sucediendo unas especies sacramentales á otras en su pecho, sin que jamás faltase de él su Hijo y Dios verdadero sacramentado.

126. Con este beneficio y el que arriba dije [3], de la vision continua y abstractiva de la Divinidad, quedó María santísima tan divinizada, y sus operaciones y potencias tan elevadas sobre todo humano pensamiento, que será imposible comprehenderlo en esta vida mortal, ni tener de ella el concepto proporcionado que hacemos de otras cosas, ni yo hallo términos para declarar lo poco que se me ha manifestado. En el uso de los sentidos corporales, despues que descendió del cielo, quedó toda renovada y mudada para el ejercicio que en ellos tenia; porque por una parte estaba ausente de su Hijo santísimo, en quien los empleaba dignamente cuando se comunicaba con ellos, y por otra le sentia y entendia como le tenia en su pecho, á donde le tiraba y recogia toda la atencion. Desde aquel dia que descendió del cielo hizo nuevo pacto con sus ojos, y tuvo nuevo imperio y dominio para no admitir las especies ordinarias que entran por ellos, de las cosas terrenas y visibles, mas de en lo que fuese preciso para gobernar los hijos de la Iglesia, y para entender en esto lo que debia obrar y disponer. No se valia de estas especies, ni era necesario usar de ellas para discurrir y convertirse á la oficina interior, donde se depositan en los demás para servir á la memoria y al entendimiento; porque todo esto lo hacia con otras especies infusas y con la ciencia que se le comunicaba con la vision abstractiva de la Divinidad, al modo que los bienaventurados en Dios conocen y miran lo que aquel espejo voluntario quiere manifestarles en sí mismo, ó por otra vision, ó ciencia de las criaturas en sí mismas. Á este modo entendia nuestra Reina todo lo que habia de obrar de la voluntad divina en cualquiera de sus obras, y no usaba de la vista para saber y aprender algo de esto, aunque miraba por dónde andaba y con quién trataba con una sencilla vista.

[1] Part. II, n. 1297. — [2] Supr. n. 112. — [3] Ibid. n. 23.



127. Del sentido del oido usaba algo mas, porque era necesario para oir á los fieles y Apóstoles todo lo que la contaban del estado de las almas, de la Iglesia, de sus necesidades y consuelo; á que era necesario responder, darles doctrina y consejo. Pero con tal dominio lo gobernaba, que por este sentido no entraban especies de sonido, ni voz que disonase algo de la santidad y perfeccion altísima de su dignidad, ó que no fuesen menester para el uso de la caridad de los prójimos. Del olfato no usaba para percibir olor terreno, ni de los comunes objetos de este sentido ; pero sentia otro mas celestial por intervencion de los Ángeles, que se le administraban con grandes motivos de alabar al Criador. En el sentido del gusto tuvo tambien gran mudanza; porque conoció que despues que estuvo en el cielo podia vivir sin alimento; aunque no se le mandó no lo recibiese, dejándolo esto en su voluntad : y así comia pocas veces y muy poco, y esto era cuando san Pedro ó san Juan se lo pedian, ó para no causar admiracion con no verla comer; de suerte, que venia á hacerlo por obediencia ó humildad, y entonces no percibia el gusto ó sabor comun del alimento, ni por este sentido los distinguia mas que si comiera un cuerpo aparente ó glorioso. El tacto era tambien á este modo, porque distinguia por él muy poco lo que tocaba, ni tenia en esto sensible delectacion; pero sentia el tacto de las especies sacramentales en el corazon, con admirable suavidad y júbilo, y á esto atendia de ordinario.

128. Todos estos favores en el uso de los sentidos se le concedieron á peticion suya; porque los consagró todos y todas sus potencias de nuevo para mayor gloria del Altísimo, y para obrar con toda plenitud de virtud, santidad y perfeccion eminentísima. Y aunque por toda la vida, desde su inmaculada Concepcion, habia cumplido con la deuda de fiel sierva [1] y prudente dispensadora de la plenitud de su gracia y dones (como en todo el discurso de esta Historia se ha dicho), pero despues que ascendió á los cielos con su Hijo, fue mejorada en todos, y la concedió su omnipotencia nuevo modo de obrar; que si bien era de viadora, porque aun no gozaba de la vision beatífica como comprehensora; mas sus operaciones en los sentidos tenian una participacion y similitud con las de los Santos glorificados en cuerpo y alma, mayor que con las de los otros viadores. No se puede explicar con otro ejemplo el estado tan feliz, tan singular y divino en que quedó nuestra gran Reina y Señora cuando volvió á gobernar la santa Iglesia.

[1] Matth. xxv, 20.

129. Á este modo de obrar con las potencias sensitivas correspondia la sabiduría y ciencia interior; porque conocia la voluntad y decretos del Altísimo en todo lo que debia y queria obrar; en qué tiempo, con qué modo, con qué órden y sazon se habia de hacer cada obra; con qué palabras y circunstancias: de modo que en esto no le excedian los mismos Ángeles que nos asisten, sin perder de vista al Señor. Antes obraba su gran Reina las virtudes con tan alta sabiduría, que les era admiracion; porque conocian que ninguna otra pura criatura podia excederla ni llegar á aquel colmo de santidad y perfeccion con que obraba esta divina Señora. Una de las cosas que para ella fue de sumo gozo era la adoracion y reverencia que daban los espíritus soberanos á su Hijo sacramentado en su pecho. Esto mismo hicieron los Santos en el cielo, cuando subió en compañía de su Hijo santísimo, llevándole juntamente encerrado en su corazon en las especies sacramentales; que para todos los bienaventurados era vista de nuevo gozo y alegría. Y el que recibia la gran Señora con la reverencia que daban los Ángeles al santísimo Sacramento en su pecho, resultaba de la ciencia que tenia para conocer la grosería y bajeza de los mortales en venerar el sagrado y consagrado cuerpo del Señor. En recompensa de esta falta que todos habíamos de cometer, ofrecia á su Majestad el culto y reverencia que le daban los príncipes celestiales, que mas dignamente conocian este misterio, y le veneraban sin engaño ni descuido.

130. Algunas veces se le manifestaba el cuerpo de su Hijo santísimo glorioso dentro de sí misma; otras veces con la natural hermosura de su humanidad santísima; otras veces y cási continuamente conocia todos los milagros que contiene el augustísimo sacramento de la Eucaristía. De todas estas maravillas, y otras muchas que no podemos entender en esta vida corruptible, gozaba María santísima; unas veces manifestándosele en sí mismas, otras en la vision abstractiva de la Divinidad; y como se la dieron especies de la Divinidad, se las dieron tambien de todas las cosas que habia de obrar para consigo misma y con la Iglesia. Y lo que mas era estimable, para ella, fue conocer el gozo y beneplácito de su Hijo santísimo en asistir sacramentado en su candidísimo corazon, que sin duda (por lo que se me ha dado á entender) era mayor que de estar en la compañía de los Santos. ¡Oh singular, única y prodigiosa obra del poder infinito! Tú sola fuiste cielo mas agradable para tu Criador, que lo pudo ser el supremo inanimado que hizo

para su habitacion [1]. El que no cabe en aquellos espacios sin medida [2], se midió y encerró en tí sola, y halló asiento y trono conveniente, no solo en tu virginal vientre, sino en el espacio inmenso de tu capacidad y amor. Tú sola nunca estuviste sin ser cielo, ni Dios estuvo sin tí despues que te dió ser, y con plenitud de complacencia descansará en tí por todos los siglos de su eternidad interminable. Todas las naciones te conozcan, todas las generaciones te bendigan [3], todas las criaturas te magnifiquen; y en tí alaben y conozcan á su verdadero Dios y Redentor, que por tí sola nos visitó y reparó de nuestra infeliz caida [4].

131. ¿Quién de los mortales ni de los mismos Ángeles puede manifestar el incendio de amor que ardia en el purísimo corazon de esta gran Reina llena de sabiduría? ¿Quién podrá comprehender cuánto fue el ímpetu del rio de la divinidad que inundó y absorbió esta ciudad de Dios [5]? ¿Qué afectos, qué movimientos, qué actos hacia de todas las virtudes y dones que recibió sin medida y tasa, obrando siempre con toda la fuerza de estas gracias sin igual? ¿Qué oraciones, qué peticiones hacia por la santa Iglesia? ¿Qué caridad fue la suya con nosotros? ¿Qué bienes nos alcanzó y granjeó? Solo el Autor de esta prodigiosa maravilla la conoce. Pero levantemos nosotros la esperanza, encendamos nuestra fe, avivemos el amor con esta piadosa Madre, solicitemos su intercesion y amparo, que nada le negará para nosotros el que siendo Hijo suyo y hermano nuestro hizo con ella tales demostraciones de amor, como he dicho, y mas que diré adelante.

Doctrina que me dió la gran reina de los Ángeles María santísima.

132. Hija mia, de todo lo que hasta ahora te he manifestado de mi vida y de mis obras estás bien informada, como en pura criatura; fuera de mí, no hay otro dechado ni original de donde puedas copiar la mayor santidad y perfeccion que deseas. Mas ahora has llegado á declarar el supremo estado de las virtudes que yo tuve en la vida mortal. Con este beneficio te dejo mas obligada, para que renueves tus deseos, y pongas toda la atencion de tus potencias en la perfecta imitacion de lo que te enseño. Tiempo es ya, carísima, y razon que te entregues toda á mi voluntad en lo que de tí quiero. Y para que mas te animes á conseguir este bien, te quie-

[1] Psalm. CXIII, 16. — [2] III Reg. VIII, 27. — [3] Luc. I, 48.
[4] Ibid. 68. — [5] Psalm. XLV, 5.

ro advertir que cuando mi Hijo santísimo sacramentado entra en aquellos que le reciben con veneracion y fervor, habiéndose preparado con todas sus fuerzas para recibirle con limpieza de corazon y sin tibieza; en estas almas, aunque se consuman las especies sacramentales (*), queda su Majestad por otro especial modo de gracia, con que las asiste, enriquece y gobierna, en retorno del buen hospedaje que le hicieron. Pocas son las almas que alcanzan este favor; porque son muchas las que le ignoran, y llegan al Santísimo sin esta disposicion, como acaso, por costumbre, y sin prevenirse con la veneracion y temor santo que debian. Pero estando tú avisada de este secreto; quiero que todos los dias (pues todos le recibes por obediencia de tus prelados) vayas preparada dignamente, para que no se te niegue este gran beneficio.

133. Para esto te has de valer de la atencion y memoria de lo que has conocido que yo hacia; por donde has de regular tus deseos, fervor, veneracion, amor, y todas las acciones con que debes preparar tu pecho, como templo y morada de tu Esposo y sumo Rey. Trabaja, pues, en recoger todas tus fuerzas al interior, y antes y despues de recibirle atiende á la fidelidad de esposa que le debes guardar, y en particular has de poner candados á tus ojos, y cerradura de circunstancia [1] á todos tus sentidos, para que en el templo del Señor no entre otra imágen profana ni peregrina. Guárdate toda pura y limpia de corazon; porque en el que está impuro y ocupado no puede entrar la plenitud de la divina luz y sabiduría [2]. Y todo lo conocerás á la vista de la que Dios te ha dado, si atiendes á ella sola con toda rectitud de tu intencion. Y supuesto no puedes excusar en todo el trato de las criaturas, conviénete que tengas gran imperio sobre tus sentidos, y que por ellos no admitas especies de cosa alguna sensible que no te pueda ayudar para obrar lo mas santo y puro de las virtudes. Separa lo precioso de lo vil [3], y la verdad del engaño. Y para que en eso me imites con perfeccion, quiero que desde ahora adviertas con la eleccion que debes obrar en todas las cosas grandes ó pequeñas, para que no las yerres, pervirtiendo el órden de la razon y de la luz divina.

134. Considera, pues, con atencion el engaño comun de los mortales, y los lamentables daños que padecen; porque en las determinaciones de la voluntad de ordinario se mueven por solo lo que perciben por los sentidos de todos sus objetos; y eligen luego lo que

(*) Véase la nota VI. — [1] Psalm. CXL, 3. — [2] Sap. I, 4.
[3] Jerem. XV, 19.

han de hacer, sin otra consulta ni atencion. Y como lo sensible mueve luego á las pasiones y inclinaciones animales, es forzoso que las operaciones no se hagan con sano juicio de la razon, sino con el ímpetu de las pasiones, excitadas por los sentidos y por sus objetos. Por esto se inclina luego á la venganza el que consulta la injuria solo con el dolor que causó. Por esto se determina á la injusticia el que sigue solo el apetito de la cosa ajena que miró. Á este modo obran tantos y tan infelices, cuantos son los que siguen la concupiscencia de los ojos, á los efectos de la carne y la soberbia de la vida, que son lo que les ofrecen el mundo y el demonio, porque no tienen otra cosa que darles [1]. Con este inadvertido engaño siguen las tinieblas por luz [2], lo amargo por dulce, el mortal veneno por medicina de sus pasiones, y la ciega ignorancia por sabiduría, siendo (como es) diábolica y terrena. Tú, hija mia, guárdate de este pernicioso error, y nunca te determines, ni gobiernes en cosa alguna solo por lo sensible y por sus sentidos, ni por las conveniencias que por ellos se te representan. Consulta tus acciones, lo primero con la ciencia y luz interior que Dios te ha comunicado, para que no obres á ciegas ; y te la dará siempre para esto. Luego busca el consejo de tu prelado y maestro, si le puedes tener antes de elegir lo que hubieres de hacer. Y si te faltare prelado y superior, pide consejo á otro inferior, que tambien esto es mas seguro que obrar con voluntad propia, á quien pueden turbar las pasiones y escurecerla. Este órden has de guardar en las obras, especialmente exteriores, procediendo en ello con recato, con secreto, y conforme lo pidieren las ocasiones y caridad del prójimo que se te ofrecieren ; en que es menester no perder el norte de la luz interior en el profundo golfo y navegacion del trato con criaturas, donde hay siempre peligro de perecer.

CAPÍTULO IX.

Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir á la Iglesia ; y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo á los fieles.

Vigilancia con que la Madre de Dios, de la eminencia de la perfeccion en que estaba, cuidaba de la pequeña grey de la Iglesia. — Oracion que hizo María á su Hijo por la felicidad y propagacion de su Iglesia. — Respuesta del Señor informándola de los trabajos que convenia padeciese su Iglesia en su imi-

[1] I Joan. II, 16. — [2] Joan. III, 19.

tacion. — Salida de Lucifer con sus demonios de el infierno donde habian estado oprimidos desde el triunfo de Cristo. — Disposicion en que salieron. — Furor rabioso de Lucifer conociendo la perfeccion y aumentos de la Iglesia. — No podia llegarse á la congregacion de los fieles, y por qué. — Diligencias que hacia para reconocer si podia embestir alguna oveja del rebaño de Cristo. — Dolor de María viendo la indignacion astuta de los demonios y conociendo la flaqueza de los hombres. — Objurgacion que hizo á Lucifer para enfrenar su soberbia. — Oracion que hizo al Padre eterno por el quebranto del demonio y indemnidad de las almas redimidas. — Por ella no se atrevió entonces Lucifer á llegar á ninguno de los fieles. — Sugestiones con que movió á los escribas, fariseos y demás judíos pérfidos á que persiguiesen la Iglesia. — Por ella hicieron tantas juntas contra los Apóstoles. — Primera junta en ocasion de la cura del cojo que estaba en el templo. — Razon de no atreverse á castigar entonces á los Apóstoles. — Valerosa respuesta de san Pedro. — Dieron cuenta á la Vírgen, y estando en oracion bajó otra vez sobre Pedro y Juan el Espíritu Santo. — Milagroso castigo de Ananías y su mujer. — Prision de los Apóstoles. — Como quitó María el impedimento que solicitaban los demonios se pusiese á la predicacion y conversion de las almas. — Palabras de objurgacion y imperio, con que arrojó María á los demonios al profundo. — Ordenó el Señor para mayor terror de los demonios, que todos le viesen sacramentado en el pecho de su Madre. — Rabioso despecho de los demonios con esta ruina. — Plática de Lucifer á los demonios con el terror que le causaba la Madre de Dios. — Determinó derribar alguno de los fieles. — Volvieron á tentar á los fieles, sin poder hallar entrada en alguno. — Hallaron en Ananías y su mujer inclinacion al dinero, y por aquí los derribaron. — Tuvo san Pedro revelacion de su pecado, y los castigó. — Conoció María las trazas del demonio, y como Ananías y Safira admitian sus sugestiones. — Clamores que dió á su Hijo con el dolor del pecado, y el mal ejemplo para otros. — Respuesta de Cristo consolándola con el fruto que sacaria del ejemplar castigo. — Oró María por los demás fieles para que no fuesen engañados. — Detenia á los demonios para que no irritasen á los judíos contra los Apóstoles. — Invocaron los Apóstoles estando presos el favor divino y el de María. — Oracion que hizo la Madre de Dios por su libertad. — Concédela el Señor su peticion. — Envió uno de los Ángeles de su guarda que los sacase libres de la cárcel. — Viéronle los Apóstoles lleno de resplandor, y les declaró como iba por órden de María. — Envió otros Ángeles que apartasen á los demonios de los magistrados y sacerdotes. — De las inspiraciones de estos Ángeles resultó el consejo de Gamaliel, y que los jueces lo admitiesen. — Despidieron los jueces á los Apóstoles con algun castigo, despues de haberlos preso otra vez. — Palabras de aliento y consuelo que dijo la Madre de Dios á los Apóstoles, dándola cuenta de estos sucesos. — Solicitud con que María cuidaba de la salud eterna de todos los creyentes. — Los mismos beneficios les hace ahora desde el cielo. — Causa de no experimentarlo todos. — Todos los que se condenan despues de la muerte de Cristo y beneficios de la intercesion de su Madre, tienen mayores tormentos. — Aprecio que deben hacer los hombres de sus almas. — Lastimosa desestimacion que hacen dellas. — Causa de ser hoy el demonio tan poderoso contra los hombres. — Escarmiento en Ananías y Safira para rendir las inclinaciones viciosas. — De tal suerte se han de rendir, que aun el demonio no pueda rastrear sus movimientos desordenados.

135. En lo supremo de la gracia y santidad posible á pura criatura estaba la gran Señora del mundo, mirando con los ojos de su divina ciencia la pequeña grey de la Iglesia que cada dia se iba multiplicando. Y como vigilantísima Madre y Pastora, del alto monte en que la colocó la diestra de su Hijo omnipotente, oteaba y reconocia si á las ovejuelas de su rebaño les sobrevenia algun peligro y asechanza de los lobos carniceros infernales; cuyo odio le era manifiesto contra los nuevos hijos del Evangelio. Con este desvelo de la Madre de la luz estaba guarnecida aquella familia santa que la piadosa Reina habia reconocido por suya, y la estimaba como á herencia y parte de su Hijo santísimo escogida de todo el resto de los mortales y electa del Altísimo. Por algunos dias caminó prósperamente la navecilla de la nueva Iglesia, gobernada por la divina Maestra; así con los consejos que la daba, con la doctrina y advertencias que la enseñaba, como con las oraciones y peticiones que incesantemente ofrecia por ella, sin perder ocasion ni punto en atender á todo cuanto era necesario para esto y para el consuelo de los Apóstoles y de los otros fieles.

136. Pocos dias despues de la venida del Espíritu Santo, repitiendo estas peticiones, dijo al Señor: *Hijo mio, verdadero Dios de amor, conozco, Señor mio, que la pequeña grey de vuestra santa Iglesia, de quien me habeis hecho madre y defensora, no vale menos que el infinito precio de vuestra vida y sangre, con que la habeis redimido del poder de las tinieblas* [1]; *razon será que yo tambien os ofrezca mi vida y todo lo que soy, para conservacion y aumento de lo que tanta estimacion tiene en vuestra santa voluntad. Muera yo, Dios mio, si necesario es, para que vuestro nombre sea engrandecido, y vuestra gloria dilatada por todo el mundo. Recibid, Hijo mio, el sacrificio de mis labios y voluntad, que con vuestros propios méritos ofrezco. Atended piadoso á vuestros fieles; encaminad á los que solo en Vos esperan, y se entregan á vuestra santa fe. Gobernad á vuestro vicario Pedro, para que él gobierne con acierto las ovejas que le habeis encomendado. Guardad á todos los Apóstoles, vuestros ministros y mis señores; prevenidlos á todos con la bendicion de vuestra dulzura* [2], *para que todos ejecutemos vuestra voluntad perfecta y santa.*

137. Respondió el Altísimo á estas peticiones de nuestra Reina, y díjola: *Esposa y amiga mia, escogida entre las criaturas para la plenitud de mi agrado, atento estoy á tus deseos y peticiones. Mas ya sabes que mi Iglesia ha de seguir mis pasos y doctrina, imitándome*

[1] Colos. I, 13. — [2] Psalm. XX, 4.

por el camino del padecer y de mi cruz, con quien se han de abrazar mis Apóstoles y discípulos, y todos mis íntimos amigos y seguidores; pues no lo pueden ser sin esta condicion de trabajar y padecer [1]. *Tambien es necesario que la nave de mi Iglesia lleve lastre de persecuciones, con que vaya segura entre la prosperidad del mundo y sus peligros. Así lo pide mi altísima providencia con los fieles y predestinados. Atiende, pues, y mira el órden con que esto se debe disponer.*

138. Luego se le manifestó una vision donde la gran Reina vió á Lucifer y mucha multitud de demonios que le seguian, y se levantaban de las cavernas infernales, donde habian estado oprimidos desde que fueron vencidos y arrojados del monte Calvario, como en su lugar queda dicho [2]. Vió que este dragon con siete cabezas subia como por el mar, siguiéndole los demás; y aunque en las fuerzas salia muy debilitado, de la manera que se halla el convaleciente despues de una larga enfermedad y grave, que no puede cási tenerse; con todo eso, en la soberbia y enojo salia con implacable indignacion y arrogancia, que en está ocasion se conocian ser mayores que su fortaleza, como lo dijo antes Isaías [3]; porque de una parte manifestaba el quebranto que en él habia causado la vitoria de nuestro Salvador y el triunfo que dél alcanzó en la cruz; y por otra descubria un volcan de indignacion y furor que ardia en su pecho contra la Iglesia santa y sus hijos. Saliendo sobre la tierra, la rodeó y reconoció toda; y luego se encaminó á Jerusalen para estrenar allí su rabiosa indignacion en las ovejas de Cristo. Comenzó de léjos á reconocerlas, acechando y circunvalando aquel humilde pero formidable rebaño para su arrogante malicia.

139. Y cuando el dragon conoció los muchos que se habian reducido á la santa fe, y cada hora iban recibiendo el sagrado Bautismo; que los Apóstoles predicaban y obraban tantas maravillas en beneficio de las almas; que los convertidos renunciaban las riquezas y las aborrecian; y todos los principios de santidad invencible con que se fundaba la nueva Iglesia; con esta novedad creció el furor que tenia, y daba formidables bramidos reconcentrándose en su misma malicia. Y como enfureciéndose contra sí por lo poco que podia contra Dios, y para beberse las aguas puras del Jordan que deseaba [4], pretendia allegarse á la congregacion de los fieles, y no podia; porque estaban todos unidos en caridad perfecta. Esta virtud, con las de la fe, esperanza y humildad, era un castillo incon-

[1] Matth. x, 38. — [2] Part. II, n. 1421. — [3] Isai. xvi, 6.
[4] Job, xl, 18.



trastable para el dragon y sus ministros de maldad. Rodeaba y acechaba para reconocer si alguna ovejuela del rebaño de Cristo se descuidaba para embestirla y devorarla. Buscaba muchos caminos y arbitrios para tentarlos y atraer alguno para que le diese mano y entrada por donde aportillar la fortaleza de las virtudes que en todos reconocia; mas todo lo hallaba prevenido y pertrechado con la vigilancia de los Apóstoles y con la fuerza de la gracia, y mucho mas con la proteccion de María santísima.

140. Cuando la gran Madre conoció y vió á Lucifer con tanto ejército de demonios, y la maliciosa indignacion con que se levantaba contra la Iglesia evangélica, fue lastimado su piadoso corazon con una flecha de compasion y dolor, como quien conocia por una parte la flaqueza y la ignorancia de los hombres, y por otra la maliciosa astucia y furor de la antigua serpiente. Y para detener y enfrenar su soberbia, se convirtió María santísima contra ella, y le dijo: *¿Quién como Dios, que habita en las alturas*[1]*? ¡Oh estulto y desvanecido enemigo del Omnipotente! El mismo que te venció desde la cruz y quebrantó tu arrogancia, redimiendo al linaje humano de tu cruel tiranía, te mande ahora; su potencia te aniquile, y su sabiduría te confunda y te arroje á lo profundo. Y yo en su nombre lo hago, para que no puedas impedir la exaltacion y gloria que como á Dios y Redentor le deben dar todos los hombres.* Luego continuó sus peticiones la piadosa Madre, y hablando con el Señor, le dijo: *Altísimo Dios y Padre mio, si la potencia de vuestro brazo no detiene y quebranta el furor que veo en el dragon infernal y en sus demonios, sin duda perderá y destruirá á todo el orbe de la tierra en sus moradores. Dios de misericordia y clemencia sois para vuestras criaturas: no permitais, Señor, que esta serpiente venenosa derrame su ponzoña sobre las almas redimidas y lavadas con la sangre del Cordero*[2]*, vuestro Hijo y Dios verdadero. ¿Es posible que puedan ellas mismas entregarse á tan cruenta bestia y mortal enemigo? ¿Cómo sosegará mi corazon, si veo caer en tan lamentable desdicha alguna de las almas que les ha tocado el fruto de esta sangre? ¡Oh si contra mí sola se convirtiera la ira de este dragon, y fueran salvos vuestros redimidos! Yo, Señor eterno, pelearé vuestras batallas contra vuestros enemigos. Vestidme de vuestra fortaleza para que los humille, y quebrante su altiva soberbia.*

141. En virtud de esta oracion y resistencia de la poderosa Reina se acobardó grandemente Lucifer, y no se atrevió entonces á lle-

[1] Psalm. CXII, 5. — [2] Apoc. VII, 14.

gar á nadie del colegio santo de los fieles. Pero no descansó por esto su furor, antes tomó por arbitrio valerse de los escribas y fariseos, y de todos los judíos que reconoció constantes en su obstinacion y perfidia. Fuese á ellos, y por medio de muchas sugestiones los llenó de envidia y de odio contra los Apóstoles y fieles de la Iglesia; y la persecucion que no pudo intentar por sí mismo, la consiguió por medio de los incrédulos. Púsoles en la imaginacion, que de la predicacion de los Apóstoles y discípulos les resultaba el mismo daño y mayor que de la de su Maestro Jesús Nazareno, cuyo nombre querian introducir y celebrar á vista suya; que le habian crucificado por malhechor; que redundaba esto en gran deshonra suya; y que siendo tantos los discípulos, y con tantos milagros como hacian en el pueblo, se le llevarian todo tras de sí; y los maestros y sábios de la ley serian despreciados, y no cogerian las ganancias que solian, porque los nuevos discípulos y creyentes todo lo daban á los nuevos predicadores á quien seguian; y que este daño para los antiguos maestros comenzaba á correr muy apriesa, con los muchos que ya seguian á los Apóstoles.

142. Estos consejos de maldad eran muy ajustados á la ciega codicia y ambicion de los judíos, y así los admitieron por muy sanos y conformes á sus deseos. De aquí resultó que los fariseos, saduceos, magistrados y sacerdotes hicieron tantas juntas y cabildos contra los Apóstoles, como refiere san Lucas en sus Actos. La primera fue, cuando san Pedro y san Juan en la puerta del templo dieron salud á un paralítico *à nativitate* [1], que tenia cuarenta años de edad, y era conocido en toda Jerusalen. Y como este milagro fue tan patente y admirable, se juntó la ciudad en gran multitud, estando todos asombrados y como fuera de sí [2]. San Pedro les hizo un gran sermon [3], probando como no se podian salvar en otro nombre fuera de Jesús, en cuya virtud él y san Juan habian curado aquel paralítico de tantos años. Por este milagro se juntaron al otro dia los sacerdotes [4], y llamaron á los dos Apóstoles para que pareciesen en juicio ante los sacerdotes. Mas como el milagro era tan notorio, y el pueblo glorificaba á Dios en él, halláronse tan confusos los inícuos jueces, que no se atrevieron á castigar á los dos Apóstoles, aunque les mandaron no predicasen ni enseñasen mas al pueblo en el nombre de Jesús Nazareno [5]. Pero san Pedro con invicto corazon les replicó que no podian obedecerlos en aquel mandato; porque Dios les mandaba lo contrario, y no era justo desobedecer

[1] Act. III, 6. — [2] Ibid. 11. — [3] Ibid. 12. — [4] Ibid. IV, 5. — [5] Ibid. 18.

á Dios para obedecer á los hombres [1]. Con esta amenaza dejaron libres por entonces á los dos Apóstoles, que luego volvieron á dar cuenta á la Reina santísima de lo que les habia pasado, aunque ella lo sabia todo, porque en vision lo habia conocido. Luego se pusieron en altísima oracion, y estando en ella sobrevino otra vez el Espíritu Santo sobre todos con señales visibles.

143. En pocos dias sucedió el milagroso castigo de Ananías [2] y su mujer Safira, que tentados de la codicia pretendieron engañar á san Pedro, llevándole parte del precio en que habian vendido una heredad, y ocultando otra parte, y mintiendo al Apóstol. Poco antes Bernabé, que tambien se llamaba Josef, levita y natural de Chipre, habia vendido otra heredad y llevado todo el precio á los Apóstoles [3]. Y para que se conociera que todos debian obrar con esta verdad, fueron castigados Ananías y Safira, quedando muertos el uno tras del otro á los piés de san Pedro. Con este milagro tan espantoso se atemorizaron todos en Jerusalen, y los Apóstoles predicaban con mayor libertad. Pero los magistrados y saduceos se indignaron contra ellos, y los prendieron y llevaron á la cárcel pública [4], donde estuvieron poco tiempo, porque la gran Reina los libró de ella, como diré luego.

144. No quiero dejar en silencio el secreto que intervino en la caida de Ananías y Safira su mujer. Sucedió que cuando la gran Señora del cielo conoció que Lucifer y sus demonios provocaban á los sacerdotes y magistrados para que impidiesen la predicacion de los Apóstoles, y que por estas sugestiones habian llamado á juicio á san Pedro y á san Juan despues del milagro del paralítico, y les mandaron no predicasen en el nombre de Jesús; considerando la piadosa Madre el impedimento que resultaba á la conversion de las almas si esta malicia no se atajaba, se convirtió de nuevo contra el dragon, como al Señor lo habia ofrecido, y tomando la causa por suya con mayor valor que Judith la de Israel, habló con este cruel tirano, y le dijo: *Enemigo del Altísimo, ¿cómo te atreves, y te puedes levantar contra sus criaturas, cuando en virtud de la pasion y muerte de mi Hijo y verdadero Dios has quedado vencido, oprimido y despojado de tu tirano imperio? ¿Qué puedes tú, ó basilisco venenoso, atado y encarcelado en las penas infernales por toda la eternidad del Altísimo? ¿No sabes que estás sujeto á su poder infinito, y no puedes resistir á su voluntad invencible? Pues él te manda, y yo en su nom-*

[1] Act. IV, 19. — [2] Ibid. V, 5. — [3] Ibid. IV, 37.
[4] Ibid. V, 18.

bre y potestad te mando, que luego desciendas con los tuyos al profundo de donde saliste á perseguir los hijos de la Iglesia.

145. No pudo resistir el dragon infernal á este imperio de la poderosa Reina; porque su Hijo santísimo para mayor terror de los demonios dió permiso que todos le conocieran sacramentado en el pecho de la invencible Madre, como en trono de su omnipotencia y majestad. Esto mismo sucedió en otras ocasiones en que María santísima confundia á Lucifer, de que diré algo adelante [1]. Y en esta que digo se arrojó á los profundos con todas sus legiones que le acompañaban, y todos cayeron por entonces arruinados y oprimidos de la virtud divina que sentian en aquella mujer singular. Estuvieron algun tiempo los demonios en el profundo aterrados y dando espantosos aullidos, enfureciéndose consigo mismos por su desdichada suerte en que no podian dejar de ser; y porque desesperaban de vencer á la poderosa Reina y á todos los que ella recibiese debajo de su amparo. Con este furioso despecho habló Lucifer á sus demonios, y confiriéndolo con ellos les dijo: ¡Qué desdicha es esta en qué me veo! Decidme ¿qué haré contra esta mi enemiga, que así me atormenta y me arroja? Sola ella me hace mayor guerra que todo el resto de las criaturas juntas. ¿Si la dejaré sin perseguirla, porque no acabe de destruirme? Siempre salgo vencido de sus batallas, y ella vitoriosa. Reconozco que siempre disminuye mis fuerzas, y poco á poco acabará de aniquilarlas, y nada podré hacer contra los seguidores de su Hijo. Pero ¿cómo he de sufrir tan injusto agravio? ¿Á dónde está mi altivo poder? ¿Hele de sujetar á una mujer de condicion y naturaleza tan inferior y vil en mi comparacion? Mas no me atrevo ahora á pelear con ella. Procuremos derribar alguno de sus hijos que siguen su doctrina, y con esto se aliviará mi confusion y quedaré satisfecho.

146. Dió permiso el Señor para que el dragon y los suyos volviesen á tentar á los fieles y ejercitarlos. Y llegando á reconocer el estado que tenian, y la grandeza de sus virtudes con que estaban guarnecidos, no hallaban entrada ni podian reducir algunos á las insanias y falsas ilusiones que les ofrecian. Mas reconociendo los naturales y inclinaciones de todos, por donde (¡ay dolor!) nos hacen cruda guerra siempre, hallaron que Ananías y Safira su mujer eran mas inclinados al dinero, y siempre lo habian buscado con alguna avaricia. Por este costado en que los conoció el demonio mas flacos, les hizo la herida, arrojándoles á la imaginacion reservasen alguna

1 Infr. n. 490.

parte del precio en que vendian una heredad para darlo á los Apóstoles, de quien habian recibido la fe y el Bautismo. Dejáronse vencer de este vil engaño, porque era conforme á su baja inclinacion, pretendiendo engañar á san Pedro. Tuvo el santo Apóstol revelacion del pecado de los dos, y castigólos con la repentina muerte que tuvieron á sus piés, primero Ananías, y despues Safira, que sin saber el suceso de su marido vino despues de poco rato, y mintiendo como él, espiró tambien en presencia de los Apóstoles.

147. Desde el primer intento de Lucifer, tuvo noticia nuestra Reina de lo que iba tramando, y como Ananías y Safira admitian sus dañadas sugestiones; y llena de compasion y dolor la piadosa Madre, se postró en la divina presencia, y con íntimo clamor dijo: *¡Ay de mí, Hijo y Señor mio! ¿cómo este dragon sangriento hace presa en estas simples ovejuelas de vuestro rebaño? ¿Cómo, Dios mio, sufrirá mi corazon ver que toque el contagio de la codicia y mentira en las almas que han costado vida y sangre vuestra? Si este cruelísimo enemigo se entrega en ellas sin escarmiento, correrá el daño con el ejemplo del pecado y la flaqueza de los hombres; y unos seguirán á otros en la caida. Yo, Bien mio, perderé la vida en esta pena, por haber conocido lo que pesa el pecado en vuestra justicia; y mas el de los hijos que el de los extraños. Remediad, pues, amado mio, este daño como me le habeis dado á conocer.* Respondióla el Señor: *Madre mia y escogida, no se aflija vuestro corazon donde yo vivo, que yo sacaré para mi Iglesia muchos bienes de este mal, que para este fin ha permitido mi providencia. Con el castigo que haré de estas culpas dejaré avisados á los demás fieles, para que teman con el ejemplo que queda en la Iglesia; y en lo futuro se guarden del engaño y de la codicia del dinero, pues amenaza el mismo castigo, ó mi indignacion, á quien cometiere el mismo pecado: porque mi justicia siempre es una misma contra los rebeldes á mi voluntad, como lo enseña mi ley santa.*

148. Con esta respuesta del Señor se consoló María santísima, aunque se compadeció mucho del castigo que tomó la divina venganza de aquellos dos engañados, Ananías y Safira. En el ínterin que todo esto sucedia, hizo altísimas oraciones por los demás fieles para que no fuesen engañados del demonio; y de nuevo se volvió contra él, le aterró y arrojó, para que no irritase á los judíos contra los Apóstoles. Y en virtud de esta fuerza con que los detenia, gozaban de tanta paz y tranquilidad los hijos de la primitiva Iglesia. Y siempre se hubiera continuado aquella felicidad y amparo de su gran Reina y Señora, si no le hubieran despreciado los hombres, entre-

gándose á los mismos engaños, y á otros peores, como lo hicieron Ananías y Safira. ¡Oh si temiesen los fieles aquel ejemplo, y imitasen el de los Apóstoles! Sucedió que de la prision donde arriba dije [1] que los metieron, invocaron el favor divino y el de su Reina y Madre verdadera ; y cuando su alteza conoció por la divina luz que estaban presos, postrada en cruz ante el acatamiento divino hizo por ellos esta oracion :

149. *Altísimo Señor mio, Criador del universo, de todo mi corazon me sujeto á vuestra divina voluntad, y reconozco, Dios mio, que así conviene, como vuestra sabiduría infinita lo dispone y ordena, que los discípulos sigan á su maestro, que sois Vos, verdadera luz y guia de vuestros escogidos : así lo confieso, Hijo mio; porque venísteis al mundo en forma y hábito de humildad, para acreditarla, y destruir la soberbia; para enseñar el camino de la cruz por la paciencia en los trabajos y deshonras de los hombres. Conozco tambien que han de seguir esta doctrina y establecerla en la Iglesia vuestros Apóstoles y discípulos. Mas si es posible, Bien mio de mi alma, que por ahora tengan libertad y vida para fundar vuestra Iglesia santa, y predicar al mundo vuestro soberano nombre, y reducirle á la verdadera fe; suplícoos, Señor mio, me deis licencia para que yo favorezcá á vuestro vicario Pedro, á mi hijo y vuestro amado Juan, y á todos los que por astucia de Lucifer están en prisiones. No se glorie este enemigo de que ha triunfado ahora contra vuestros siervos, ni levante su cabeza contra los demás hijos de la Iglesia. Quebrantad, Señor mio, su soberbia, y sea confuso en vuestra presencia.*

150. Á esta peticion la respondió el Altísimo : *Esposa mia, hágase lo que tú quieres, que esto es mi voluntad. Envia á tus Ángeles para que destruyan las obras de Lucifer, que contigo está mi fortaleza.* Con este beneplácito la gran Reina de los Ángeles despachó luego á uno de los de su guarda, que era de jerarquía muy superior, para que fuese á la cárcel donde estaban presos los Apóstoles, y les quitase las prisiones y sacase libres de la cárcel. Este fue el Ángel que refiere san Lucas en el capítulo v de los Hechos apostólicos [2], que de noche libró de la prision á los Apóstoles, como María santísima se lo ordenó ; aunque el secreto de este milagro no lo declaró el evangelista san Lucas. Mas los Apóstoles le vieron lleno de resplandores y hermosura, y les dijo como erá enviado por su Reina para rescatarlos de la prision, como lo hizo, y les mandó fuesen á predicar, como tambien sucedió. Tras de este Ángel despachó otros, para que

[1] Supr. n. 143. — [2] Act. v, 19.

fuesen á los magistrados y sacerdotes, y apartasen de ellos á Lucifer y á sus demonios, que los turbaban y irritaban contra los Apóstoles, y para que les diesen inspiraciones santas, para que no se atreviesen á ofenderlos ni impedirles la predicacion. Obedecieron tambien estos divinos espíritus; y cumplieron tan bien con esta legacía, que de ella resultó lo que el mismo san Lucas dice en el capítulo citado de la plática que hizo en el consistorio aquel venerable doctor de la ley llamado Gamaliel [1]. Porque hallándose confusos los demás jueces sobre lo que harian de los Apóstoles, á quienes habian puesto en la cárcel, y estaban ya libres y predicando en el templo, sin saber por quién, ó dónde habian sido librados de la cárcel; entonces Gamaliel les dió por consejo á los sacerdotes no se embarazasen con aquellos hombres, sino que los dejasen predicar; porque si aquella era obra de Dios no la podrian impedir, y, si no lo era, ella se desvaneceria luego, como en aquellos años habia sucedido á otros dos falsos profetas que en Jerusalen y Palestina habian inventado nuevas sectas: el uno se llamaba Teodas, y el otro Judas Galileo, y entrambos perecieron con todos los de su séquito.

151. Este consejo de Gamaliel fue por inspiracion de los santos Ángeles de nuestra gran Reina, y tambien que los otros jueces le admitiesen; aunque mandaron á los Apóstoles no predicasen mas á Jesús Nazareno, porque á esto les movia su propia reputacion y interés. Pero con algun castigo que dieron á los Apóstoles, los despidieron, porque los habian prendido otra vez, cuando desde la cárcel salieron á predicar por órden del Ángel que les dió libertad. De todos sus ejercicios y trabajos volvian luego los Apóstoles á dar cuenta á María santísima como á su Madre y Maestra; y la prudentísima Reina los recibia con maternal afecto y alegría de verlos tan constantes en el padecer, y tan celosos de la salud de las almas. *Ahora* (les decia) *me pareceis, señores mios, verdaderos imitadores y discípulos de vuestro Maestro, cuando por su nombre padeceis afrentas y contumelias, y con alegre corazon le ayudais á llevar la cruz; cuando sois dignos ministros y cooperadores para que se logre el fruto de su sangre en los hombres, por cuya salud la derramó. Su diestra poderosa os bendiga y comunique su virtud divina.* Esto les decia puesta de rodillas y besándoles la mano, y luego los servia, como arriba se dijo [2].

[1] Act. v, 34. — [2] Supr. n. 92.

Doctrina que me dió la gran reina de los Ángeles María santísima.

152. Hija mia, de lo que has entendido y escrito en este capítulo tienes importantes y muchas advertencias para tu salvacion y de todos los fieles hijos de la santa Iglesia. En primer lugar se debe ponderar la solicitud y desvelo con que yo cuidaba de la salud eterna de todos los creyentes, sin omitir ni olvidar la menor de sus necesidades y peligros. Enseñábales la verdad, oraba incesantemente, animábalos en los trabajos, obligaba al Altísimo para que los asistiese; y sobre todo esto los defendia de los demonios, y de sus engaños y furiosa indignacion. Todos estos beneficios les hago ahora desde el cielo; y si no todos los experimentan, no es porque de mi parte no lo solicito, sino porque son muy contados los fieles que me llaman de todo corazon, y los que se disponen para merecer y lograr el fruto de mi maternal amor. Á todos defendiera del dragon, si todos me invocasen, y temiesen los engaños tan perniciosos con que los enreda y enlaza para su eterna condenacion. Para que despierten los mortales de este formidable peligro, les doy ahora este recuerdo nuevo. Te aseguro, hija mia, que todos los que se condenan despues de la muerte de mi Hijo santísimo, y de los favores y beneficios que por mi intercesion hace al mundo, tienen mayores tormentos en el infierno, sobre los que se perdieron antes que viniera al mundo, y yo estuviera en él. Así los que desde ahora entendieren estos misterios, y los despreciaren para su perdicion, serán reos de mayores y nuevas penas.

153. Deben asimismo advertir la estimacion en que han de tener sus propias almas, pues tanto hice yo y hago cada dia por ellas, despues de haberlas redimido mi Hijo santísimo con su pasion y muerte. Este olvido en los hombres es muy reprehensible y digno de tremendo castigo. ¿En qué razon ó en qué juicio cabe, que por un momentáneo gusto de los sentidos, que al mas largo plazo se acaba con la vida, y otras veces en un brevísimo tiempo, trabaje tanto un hombre que tiene fe? ¿Y de su alma, que es eterna, no haga mas caso ni aprecio, y la olvide tanto, como si con las cosas visibles se acabara y consumiera? No advierten que cuando todo perece, entonces comienza la alma á padecer ó gozar lo que será eterno y sin fin. Conociendo tú esta verdad y la perversidad de los mortales, no te admires de que el dragon infernal sea hoy tan poderoso contra los hombres; porque donde hay continua batalla, el que sale vitorioso

cobra las fuerzas que perdió el vencido. Esto se verifica mas en la cruel y continua lucha con los demonios, que si le vencen las almas, quedan ellas fuertes, y él queda debilitado; como sucedió cuando lo venció mi Hijo, y yo despues. Mas si esta serpiente se reconoce vitoriosa contra los hombres, entonces levanta la cabeza de su soberbia, y convalece de su flaqueza cobrando nuevos brios y mayor imperio, como le tiene hoy en el mundo; porque los amadores de su vanidad se le han sujetado, siguiéndola debajo de su bandera y falsas fabulaciones. Con este daño ha dilatado el infierno su boca, y cuanto mas engulle y traga, es mas insaciable su hambre, anhelando á sepultar en las cavernas infernales todo el resto de los hombres.

154. Teme, ó carísima, teme este peligro como lo conoces, y vive en continuo desvelo para no abrir puerta en tu corazon á los engaños de esta cruentísima bestia. El escarmiento tienes en Ananías y Safira, que por haberles conocido la inclinacion y codicia del dinero, entró el demonio en sus almas, y los asalteó por aquel portillo. No quiero que tú apetezcas cosa alguna de la vida mortal; y de tal manera quiero que reprimas y extingas en tí todas las pasiones y inclinaciones de la flaca naturaleza, que ni los mismos espíritus malignos puedan rastrear en tí con todo su desvelo algun movimiento desordenado de soberbia, codicia, vanidad, ira, ni otra pasion alguna. Esta es la ciencia de los Santos, y sin la que nadie vive seguro en carne mortal; por cuya ignorancia perecen innumerables almas. Apréndela tú con diligencia, y enséñala á tus religiosas, para que cada una sea vigilante centinela de sí misma. Con esto vivirán en paz y caridad verdadera, y no fingida, y cada una y todas juntas, unidas en la quietud y tranquilidad del divino Espíritu, y guarnecidas con el ejercicio de todas las virtudes, serán un castillo incontrastable para los enemigos. Acuérdate, y tráeles á la memoria á las religiosas el castigo de Ananías y Safira, exhórtalas á que sean muy observantes de su Regla y Constituciones, que con esto merecerán mi proteccion y especialísimo amparo.

CAPÍTULO X.

Los favores que María santísima por medio de sus Ángeles hacia á los Apóstoles, la salvacion que alcanzó á una mujer en la hora de la muerte, y otros sucesos de algunos que se condenaron.

Crecia la solicitud de María al paso que se aumentaba la Iglesia.—Cuidaba de los Apóstoles con especial vigilancia.—No se pasó dia ni hora en que no obrase con los fieles alguna ó muchas maravillas.—Oficios que hacia María con los Apóstoles.—Hacian en este tiempo los Apóstoles algunas salidas de Jerusalen.—Persecuciones que armaba el demonio contra los Apóstoles en estas salidas.—Parecíale los podia embestir con mayor confianza en ausencia de la Madre de Dios.—Socorros que les enviaba la Vírgen por sus santos Ángeles.—Forma en que los Ángeles de María les socorrian y alentaban.—La mas frecuente era en cuerpos visibles y refulgentes.—Socorros con que favorecia á todos los demás fieles.—Curaba milagrosamente á muchos.—Servia por su persona, y regalaba á los que no convenia curar.—Ningun obsequio negaba á sus hijos los fieles.—Favorecia ocultamente á los ausentes por sus Ángeles.—Ayudaba á los que estaban á la hora de la muerte.—Satisfacia por los que iban al purgatorio, y luego enviaba un Ángel que los sacase dél.—Caso maravilloso de una mujer á quien libró la Madre de Dios del demonio en la hora de la muerte.—Principio de su caida.—Medio por donde el demonio la apartó del camino de su remedio.—Era devota de la Madre de Dios.—Procuró el demonio que la aborreciese.—Auxilios que la dió el Señor por medio de un discípulo.—Dureza de la mujer engañada.—Amonestóla san Juan y se resistió con pertinacia.—Lamento y oracion que hizo María por ella, conociendo su infeliz estado y peligro.—No respondió el Señor á esta oracion de su Madre, y por qué.—Perseverancia de la caridad de María.—Envió un Ángel que defendiese á la enferma de los demonios, y la exhortase con santas inspiraciones.—Respuesta del Ángel no habiendo podido reducirla, en que se ve el formidable estado á que puede venir una alma por su culpa.—Oracion que hizo de nuevo por ella la Madre de Dios.—No la respondió el Señor para que se mostrase mas su caridad.—Determinó ir en persona á remediarla.—Llev
áronla los Ángeles por mandado del Señor.—Huyeron á su presencia los demonios, y con su imperio los arrojó al profundo.—Piedad benignísima con que comenzó á reducir á la engañada enferma.—Declaróla el engaño del demonio.—Palabras con que la convirtió.—Penitencia de la enferma.—Como la dispuso María para morir, haciéndola recibir los Sacramentos.—Dichosa muerte de la mujer convertida en manos de la Madre de Dios.—Fueron tantos los auxilios que la alcanzó María, que salió su alma libre de culpa y de pena.—Gracias que dió María al Señor por la salvacion de esta alma.—Fin á que ordenó el Señor este suceso.—Cuánto aprovecha á las almas el amor y devocion á la Madre de Dios.—Suceso ejemplar de dos de los convertidos que se condenaron.—Medio por donde el demonio hace sus presas en los fieles.—El deseo ambicioso de la gracia de los príncipes fue el principio de la caida de estos dos condenados.—Forma con que el demonio los perdió por medio de esta in-

clinacion viciosa.—Apostataron de la fe por no caer en desgracia de sus temporales valedores.—Sentimiento de los Apóstoles por esta ruina.—Acordaron dar cuenta á la Madre de Dios.—No disimuló María el dolor, y razones por que convino que lo manifestase.—Hizo oracion por los dos apóstatas derramando lágrimas de sangre por ellos.—Respuesta del Señor declarándola sus justos juicios.—Permite Dios que algunos estén separados de la Iglesia, porque no inficionen á otros con su trato.—Providencia divina de que entren predestinados y réprobos en la Iglesia.—Dilatóse el corazon de María conociendo la equidad de la Justicia divina.—Sola María entre las criaturas pesó dignamente lo que monta la perdicion de una alma, y tuvo el dolor correspondiente.—Declárase su ponderacion y dolor con el estado que tenia entonces la Vírgen.—Palabras temerosas con que se lamentaba de la condenacion de las almas.—Reservó para sí el secreto de la reprobacion de los dos apóstatas.—Pregunta san Juan á María la causa de su dolor admirado de su tristeza.—Misteriosa respuesta de María.—Razones con que enseñó á Juan la Madre de Dios el sentimiento que se debe hacer de la condenacion de las almas.—Lástima de que se pierdan las almas porque ellas se quieren perder, deseando Dios que se salvasen todas.—Del dolor que tuvo María de la condenacion de las almas ajenas, se ha de inferir lo que debe hacer cada uno por no perder la propia.—Exhortacion á trabajar constantemente por la salud eterna de las almas de los prójimos.—Cuán agradable es á Dios este trabajo.—Cuánto mas se debe trabajar por la salud de la alma propia.—Motivos especiales para el cuidado de no cometer culpas la discípula.

155. Como la nueva ley de gracia se iba dilatando en Jerusalen, crecia cada dia el número de los fieles, y se aumentaba la nueva Iglesia del Evangelio [1], y al mismo paso crecia tambien la solicitud y atencion de su gran Reina y Maestra María santísima con los nuevos hijos que los Apóstoles engendraban en Cristo nuestro Señor con su predicacion [2]. Y como ellos eran los fundamentos de la Iglesia [3], en quienes como en piedras firmísimas habia de estribar la firmeza de este admirable edificio; por esto la prudentísima Madre y Señora cuidaba del colegio apostólico con especial vigilancia. Y toda esta divina atencion se le aumentaba conociendo la indignacion de Lucifer contra los seguidores de Cristo, y mayor contra los sagrados Apóstoles, como ministros de la salud eterna de los otros fieles. Nunca será posible en esta vida decir, ni alcanzar á conocer los oficios, los favores y beneficios que hizo á todo el cuerpo de la Iglesia y á cada uno de sus miembros místicos, en particular á los Apóstoles y discípulos; porque, segun lo que se me ha dado á entender, no se pasó dia ni hora en que no obrase con ellos alguna ó muchas maravillas. Diré en este capítulo algunos sucesos que son de gran-

[1] Act. v, 14. — [2] I Cor. iv, 15. — [3] Ephes. ii, 20.

de enseñanza para nosotros, por los secretos que contienen de la oculta providencia del Altísimo. De ellos se puede colegir cuál seria la vigilantísima caridad y celo de las almas que María santísima tenia con ellas.

156. Á todos los Apóstoles amaba y servia con increible afecto y veneracion, así por su extremada santidad, como por la dignidad de sacerdotes, y ministerio de fundadores y predicadores del Evangelio. Cuando estuvieron juntos en Jerusalen los servia, asistia, aconsejaba y gobernaba, como arriba queda dicho [1]. Con el aumento de la Iglesia fue necesario que luego comenzasen á salir de Jerusalen para bautizar y admitir á la fe á muchos que de los lugares circunvecinos se convertian, aunque luego volvian á la ciudad; porque de intento no se habian repartido ni despedido de Jerusalen, hasta que tuvieron órden para hacerlo. De los Actos apostólicos consta que san Pedro salió á Lidia y á Jópen, donde resucitó á Tabita [2], y hizo otros milagros y volvió á Jerusalen. Aunque estas salidas las cuenta san Lucas despues de la muerte de san Estéban (de que hablaré en el capítulo siguiente), mas en el tiempo que pasó hasta que sucedió todo esto se convirtieron muchos de Palestina, y fue necesario que los Apóstoles saliesen á predicarles y confirmarlos en la fe, y volvian á Jerusalen á dar cuenta de todo á su divina Maestra.

157. En todas estas jornadas y predicaciones procuraba el comun enemigo impedir la palabra divina, ó el fruto de ella, moviendo muchas contradiciones y alteraciones de los incrédulos contra los Apóstoles, y sus oyentes y convertidos. Y en estas persecuciones padecian cada dia grandes molestias y sobresaltos; porque le pareció al dragon infernal podia embestirles con mayor confianza, hallándolos ausentes y léjos del amparo de su Protectora y Maestra. Tan formidable era para el infierno esta gran Reina de los Ángeles, que con ser tan eminente la santidad de los Apóstoles, con todo eso le parecia á Lucifer que sin María los cogia desarmados y á su salvo, para acometerles y tentarlos. Tal es tambien la soberbia y furor de este dragon, que al mas duro acero (como está escrito en Job [3]) lo reputó por una pajuela flaca, y al bronce como si fuera un podrido leño. No teme las flechas ni la honda; pero teme tanto á María santísima, que para tentar á los Apóstoles aguarda que estén ausentes de este amparo.

[1] Supr. n. 89, 92, 102. — [2] Act. IX, 38, 40.
[3] Job, XLI, 18, 19.

158. Mas no por esto les faltó; porque la gran Señora desde la atalaya de su altísima sabiduría alcanzaba á todas partes; y como vigilantísima centinela descubria las asechanzas de Lucifer, y acudia al socorro de sus hijos y ministros del Señor. Y cuando por estar ausentes los Apóstoles no los podia hablar, enviaba luego que los conocia afligidos á sus santos Ángeles que la asistian, para que los consolasen, animasen y los previniesen; y algunas veces ahuyentasen á los demonios que los perseguian. Todo esto ejecutaban los espíritus celestiales con prontitud, como su Reina lo ordenaba. Y unas veces lo hacian ocultamente por inspiraciones y consolaciones interiores que daban á los Apóstoles; otras veces, y mas de ordinario, se les manifestaban visibles en cuerpo, refulgentes y hermosísimos, y hablaban con los Apóstoles todo lo que convenia, ó su Maestra les queria advertir. Y este modo era frecuente por la santidad y pureza de los Apóstoles, y por la necesidad que entonces habia de favorecerles con tanta abundancia de consuelo y esfuerzo. Nunca tuvieron aprieto ni trabajo en que la amantísima Madre no les socorriese por estos modos, á mas de las continuas oraciones, peticiones y hacimientos de gracias que por ellos ofrecia. Era la mujer fuerte, cuyos domésticos estaban socorridos con dobladas vestiduras; y la madre de familias que á todos los proveia de alimento, y con el fruto de sus manos plantaba la viña del Señor [1].

159. Con todos los otros fieles tenia el mismo cuidado respectivamente; y aunque eran muchos en Jerusalen y en Palestina, de todos tenia noticia y conocimiento, para favorecerlos en sus necesidades y tribulaciones. Y no solo atendia á las de las almas, sino tambien á las corporales, fuera de los muchos que curaba de gravísimas enfermedades. Á otros que conocia no era conveniente darles salud milagrosamente, á estos los servia en muchas cosas por su misma persona, visitándolos y regalándolos; y de los mas pobres cuidaba mas, y muchas veces por su mano les daba de comer, hacia las camas en que estaban, atendia á su limpieza como si fuera sierva de cada uno, y con el enfermo estuviera enferma. Tanta era la humildad, la caridad y solicitud de la gran Reina del mundo, que ningun oficio, ni obsequio ó ministerio negaba á sus hijos los fieles, ni por ínfimos y humildes los despreciaba, como fuesen para consuelo suyo. Llenaba á todos de gozo y consolacion suavísima en sus trabajos, con que se les hacian fáciles. Y á los que por estar léjos no podia acudir personalmente, los favorecia por medio de los

1 Prov. XXXI, 21, 15, 16.

Ángeles ocultamente; ó con oraciones y peticiones les alcanzaba interiores beneficios y otros socorros.

160. Singularmente se señalaba su maternal piedad con los que estaban á la hora de la muerte, y morian; porque á muchos asistia en aquel último conflicto, y los ayudaba en él hasta dejarlos en estado de seguridad eterna. Por los que iban al purgatorio hacia fervorosas peticiones y algunas obras penales, como postraciones en cruz, genuflexiones, y otros ejercicios con que satisfacia por ellos. Luego despachaba á alguno de sus Ángeles para que sacase del purgatorio aquellas almas por quien habia satisfecho, y las llevase al cielo, y en su nombre las presentase á su Hijo santísimo como hacienda propia del mismo Señor, y fruto de su sangre y redencion. Esta felicidad alcanzó á muchas almas en el tiempo que la Señora del cielo era moradora en la tierra. Y no entiendo se les niega ahora á las que se disponen en su vida, para merecer su presencia en la muerte, como en otra parte dejo escrito [1]. Mas porque seria necesario extender mucho esta Historia, si hubiera de referir los beneficios que hizo María santísima en la hora de la muerte á muchos que ayudó en ella, no puedo detenerme en esto; mas diré un suceso que tuvo con una doncella á quien libró de la boca del dragon infernal: por ser tan raro y digno de advertencia para todos, no es justo negársele á esta Historia ni á nuestra enseñanza.

161. Sucedió, pues, en Jerusalen, que una doncella de padres humildes y poco abundantes de hacienda se convirtió entre los cinco mil que primero recibieron el Bautismo. Esta pobrecilla mujer, acudiendo á los ministerios de su casa, enfermó, y le duró por muchos dias la dolencia, sin mejorar en la salud. Con esta ocasion, como suele suceder á otras almas, se fué resfriando en el primer fervor, y se descuidó en cometer algunas culpas, con que pudo perder la gracia bautismal. Lucifer, que no se descuidaba, sediento de tragar alguna de aquellas almas, acudió á esta y la embistió con suma crueldad, permitiéndolo así Dios para mayor gloria suya y de su Madre santísima. Aparecióle el demonio á la doncella en forma de otra mujer para engañarla mejor, y díjola con halagos se retirase mucho de aquella gente que predicaba al Crucificado, y no les diese crédito en cuanto le decian, porque la engañaban en todo; y que si no lo hacia la castigarian los sacerdotes y jueces, como habian crucificado al Maestro de aquella ley nueva y engañosa que le habian enseñado á ella; y con este remedio estaria buena, y despues viviria

[1] Part. II, n. 929.

contenta y sin peligro. Respondióle la doncella: Yo haré lo que me dices; mas aquella Señora que he visto con estos hombres y mujeres, y parece tan linda y apacible, ¿qué tengo de hacer con ella? porque la quiero mucho. Replicóla el demonio: Esa que tú dices es peor que todos, y ella es la primera á quien has de aborrecer, y retirarte de sus engaños, y esto es lo que mas te importa.

162. Con este mortal veneno de la antigua serpiente quedó inficionada la alma de aquella simplecilla paloma, y en vez de mejorar en la salud del cuerpo, se le fué agravando la enfermedad, y acercándose á la muerte natural y eterna. Uno de los setenta y dos discípulos que andaba visitando á los fieles tuvo noticia de la grave enfermedad de aquella mujer; porque un vecino de su casa le dijo que allí estaba una mujer de los de su secta muy cerca de espirar. Entró á verla y animarla con razones santas, y á reconocer su necesidad. Pero la enferma estaba tan oprimida de los demonios, que ni le admitió, ni habló palabra, aunque la exhortó y predicó grande rato; antes se retiraba y cubria para no oirle. Reconoció el discípulo por aquellas señales la perdicion de la enferma, aunque ignoraba la causa; y con grande presteza fué á dar cuenta de aquel daño al apóstol san Juan, el cual sin detenerse acudió luego á visitar á la doncella, y la amonestó y habló palabras de vida eterna, si las quisiera admitir. Pero sucedióle lo mismo que al discípulo, porque á entrambos resistió con pertinacia. El Apóstol vió muchas legiones de demonios que tenian rodeada á la enferma; porque llegando él se retiraron; mas no cesaban de forcejar para volver luego á renovar las ilusiones de que la miserable mujer estaba llena.

163. Y reconociendo su dureza el Apóstol, se fué muy afligido á dar noticia de ello á María santísima, y pedirla el remedio. Convirtió luego la gran Reina su vista interior á la enferma, y conoció el infeliz y peligroso estado de aquella alma, y como el enemigo la habia puesto en él. Lamentóse la piadosa Madre sobre aquella simple ovejuela, engañada del infernal y sangriento lobo; y postrada en tierra oró y pidió el rescate de la mísera doncella. Mas el Señor no respondió palabra á esta peticion de su Madre santísima; no porque sus ruegos no le fuesen agradables, antes por eso mismo, y por oir mas sus clamores, se hizo sordo; y para enseñarnos tambien cuál era la caridad y prudencia de la gran Maestra y Madre en las ocasiones que era necesario usar de ellas. Dejóla el Señor para esto en el estado comun y ordinario que la gran Señora tenia, sin añadirla nueva ilustracion en lo que pedia. Mas no por esto desistió, ni

se entibió su caridad ardentísima, como quien conocia que no por el silencio del Señor habia de faltar ella á su oficio de madre, mientras no sabia expresamente la voluntad divina. Con esta prudencia se gobernó en aquel suceso, y luego ordenó á uno de sus santos Ángeles fuese á remediar aquella alma, y la defendiese de los demonios, y exhortase con santas inspiraciones, para que se apartase de sus engaños y se convirtiese á Dios. Hizo el Ángel esta embajada con la presteza que saben obedecer á la voluntad del Altísimo; mas tampoco pudo reducir aquella obstinada mujer con las diligencias que como Ángel pudo hacer, y de hecho hizo, para desengañarla. Á tal estado como este puede venir una alma que se entrega al demonio.

164. Volvió el santo Ángel á su Reina, y le dijo: *Señora mia, vengo de ayudar á aquella doncella en el peligro de su condenacion, como Vos, Madre de misericordia, me lo ordenásteis; pero su dureza es tanta, que ni admite ni escucha las inspiraciones santas, que le he dado. He altercado con los demonios para defenderla de ellos, y se resisten, alegando el derecho que aquella alma de su voluntad les ha dado, en que libremente persevera. El poder de la divina justicia no ha concurrido conmigo como yo deseaba, obedeciendo vuestra voluntad; y no puedo, Señora mia, daros el consuelo que deseais.* Afligióse mucho la piadosa Madre con esta respuesta; mas como ella era la Madre del amor, de la ciencia y de la santa esperanza [1], no pudo perder lo que á todos nos mereció y enseñó. Retirándose de nuevo á pedir el remedio de aquella alma engañada, se postró en tierra, y dijo: *Señor mio y Dios de misericordias, aquí está este vil gusanillo de la tierra; castigadme y afligidme á mí, y no vea yo que esta alma señalada con las primicias de vuestra sangre, y engañada por la serpiente, quede por despojos de su maldad, y del odio que tiene contra vuestros fieles.*

165. Perseveró María santísima un rato en esta peticion, pero tampoco la respondió el Señor, para probar su invicto corazon y caridad con los prójimos. Consideró la prudentísima Vírgen lo que sucedió al profeta Eliseo [2] para resucitar al hijo de la Sunamitis su hospedera, que no bastó á darle vida el báculo del Profeta que le aplicó Giezi su discípulo, y fue necesario llegase en persona el mismo Eliseo, y tocase el difunto, y se midiese y ajustase con él, con que le restituyó la vida. No fueron poderosos el Ángel ni el Apóstol para resucitar del pecado y engaño de Satanás á aquella mise-

[1] Eccli. XXIV, 24. — [2] IV Reg. IV, 34.

rable mujer; y así determinó la gran Señora ir á remediarla por su persona. Propúsolo así al Señor en la oracion que por ella hizo. Y aunque no tuvo respuesta de su Majestad, como la obra misma le daba licencia, se levantó y comenzó á dar algunos pasos para salir del aposento donde estaba, y caminar con san Juan á donde estaba la enferma, que era algo distante del cenáculo. Pero en moviéndose, á los primeros la detuvieron los Ángeles, á quienes habia mandado el Señor la llevasen y acompañasen; mas no se le habia manifestado á ella. Preguntóles por qué la detenian. Respondiéronla, porque no es razon consintamos que vais por la ciudad, cuando nosotros podemos llevaros con mayor decencia. Luego la pusieron en un trono de nube refulgente, y la llevaron y pusieron en el aposento de la doncella enferma, que como era pobre y no hablaba, la habian desamparado todos, y estaba sola y rodeada de demonios que esperaban su alma para llevarla.

166. Mas al instante que llegó la Reina de los Ángeles huyeron todos los espíritus malignos como unos relámpagos, y como atropellándose unos á otros con terribles aullidos. Y la poderosa Señora les mandó con imperio descendiesen al profundo, hasta que les permitiese saliesen dél; y así lo hicieron sin poderlo resistir. Llegó la piadosa Madre á la enferma, y llamándola por su nombre la tomó la mano, y la habló dulcísimas razones de vida con que la renovó toda, y comenzó á respirar y volver en sí. Y respondiendo á María santísima dijo: Señora mia, una mujer que me visitó, me persuadió que los discípulos de Jesús me engañaban, y que me apartase luego de ellos y de Vos, porque me sucederia muy mal, si admitia la ley que me enseñaban. Replicó la Reina, y díjola: *Hija mia, esa que te pareció mujer, era el demonio tu enemigo. Yo vengo á darte de parte del Altísimo la vida eterna: vuelve, pues, á su verdadera fe que antes recibiste, y confiésale de todo tu corazon por Dios verdadero y Redentor, que para remedio tuyo y de todo el mundo murió en la cruz: adórale, invócale, y pídele perdon de tus pecados.*

167. Todo eso (respondió la enferma) creia yo antes, y me han dicho que es muy malo, y me castigarán si lo confieso. Replicóle la divina Maestra: *Amiga mia, no temas ese engaño; mas advierte que el castigo y penas que se han de temer son las del infierno, á donde te encaminaban los demonios. Ahora estás muy cerca de la muerte, y puedes alcanzar el remedio que yo te ofrezco, si me das crédito, y serás libre del fuego eterno que te amenazaba por tu error.* Con esta exhortacion y la gracia que María santísima alcanzó para aquella

pobrecilla mujer, se movió con grandes lágrimas de compuncion, y la pidió su favor en aquel peligro, estando rendida para todo lo que la mandase. Luego la gran Señora la hizo protestar la fe de Cristo nuestro Señor, y que hiciese un acto de contricion para confesarse. La gran Reina dispuso recibiese los Sacramentos, llamando á los Apóstoles para que se los administrasen. Repitiendo la dichosa mujer los actos de contricion y de amor, invocando á JESÚS y á su Madre que la gobernaba, espiró la feliz doncella en manos de su Remediadora, habiendo estado dos horas enteras con ella, para que el demonio no volviese á engañarla. Fue tan poderoso este socorro, que no solo la redujo al camino de la vida eterna; pero la alcanzó tantos auxilios, que salió aquella dichosa alma libre de culpa y de pena. Y luego la envió al cielo con unos Ángeles de los doce que tenian en el pecho aquella señal ó divisa de la redencion, y traian palmas y coronas en las manos, para socorrer á los devotos de su gran Reina. De estos Ángeles queda ya dicho en la primera parte, capítulo XIV, número 202, y capítulo XVIII, número 273; y no es necesario repetirlo ahora. Solo advierto que á estos santos Ángeles, que enviaba la Reina á diversas operaciones, los escogia conforme á las gracias y virtudes que tenian para beneficio de los hombres.

168. Despues de remediada aquella alma, volvieron los demás Ángeles á la Reina á su oratorio en la misma nube que la habian traido. Luego se humilló, y postró en tierra adorando al Señor, y dándole gracias por el beneficio de haber sacado aquella alma de la boca del dragon infernal; y por ello hizo un cántico de alabanza del Altísimo. Esta maravilla ordenó su gran sabiduría, para que los Ángeles, los Santos del cielo, los Apóstoles, y tambien los mismos demonios entendiesen el poder incomparable de María santísima: y que así como era Señora de todos, así tambien todos juntos no serian poderosos tanto como ella; y que nada se le negaria de lo que pidiese para los que la amasen, sirviesen y llamasen; pues aquella feliz doncella, por el amor que habia tenido á esta Señora divina, no fue despedida del remedio; y los demonios quedasen oprimidos, confusos y desconfiados de prevalecer contra lo que María santísima quiere y puede para sus devotos. Otras cosas para nuestra enseñanza se pueden notar en este ejemplo, que remito á la atencion y prudencia de los fieles.

169. No sucedió así á otros dos de los convertidos, que desmerecieron la eficaz intercesion de María santísima. Porque este ejem-

plo puede servir tambien de aviso y escarmiento (como el de Ananías y Safira) para conocer la astucia de Lucifer en tentar y derribar á los hombres, le escribiré como le he entendido, con las advertencias que encierra, para temer con David los justos juicios del muy alto [1]. Despues del milagro referido, tuvo permiso el demonio para volver al mundo con los suyos, y tentar á los fieles; porque así convenia para la corona de los justos y predestinados. Salió del infierno con mayor saña contra ellos; comenzó á investigar por dónde le abrian puerta para acometer, rastreando las inclinaciones malas de cada uno como ahora lo hace, con la confianza que le ha dado la experiencia de que los hijos de Adan inadvertidos, de ordinario seguimos las inclinaciones y pasiones, mas que la razon y la virtud. Y como la multitud no puede ser muy perfecta en todas sus partes, y la Iglesia iba creciendo en número, así tambien en algunos se entibiaba el fervor de la caridad; y el demonio tenia mayor campo en que sobresembrar su zizaña. Reconoció entre los fieles que dos hombres eran de malas inclinaciones y hábitos antes que se convirtiesen, y que deseaban tener gracia y estrecha dependencia de algunos príncipes de los judíos, de quien esperaban algunos intereses temporales de honra y hacienda; y con esta codicia (que siempre fue raíz de todos los males [2]) contemporizaban y lisonjeaban á los poderosos, cuya gracia codiciaban.

170. Con estos achaques juzgó el demonio que aquellos fieles estaban flacos en la fe y virtudes, y que podria derribarlos por medio de los judíos principales, de quienes tenian dependencia. Y como lo pensó la serpiente, así lo ejecutó y consiguió, arrojando muchas sugestiones al corazon incrédulo de aquellos sacerdotes, para que reprehendiesen y amenazasen á los dos convertidos por haber admitido la fe de Cristo y recibido su Bautismo. Hiciéronlo así como el demonio se lo administraba con grande aspereza y autoridad. Y como la indignacion en los poderosos acobarda á los menores que son de corazon flaco, y lo eran aquellos dos convertidos, apegados á sus propios intereses temporales, se resolvieron con esta párvula flaqueza en apostatar de la fe de Cristo, para no caer en desgracia de aquellos judíos poderosos, en quien tenia alguna infeliz y falsa confianza. Luego se retiraron de todo el gremio de los otros fieles, y dejaron de acudir á la predicacion y ejercicios santos que los demás hacian, con que se conoció su caida y perdicion.

171. Contristáronse mucho los Apóstoles por la ruina de aque-

[1] Psalm. CXVIII, 120. — [2] I Tim. VI, 10.

llos fieles, y por el escándalo que los demás recibirian con tan pernicioso ejemplo en los principios de la Iglesia. Confirieron entre sí si le darian noticia del suceso á María santísima, porque temian el desconsuelo y dolor que le causaria. El apóstol san Juan les advirtió que la gran Señora sabia todas las cosas de la Iglesia, y aquella no se le podria ocultar á su vigilantísima atencion y caridad. Con esto fueron todos á darla cuenta de lo que pasaba con aquellos dos apóstatas á quienes habian exhortado para que se redujesen á la verdadera fe que habian descreido y negado. La piadosa y prudente Madre no disimuló el dolor, porque no era para ocultarle en la pérdida de las almas que ya estaban agregadas á la Iglesia. Convenia tambien que los Apóstoles conocieran en el sentimiento de la gran Señora la estimacion que debian hacer de los hijos de la Iglesia, y el celo tan ardiente con que habian de procurar conservarlos en la fe, y reducirlos al camino de salud. Retiróse luego nuestra Reina á su oratorio, y postrada en tierra como solia hizo profunda oracion por aquellos dos apóstatas, derramando copiosas lágrimas de sangre por ellos.

172. Y para moderar en algo su dolor con la ciencia de los ocultos juicios del Altísimo, respondió su Majestad, y la dijo: *Esposa mia, escogida entre mis criaturas, quiero que conozcas mis justos juicios en estas dos almas por quien me pides, y en otras que han de entrar en mi Iglesia. Estos dos, que han apostatado de mi verdadera fe, pueden hacer mas daño que provecho entre los demás fieles, si perseverasen en su conversacion y trato; porque son de costumbres muy depravadas, y han empeorado sus torcidas inclinaciones: con que mi ciencia infinita los conoce por réprobos, y así conviene desviarlos del rebaño de los fieles, y cortarlos del cuerpo místico de mi Iglesia, para que no inficionen á otros, ni les peguen su contagio. Necesario es ya, querida mia, conforme á mi altísima providencia, que entren en mi Iglesia predestinados y prescitos; unos, que por sus culpas se han de condenar, y otros, que por mi gracia se han de salvar con buenas obras; y mi doctrina y el Evangelio ha de ser como la red que recoge á todo género de peces, buenos y malos, y á prudentes y necios; y el enemigo ha de sembrar su zizaña entre el grano puro de la verdad* [1], *para que los justos se justifiquen mas, y los inmundos, si quisieren por su malicia, se hagan mas inmundos* [2].

173. Esta fue la respuesta que dió el Señor á María santísima en aquella oracion, renovando en ella la participacion de su divina

[1] Matth. XIII, 28. — [2] Apoc. XXII, 11.

ciencia, con que se dilató su afligido corazon, conociendo la equidad de la justicia del muy alto en condenar con razon á los que por su malicia se hacian réprobos y indignos de la amistad de Dios y de su gloria. Pero como la divina Madre tenia el peso del santuario en su eminentísima sabiduría, ciencia y caridad, sola ella entre todas las criaturas pesaba y ponderaba dignamente lo que monta perder una alma á Dios eternamente y quedar condenada á tormentos eternos en compañía de los demonios; y á la medida de esta ponderacion era su dolor. Ya sabemos que los Ángeles y Santos del cielo, que conocen en Dios este misterio, no pueden tener dolor ni pena, porque no se compadece con aquel estado felicísimo. Y si fuera compatible con la gloria de que gozan, fuera su dolor conforme al conocimiento que tienen del daño que es condenarse los que aman con caridad tan perfecta y desean tener consigo en la gloria.

174. Pues las penas y dolor que no pueden sentir los bienaventurados, de la condenacion de los hombres, este tuvo María santísima en grado tan superior al que tuvieran ellos, cuanto les excedia esta divina Señora en la sabiduría y caridad. Para sentir el dolor estaba en estado de viadora, y para conocer la causa tenia ciencia de comprehensora; porque cuando gozó de la vision beatífica, conoció el ser de Dios y el amor que tiene á la salud de los hombres, como de bondad infinita, y lo que se doliera de la perdicion de una alma, si fuera capaz de dolor. Conocia la fealdad de los demonios, la ira que tienen contra los hombres, la condicion de las penas infernales, y eterna compañía de los mismos demonios y de todos los condenados. Todo esto, y lo que yo no alcanzo á ponderar, ¿qué dolor, qué pena y compasion causaria en un corazon tan blando, tan amoroso y tierno como el de nuestra amantísima María, sabiendo que aquellas dos almas y otras cási infinitas con ellas se perderian en la santa Iglesia? Sobre esta desdicha se lamentaba y muchas veces repetia: *¿Es posible que una alma por su voluntad se haya de privar eternamente de ver la cara de Dios, y escoja ver las de tantos demonios en eterno fuego?*

175. El secreto de la reprobacion de aquellos nuevos apóstatas reservó para sí la prudentísima Reina, sin manifestarlo á los Apóstoles. Pero estando así afligida y retirada, en aquella ocasion entró el evangelista san Juan á visitarla y saber lo que le mandaba hacer, ó en qué servirla. Y como la vió tan afligida y triste, se turbó el Apóstol, y pidiéndola licencia para hablarla, dijo: *Señora mia y Madre de mi Señor Jesucristo, despues que su Majestad murió, nun-*

ca he reconocido vuestro semblante tan afligido y doloroso como ahora, y bañados en sangre vuestro rostro y ojos. Decidme, Señora, si es posible, la causa de tan nuevo dolor y sentimiento, y si puedo aliviaros en él con dar mi propia vida. Respondió María santísima: *Hijo mio, lloro ahora por esta misma causa.* Entendió san Juan que la memoria de la pasion habia renovado en la piadosa Madre tan acerbo y nuevo dolor, y con este pensamiento la replicó así: *Ya, Señora mia, podeis moderar las lágrimas, cuando vuestro Hijo y Redentor nuestro está glorioso y triunfante en los cielos á la diestra de su eterno Padre. Y aunque no es razon olvidemos lo que padeció por los hombres, tambien es justo os alegreis con los bienes que se han seguido de su pasion y muerte.*

176. *Si despues que murió mi Hijo* (respondió María santísima) *le quieren crucificar otra vez los que le ofenden y niegan, y malogran el fruto inestimable de su sangre, justo es que yo llore, como quien conoce de su ardentísimo amor con los hombres, que padeciera por el remedio de cada uno lo que padeció por todos. Veo tan mal agradecido este amor inmenso, y la perdicion eterna de tantos que debian conocerle, que no es posible moderar mi dolor, ni tener vida, si no me la conserva el mismo Señor que me la dió. Ó hijos de Adan, formados á la imágen de mi Hijo y de mi Señor, ¿en qué pensais? ¿Dónde teneis el juicio y la razon para sentir vuestra desdicha, si perdeis á Dios eternamente?* Replicó san Juan: *Madre y Señora mia, si vuestro dolor es por los dos que han apostatado, bien sabeis que entre tantos hijos ha de haber infieles siervos; pues en nuestro apostolado prevaricó Judas en la misma escuela de nuestro Redentor y Maestro. Ó Juan* (respondió la Reina), *si Dios tuviera voluntad determinada de la perdicion de algunas almas, pudiera aliviar algo mi pena; pero aunque permite la condenacion de los réprobos, porque ellos se quieren perder, no era esta absoluta voluntad de la divina bondad, que á todos quisiera hacer salvos* [1], *si ellos con su libre albedrío no le resistieran; y á mi Hijo santísimo le costó sudar sangre el que no fuesen todos predestinados, y alcanzase con eficacia la que por ellos derramaba. Y si ahora en el cielo pudiera tener dolor de cualquiera alma que se pierde, sin duda le tuviera mayor que de padecer por ella. Pues yo, que conozco esta verdad y vivo en carne pasible, razon es que sienta lo que mi Hijo tanto desea y no se consigue.* Con estas y otras razones de la Madre de misericordia se movió san Juan á lágrimas y llanto, en que la acompañó grande rato.

[1] I Tim. II, 4.

Doctrina que me dió la reina del cielo María santísima.

177. Hija mia, pues en este capítulo con particularidad has entendido el incomparable dolor y amargura con que yo lloré la perdicion de las almas ajenas; de aquí conocerás lo que debes hacer por la tuya y por ellas, para imitarme en la perfeccion que yo de tí quiero. Ningun tormento, ni la misma muerte rehusara yo, si fuera necesario para remediar á cualquiera de los que se condenan, y lo reputara por descanso en mi ardentísima caridad. Pues ya que tú no mueras con este dolor, por lo menos no excuses el padecer todo lo que el Señor ordenare por esta causa, y tampoco el pedir por ellas y trabajar con todas tus fuerzas para excusar en tus hermanos cualquiera culpa, si pudieras atajarla; y cuando no luego la consigas, ni conozcas que te oye el Señor, no por esto pierdas la confianza, sino avívala y persevera, que esta porfía nunca puede desagradarle, pues desea él, mas que tú, la salvacion de todos sus redimidos. Y si todavía no fueres oida ni alcanzares lo que pides, aplica los medios que la prudencia y la caridad pidieren, y vuelve á pedir con nueva instancia; que siempre se obliga el Altísimo de esta caridad con el prójimo, y del amor que obliga á impedir el pecado de que se ofende. No quiere la muerte del pecador [1]; y como has escrito, no tuvo por sí voluntad absoluta y antecedente de perder á sus criaturas, antes las quisiera salvar á todas, si ellas no se perdieran; y aunque lo permite por su justicia, permite lo que le es de su desagrado por la condicion libre de los hombres. No te encojas en estas peticiones; mas las que fueren de cosas temporales preséntalas, y pídele haga su voluntad santa en lo que conviene.

178. Y si por la salvacion de tus hermanos quiero que trabajes con tanto fervor de caridad, considera lo que debes hacer por la tuya, y en qué estimacion has de tener tu propia alma, por quien se ofreció infinito precio. Quiérote amonestar como Madre, que cuando la tentacion y pasiones te inclinaren á cometer alguna culpa, por levísima que sea, te acuerdes del dolor y lágrimas que me costó el saber los pecados de los mortales y desear impedirlos. No quieras tú, carísima, darme la misma causa; que si bien no puedo ahora recibir aquella pena, por lo menos me privarás del gozo accidental que recibiré de que habiéndome dignado de ser tu Madre y Maestra para gobernarte como á hija y discípula, salgas perfecta, como

[1] Ezech. XXXIII, 11.

enseñada en mi escuela. Y si en esto fueres infiel, frustrarás muchos deseos mios de que en todas tus obras seas agradable á mi Hijo santísimo, y le dejes cumplir en tí su voluntad santa con toda plenitud. Pondera, con la luz infusa que recibes, cuán graves serian tus culpas, si alguna cometieres despues de hallarte tan beneficiada y obligada del Señor y de mí. No te faltarán peligros y tentaciones en lo que tuvieres de vida; mas en todas te acuerda de mi enseñanza, de mis dolores y lágrimas, y sobre todo de lo que debes á mi Hijo santísimo, que tan liberal es contigo en favorecerte y aplicarte el fruto de su sangre, para que en tí halle retorno y agradecimiento.

CAPÍTULO XI.

Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba á los nuevos fieles; y lo que hizo con san Estéban en su vida y muerte; y otros sucesos.

Ciencia que se le dió á María correspondiente al ministerio de Madre y Maestra de la Iglesia.—Caridad que tuvo en correspondencia á esta ciencia.—Órden de su caridad interior en correspondencia á los méritos de los sujetos.—Gobierno de las demostraciones exteriores para excusar las emulaciones y envidia.—Cuán importante fue esta enseñanza para los Prelados de la Iglesia, y para los que reciben singulares dones divinos.—No por esto faltaba á la veneracion exterior que se debia á cada uno segun la dignidad ó ministerio que tenia.—Prudentísima igualdad del amor exterior de María á los fieles sin que á nadie tuviese querelloso.—No quiso distribuir oficios ni interceder por alguno para que se lo diesen.—Ejemplo de humildad que con esto dejó para que nadie presuma gobernar por sí lo que requiere consejo.—Mengua de virtud que trae consigo el interceder para que otros consigan cosas temporales.—No por esto negaba la prudentísima Vírgen su consejo y direccion para las acciones que la consultaban.—Especial amor que tuvo María á san Estéban desde que comenzó á seguir á Cristo.—Condiciones que tenia san Estéban para ser amado especialmente de la Vírgen.—Cómo correspondia san Estéban á los favores de Cristo y su Madre.—Devocion que tuvo siempre á la Madre de Dios.—Palabras proféticas con que previno María á Estéban para el martirio.—Cuánto inflamó este aviso en el deseo del martirio al corazon de Estéban.—Encendido en este deseo por las palabras de María, se señaló tanto en la predicacion y disputas.—Temor que tuvo el demonio de que san Estéban consiguiese públicamente el martirio.—Persuadió á los mas pérfidos judíos que le diesen ocultamente la muerte.—Medios con que le libró la Madre de Dios.—En tres ocasiones le sacó por medio de un Ángel de una casa donde le querian ahogar.—Otras veces le avisaba con el Ángel del peligro.—Otras le detenia en el cenáculo, sabiendo le aguardaban para matarlo de noche.—Querellábase amorosamente Estéban á María, viendo que le libraba tantas

veces de el deseado martirio.—Palabras amorosas con que le consolaba María de la dilacion.—Santidad y eminente perfeccion de san Estéban que le mereció ser el primer mártir despues de Cristo.—Rencilla que se levantó entre los fieles griegos y hebreos.—Declárase sobre qué fue, y cuál era el ministerio cotidiano.—Medio que dieron los Apóstoles para componer la diferencia.—Eleccion de los siete varones y su ministerio.—Fue el primero y principal Estéban.—Como extinguió el Santo la rencilla.—Acusacion de san Estéban que hicieron los pérfidos judíos.—Sermon que hizo el Santo respondiendo.—Envió María uno de sus Ángeles que de su parte animase á Estéban para el conflicto.—Respuesta de san Estéban á la Madre de Dios.—Deseo de María de asistir personalmente á san Estéban en su conflicto.—Como lo aceptó el Señor y dispuso se cumpliese.—Llevaron los Ángeles á María en una refulgente nube al tribunal donde estaban examinando á san Estéban.—Solo Estéban vió la maravilla.—Cuánto se encendió en amor divino y celo con este favor.—Reverberaban en el rostro de Estéban los resplandores que tenia María.—Vieron esta maravilla del rostro de san Estéban los judíos.—Por qué no se les ocultó.—Ocultóseles la causa, y por qué no la declaró san Lucas.—Oficios que hizo en esta visita la Madre de Dios con Estéban, y su feliz logro.—Aparecimiento de Cristo á san Estéban abriéndose los cielos.—Dióle María su bendicion, y se despidió dél cuando comenzó el ímpetu de los judíos.—Envió unos Ángeles con Estéban, y otros la volvieron al cenáculo.—Vision que tuvo María del martirio de san Estéban y sus circunstancias.—Compasion y gozo de María en ella.—Acompañó María á Estéban en la oracion que hizo por los que le martirizaban.—Los Ángeles de María llevaron el alma de Estéban á la gloria.—Recibimiento que le hizo Cristo.—Gloria accidental que hubo aquel dia en todos los ciudadanos del cielo.—Superior gloria de san Estéban.—Tuvo María vision de todo.—Dia y año del martirio de san Estéban, y su edad cuando murió.—Concurrió el nacimiento y muerte de san Estéban en el mismo dia que hace su fiesta la Iglesia.—Desde este dia tomó por su cuenta Saulo el perseguir la Iglesia.—Causa por que los hombres terrenos animales hacen tan desigual y bajo concepto de los misterios divinos.—Debe el alma hacer digno aprecio y ponderacion dello para su enseñanza.—En la variedad de penas y consuelos con que estuvo tejida la vida de María ha de conocer que debe ser así la propia.—En la igualdad con que gobernaba los hijos de la Iglesia han de tomar doctrina de gobernar los Prelados.—Cuántos males se evitarian tomándola.—En la misma forma se debe tomar doctrina en las demás obras de la Madre de Dios.

179. Al ministerio de Madre y Maestra de la santa Iglesia, que dió el Señor á María santísima, era consiguiente darla ciencia y luz proporcionada á tan alto oficio, para que con ella conociera á todos los miembros de aquel cuerpo místico, cuyo gobierno espiritual le tocaba, y á cada uno le aplicase la doctrina y magisterio conforme á su grado, condicion y necesidad. Este beneficio recibió nuestra Reina con tanta plenitud y abundancia de sabiduría y ciencia divina, como se colige de todo el discurso que voy escribiendo. Conocia á

todos los fieles que entraban en la Iglesia, penetraba sus naturales inclinaciones, el grado de gracia y virtudes que tenian, el mérito de sus obras, sus fines, y principios de cada uno; y nada ignoraba de toda la Iglesia, salvo si alguna vez le ocultaba el Señor por algun tiempo algun secreto, que despues venia á conocer cuando convenia. Y toda esta ciencia no era estéril y desnuda, sino que le correspondia igual participacion de la caridad de su Hijo santísimo, con que amaba á todos, como los miraba y conocia. Y como juntamente conocia tambien el sacramento de la voluntad divina, con toda esta sabiduría dispensaba en medida y peso los afectos de la caridad interior; porque ni daba mas al que se le debia menos, ni menos al que merecia ser mas amado y estimado; defecto en que muy de ordinario incurrimos los ignorantes hijos de Adan, aun en lo que nos parece justificado.

180. Pero la Madre del amor concertado y de la ciencia no pervertia el órden de la justicia distributiva trocando los afectos [1]; porque los dispensaba á la luz del Cordero que la iluminaba y gobernaba, para que de su amor interior diese á cada uno lo que se le debia, mas ó menos; aunque para todos en esto era Madre piadosísima, amantísima, sin tibieza, escasez ni olvido. Pero en los efectos y demostraciones exteriores se gobernaba por otras reglas de suma prudencia, atendiendo á excusar la singularidad en el trato y gobierno de todos, y evitar los leves achaques con que se engendran emulaciones y envidias en las comunidades, familias y en todas las repúblicas, donde hay muchos que vean y juzguen las acciones públicas. Natural y comun pasion es en todos desear ser estimados y queridos, y mas de los que son poderosos; y apenas se hallará alguno que no presuma de sí mismo tiene tantos méritos como el otro para ser tan favorecido y aun mas. Esta dolencia no perdona á los mas altos en estado, ni aun en virtud, como se vió en el colegio apostólico, que por alguna particular señal, que les despertó la sospecha, se movió luego entre ellos la cuestion de la precedencia y superior dignidad en el colegio sagrado, y se la propusieron á su Maestro [2].

181. Para prevenir y excusar estas rencillas era advertidísima la gran Reina en ser muy igual y uniforme en los favores y demostraciones que hacia con todos á vista de la Iglesia. Y no solo fue esta doctrina digna de tal Maestra, pero muy necesaria en los principios de su gobierno; así para que quedase establecida en la Igle-

[1] Cant. II, 4. — [2] Matth. XVIII, 1.

sia para los prelados que en ella habian de gobernar, como porque en aquellos felicísimos principios resplandecian con milagros y otros dones divinos todos los Apóstoles y discípulos, y otros fieles, como en los últimos siglos se señalan muchos en ciencia y letras adquiridas. Y convenia enseñar á todos, que ni por aquellos grandes dones, ni por estos menores, ninguno se levantase en vana presuncion, ni se juzgase por digno de ser mas honrado y favorecido de Dios y de su Madre santísima en las cosas exteriores. Bástele al justo que sea amado del Señor y esté en su amistad; y al que no lo es, no le será de provecho el beneficio de la honra y estimacion visible.

182. Mas no por este recàto faltaba la gran Reina á la veneracion y honor que de justicia se debia á cada uno de los Apóstoles y fieles por la dignidad ó ministerio que tenia; porque en esta veneracion tambien era dechado para todos de lo que debian hacer en las cosas de obligacion: como en el recato enseñaba la templanza en las que eran voluntarias y sin esta deuda. Fue tan admirable y prudente en todo esto nuestra gran Reina, que jamás tuvo querelloso alguno de los fieles que la trataban; ni pudo con razon, ni aparente, negarle alguno la estimacion y respeto; antes todos la amaban y bendecian, y se hallaban llenos de gozo y deudores á sus favores y piedad maternal. Ninguno pudo tener sospecha de que le faltaria á su necesidad, ni le negaria el consuelo en ella. Ninguno conoció que á él le desestimase, y á otro favoreciese ó amase mas que á él, ni les daba motivo de hacer en esto alguna comparacion. Tanta fue la discrecion y sabiduría de esta Reina, y tan ajustadas ponia las balanzas del amor exterior en el fiel de la prudencia. Sobre todo eso no quiso por sí misma distribuir oficios ni las dignidades que se repartian entre los fieles, ni interceder por alguno para que se le diese. Todo lo remitia al parecer y votos de los Apóstoles, cuyo acierto alcanzaba ella del Señor en su secreto.

183. Obligábala tambien para obrar tan sábiamente su profundísima humildad, con que la enseñaba á todos; pues conocian era Madre de la sabiduría, y que nada ignoraba ni podia errar en lo que hiciese. Mas con todo eso quiso dejar este raro ejemplo en la santa Iglesia, para que nadie presumiese de su propia ciencia, prudencia ó virtud, y menos en materias graves; pero todos entendiesen que el acierto está vinculado á la humildad y al consejo, y la presuncion al propio dictámen, cuando hay obligacion de no obrar solo con él. Conocia asimismo que el interceder y favorecer á otros

con cosas temporales trae consigo algun dominio presuntuoso, y mayor le tiene recibir de voluntad los agradecimientos que hacen aquellos que son favorecidos y beneficiados. Todas estas desigualdades y menguas de la virtud eran muy ajenas de la suprema santidad de nuestra divina Maestra; y por eso nos enseñó con su vivo ejemplo el modo de gobernar nuestras obras para no defraudar el mérito ni impedir la mayor perfeccion. De tal manera procedia en este recato, que no por él negaba el consejo á los Apóstoles y la direccion de sus oficios y acciones, en que muy frecuentemente la consultaban; lo mismo hacia con los demás discípulos y fieles de la Iglesia, porque todo lo obraba con plenitud de sabiduría y caridad.

184. Entre los Santos que fueron muy dichosos en merecer especial amor de la gran Reina del cielo, fue uno san Estéban, que era de los setenta y dos discípulos; porque desde el principio que comenzó á seguir á Cristo nuestro Salvador, le miró María santísima con especialísimo afecto entre los demás, dándole el primero ó de los primeros lugares en su estimacion. Conoció luego que este Santo era elegido por el Maestro de la vida para defender su honra y santo nombre, y dar la vida por él. Á mas de esto el invicto Santo era de condicion suave, apacible y dulce; y sobre este buen natural le hizo la gracia mucho mas amable para todos, y mas dócil para toda santidad. Era esta condicion muy agradable para la dulcísima Madre; y cuando hallaba alguno de este natural blando y pacífico, solia decir que aquel se asimilaba mas á su Hijo santísimo. Por estas condiciones, y las heróicas virtudes que conocia en san Estéban, le amaba tiernamente, dábale muchas bendiciones, y al Señor gracias, porque le habia criado, llamado y escogido para primicias de sus Mártires; y con la estimacion prevista de su martirio le amaba mucho en su interior, porque su Hijo santísimo le habia revelado aquel secreto.

185. El dichoso Santo correspondia con fidelísima atencion y veneracion á los beneficios que recibia de Cristo nuestro Salvador y su beatísima Madre; porque no solo era pacífico, sino humilde de corazon, y los que con verdad lo son oblíganse mucho de los beneficios, aunque no sean tan grandes como los que el santo discípulo Estéban recibia. Concibió siempre altísimamente de la Madre de misericordia, y solicitaba su gracia con este aprecio y ferventísima devocion. Preguntábale muchas cosas misteriosas; porque era muy sábio, lleno del Espíritu Santo y de fe, como san Lucas lo di-

ce [1]. La gran Maestra le respondia á todas sus preguntas, le confortaba y animaba, para que invictamente volviese por la honra de Cristo. Y para confirmarle mas en su gran fe, le previno María santísima el martirio, y le dijo: *Vos, Estéban, seréis el primogénito de los Mártires que engendrará mi Hijo santísimo y mi Señor con el ejemplo de su muerte; y seguiréis sus pasos como esforzado discípulo á su maestro, y soldado animoso á su capitan; en la milicia del martirio llevaréis el estandarte de la cruz. Para esto conviene que os armeis de fortaleza con el escudo de la fe, y creed que la virtud de el Altísimo os asistirá en vuestro conflicto.*

186. Este aviso de la Reina de los Ángeles inflamó tanto el corazon de san Estéban con el deseo del martirio, cuanto se colige de lo que se refiere dél en los Actos apostólicos, donde no solo se dice estaba lleno de gracia y fortaleza, y que obraba grandes prodigios y maravillas en Jerusalen; pero despues de los apóstoles san Pedro y san Juan, de ninguno otro se dice disputase con los judíos, y los confundiese antes que san Estéban [2], á cuya sabiduría y espíritu no podian resistir, porque con intrépido corazon les predicaba, redargüia y reprehendia, señalándose en este esfuerzo antes y mas que otros discípulos. Todo esto hacia san Estéban encendido en el deseo del martirio que la gran Señora le aseguró conseguiria. Y como si otro le hubiera de ganar de mano esta corona, se ofrecia ante todos los demás á las disputas con los rabinos y maestros de la ley de Moisés, y anhelaba por las ocasiones de defender la honra de Cristo, por la cual sabia que habia de poner su vida. La atencion maligna del dragon infernal, que llegó á conocer el deseo de san Estéban, convirtió contra él su saña, y pretendió impedir los pasos del invicto discípulo para que no llegara á conseguir público martirio en testimonio de la fe de Cristo nuestro bien. Y para atajarlo incitó á los judíos mas incrédulos que diesen la muerte á san Estéban ocultamente. Atormentó á Lucifer la virtud y esfuerzo que reconoció en san Estéban, y temió que con ella haria grandes obras en vida y muerte, acreditando la fe y doctrina de su Maestro. Y con el odio que los judíos tenian contra el santo discípulo fácilmente los persuadió á que en secreto le quitasen la vida.

187. Intentáronlo muchas veces en el poco tiempo que pasó desde la venida del Espíritu Santo hasta el martirio del Santo. Pero la gran Señora del mundo, que conocia la malicia y enredos de Lucifer y de los judíos, libró á san Estéban de todas sus asechan-

[1] Act. VI, 8. — [2] Ibid. 9.

zas, hasta que fue tiempo oportuno de morir apedreado, como diré luego. En tres ocasiones envió la Reina uno de sus Ángeles que le asistian, para que sacase á san Estéban de una casa donde le pretendian quitar la vida ahogándole. Y el santo Ángel le sacó de este peligro invisiblemente para los judíos que le buscaban; aunque no para el Santo, que le vió, y conoció que le llevaba al cenáculo y le presentaba á su Reina y Señora. Otras veces le avisaba con el mismo Ángel para que no fuese á tal calle ó casa, donde le esperaban para acabar con él. Otras veces la gran Madre le detuvo para que no saliese del cenáculo; porque conocia que le acechaban para matarle. Y no solo le esperaron algunas noches á la salida del cenáculo para ir á su posada; pero en otras casas le pusieron las mismas asechanzas y traiciones. Porque san Estéban (como he dicho) con su ardiente celo acudia al consuelo de muchos fieles necesitados, y no solo no temia los peligros y ocasiones para morir, mas antes las deseaba y solicitaba. Y como no sabia para cuándo le guardaba el Señor esta gran felicidad, y veia que tantas veces le libraba de los peligros la beatísima Madre, solia amorosamente querellarse con ella, y la decia: *Señora y amparo mio, pues ¿cuándo ha de llegar el dia y la hora en que yo pague á mi Dios y Maestro la deuda de mi vida, sacrificándome para la honra y gloria de su santo nombre?*

188. Eran para María santísima estas querellas del amor de Cristo en su siervo Estéban de incomparable júbilo; y con maternal y dulce afecto solia responderle: *Hijo mio y siervo fidelísimo del Señor, ya llegará el tiempo determinado por su altísima sabiduría, y no se hallarán frustradas vuestras esperanzas. Trabajad ahora lo que os resta en su santa Iglesia, que segura tendréis la corona de vuestro nombre; y dadle gracias continuamente al Señor que os la tiene prevenida.* Era la pureza y santidad de san Estéban nobilísima y de eminente perfeccion, de manera que los demonios no podian llegar á él de mucha distancia; y por esto muy amado de Cristo y de su Madre santísima. Ordenáronle los Apóstoles de diácono. Y antes de ser mártir, era su virtud y santidad muy heróica; con que mereció ser el primero que despues de la pasion ganó la palma á todos. Y para manifestar mas la santidad de este grande y primero Mártir, añadiré aquí lo que he entendido, conforme á lo que refiere san Lucas en el capítulo VI de los Hechos apostólicos.

189. Levantóse una rencilla en Jerusalen entre los fieles convertidos; porque los griegos se quejaban contra los hebreos, de que en el ministerio y servicio cotidiano de los convertidos no eran ad-

mitidas las viudas de los griegos, como lo eran las de los hebreos [1]. Los unos y los otros eran judíos israelitas, aunque se llamaban griegos los que habian nacido en Grecia, y hebreos los que eran naturales de Palestina; y en esto se fundaba la querella de los griegos. Este ministerio cotidiano era la administracion y distribucion de las limosnas y ofrendas que se gastaban en sustentar á los fieles. El cual ministerio se encargó á seis varones aprobados y de satisfacion, como queda dicho en el capítulo VII, y se ordenó así por consejo de María santísima, como allí se dijo [2]. Pero creciendo el número de los creyentes fue necesario señalar tambien algunas mujeres viudas y de edad madura, para que trabajasen en el mismo ministerio, y cuidasen del sustento de los fieles, en particular de las otras mujeres y enfermos; y gastaban con ellos lo que les daban los seis dispenseros ó limosneros señalados. Estas viudas eran de los hebreos. Y pareciéndoles á los griegos que era poca confianza de las suyas no admitirlas ni ocuparlas en este ministerio, se querellaron ante los Apóstoles de este agravio.

190. Para componer esta diferencia, el colegio apostólico hizo juntar la multitud de los fieles, y les dijeron: *No es justo que nosotros dejemos la predicacion de la palabra de Dios para acudir á la sustentacion de los hermanos que vienen á la fe. Elegid vosotros á siete varones de vosotros mismos, que sean hombres sábios y llenos de Espíritu Santo, y á estos encargarémos el cuidado y gobierno de todo esto, para que nosotros nos ocupemos en la oracion y predicacion. Y á ellos acudiréis con las dudas ó diferencias que se ofrecieren sobre la comida de los creyentes* [3]. Aprobaron todos este parecer, y sin diferencia de naciones eligieron siete que refiere san Lucas; y el primero y principal fue san Estéban, cuya fe y sabiduría era conocida de todos. Estos siete quedaron por superintendentes de los seis primeros y de las viudas que administraban, sin excluir á las griegas mas que á otras; porque no atendian á la condicion de las naciones, sino á la virtud de cada una. Quien mas hizo en componer esta discordia fue san Estéban, que con su admirable sabiduría y santidad extinguió luego la rencilla de los griegos, y facilitó á los hebreos, para que todos se conviniesen como hijos de Cristo nuestro Salvador y Maestro, y procediesen con sinceridad y caridad, sin parcialidades ni acepcion de personas, como lo hicieron por lo menos los meses que él vivió.

191. Mas no por esta ocupacion dejó san Estéban la predicacion

[1] Act. VI, 1. — [2] Supr. n. 107, 109. — [3] Act. VI, à v. 2.

y disputas con los judíos incrédulos. Y como ni le podian dar la muerte en secreto, ni resistir su sabiduría en público, vencidos del mortal odio buscaron testigos falsos contra él [1]. Acusáronle de blasfemo contra Dios y contra Moisés, y que no cesaba de hablar contra el templo santo y contra la ley, y que aseguraba que Jesús Nazareno habia de destruir lo uno y lo otro. Y como los testigos falsos contestasen todo esto, y el pueblo se alterase con las falsedades que para esto le imputaron, echaron mano de san Estéban, y le llevaron á la sala donde estaban los sacerdotes como jueces de la causa. El presidente le tomó su confesion delante de todos [2]; en cuya respuesta habló el Santo con altísima sabiduría, probando con las antiguas Escrituras que Cristo era el Mesías verdadero y prometido en ellas; y por conclusion del sermon los reprehendió de su dureza y incredulidad con tanta eficacia, que como no hallaban qué responder, se taparon los óidos y rechinaban los dientes contra él.

192. Tuvo noticia la Reina del cielo de la prision de san Estéban; y al punto le envió uno de sus Ángeles, antes que llegase á las disputas con los pontífices, que de su parte le animase para el conflicto que le esperaba. Con el mismo Ángel le respondió san Estéban que iba lleno de gozo á confesar la fe de su Maestro, y con esfuerzo de corazon para dar la vida por ella, como siempre lo habia deseado, y que le ayudase su Majestad en aquella ocasion como Madre y Reina clementísima, y que solo llevaba de pena no haber podido pedirla su bendicion para morir con ella como deseaba, y que se la diese desde su retiro. Estas últimas razones movieron á compasion las maternales entrañas de María santísima sobre el amor y aprecio que hacia de san Estéban; y deseaba la gran Señora asistirle personalmente en aquella ocasion donde el Santo habia de volver por la honra de su Dios y Redentor, y ofrecer la vida en su defensa. Ofrecíansele á la prudente Madre las dificultades que habia en salir por las calles de Jerusalen en tiempo que estaba alborotada, y no menos en hablar á san Estéban y hallar oportunidad para esto.

193. Postróse en oracion pidiendo el favor divino para su amado discípulo; y presentó al Señor el deseo que tenia de favorecerle en aquella última hora. Y la clemencia del muy alto, que siempre está atento á las peticiones y deseos de su Esposa y Madre, y queria tambien hacer mas preciosa la muerte de su fiel siervo y discípulo Estéban, envió desde el cielo nueva multitud de Ángeles que juntos con los de María santísima la llevasen luego donde estaba el

[1] Act. VI, à v. 11. — [2] Ibid. VII, à v. 1.

Santo. Ejecutóse al punto como el Señor lo mandaba; y los santos Ángeles pusieron á su Reina en una refulgente nube, y la llevaron al tribunal donde san Estéban estaba, y el sumo sacerdote le acababa de examinar en los cargos que le hacian. Esta vision fue oculta para todos, fuera de san Estéban, que vió á la gran Reina delante de sí mismo en el aire llena de divinos resplandores y de gloria; y vió tambien á los Ángeles que la tenian en la nube. Este incomparable favor encendió de nuevo la llama del amor divino y el ardiente celó de la honra de Dios en su defensor Estéban. Y á mas del nuevo júbilo que recibió con la vista de María santísima, sucedió tambien, que de los resplandores que tenia la gran Reina, como herian el rostro de san Estéban, reverberaban en él, causándole una admirable claridad y hermosura.

194. De esta novedad resultó la atencion con que san Lucas en el capítulo VI de los Hechos apostólicos dice [1] que miraron á san Estéban los judíos que estaban en aquella sala ó tribunal, que vieron su cara como de un Ángel; porque sin duda lo parecia, mas que de hombre. Y no quiso ocultar Dios este efecto de la presencia de su Madre santísima, para que fuese mayor la confusion de aquellos pérfidos judíos, si con un milagro tan patente no se reducian á la verdad que san Estéban les predicaba. Pero no conocieron la causa de aquella hermosura sobrenatural de san Estéban; porque ni eran dignos de conocerla, ni convenia entonces manifestarla; y por esta razon tampoco la declaró san Lucas. Habló María santísima á san Estéban palabras de vida y de admirable consuelo; y le asistió dándole bendiciones de suavidad y dulzura, y orando por él al eterno Padre para que de nuevo le llenase de su divino espíritu en aquella ocasion. Todo se cumplió como la Reina lo pidió, como lo manifiesta el invencible esfuerzo y sabiduría con que san Estéban habló á los príncipes de los judíos, y probó la venida de Cristo por Salvador y Mesías, comenzando el discurso desde la vocacion de Abrahan hasta los reyes y profetas del pueblo de Israel, con testimonios irrefragables de todas las antiguas Escrituras.

195. Al fin de este sermon, por las oraciones de la Reina que estaba presente, y en premio del invicto celo de san Estéban, se le apareció nuestro Salvador desde el cielo, abriéndose para esto, y manifestándose Jesús en pié á la diestra de la virtud del Padre, como quien asistia al Santo en su batalla y conflicto para ayudarle. Alzó los ojos san Estéban, y dijo: *Mirad que veo abiertos los cielos*

[1] Act. VI, 15.

y su gloria, y en ella veo á Jesús á la diestra del mismo Dios[1]. Pero la dura perfidia de los judíos tuvo estas palabras por blasfemia, y cerraron los oidos para no oirlas. Y como la pena del blasfemo, segun la ley, era que muriese apedreado, mandaron ejecutarla en san Estéban. Entonces acometieron todos á él, como lobos, para sacarle de la ciudad con grande ímpetu y alboroto. Y cuando esto se comenzaba á ejecutar, le dió su bendicion María santísima; y animándole se despidió del Santo con grande caricia, y mandó á todos los Ángeles de su guarda le acompañasen y asistiesen en su martirio hasta presentar su alma en la presencia del Señor. Y solo un Ángel de los que asistian á María santísima, con los demás que descendieron del cielo para llevarla á la presencia de san Estéban, la volvieron al cenáculo.

196. Desde allí vió la gran Señora por especial vision todo el martirio de san Estéban y lo que en él sucedia[2]; como lo llevaban fuera de la ciudad con gran violencia y vocería, dándole por blasfemo y digno de muerte; como Saulo era uno de los que mas concurrian en ella, y como celoso de la ley de Moisés guardaba los vestidos de todos los que se ahorraron dellos para apedrear á san Estéban; como le herian las piedras que llovian sobre él; y que algunas quedaban fijas en la cabeza del Mártir, engastadas con el esmalte de su sangre. Grande fue y muy sensible la compasion que nuestra Reina tuvo de tan crudo martirio; pero mayor el gozo de que san Estéban le consiguiese tan gloriosamente. Oraba con lágrimas la piadosa Madre, para no faltarle desde su oratorio; y cuando el invicto Mártir se reconoció cerca de espirar, dijo: *Señor, recibid mi espíritu*[3]. Y luego con alta voz puesto de rodillas añadió diciendo: *Señor, no les imputeis á estos hombres este pecado*[4]. En estas peticiones le acompañó tambien María santísima, con increible júbilo de ver que el fiel discípulo imitaba tan ajustadamente á su Maestro, orando por sus enemigos y malhechores, y entregando su espíritu en manos de su Criador y Reparador.

197. Espiró san Estéban oprimido y herido de las pedradas de los judíos, quedando ellos mas endurecidos en su perfidia. Y al punto llevaron los Ángeles de la Reina aquella purísima alma á la presencia de Dios, para ser coronada de honor y gloria eterna. Recibióla Cristo nuestro Salvador con aquellas palabras de su Evangelio y doctrina: *Amigo, asciende mas arriba*[5]; *ven á mí, siervo fiel; que si*

[1] Act. VII, 55. — [2] Ibid. 57. — [3] Ibid. 58. — [4] Ibid. 59.
[5] Luc. XIV, 10.

en lo poco y breve lo fuiste, yo te premiaré con abundancia [1], *y te confesaré delante de mi Padre por mi fiel siervo y amigo; porque tú me confesaste delante de los hombres* [2]. Todos los Ángeles, Patriarcas, Profetas, y todos los demás recibieron especial gozo accidental aquel dia, y dieron el parabien al invicto Mártir, reconociéndole por primicias de la pasion del Salvador, y capitan de los que despues de su muerte le seguirian por el martirio. Fue colocada aquella alma felicísima en lugar de gloria muy superior y cercana á la santísima humanidad de Cristo nuestro Salvador. La beatísima Madre participaba de este gozo por la vision que de todo tenia; y en alabanza del Altísimo hizo cánticos y loores con los Ángeles. Los que volvieron del cielo dejando allá á san Estéban, la dieron gracias por los favores que habia hecho al Santo, hasta colocarle en la felicidad eterna de que gozaba.

198. Murió san Estéban á los nueve meses despues de la pasion y muerte de Cristo nuestro Redentor, á veinte y seis de diciembre, el mismo dia que la santa Iglesia celebra su martirio, y aquel dia cumplia treinta y cuatro años de edad, y tambien era el año treinta y cuatro del nacimiento de nuestro Salvador, ya cumplido, un dia entrado el año de treinta y cinco. De manera que san Estéban nació tambien otro dia despues del nacimiento del Salvador, y solo tuvo san Estéban de mas edad los nueve meses que pasaron de la muerte de Cristo hasta la suya; pero en un dia concurrió su nacimiento y su martirio; y así se me ha dado á entender. La oracion de María santísima y la de san Estéban merecieron la conversion de Saulo, como adelante dirémos [3]. Y para que fuese mas gloriosa permitió el Señor que el mismo Saulo desde este dia tomase por su cuenta perseguir la Iglesia y destruirla, señalándose sobre todos los judíos en la persecucion que se movia despues de la muerte de san Estéban, por haber quedado indignados contra los nuevos creyentes, como diré en el capítulo siguiente. Recogieron los discípulos el cuerpo del invicto Mártir [4], y le dieron sepultura con grande llanto, por haberles faltado un varon tan sábio, y defensor de la ley de gracia. Y en su relacion me he alargado algo, por haber conocido la insigne santidad de este primer Mártir, y por haber sido tan devoto y favorecido de María santísima.

[1] Matth. xxv, 21, 23. — [2] Ibid. x, 32. — [3] Infr. n. 263.
[4] Act. viii, 2.

Doctrina que me dió la gran Reina de los Ángeles.

199. Hija mia, los misterios divinos, representados y propuestos á los sentidos terrenos de los hombres, suenan poco en ellos, cuando los hallan advertidos y acostumbrados á las cosas visibles, y cuando el interior no está puro, limpio y despejado de las tinieblas del pecado; porque la capacidad humana, que por sí misma es pesada y corta para levantarse á cosas altas y celestiales, si á mas de su limitada virtud se embaraza toda en atender y amar lo aparente, aléjase mas de lo verdadero, y acostumbrada á la oscuridad se deslumbra con la luz. Por esta causa los hombres terrenos y animales hacen tan desigual y bajo concepto de las obras maravillosas del Altísimo [1], y de las que yo tambien hice y hago cada dia por ellos. Huellan las margaritas, y no distinguen el pan de los hijos del grosero alimento de los brutos irracionales. Todo lo que es celestial y divino les parece insípido; porque no les sabe al gusto de los deleites sensibles, y así están incapaces para entender las cosas altas y aprovecharse de la ciencia de vida y pan de entendimiento que en ellas está encerrado.

200. Pero el Altísimo ha querido, carísima, reservarte de este peligro, y te ha dado ciencia y luz, mejorando tus sentidos y potencias, para que habilitadas y avivadas con la fuerza de la divina gracia, sientas y juzgues sin engaño de los misterios y sacramentos que te manifiesto. Y aunque muchas veces te he dicho que en la vida mortal no los penetrarás, ni pesarás enteramente; mas debes y puedes segun tus fuerzas hacer digno aprecio de ellos para tu enseñanza y imitacion de mis obras. En la variedad ó contrariedad de penas y desconsuelos con que estuvo tejida toda mi vida, aun despues que estuve con mi Hijo santísimo á su diestra en el cielo, y volví al mundo, entenderás que la tuya, para seguirme como á Madre, ha de ser de la misma condicion, si quieres ser dichosa y mi discípula. En la prudente y igual humildad, con que gobernaba á los Apóstoles y á todos los fieles sin parcialidad ni singularidad, tienes forma para saber como has de proceder en el gobierno de tus súbditas con mansedumbre, con modestia, con severidad humilde, y sobre todo sin aceptacion de personas, y sin señalarte con alguna en lo que á todas es debido y puede ser comun. Esto facilita la verdadera caridad y humildad de los que gobiernan; porque si obra-

[1] I Cor. II, 14.

sen con estas virtudes, no serian tan absolutos en el mandar, ni tan presuntuosos de su propio parecer, ni se pervertiria el órden de la justicia con tanto daño como hoy padece toda la cristiandad; porque la soberbia, la vanidad, el interés, el amor propio y de la carne y sangre se ha levantado con cási todas las acciones y obras del gobierno; con que se yerra todo, y se han llenado todas las repúblicas de injusticias y confusion espantosa.

201. En el celo ardentísimo que yo tenia de la honra de mi Hijo santísimo y Dios verdadero, y que se predicase y defendiese su santo nombre; en el gozo que recibia cuando en esto se iba ejecutando su voluntad divina, y se lograba en las almas el fruto de su pasion y muerte con dilatarse la santa Iglesia; los favores que yo hice al glorioso mártir Estéban, porque era el primero que ofrecia su vida en esta demanda; en todo esto, hija mia, hallarás grandes motivos de alabar al muy alto por sus obras divinas y dignas de veneracion y gloria, y para imitarme á mí, y bendecir á su inmensa bondad por la sabiduría que me dió para obrar en todo con plenitud de santidad en su agrado y beneplácito.

CAPÍTULO XII.

La persecucion que tuvo la Iglesia despues de la muerte de san Estéban; lo que en ella trabajó nuestra Reina; y como por su solicitud ordenaron los Apóstoles el Símbolo de la fe católica.

Persecucion que levantó contra la Iglesia, y singulares demostraciones que hizo en ella Saulo.—Causa oculta de esta persecucion.—Permitió el Señor que Lucifer viese á María cuando la llevaban los Ángeles á asistir á san Estéban.—Creyó el demonio acobardar á los fieles con los tormentos y muerte.—Plática que hizo Lucifer á sus demonios turbado con el triunfo de Estéban, y el favor que para él le hizo María.—Medio que arbitró con ánimo de destruir la Iglesia.—Encendió á los pérfidos judíos en furiosa envidia y engañoso celo de la ley de Moisés.—Diversos arbitrios que dieron los pérfidos para destruir la Iglesia irritados de los demonios.—Salieron por la persecucion de Jerusalen los discípulos, y quedaron con María los Apóstoles.—Oficios de piedad y veneracion que hizo María con el cuerpo y reliquias de san Estéban.—Introdujo María en la Iglesia que los fieles llevasen cada uno una cruz consigo.—Especial participacion de los divinos atributos que manifestó María en el cuidado de la Iglesia en esta y otras persecuciones.—Arrojó con su imperio á Lucifer y sus demonios al infierno, donde estuvieron encarcelados ocho dias.—En virtud de la exhortacion de María ningun Apóstol salió en esta persecucion de Jerusalen.—Alentó á los discípulos que salieron para que fuesen predicando á Cristo crucificado.—Enviábales los Ángeles para que los animasen y llevasen, cuando fuese ne-

cesario.—Como socorria á los moribundos y á las almas que iban al purgatorio.—Cuánto ayudó á los Apóstoles en sus cuidados y trabajos de esta persecucion.—Admirable serenidad del espíritu de María entre tantas ocupaciones.—Operaciones interiores y ejercicios que hacia en su retiro.—Participacion de las perfecciones divinas que renovaba en la soledad para las obras del gobierno de la Iglesia.—Razones que tuvo María para tratar de que se dispusiese el formar el Símbolo de la fe.—Para disponer este negocio tan importante perseveró María en oracion, ayunos y otros ejercicios por mas de cuarenta dias.—Oracion que hizo al Señor por él, y la luz de los Apóstoles para formarlo.—Bajó Cristo personalmente del cielo para responder á estas peticiones de su Madre.—Palabras amorosas que la dijo condescendiendo á sus ruegos.—Especiales favores que la hizo en esta visita.—Declaróla el Símbolo por los mismos términos que se habia de formar.—Razones de renovarla el Señor esta noticia.—Inspiracion divina que tuvieron Pedro y los demás Apóstoles para formar el Símbolo de la fe.—Dispusiéronse con diez dias de ayuno y oracion.—Plática que hizo san Pedro á los demás Apóstoles congregados en presencia de la Madre de Dios para formar el Símbolo.—Celebró para esta accion misa san Pedro, y comulgaron María y los Apóstoles.—Vino en esta ocasion otra vez el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en señales visibles.—Formacion del Símbolo de la fe.—Cuándo ordenaron este Símbolo los Apóstoles.—Aprobacion sensible que hizo dél el Espíritu Santo.—Protestacion de la santa fe, como se contiene en el Símbolo que hizo María en manos de san Pedro luego que se formó, en nombre suyo y de todos los hijos de la Iglesia.—Devocion que tuvo María al Símbolo de la fe despues que le formaron los Apóstoles.—Humildad y agradecimiento con que decia *nació de María Virgen*.—Á la intercesion de la Vírgen se debe la reverencia y frecuencia con que se reza en la Iglesia.—Cantábanla los Ángeles el *Credo* y *Ave María*.—Reverencia que hacian al nombre de *Jesús* y al de *María* al pronunciarlos.—Exhortacion á la reverencia con que se han de rezar el *Credo, Pater noster* y *Ave María*, y reprehension de la irreverencia con que se dicen.—Cuánto agrada á Dios la devocion á la doctrina cristiana.—Cuán reprehensible es conociendo lo que toca á la gloria de Dios y bien del alma no cuidar luego de ponerlo por obra.—Redarguicion desta tibieza con la diligencia en lo temporal.

203. El mismo dia que fue san Estéban apedreado y muerto, dice san Lucas [1], se levantó una gran persecucion contra la Iglesia que estaba en Jerusalen. Y señaladamente dice que Saulo la devastaba [2], inquiriendo por toda la ciudad á los seguidores de Cristo para prenderlos ó denunciarlos ante los magistrados, como lo hizo con muchos creyentes que fueron presos y maltratados, y algunos muertos en esta persecucion. Y aunque fue muy terrible por el odio que los príncipes de los sacerdotes tenian concebido contra todos los seguidores de Cristo, y porque Saulo se mostraba entre todos mas acérrimo defensor y emulador de la ley de Moisés, como él

[1] Act. VIII, 1. — [2] Ibid. 3.

mismo lo dice en la epístola *ad Galatas* [1]; pero tenia esta indignacion judáica otra causa oculta, que ellos mismos aunque la sentian en los efectos la ignoraban en su principio de donde se originaba.

203. Esta causa era la solicitud de Lucifer y sus demonios, que con el martirio de san Estéban se turbaron, alteraron y conmovieron con diabólica indignacion contra los fieles, y mas contra la Reina y Señora de la Iglesia María santísima. Permitióle el Señor á este dragon, para mayor confusion suya, que la viese cuando la llevaron los Ángeles á la presencia de san Estéban. Y de este beneficio tan extraordinario, y de la constancia y sabiduría de san Estéban, sospechó Lucifer que la poderosa Reina haria lo mismo con otros mártires que se ofrecerian á morir por el nombre de Cristo, ó que por lo menos ella les ayudaria y asistiria con su proteccion y amparo, para que no temiesen los tormentos y la muerte; mas se entregasen á ella con invencible corazon. Era este medio de los tormentos y dolores el que la diabólica astucia habia arbitrado para acobardar á los fieles, y retraerlos de la secuela de Cristo nuestro Salvador, pareciéndole que los hombres aman tanto su vida, y temen la muerte y los dolores, y mas cuanto mas violentos, que por no llegar á padecerlos y morir en ellos, negarian la fe y se retraerian de admitirla. Este arbitrio siguió siempre la serpiente, aunque en el discurso de la Iglesia le engañó con él su propia malicia, como le habia sucedido en la cabeza de los Santos, Cristo Señor nuestro, donde se engañó primero.

204. Pero en esta ocasion, como era al principio de la Iglesia, y se halló tan turbado el dragon con irritar á los judíos contra san Estéban, quedó confuso. Y cuando le vió morir tan gloriosamente, juntó á los demonios, y les dijo así: Turbado estoy con la muerte de este discípulo, y con el favor que ha recibido de aquella mujer nuestra enemiga; porque si esto hace con otros discípulos y seguidores de su Hijo, á ninguno podrémos vencer ni derribar con el medio de los tormentos y de la muerte; antes con el ejemplo se animarán á morir y padecer todos como su Maestro; y por el camino que intentamos destruirlos, venimos á quedar vencidos y oprimidos, pues, para tormento nuestro, el mayor triunfo y vitoria que pueden ganar de nosotros, es dar la vida por la fe que deseamos extinguir. Perdidos vamos por este camino; pero no hallo otro, ni atino con el modo de perseguir á este Dios humanado, á su Madre y seguidores. ¿Es posible que los hombres sean tan pródigos de la vi-

[1] Galat. I, 13.

da que tanto apetecen, y que sintiendo tanto el padecer se entreguen á los tormentos por imitar á su Maestro? Mas no por eso se aplaca mi justa indignacion. Yo haré que otros se ofrezcan á la muerte por mis engaños, como lo hacen estos por su Dios. Y no todos merecerán el amparo de aquella Mujer invencible, ni todos serán tan esforzados que quieran padecer tormentos tan inhumanos como yo les fabricaré. Vamos, y irritemos á los judíos nuestros amigos, para que destruyan esta gente, y borren de la tierra el nombre de su Maestro.

205. Luego puso Lucifer en ejecucion este dañado pensamiento, y con multitud innumerable de demonios fué á todos los príncipes y magistrados de los judíos, y á los demás del pueblo que reconocia mas incrédulos, y á todos los llenó de confusion y furiosa envidia contra los seguidores de Cristo; y con sugestiones y falacias les encendió el engañoso celo de la ley de Moisés y tradiciones antiguas de sus pasados. No era dificultoso para el demonio sembrar esta zizaña en corazones tan pérfidos y estragados con otros muchos pecados; y así la admitieron con toda su voluntad. Luego en muchas juntas y conferencias trataron de acabar de una vez con todos los discípulos y seguidores de Cristo. Unos decian los desterrasen de Jerusalen; otros, de todo el reino de Israel; otros, que á ninguno dejasen con vida, para que de una vez se extinguiese aquella secta; otros finalmente eran de parecer los atormentasen con rigor, para poner miedo y escarmiento á los demás, no se llegasen á ellos, y los privasen luego de sus haciendas, antes que las pudiesen consumir entregándolas á los Apóstoles. Fue tan grave esta persecucion (como dice san Lucas [1]), que los setenta y dos discípulos huyeron de Jerusalen, derramándose por toda Judea y Samaria, aunque iban predicando por toda la tierra con invicto corazon. En Jerusalen quedaron los Apóstoles con María santísima y otros muchos fieles; aunque estos estaban encogidos y como amilanados, ocultándose muchos de las diligencias con que Saulo los buscaba para prenderlos.

206. La beatísima María, que á todo esto estaba presente y atenta, en primer lugar aquel dia de la muerte de san Estéban dió órden que su santo cuerpo fuese recogido y sepultado (que aun esto se hizo por su mandado), y pidió la trajesen una cruz que llevaba consigo el Mártir. Habíala hecho á imitacion de la misma Reina; porque despues de la venida del Espíritu Santo trajo otra consigo la divina Señora, y con su ejemplo los demás fieles comunmente las

[1] Act. VIII, 1.

llevaban en la primitiva Iglesia. Recibió esta cruz de san Estéban con especial veneracion, así por ella misma, como por haberla traido el Mártir. Llamóle santo, y mandó recoger lo que fuese posible de su sangre, y se tuviese con estimacion y reverencia, como de mártir ya glorioso. Alabó su santidad y constancia en presencia de los Apóstoles y de muchos fieles, para consolarlos y animarlos con su ejemplo en aquella tribulacion.

207. Y para que entendamos en alguna parte la grandeza del corazon magnánimo que manifestó nuestra Reina en esta persecucion y en las demás que tuvo la Iglesia en el tiempo de su vida santísima, es necesario recopilar los dones que la comunicó el Altísimo, reduciéndolos á la participacion de sus divinos atributos, tan especial y inefable cuanto era menester para confiar de esta mujer fuerte todo el corazon de su varon [1], y fiarle todas las obras *ad extra* que hizo la omnipotencia de su brazo; porque en el modo de obrar que tenia María santísima, sin duda transcendia toda la virtud de las criaturas, y se asimilaba á la del mismo Dios, cuya única imágen ó estampa parecia. Ninguna obra ni pensamiento de los hombres le era oculta; y todos los intentos y maquinaciones de los demonios penetraba. Nada de lo que convenia hacer en la Iglesia ignoraba. Y aunque todo esto junto lo tenia comprehendido en su mente, ni se turbaba su interior en la disposicion de tantas cosas; ni se embarazaba en unas para otras; ni se confundia ni afanaba en la ejecucion; ni se fatigaba por la dificultad; ni por la multitud se oprimia; ni por acudir á los mas presentes se olvidaba de los ausentes; ni en su prudencia habia vacío ni defecto; porque parecia inmensa y sin limitacion alguna, y así atendia á todo como á cada cosa en particular; y á cada uno como si fuera solo de quien cuidaba. Y como el sol, que sin molestia, ni cansancio, ni olvido todo lo alumbra, vivifica y calienta sin mengua suya; así nuestra gran Reina, escogida como el sol para su Iglesia, la gobernaba, animaba, y daba vida á todos sus hijos, sin faltar á alguno.

208. Y cuando la vió tan turbada, perseguida y afligida con la persecucion de los demonios y de los hombres, á quien irritaban, luego se convirtió contra los autores de la maldad, y mandó imperiosamente á Lucifer y sus ministros que por entonces descendiesen al profundo, á donde sin poderlo resistir cayeron al punto dando bramidos; y así estuvieron ocho dias enteros como atados y encarcelados, hasta que les permitió levantarse otra vez. Hecho esto, lla-

[1] Prov. XXXI, 11.

mó á los Apóstoles, y los consoló y animó para que estuviesen constantes, y esperasen el favor divino en aquella tribulacion; y en virtud de esta exhortacion ninguno salió de Jerusalen. Los discípulos, que por ser muchos se ausentaron, porque no se pudieran ocultar como entonces convenia, fueron todos á despedirse de su Madre y Maestra, y salir con su bendicion. Y á todos los amonestó y alentó, y les ordenó que por miedo de la persecucion no desfalleciesen, ni dejasen de predicar á Cristo crucificado, como de hecho le predicaron en Judea, Samaria y otras partes. En los trabajos que se les ofrecieron, los confortó y socorrió por ministerio de los santos Ángeles que les enviaba, para que los animasen y llevasen cuanto fuese necesario; como sucedió á Felipe en el camino de la ciudad de Gaza, cuando bautizó al etíope criado de la reina Candaces, que refiere san Lucas en el capítulo VIII [1]. Para socorrer á los fieles que estaban en el artículo de la muerte enviaba tambien á los mismos Ángeles que les ayudasen; y luego cuidaba de socorrer en el purgatorio á las almas que á él iban.

209. Los cuidados y trabajos de los Apóstoles en esta persecucion fueron mayores que en los otros fieles; porque como maestros y fundadores de la Iglesia, convenia que asistiesen á toda ella así en Jerusalen como fuera de ella. Y aunque estaban llenos de ciencia y dones del Espíritu Santo, con todo eso la empresa era tan ardua y la contradicion tan poderosa, que muchas veces sin el consejo y direccion de su única Maestra se hallaron algo atajados y oprimidos. Por eso la consultaban frecuentemente; y ella los llamaba, y ordenaba las juntas y conferencias que mas convenia tratasen, conforme á las ocasiones y negocios que ocurrian; porque sola ella penetraba las cosas presentes y prevenia con certeza las futuras; y por su órden salian de Jerusalen, y volvian á donde era necesario acudir; como salieron san Pedro y san Juan á Samaria, cuando tuvieron noticia de que recibia la predicacion de la fe [2]. Entre todas estas ocupaciones propias y tribulaciones de sus fieles, que amaba y cuidaba como á hijos, estaba la gran Señora inmutable en un ser perfectísimo de tranquilidad y sosiego, con inviolable serenidad de su espíritu.

210. Disponia las acciones de manera, que le quedaba tiempo para retirarse muchas veces á solas; y aunque para orar no le impedian las obras exteriores, pero en soledad hacia muchas reservadas para el secreto de sí misma. Postrábase en tierra, pegábase con

[1] Act. VIII, 29. — [2] Ibid. 14.

el polvo, suspiraba y lloraba por el remedio de los mortales, y por la caida de tantos como conocia réprobos. Y como en su corazon purísimo tenia escrita la ley evangélica, y la estampa de la Iglesia, con el discurso de ella, y los trabajos y tribulaciones que los fieles habian de padecer; todo esto lo conferia con el Señor y consigo misma, para disponer y ordenar todas las cosas con aquella divina luz y ciencia de la voluntad santa de el Altísimo. Allí renovaba aquella participacion del ser de Dios y de sus perfecciones, de que necesitaba para tan divinas obras como en el gobierno de la Iglesia hacia, sin faltar alguna, con tanta plenitud de sabiduría y santidad, que en todas parecia mas que pura criatura, aunque lo era. Porque en sus pensamientos era levantada; en sabiduría inestimable; en consejos prudentísima; en juicios rectísima y acertada; en obras santísima; en palabras verdadera y sencilla; y en toda bondad perfecta y especiosa. Para los flacos piadosa; para los humildes amorosa y suave; para los soberbios de majestad severa. Ni la excelencia propria la levantaba, ni la adversidad la turbaba, ni los trabajos la vencian; y en todo era un retrato de su Hijo santísimo en el obrar.

211. Consideró la prudentísima Madre, que habiéndose derramado los discípulos á predicar el nombre y fe de Cristo nuestro Salvador, no llevaban instruccion ni arancel expreso y determinado para gobernarse todos uniformemente en la predicacion, sin diferencia ni contradicion, y para que todos los fieles creyesen unas mismas verdades expresas. Conoció asimismo que los Apóstoles era necesario se repartiesen luego por todo el orbe á dilatar y fundar la Iglesia con su predicacion; y que convenia fuesen todos unidos en la doctrina sobre que se habia de fundar toda la vida y perfeccion cristiana. Para todo esto la prudentísima Madre de la sabiduría juzgó que convenia reducir á una breve suma todos los misterios divinos que los Apóstoles habian de predicar, y los fieles creer, para que estas verdades epilogadas en pocos artículos estuviesen mas en pronto para todos, y en ellas se uniese toda la Iglesia sin diferencia esencial, y sirviesen como de columnas inmutables para levantar sobre ellas el edificio espiritual de esta nueva Iglesia evangélica.

212. Para disponer María santísima este negocio, cuya importancia conocia, representó sus deseos al mismo Señor que se los daba, y por mas de cuarenta dias perseveró en esta oracion con ayunos, postraciones y otros ejercicios. Y así como, para que Dios diese la ley escrita, fue conveniente que Moisés ayunase y orase cuaren-

ta dias en el monte Sinaí [1], como medianero entre Dios y el pueblo; así tambien para la ley de gracia fue Cristo nuestro Salvador autor y medianero entre su Padre eterno y los hombres; y María santísima fue medianera entre ellos y su Hijo santísimo, para que la Iglesia evangélica recibiese esta nueva ley escrita en los corazones, reducida á los artículos de la fe, que no mudarán ni faltarán en ella, porque son verdades divinas y indefectibles. Un dia de los que perseveró en estas peticiones hablando con el Señor, dijo así: *Altísimo Señor y Dios eterno, Criador y Gobernador de todo el universo, por vuestra inefable clemencia habeis dado principio á la magnífica obra de vuestra santa Iglesia. No es, Señor mio, conforme á vuestra sabiduría dejar imperfectas las obras de vuestra poderosa diestra: llevad, pues, á su alta perfeccion esta obra que tan gloriosamente habeis comenzado. No os impidan, Dios mio, los pecados de los mortales, cuando sobre su malicia está clamando la sangre y muerte de vuestro Unigénito y mio; pues no son estos clamores para pedir venganza como la sangre de Abel* [2], *mas para pedir perdon de los mismos que la derramaron. Mirad á los nuevos hijos que os ha engendrado, y á los que tendrá vuestra Iglesia en los futuros siglos; y dad vuestro divino Espíritu á Pedro vuestro vicario, y á los demás Apóstoles, para que acierten á disponer en órden conveniente las verdades en que ha de estribar vuestra Iglesia; y sepan sus hijos lo que deben creer todos sin diferencia.*

213. Para responder á estas peticiones de la Madre, descendió de los cielos personalmente su Hijo santísimo Cristo nuestro Salvador, y manifestándosele con inmensa gloria la habló y dijo: *Madre mia y paloma mia, descansad en vuestras ansias afectuosas, y saciad con mi presencia y vista la viva sed que teneis de mi gloria y aumento de mi Iglesia. Yo soy el que puedo y quiero dárselos; y Vos, Madre mia, la que podeis obligarme, y nada negaré á vuestras peticiones y deseos.* A estas razones estuvo María santísima postrada en tierra adorando la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero. Luego su Majestad la levantó, y la llenó de inefable gozo y júbilos con darla su bendicion, y con ella nuevos dones y favores de su omnipotente diestra. Estuvo algun rato con este gozo de su Hijo y Señor con altísimos y misteriosos coloquios, con que se templaron las ansias que padecia por los cuidados de la Iglesia; porque la prometió su Majestad grandes beneficios y dones para ella.

214. En la peticion que la Reina hacia para los Apóstoles, á mas

[1] Exod. XXXIV, 28. — [2] Genes. IV, 11.

de la promesa del Señor que los asistiria para que acertasen á disponer el Símbolo de la fe, declaró su Majestad á su Madre santísima los términos, palabras y proposiciones de que por entonces se habia de formar. De todo estaba capaz la prudentísima Señora, como se dijo en la segunda parte [1] mas por extenso; pero ahora que llegaba el tiempo de ejecutarse todo lo que de tan léjos habian entendido, quiso renovarlo todo en el purísimo corazon de su Madre Vírgen, para que de boca del mismo Cristo saliesen las verdades infalibles en que se funda su Iglesia. Fue tambien conveniente prevenir de nuevo la humildad de la gran Señora, para que con ella se conformase á la voluntad de su Hijo santísimo en haberse de oir nombrar en el Credo por Madre de Dios, y Vírgen antes y despues del parto, viviendo en carne mortal entre los que habian de predicar y creer esta verdad divina. Pero no se pudo temer que oyese predicar tan singular excelencia de sí misma, la que mereció que mirara Dios su humildad [2] para obrar en ella la mayor de sus maravillas; y mas pesa el ser Madre y Vírgen, conociéndolo ella, que oirlo predicar en la Iglesia.

215. Despidióse Cristo nuestro bien de su beatísima Madre, y se volvió á la diestra de su eterno Padre. Y luego inspiró en el corazon de su vicario san Pedro y los demás que ordenasen todos el Símbolo de la fe universal de la Iglesia. Con esta mocion fueron á conferir con la divina Maestra las conveniencias y necesidad que habia en esta resolucion. Determinóse entonces que ayunasen diez dias continuos y perseverasen en oracion, como lo pedia tan arduo negocio, para que en él fuesen ilustrados del Espíritu Santo. Cumplidos estos diez dias, y cuarenta que la Reina trataba con el Señor esta materia, se juntaron los doce Apóstoles en presencia de la gran Madre y Maestra de todos; y san Pedro les hizo una plática en que les dijo estas razones:

216. *Hermanos mios carísimos, la divina misericordia por su bondad infinita, y por los merecimientos de nuestro Salvador y Maestro* Jesús, *ha querido favorecer á su santa Iglesia, comenzando á multiplicar sus hijos tan gloriosamente, como en pocos dias todos lo conocemos y experimentamos. Y para esto su brazo poderoso ha obrado tantas maravillas y prodigios, y cada dia los renueva por nuestro ministerio, habiéndonos elegido (aunque indignos) para ministros de su divina voluntad en esta obra de sus manos, y para gloria y honra de su santo nombre. Junto con estos favores nos ha enviado tribulaciones*

[1] Part. II, á n. 733. — [2] Luc. I, 48.

y persecuciones del demonio y del mundo, para que con ellas le imitemos como á nuestro Salvador y caudillo, y para que la Iglesia con este lastre camine mas segura al puerto del descanso y eterna felicidad. Los discípulos se han derramado por las ciudades circunvecinas, por la indignacion de los príncipes de los sacerdotes, y predican en todas partes la fe de Cristo nuestro Señor y Redentor. Y nosotros será necesario que vamos luego á predicarla por todo el orbe, como nos lo mandó el Señor antes de subir á los cielos [1]. Y para que todos prediquemos una misma doctrina, y los fieles la crean, porque la santa fe ha de ser una, como es uno el Bautismo [2] en que la reciben; conviene que ahora todos juntos y congregados en el Señor determinemos las verdades y misterios que á todos los creyentes se les han de proponer expresamente, para que todos sin diferencia los crean en todas las naciones del mundo. Promesa es infalible de nuestro Salvador, que donde se congregaren dos ó tres en su nombre, estará en medio de ellos [3]; y en esta palabra esperamos con firmeza que nos asistirá ahora su divino Espíritu para que en su nombre entendamos y declaremos con decreto invariable los artículos que ha de recibir la Iglesia santa, para fundarse en ellos hasta el fin del mundo, pues ha de permanecer hasta entonces.

217. Aprobaron todos los Apóstoles esta proposicion de san Pedro. Y luego el mismo Santo celebró una misa, y comulgó á María santísima y á los otros Apóstoles; y acabada se postraron en tierra, orando y invocando al divino Espíritu, y lo mismo hizo María santísima. Y habiendo orado algun espacio de tiempo, se oyó un tronido como cuando el Espíritu Santo vino la primera vez sobre todos los fieles que estaban congregados; y al punto fue lleno de luz y resplandor admirable el cenáculo donde estaban, y todos fueron ilustrados y llenos del Espítritu Santo. Luego María santísima les pidió que cada uno pronunciase y declarase un misterio, ó lo que el Espíritu divino le administraba. Comenzó san Pedro y prosiguieron todos en esta forma:

SAN PEDRO:

Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra.

SAN ANDRÉS:

Y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor.

SANTIAGO EL MAYOR:

Que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen.

[1] Matth. XXVIII, 19. — [2] Ephes. IV, 5. — [3] Matth. XVIII, 20.



SAN JUAN:

Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado.

SANTO TOMÁS:

Bajó á los infiernos, resucitó al tercero dia de entre los muertos.

SANTIAGO EL MENOR:

Subió á los cielos, está asentado á la diestra de Dios Padre todopoderoso.

SAN FELIPE:

Y de allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

SAN BARTOLOMÉ:

Creo en el Espíritu Santo.

SAN MATEO:

La santa Iglesia católica, la comunion de los Santos.

SAN SIMON:

El perdon de los pecados.

SAN TADEO:

La resurreccion de la carne.

SAN MATÍAS:

La vida perdurable. Amen.

218. Este Símbolo, que vulgarmente llamamos el Credo, ordenaron los Apóstoles despues del martirio de san Estéban y antes que se cumpliera el año de la muerte de nuestro Salvador. Despues la santa Iglesia, para convencer la herejía de Arrio y otros herejes en los concilios que contra ellos hizo, explicó mas los misterios que contiene el Símbolo de los Apóstoles y compuso el Símbolo ó Credo que se canta en la misa. Pero en sustancia entrambos son una misma cosa y contienen los catorce artículos que nos propone la doctrina cristiana para catequizarnos en la fe, con la cual tenemos obligacion de creerlos para ser salvos. Y al punto que los Apóstoles acabaron de pronunciar todo este Símbolo, el Espíritu Santo lo aprobó con una voz que se oyó en medio de todos y dijo: *Bien habeis determinado*. Luego la gran Reina y Señora de los cielos dió gracias al muy alto con todos los Apóstoles, y tambien se las dió á ellos porque habian merecido la asistencia del divino Espíritu, para hablar como instrumentos suyos con tanto acierto en gloria del Señor y beneficio de la Igle-

sia. Y para mayor confirmacion y ejemplo de sus fieles, se puso de rodillas la prudentísima Maestra á los piés de san Pedro, y protestó la santa fe católica, como se contiene en el Símbolo que acabaron de pronunciar. Esto hizo por sí y por todos los hijos de la Iglesia con estas palabras, hablando con san Pedro: *Señor mio, á quien conozco por vicario de mi Hijo santísimo, en vuestras manos, yo vil gusanillo, en mi nombre y en el de todos los fieles de la Iglesia, confieso y protesto todo lo que habeis determinado por verdades infalibles y divinas de fe católica; y en ellas bendigo y alabo al Altísimo de quien proceden.* Besó la mano al Vicario de Cristo y á los demás Apóstoles, siendo la primera que protestó la fe santa de la Iglesia despues que se determinaron los artículos.

Doctrina que me dió la gran reina de los Ángeles María santísima.

219. Hija mia, sobre lo que has escrito en este capítulo quiero para tu mayor enseñanza y consuelo manifestarte otros secretos de mis obras. Despues que los Apóstoles ordenaron el Credo, te hago saber que le repetia yo muchas veces al dia, puesta de rodillas y con profunda reverencia. Y cuando llegaba á pronunciar aquel artículo que *nació de María Vírgen,* me postraba en tierra con tal humildad, agradecimiento y alabanza del Altísimo, que ninguna criatura lo puede comprehender. Y en estos actos tenia presentes todos los mortales, para hacerlos tambien por ellos, y suplir la irreverencia con que habian de pronunciar tan venerables palabras. Y por mi intercesion ha ilustrado el Señor á la Iglesia santa, para que repita tantas veces en el oficio divino el *Credo*, *Ave María* y *Pater noster;* y que las religiones tengan por costumbre humillarse cuando las dicen, y todos hincar la rodilla en el Credo de la misa á las palabras: *Et incarnatus est,* etc., para que en alguna parte cumpla la Iglesia con la deuda que tiene por haberle dado el Señor esta noticia, y por los misterios tan dignos de reverencia y agradecimiento como el Símbolo contiene.

220. Otras muchas veces mis santos Ángeles solian cantarme el Credo con celestial armonía y suavidad, con que mi espíritu se alegraba en el Señor. Otras veces me cantaban el Ave María hasta aquellas palabras: *Bendito sea el fruto de tu vientre Jesús.* Y cuando nombraban este santísimo nombre, ó el de María, hacian profundísima inclinacion, con que me inflamaban de nuevo en afectos de humildad amorosa, y me pegaba con el polvo reconociendo el ser de Dios

comparado con el mio terreno. Ó hija mia, queda, pues, advertida de la reverencia con que debes pronunciar el *Credo*, *Pater noster* y *Ave María*, y no incurras en la inadvertida grosería que en esto cometen muchos fieles. Y no por la frecuencia con que en la Iglesia se dicen estas oraciones y divinas palabras, se les ha de perder su debida veneracion. Pero este atrevimiento resulta de que las pronuncian con los labios, y no meditan ni atienden á lo que significan y en sí contienen. Para tí quiero sean materia continua de tu meditacion; y por esto te ha dado el Altísimo el cariño que tienes á la doctrina cristiana; y le agrada á su Majestad y á mí que la traigas contigo, y la leas muchas veces, como lo acostumbras, y de nuevo te lo encargo desde hoy. Y aconséjalo á tus súbditas, porque esta es joya que adorna á las esposas de Cristo, y la debian traer consigo todos los cristianos.

221. Sea tambien documento para tí el cuidado que yo tuve de que se escribiese el Símbolo de la fe, luego que fue necesario en la santa Iglesia. Muy reprehensible tibieza es conocer lo que toca á la gloria y servicio del Altísimo y al beneficio de la propia conciencia, y no ponerlo luego por obra, ó á lo menos hacer las diligencias posibles para conseguirlo. Y será mayor esta confusion para los hombres, pues ellos, cuando les falta alguna cosa temporal, no quieren esperar dilacion en conseguirla, y luego claman y piden á Dios se le envie á satisfacion; como sucede si les falta la salud ó frutos de la tierra, y aun otras cosas menos necesarias, ó mas supérfluas y peligrosas; y al mismo tiempo, aunque conozcan en muchas obligaciones la voluntad y agrado del Señor, no se dan por entendidos, ó las dilatan con desprecio y desamor. Atiende, pues, á este desórden para no cometerle. Y como yo fuí tan solícita en lo que convenia hacer para los hijos de la Iglesia, procura tú ser puntual en todo lo que entendieres ser voluntad de Dios, ahora sea para el beneficio de tu alma, ahora para otras, á imitacion mia.

CAPÍTULO XIII.

Remitió María santísima el Símbolo de la fe á los discípulos y otros fieles; obraron con él grandes milagros; fue determinado el repartimiento del mundo á los Apóstoles; y otras obras de la gran Reina del cielo.

Publicacion del Credo á diligencia de la Madre de Dios.—Escribió María por su mano innumerables copias de el Símbolo de la fe para enviarlas á los

discípulos.—Escribió carta á cada uno dándole noticia de lo sucedido en su ordenacion, y cómo lo habian de enseñar.—Como las envió á unos por manos de algunos fieles, á otros con sus Ángeles.—Ordenó á los Apóstoles los distribuyesen en Jerusalen.—Devocion con que lo recibieron los fieles.—Milagros con que el Señor lo fué confirmando.—Algunos recibieron con él al Espíritu Santo en señal visible.—Milagro singular de escarmiento.—Mandábase á los que se bautizaban que protestasen la fe por el Símbolo.—Continuacion del don de lenguas, y su uso.—Venida del Espíritu Santo por la imposicion de las manos de los Apóstoles sobre los creyentes.—Multitud de los milagros en la Iglesia primitiva.—Razones por que el Espíritu Santo venia tan frecuentemente en forma visible sobre los fieles de la Iglesia primitiva.—Tratan los Apóstoles por inspiracion divina de salir á predicar la fe por todo el mundo.—Cómo se dispusieron para saber la voluntad divina en la distribucion de las provincias.—Proposicion que les hizo san Pedro para ofrecerse á la divina voluntad.—Oracion de los Apóstoles ofreciéndose á la predicacion universal, y pidiendo al Señor les enseñase cómo se habian de repartir.—Respuesta del Señor remitiendo á san Pedro, como á su vicario, el repartimiento.—Como confirmó el Señor con ella á Pedro por cabeza de la Iglesia universal.—Repartimiento del mundo en los Apóstoles que hizo san Pedro.—Provincias que tomó á su cargo.—Cátedra de Roma instituida en cabeza de la Iglesia universal por órden del Señor.—Provincias que señaló á san Andrés.—Á Santiago el Mayor.—Suerte de san Juan.—Á santo Tomás.—Encárgasele bautice á los tres Reyes magos.—Á Santiago el Menor.—Á san Felipe.—Á san Bartolomé.—Á san Mateo.—Á san Simon.—Á san Judas Tadeo.—Á san Matías.—Confirmacion milagrosa del repartimiento que hizo san Pedro.—Precepto divino de su aceptacion.—Obediencia de los Apóstoles al Vicario de Cristo, y lo que les mereció.—Vino sobre ellos de nuevo el Espíritu Santo.—Nueva ciencia y dones que les comunicó para el cumplimiento de la mision de cada uno.—Eminencia con que participó María de las influencias de la Divinidad, hallándose presente á este repartimiento.—Ciencia de todas las criaturas que se le renovó con noticia individual de todas las personas á quienes se habia de predicar el Evangelio.—Razon de comunicársele esta ciencia.—Ciencia actual que tuvo de los trabajos, peligros y oraciones de los Apóstoles y discípulos en su predicacion.—Conocia todas estas cosas tambien en Dios por la vision abstractiva continua de la Divinidad que tenia.—Razon de comunicársele la ciencia de ellas en sí mismas.—Oracion que hizo María en esta ocasion por los Apóstoles, y promesa que la hizo el Señor de asistirlos.—Gracias que les dió por su obediencia y celo.—El primer Apóstol que salió á predicar conforme el repartimiento, fue Santiago el Mayor.—Visitaban los Apóstoles antes de salir de Jerusalen los Santos Lugares.—Maternal amor con que los despidió María.—Hizo á cada uno de los Apóstoles una túnica tejida semejante á la de Cristo.—Dió á cada uno una cruz para que la llevase consigo.—Reliquias que dió á cada uno de los Apóstoles para su predicacion.—No solo predicaron los Apóstoles en las provincias que les repartió san Pedro, sino tambien en otras.—Eran llevados por ministerio de los Ángeles de unas partes á otras, y para qué.—Cuánto se debe llorar el estado que hoy tienen los fieles considerando la perfeccion que tuvieron en la Iglesia primitiva.—Para pesar este daño se ha de

considerar la inclinacion que tiene Dios á comunicarse á las almas, y que solo pueden impedirla las culpas. — Cuánto se agrada el Señor de las almas que ayudan á quitar el óbice de las culpas de otras que impide los divinos beneficios. — Grandeza y abundancia de los favores que Dios comunica á las almas que no le ponen ese óbice. — Excelencia con que resplandeció su bondad y omnipotencia en los Apóstoles y discípulos. — Como se manifestó en los santos hijos de la Iglesia que fueron naciendo en su lugar. — Con estos ejemplos se ve cuán inexcusables son los malos ministros y fieles destos tiempos. — La voluntad divina de comunicar sus favores á las almas se encaminó primero á los prelados, sacerdotes y predicadores. — Conclúyese que á ellos se ha de atribuir la ruina del pueblo cristiano y perdicion de tantas almas. — Declárase el estado lamentable de vicios propios que los hace ineptos para aprovechar, como debian, al pueblo. — Daños que se siguen de este estado que hoy tienen los malos prelados y sacerdotes. — Cómo se debian emplear los muchos bienes temporales que hoy tiene la Iglesia, y la abundante ciencia que tienen tantos eclesiásticos doctos. — Muéstrase con lo que se experimenta, cuán al contrario se gastan los tesoros eclesiásticos de lo que se debia. — Causas de no aprovechar la predicacion en estos tiempos, y como truecan en ella el fin sus ministros. — Adulteracion que hacen de la palabra divina. — Rectitud de la justicia divina en desamparar tanto los prelados y ministros de su palabra. — Cuánto debe la Iglesia á Cristo en reservar destos vicios algunos sacerdotes y ministros. — Muéstrase cuán pocos son con la experiencia del poco fruto que se ve en el pueblo cristiano.

222. Era tan diligente, vigilante y oficiosa la prudentísima María en el gobierno de su familia la santa Iglesia, como madre y mujer fuerte, de quien dijo el Sábio que consideró las sendas y caminos de su casa para no comer el pan ociosa [1]. Considerólos y conociólos la gran Señora con plenitud de ciencia; y como estaba adornada y vestida de la púrpura de la caridad, y de la candidez de su incomparable pureza; así como nada ignoraba, nada omitia de cuanto necesitaban sus hijos y domésticos los fieles. Luego que se formó el Símbolo de los Apóstoles hizo (*) por sus manos innumerables copias dél, asistiéndola sus santos Ángeles, ayudándola y sirviéndola tambien de secretarios para escribir, y para que sin dilacion le recibiesen todos los discípulos que andaban derramados y predicando por Palestina. Remitiólo á cada uno con algunas copias para que las repartiesen, y con carta particular en que se lo ordenaba, y le daba noticia del modo y forma que los Apóstoles habian guardado para componer y ordenar aquel Símbolo que se habia de predicar, y enseñar á todos los que viniesen á la fe para que le creyesen y confesasen.

223. Y porque los discípulos estaban en diferentes ciudades y

[1] Prov. xxxi, 27. — (*) Véase la nota VII.

lugares, unos léjos y otros mas cerca; á los mas vecinos les remitió el Símbolo y su instruccion por mano de otros fieles que se las entregaban; y á los de mas léjos las envió con sus Ángeles, que á unos de los discípulos se les manifestaban y les hablaban, y esto sucedió con los mas; pero á otros no se manifestaron, y se les dejaban en pliego en sus manos invisiblemente, inspirándoles en el corazon admirables efectos; y por ellos, y las cartas de la misma Reina conocian el órden por donde venia el despacho. Sobre estas diligencias, que hizo por sí misma, dió órden á los Apóstoles para que ellos en Jerusalen y otros lugares distribuyesen tambien el Símbolo que habian escrito, y que informasen á todos los creyentes de la veneracion en que le debian tener por los altísimos misterios que contenia, y por haberle ordenado el mismo Señor, enviando al Espíritu Santo para que le inspirase y aprobase, y cómo habia sucedido; y todo lo demás que era necesario para que entendiesen todos que aquella era fe única, invariable y cierta, que se habia de creer, confesar y predicar en la Iglesia para conseguir la gracia y la vida eterna.

224. Con esta instruccion y diligencias, en muy pocos dias se distribuyó el Credo de los Apóstoles entre los fieles de la Iglesia, con increible fruto y consuelo de todos; porque con el fervor que comunmente todos tenian, lo recibieron con suma veneracion y devocion. Y el Espíritu divino, que lo habia ordenado para firmeza de la Iglesia, lo fué confirmando luego con nuevos milagros y prodigios, no solo por mano de los Apóstoles y discípulos, sino tambien por la de otros muchos creyentes. Muchos que le recibieron escrito con especial veneracion y afecto, recibieron al Espíritu Santo en forma visible, que venia sobre ellos con una divina luz que los rodeaba exteriormente, y los llenaba de ciencia y celestiales efectos. Con esta maravilla se movian y encendian otros en el deseo ardentísimo de tenerle y reverenciarle. Otros con poner el Credo sobre los enfermos, muertos y endemoniados, les daban salud á los enfermos, resucitaban los difuntos, y expelian á los demonios. En estas maravillas sucedió un dia que un judío incrédulo, oyendo á un católico que leia con devocion el Credo, se irritó contra el creyente con gran furor, y fué á quitársele de las manos, y antes de ejecutarlo cayó el judío muerto á los piés del católico. Á los que desde entonces se iban bautizando, como eran adultos, se les mandaba que luego protestasen la fe por el Símbolo apostólico; y con esta confesion y protesta venia sobre ellos el Espíritu Santo visiblemente.

225. Continuábase tambien muy notoriamente el don de lenguas

que daba el Espíritu Santo, no solo á los que le recibieron el dia de Pentecostes, sino á muchos fieles que le recibieron despues, y ayudaban á predicar ó catequizar á los nuevos creyentes; porque cuando hablaban ó predicaban á muchos juntos de diversas naciones, entendia cada nacion su lengua, aunque hablasen sola la lengua hebrea. Y cuando enseñaban á los de una lengua ó nacion, les hablaban en ella, como arriba se dijo [1] en la venida de el Espíritu Santo el dia de Pentecostes. Fuera de estas maravillas hacian otras muchas los Apóstoles; porque cuando ponian las manos sobre los creyentes, ó los confirmaban en la fe, venia tambien sobre ellos el Espíritu Santo. Y fueron tantos los milagros y prodigios que obró el Altísimo en aquellos principios de la Iglesia, que fueran menester muchos volúmenes para escribirlos todos. San Lucas escribió en los Actos apostólicos los que en particular convino escribir, para que no todos los ignorase la Iglesia; y en comun dijo que eran muchos [2], porque no se podian reducir á tan breve historia.

226. Conociendo y escribiendo esto me hizo gran admiracion la liberalísima bondad del Todopoderoso en enviar tan frecuentemente al Espíritu Santo en forma visible sobre los creyentes de la primitiva Iglesia. Á esta admiracion me fue respondido lo siguiente: Lo uno, que tanto como esto pesaba en la sabiduría, bondad y poder de Dios traer á los hombres á la participacion de su divinidad en la felicidad y gloria eterna; y como para conseguir este fin el Verbo eterno bajó del cielo en carne visible comunicable y pasible; así la tercera Persona descendió en otra forma visible sobre la Iglesia, en el modo que convenia, tantas veces, para fundarla y establecerla, con igual firmeza y demostraciones de la omnipotencia divina y del amor que le tiene. Lo otro, porque en los principios estaban por una parte muy recientes los méritos de la pasion y muerte de Cristo, juntos con las peticiones y intercesion de su Madre santísima, que en la aceptacion del eterno Padre (á nuestro modo de entender) obraban con mayor fuerza; porque no se habian interpuesto los muchos y gravísimos pecados que despues han cometido los mismos hijos de la Iglesia, con que han puesto tantos óbices á los beneficios del Señor y á su divino Espíritu, para que no se manifieste tan familiarmente con los hombres ahora como en la primitiva Iglesia.

227. Pasado ya un año de la muerte de nuestro Salvador, con inspiracion divina trataron los Apóstoles de salir á predicar la fe por todo el mundo; porque ya era tiempo se publicase á las gentes el

[1] Supr. n. 83. — [2] Act. II, 43.

nombre de Dios, y se les enseñase el camino de la salud eterna. Y para saber la voluntad del Señor en la distribucion de los reinos y provincias que á cada uno le habian de tocar en su predicacion, por consejo de la Reina determinaron ayunar y orar diez dias continuos. Esta costumbre en los negocios mas arduos guardaron despues que pasada la Ascension perseveraron en la misma oracion y ayunos, disponiéndose para la venida del Espíritu Santo por todos aquellos diez dias. Cumplidos estos ejercicios, el dia último celebró misa el Vicario de Cristo, y comulgó á María santísima y á los once Apóstoles, como lo hicieron para determinar el Símbolo, y queda dicho en el capítulo precedente. Despues de la misa y comunion estuvieron todos con la Reina en altísima oracion, invocando singularmente al Espíritu Santo para que les asistiese, y manifestase su voluntad santa en aquel negocio.

228. Hecho esto, les habló san Pedro, y les dijo: *Carísimos hermanos, postrémonos todos juntos ante el acatamiento divino, y de todo corazon y suma reverencia confesemos á Nuestro Señor Jesucristo por verdadero Dios, Maestro y Redentor del mundo, y protestemos su santa fe con el Símbolo que ha dado por el Espíritu Santo, ofreciéndonos al cumplimiento de su divina voluntad.* Hiciéronlo así, y dijeron el Credo, y luego prosiguieron en voz con el mismo san Pedro, diciendo: *Altísimo Dios eterno, estos viles gusanillos y pobres hombres, á quienes Nuestro Señor Jesucristo por la dignacion de sola su clemencia eligió por ministros para enseñar su doctrina y predicar su santa ley, y fundar su Iglesia por todo el mundo, nos postramos en vuestra divina presencia con un mismo corazon y una alma. Y para el cumplimiento de vuestra voluntad eterna y santa nos ofrecemos á padecer y sacrificar nuestras vidas por la confesion de vuestra santa fe, enseñarla y predicarla en todo el mundo, como Nuestro Señor y Maestro* Jesús *nos lo dejó mandado. No queremos perdonar trabajo, ni molestia, ni tribulacion, que para esta obra fuere necesario padecer hasta la muerte. Pero desconfiando de nuestra fragilidad, os suplicamos, Señor y Dios altísimo, envies sobre nosotros á vuestro divino Espíritu que nos gobierne, y encamine nuestros pasos por el camino recto, á imitacion de nuestro Maestro, y nos vista de nueva fortaleza; y ahora nos manifieste y enseñe á qué reinos ó provincias será mas agradable á vuestro beneplácito que nos repartamos para predicar vuestro santo nombre.*

229. Acabada esta oracion, descendió sobre el cenáculo una admirable luz que los rodeó á todos, y se oyó una voz que dijo: *Mi*

vicario Pedro señale á cada uno las provincias, y esa será su suerte. Yo le gobernaré y asistiré con mi luz y espíritu. Este nombramiento remitió el Señor á san Pedro para confirmar de nuevo en aquella ocasion la potestad que le habia dado de cabeza y pastor universal de toda la Iglesia, y para que los demás Apóstoles entendiesen la habian de fundar en todo el mundo debajo de la obediencia de san Pedro y de sus sucesores, á los cuales habia de estar sujeta y subordinada como á vicarios de Cristo. Así lo entendieron todos, y así se me ha dado á conocer que fue esta la voluntad del muy alto. Y en su ejecucion, en oyendo san Pedro aquella voz, comenzó por sí mismo el repartimiento de los reinos, y dijo: *Yo, Señor, me ofrezco á padecer y morir, siguiendo á mi Redentor y Maestro, predicando su santo nombre y fe ahora en Jerusalen, y despues en Ponto, Galacia, Bitinia y Capadocia, provincias de la Asia, y tomaré asiento primero en Antioquía y despues en Roma, donde asentaré y fundaré la cátedra de Cristo nuestro Salvador y Maestro, para que allí tenga su lugar la cabeza de su santa Iglesia.* Esto dijo san Pedro, porque tenia órden del Señor para que señalase á la Iglesia romana por asiento y para cabeza de toda la Iglesia universal. Sin este órden no determinara san Pedro negocio tan arduo y de tanto peso.

230. Prosiguió san Pedro, y dijo: *El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Andrés le seguirá predicando su santa fe en las provincias de Scitia de Europa, Epiro y Tracia; y desde la ciudad de Patras en Acaya gobernará á toda aquella provincia, y lo demás de su suerte en lo que pudiere.*

El siervo de Cristo, nuestro hermano carísimo Jacobo el Mayor, le seguirá en la predicacion de la fe en Judea, en Samaria y en España; de donde volverá á esta ciudad de Jerusalen, y predicará la doctrina de Nuestro Señor y Maestro.

El carísimo hermano Juan obedecerá á la voluntad de nuestro Salvador y Maestro, como se la manifestó desde la cruz. Cumplirá con el oficio de hijo con nuestra gran Madre y Señora. Servirála, y la asistirá con reverencia y fidelidad de hijo; y la administrará el sagrado misterio de la Eucaristía; y cuidará tambien de los fieles de Jerusalen en nuestra ausencia. Y cuando nuestro Dios y Redentor llevare consigo á los cielos á su beatísima Madre, seguirá á su Maestro en la predicacion de la Asia Menor, y cuidará de aquellas iglesias desde la isla de Patmos, á donde irá por la persecucion.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Tomás le seguirá predicando en la India, en la Persia, y en los partos, medos, hir-

canos, bracmanes, bactreos. Bautizará á los tres Reyes magos, y les dará noticia de todo; que la esperan, y le buscarán ellos mismos por la fama que oirán de su predicacion y milagros.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Jacobo le seguirá con ser pastor y obispo en Jerusalen, donde predicará al judaismo, y acompañará á Juan en la asistencia y servicio de la gran Madre de nuestro Salvador.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Felipe le seguirá con la predicacion y enseñanza de las provincias de Frigia, y Scitia de la Asia, y en la ciudad llamada Hierópolis de Frigia.

El siervo de Cristo y nuestro hermano carísimo Bartolomé le seguirá predicando en Licaonia, parte de Capadocia en la Asia; y pasará á la India Citerior, y despues á la Menor Armenia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Mateo enseñará primero á los hebreos, y despues seguirá á su Maestro, pasando á predicar en Egipto y en Etiopia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Simon le seguirá predicando en Babilonia, Persia, y tambien en el reino de Egipto.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Judas Tadeo seguirá á nuestro Maestro predicando en Mesopotamia, y despues se juntará con Simon para predicar en Babilonia y en la Persia.

El siervo de Cristo y nuestro carísimo hermano Matías le seguirá predicando su santa fe en la interior Etiopia y en la Arabia, y despues volverá á Palestina. Y el Espíritu del Altísimo los encamine á todos, nos gobierne y asista, para que en todo lugar y tiempo hagamos su voluntad perfecta y santa, y ahora nos dé su bendicion, en cuyo nombre la doy á todos.

231. Todo esto dijo san Pedro: y al mismo instante que acabó de hablar, se oyó un tronido de gran potencia, y se llenó el cenáculo de resplandor y refulgencia, como de la presencia del Espíritu Santo. Y en medio de esta luz se oyó una voz suave y fuerte, que dijo: *Admitid cada uno la suerte que le ha tocado*. Postráronse en tierra, y dijeron todos juntos: *Señor Altísimo, á vuestra palabra y de vuestro Vicario obedecemos con prontitud y alegría de corazon, y nuestro espíritu está gozoso, y lleno de vuestra suavidad en medio de vuestras obras admirables*. Esta obediencia tan rendida y pronta que los Apóstoles tuvieron al Vicario de Cristo nuestro Salvador, aunque era efecto de la caridad ardentísima con que deseaban morir por su santa fe, los dispuso en esta ocasion para que de nuevo viniera sobre ellos el divino Espíritu, confirmándoles la gracia y dones que antes habian

recibido, y aumentándolos con otros nuevos. Recibieron nueva luz y ciencia de todas las naciones y provincias que san Pedro les habia señalado, y conocieron cada uno los naturales, condiciones y costumbres de los reinos que le tocaban; la disposicion de la tierra, y su sitio en el mundo, como si le escribieran interiormente un mapa muy distinto y copioso. Dióles el Altísimo nuevo don de fortaleza para los trabajos; de agilidad para los caminos, aunque en ellos les habian de ayudar muchas veces los santos Ángeles; y en el interior quedaron encendidos como Serafines con la llama del divino amor, elevados sobre la condicion y esfera de la naturaleza.

232. La beatísima Reina de los Ángeles estaba presente á todo esto, y le era patente cuanto el poder divino obraba en los Apóstoles y en ella misma; que de las influencias de la Divinidad participó en esta ocasion mas que todos juntos, porque estaba en grado supereminentísimo á todas las criaturas; y por eso el aumento de sus dones habia de ser proporcionado y transcender á todos los demás sin medida. Renovó el Altísimo en el purísimo espíritu de su Madre la ciencia infusa de todas las criaturas, y en especial de todos los reinos y naciones que á los Apóstoles se les habia dado. Conoció su alteza lo que ellos conocian, y mas que todos, porque tuvo ciencia y noticia individual de todas las personas á quienes en todos los reinos habian de predicar la fe de Cristo; y quedó en esta ciencia tan capaz de todo el orbe y de sus moradores, como respectivamente lo estaba de su oratorio y de los que en él entraban.

233. Esta ciencia era como de suprema Maestra, Madre, Gobernadora y Señora de la Iglesia, que el Todopoderoso habia puesto en sus manos, como arriba se ha dicho [1], y adelante será forzoso tocarlo muchas veces. Ella habia de cuidar de todos, desde el supremo en santidad hasta el mínimo, y de los míseros pecadores hijos de Eva. Y si ninguno habia de recibir beneficio ó favor alguno de mano del Hijo si no fuese por la de su Madre, necesario era que la fidelísima dispensadora de la gracia conociera á todos los de su familia, de cuya salud habia de cuidar como Madre, y tal Madre. Y no solo tenia la gran Señora especies infusas y ciencia de todo lo que he dicho; pero despues deste conocimiento tenia otro actual cuando los Apóstoles y discípulos andaban predicando; porque se le manifestaban sus trabajos y peligros y las asechanzas del demonio que contra ellos fabricaba; las peticiones y oraciones de todos ellos y de los otros fieles, para socorrerlos ella con las suyas, ó por medio de sus Ángeles, ó

[1] Part. II, n. 1524.

por sí misma; que por todos estos medios lo hacia, como en muchos sucesos verémos adelante [1].

234. Solo quiero advertir aquí, que á mas de esta ciencia infusa que tenia nuestra Reina de todas las cosas con las especies de cada una, tenia otra noticia de ellas en Dios con la vision abstractiva que continuamente miraba á la Divinidad. Pero entre estos dos modos de ciencia habia una diferencia, que cuando miraba en Dios los trabajos de los Apóstoles y de todos los fieles de la Iglesia, como aquella vision era de tanto gozo, y alguna participacion de la bienaventuranza, no causaba el dolor y compasion sensible como tenia la piadosa Madre, cuando conocia estas tribulaciones en sí mismas; porque en esta vision las sentia y lloraba con maternal compasion. Y para que no la faltase este mérito y perfeccion, la concedió el Altísimo toda esta ciencia por el tiempo que fue viadora. Y junto con esta plenitud de especies y ciencias infusas tenia el dominio de sus potencias (que arriba dije [2]), para no admitir otras especies ó imágenes adquiridas fuera de las que eran necesarias para el uso preciso de la vida, ó para alguna obra de caridad ó perfeccion de las virtudes. Con este adorno y hermosura patente á los Ángeles y Santos era la divina Señora objeto de admiracion y alabanza en que glorificaban al muy alto por el digno empleo de todos sus atributos en María santísima.

235. Hizo en esta ocasion profundísima oracion por la perseverancia y fortaleza de los Apóstoles en la predicacion de todo el mundo. Y el Señor la prometió los guardaria y asistiria, para manifestar en ellos y por ellos la gloria de su nombre, y al fin los premiaria con digna retribucion de sus trabajos y merecimientos. Con esta promesa quedó María santísima llena de júbilo y agradecimiento, y exhortó á los Apóstoles á que le diesen de todo corazon, y saliesen alegres y confiados á la conversion del mundo. Y hablándoles otras muchas palabras de suavidad y vida, puesta de rodillas les dió á todos la enhorabuena de la obediencia que habian mostrado en nombre de su Hijo santísimo; y de su parte les dió las gracias por el celo que manifestaban de la honra del mismo Señor y beneficio de las almas á cuya conversion se sacrificaban. Besó la mano á cada uno de los Apóstoles, ofreciéndoles su intercesion con el Señor, su solicitud para servirlos, y pidióles su bendicion como acostumbraba; y todos como sacerdotes se la dieron.

236. Pocos dias despues que se hizo este repartimiento de las

[1] Infr. n. 318, 324, 339, 567. — [2] Supr. n. 126.

provincias para la predicacion, comenzaron á salir de Jerusalen particularmente los que les tocaba predicar en las provincias de Palestina, y el primero fue Santiago el Mayor. Otros perseveraron mas tiempo en Jerusalen, porque allí queria el Señor que con mayor fuerza y abundancia se predicase primero la fe de su santo nombre, y fuesen los judíos llamados en primer lugar, y traidos á las bodas evangélicas, si querian venir y entrar en ellas: que en este beneficio de la redencion, aquel pueblo fue mas favorecido, aunque fue mas ingrato que los gentiles. Despues fueron saliendo los Apóstoles á los reinos que á cada uno le tocaban [1], segun lo pedia el tiempo y la sazon, gobernándose en esto por el Espíritu divino, consejo de María santísima y obediencia de san Pedro. Pero cuando se despidieron de Jerusalen, primero fué cada uno á visitar los Santos Lugares, como el huerto, el Calvario, el sagrado sepulcro, el lugar de la ascension, Betania, y los demás que era posible. Y todos los veneraban con admirable reverencia y lágrimas, admirando la tierra que tocó el Señor. Despues iban al cenáculo y le veneraban por los misterios que allí se obraron, y se despedian de la gran Reina del cielo, y de nuevo se encomendaban en su proteccion. Y la beatísima Madre los despedia con palabras dulcísimas y llenas de la virtud divina.

237. Pero fue admirable la solicitud y maternal cuidado de la prudentísima Señora para despedir á los Apóstoles como verdadera Madre á sus hijos. Porque en primer lugar hizo para cada uno de los doce una túnica tejida, semejante á la de Cristo nuestro Salvador, del color entre morado y ceniza; y para hacerlas se valió del ministerio de sus santos Ángeles. Y con esta atencion envió á los Apóstoles vestidos sin diferencia, y con igualdad uniforme entre sí mismos y con su Maestro Jesús: porque aun en el hábito exterior quiso le imitasen y fuesen conocidos por discípulos suyos. Hizo juntamente la gran Señora doce cruces con sus cañas ó astas de altura de las personas de los Apóstoles, y dió á cada uno la suya para que en su peregrinacion y predicacion la llevase consigo, así en testimonio de lo que predicaban, como para consuelo espiritual de sus trabajos. Y todos los Apóstoles guardaron y llevaron aquellas cruces hasta su muerte. Y de lo mucho que alababan la cruz tomaron ocasion algunos tiranos para martirizar en la misma cruz á los que dichosamente murieron en ella.

238. Á mas de todo esto dió la piadosa Madre á cada uno de los

[1] Act. XIII, 46.

doce Apóstoles una cajilla pequeña de metal que hizo para este intento, y en cada una puso tres espinas de la corona de su Hijo santísimo, y algunas partes de los paños en que envolvió al Señor cuando era niño, y otros de los que limpió y recibió su preciosísima sangre en la circuncision y pasion. Todas estas sagradas prendas tenia guardadas con suma devocion y veneracion, como madre y depositaria de los tesoros del cielo. Y para dárselas á los doce Apóstoles, los llamó juntos; y con majestad de Reina, y agrado de dulcísima Madre les habló, y dijo que aquellas prendas que á cada uno entregaba era el mayor tesoro que tenia para enriquecerlos y despedirlos á sus peregrinaciones; que en ellas llevarian la memoria viva de su Hijo santísimo, y el testimonio cierto de lo que el mismo Señor los amaba, como á hijos y ministros del Altísimo. Con esto se las entregó, y las recibieron con lágrimas de veneracion y júbilo; y agradecieron á la gran Reina estos favores, y se postraron ante ella adorando aquellas sagradas reliquias; y abrazándose unos á otros se dieron la enhorabuena, y se despidió el primero Santiago, que fue quien comenzó estas misiones.

239. Pero segun lo que se me ha dado á entender, no solo predicaron los Apóstoles en las provincias que por entonces les repartió san Pedro, mas en otras muchas vecinas de aquellas y mas remotas. Y no es dificultoso de entender esto; porque muchas veces eran llevados de unas partes á otras por ministerio de los Ángeles, y esto no solo para predicar, sino tambien para consultarse unos á otros, especialmente con el vicario de Cristo, san Pedro, y mucho mas á la presencia de María santísima, de cuyo favor y consejo tuvieron necesidad en la dificultosa empresa de plantar la fe en reinos tan diversos y naciones tan bárbaras. Y si para dar de comer á Daniel llevó el Ángel á Babilonia al profeta Habacuc [1]; no es maravilla que se hiciera este milagro con los Apóstoles, llevándolos á donde era necesario predicar á Cristo, dar noticia de la Divinidad, y plantar la Iglesia universal para remedio de todo el linaje humano. Arriba [2] hice mencion de como el Ángel de el Señor, que llevó á Filipo, el discípulo de los setenta y dos, desde el camino de Gaza le puso en Azoto, como lo cuenta san Lucas [3]. Y todas estas maravillas, y otras innumerables que ignoramos, fueron convenientes para enviar á unos pobres hombres á tantos reinos, provincias y naciones poseidas del demonio, llenas de idolatrías, errores y abominaciones, cual estaba todo el mundo cuando vino á redemirle el Verbo humanado.

1 Dan. XIV, 35. — 2 Supr. n. 208. — 3 Act. VIII, 40.

Doctrina que me dió la Reina de los Ángeles.

240. Hija mia, la doctrina que te doy en este capítulo es mandarte y convidarte para que con íntimos suspiros y gemidos de tu alma, y con lágrimas de sangre, si puedes alcanzarlas, llores amargamente la diferencia que tiene la santa Iglesia en el estado presente del que tuvo en sus principios; como se ha escurecido el oro purísimo de la santidad, y se ha mudado el color sano [1], perdiendo aquella antigua hermosura en que la fundaron los Apóstoles, y buscando otros afeites y colores peregrinos y engañosos para cubrir la fealdad y confusion de los vicios, que tan infelizmente la tienen escurecida y llena de formidable horror. Para que penetres esta verdad desde su principio y fundamento, conviene que renueves en tí misma la luz que has recibido para conocer la fuerza y peso con que la Divinidad se inclina á comunicar su bondad y perfecciones á sus criaturas. Es tan vehemente el ímpetu del sumo Bien para derramar su corriente en las almas, que solo puede impedirle la voluntad humana, que le ha de recibir por el libre albedrío que le dió para esto; y cuando con él resiste á la inclinacion y influencias de la Bondad infinita, la tiene (á tu modo de entender) violentada, y contristado su amor inmenso en su liberalísima condicion. Pero si las criaturas no le impidieran, y dejaran obrar con su eficacia, á todas las almas inundara y llenara de la participacion de su ser divino y atributos. Levantara de el polvo á los caidos, enriqueciera á los pobres hijos de Adan, y de sus miserias los elevara, y asentara con los príncipes de su gloria [2].

241. De aquí entenderás, hija mia, dos cosas que la humana sabiduría ignora. La una, el agrado y servicio que le hacen al sumo Bien aquellas almas que con ardiente celo de su gloria, y con su trabajo y solicitud ayudan á quitar de otras almas este óbice que con sus culpas han puesto para que no las justifique el Señor, y las comunique tantos bienes como de su bondad inmensa pueden participar, y el Altísimo desea obrar en ellas. La complacencia que recibe su Majestad en que le ayuden en esta obra no se puede conocer en vida mortal. Por esto es tan alto y engrandecido el ministerio de los Apóstoles, de los prelados, ministros y predicadores de la divina palabra, que en este oficio suceden á los que plantaron la Iglesia, y trabajan en su amplificacion y conservacion; porque todos deben

[1] Thren. IV, 1. — [2] I Reg. II, 8.

ser cooperadores y ejecutores del amor inmenso que Dios tiene á las almas, que crió para partícipes de su divinidad. La segunda cosa que debes ponderar es, la grandeza y abundancia de los dones y favores que comunicará el poder infinito á las almas que no le ponen impedimento á su liberalísima bondad. Manifestó luego el Señor esta verdad en los principios de la Iglesia evangélica, para que á los fieles que habian de entrar en ella les quedase testificada en tantos prodigios y maravillas como hizo con los primeros, bajando el Espíritu Santo en visibles señales sobre ellos tan frecuentemente, y con los milagros que has escrito obraban los creyentes con el Credo, y otros favores ocultos que recibian de la mano del muy alto.

242. Pero en quien resplandeció mas su bondad y omnipotencia fue en los Apóstoles y discípulos, porque en ellos no hubo impedimento ni óbice para la voluntad eterna y santa, y fueron verdaderos instrumentos y ejecutores de el amor divino; imitadores y sucesores de Cristo, y seguidores de su verdad; y por esto fueron levantados á una participacion inefable de los atributos del mismo Dios, en particular de la ciencia, santidad y omnipotencia, con que obraban para sí y para las almas tantas maravillas, que nunca los mortales los pueden dignamente engrandecer. Despues de los Apóstoles nacieron en su lugar otros hijos de la Iglesia [1], en quienes de generacion en generacion se fué transfundiendo esta divina sabiduría y sus efectos. Y dejando ahora los innumerables mártires que derramaron su sangre y vidas por la santa fe, considera los patriarcas de las religiones, los grandes Santos que en ellas han florecido, los doctores, obispos, prelados y varones apostólicos en quienes tanto se ha manifestado la bondad y omnipotencia de la Divinidad, para que los demás no tuviesen disculpa, si en ellos, que son ministros de la salud de las almas, y en todos los demás fieles no hacia Dios las maravillas y favores que hizo en los primeros, y ha continuado en los que halla idóneos para hacerlas.

243. Y para que sea mayor la confusion de los malos ministros que hoy tiene la santa Iglesia, quiero que entiendas como en la voluntad eterna con que determinó el Altísimo comunicar sus tesoros infinitos á las almas, en primer lugar los encaminó inmediatamente á los prelados, sacerdotes, predicadores y dispensadores de su divina palabra, para que en cuanto era de parte de la voluntad del Señor todos fuesen de santidad y perfeccion de Ángeles mas que de hombres, y gozasen de muchos privilegios y exenciones de natura-

[1] Psalm. XLIV, 17.

leza y gracia entre los demás vivientes; y con estos singulares beneficios se hiciesen idóneos ministros del Altísimo, si ellos no pervertian el órden de su infinita sabiduría, y si correspondian á la dignidad para que eran llamados y elegidos entre todos. Esta piedad inmensa, la misma es ahora que en la primitiva Iglesia; la inclinacion del sumo Bien á enriquecer las almas no se ha mudado, ni esto es posible; su liberal dignacion no se ha disminuido; el amor á su Iglesia siempre está en su punto; la misericordia mira á las miserias, y estas hoy son sin medida; el clamor de las ovejas de Cristo llega á lo sumo que puede; los prelados, sacerdotes y ministros nunca llegaron á tanto número. Pues si todo esto es así, ¿á quién se ha de atribuir la perdicion de tantas almas, y la ruina del pueblo cristiano, y que hoy no solo no vengan los infieles á la santa Iglesia, sino la tengan tan afligida y llena de tristeza? Que los prelados y ministros no resplandezcan, ni Cristo en ellos como en los pasados siglos y la primitiva Iglesia?

244. Ó hija mia, para que muevas tu llanto sobre esta perdicion te convido. Considera las piedras del santuario derramadas en las plazas de las ciudades [1]. Atiende como los sacerdotes de el Señor se han hecho semejantes al pueblo [2], cuando debian hacer al pueblo santo, y semejante á sí mismos. La dignidad sacerdotal y sus vestiduras ricas y preciosas de las virtudes están manchadas con el contagio de los mundanos; los ungidos del Señor, y consagrados para solo su trato y culto, se han degradado de su nobleza y deidad; perdieron su decoro por abatirse á las acciones viles, indignas de su levantada excelencia entre los hombres. Afectan la vanidad; siguen la codicia y avaricia; sirven al interés; aman al dinero; ponen su esperanza en los tesoros del oro y de la plata; sujétanse á la lisonja y obsequio de los mundanos y poderosos; y lo que mas es, á la bajeza de las mismas mujeres: y tal vez se hacen participantes de las juntas y consejos de maldad. Apenas hay oveja del rebaño de Cristo que conozca en ellos la voz de su pastor, ni halla el alimento y pasto saludable de la virtud y santidad de que debian ser maestros. Piden el pan los párvulos, y no hay quien se les distribuya [3]. Y cuando se hace por el interés ó por solo cumplimiento, si la mano está leprosa, ¿cómo dará saludable alimento al necesitado y enfermo? Y ¿cómo el soberano Médico fiará de ella la medicina en que consiste la vida? Si los que han de ser intercesores y medianeros se

[1] Thren. IV, 1. — [2] Isai. XXIV, 2.
[3] Thren. IV, 4.

hallan reos de mayores culpas, ¿cómo alcanzarán misericordia para los culpados con otras menores ó semejantes?

245. Estas son las causas (*) por que los prelados y sacerdotes de estos tiempos no hacen las maravillas que hicieron los Apóstoles y los discípulos de la primitiva Iglesia, y los demás que imitaron su vida con ardiente celo de la honra del Señor y conversion de las almas. Por esto no se logran los tesoros de la muerte y sangre de Cristo que dejó en la Iglesia, así en sus sacerdotes y ministros como en los demás mortales; porque si ellos mismos los desprecian y olvidan para aprovecharlos en sí, ¿cómo los repartirán á los demás hijos de esta familia? Por esto no se convierten ahora como entonces los infieles al conocimiento de la verdadera fe, aunque viven á la vista de los príncipes eclesiásticos, ministros y predicadores del Evangelio. Enriquecida está la Iglesia ahora mas que nunca de bienes temporales, de rentas y posesiones; llena está de hombres doctos con ciencia adquirida; de grandes prelacías y dignidades abundantes; y como todos estos beneficios se deben á la sangre de Cristo, todo se debia convertir en su obsequio y servicio, empleándose en convertir las almas, y sustentarle sus pobres, y el sagrado culto y veneracion de su santo nombre.

246. Si esto se hace así, díganlo los cautivos que se redimen con las rentas de las iglesias; los infieles que se convierten, las herejías que se extirpan, y qué tanto es lo que en esto se emplea de los tesoros eclesiásticos; y tambien lo dirán los palacios que con ellos se han fabricado; los mayorazgos que se han fundado; las torres de viento que se han levantado; y lo que es mas lamentable, los empleos profanos y torpísimos en que muchos los consumen, deshonrando al sumo sacerdote Cristo, y viviendo tan léjos y distantes de su imitacion y de los Apóstoles á quien sucedieron, como viven alejados del mismo Señor los hombres mas profanos del mundo. Y si la predicacion de los ministros de la divina palabra está muerta, y sin virtud para vivificar á los oyentes, no tienen la culpa la verdad y la doctrina de las sagradas Escrituras; pero tiénela el mal uso de ella, por la torcida intencion de los ministros. Truecan el fin de la gloria de Cristo en su propia honra y estimacion vana; el bien espiritual en el bajo interés del estipendio; y como se consigan estas dos cosas, no cuidan de otro fruto de la predicacion. Y para esto quitan á la doctrina sana y santa la sinceridad y pureza (y aun tal vez la verdad) con que la escribieron los autores sagrados, y la explicaron los doc-

(*) Véase la nota VIII.

tores santos; redúcenla á subtilezas de ingenio proprio, que causen mas admiracion y gusto que provecho de los oyentes. Y como llega tan adulterada á los oidos de los pecadores, reconócenla por doctrina del ingenio del predicador, mas que de la caridad de Cristo; y así no lleva virtud ni eficacia para penetrar los corazones, aunque lleva artificio para deleitar las orejas.

247. En este castigo de estas vanidades y abusiones, y de otras que no ignora el mundo, no te admires, carísima, que la Justicia divina haya desamparado tanto á los prelados, ministros y predicadores de su palabra, y que la Iglesia católica tenga ahora tan abatido estado, habiéndole tenido tan alto en sus principios. Y si algunos de los sacerdotes y ministros no están comprehendidos en estos vicios tan lamentables, esto debe mas la Iglesia á mi Hijo santísimo en tiempo que tan ofendido y desobligado se halla de todos. Con estos buenos es liberalísimo; mas son muy contados, como lo testifica la ruina del pueblo cristiano, y el desprecio á que han llegado los sacerdotes y predicadores del Evangelio; porque si fueran muchos los perfectos y celadores de las almas, sin duda se reformaran y enmendaran los pecadores, se convirtieran muchos infieles, y todos miraran y oyeran con veneracion y temor santo á los predicadores, sacerdotes y prelados, y los respetaran por su dignidad y santidad, y no por la autoridad y fausto con que granjean esta reverencia, que mas se ha de llamar aplauso mundano y sin provecho. Y no te encojas ni acobardes por haber escrito todo esto, que ellos mismos saben es verdad, y tú no lo escribes por tu voluntad sino por mi obediencia, para que lo llores, y convides al cielo y á la tierra te ayuden en este llanto; porque hay pocos que le tengan, y esta es la mayor injuria que recibe el Señor de todos los hijos de su Iglesia.

NOTAS

A ESTA TERCERA PARTE.

NOTA I.

TEXTO. *En este breve espacio descendió Cristo nuestro Salvador en persona á visitarla y llenarla de nuevos dones.* (Núm. 45).

§ Único.

Que Cristo Señor nuestro bajase de los cielos á visitar á su santísima Madre, no es favor tan particular que deba extrañarle alguno, pues se halla concedido á otros. San Pablo lo testifica de sí, *I ad Corinth.* XV : *Novissime autem tanquam abortivo visus est mihi,* que fue cuando yendo á Damasco se le apareció el Señor en el camino, y dando en tierra con él le levantó á la eminencia de su apostolado, como dicen san Crisóstomo, Orígenes, Hugo cardenal, Dionisio Cartujano, y otros á quien cita y sigue Lorino, *in Act. Apostol.*, IX, 5. Y que esta vision que menciona el Apóstol no fuese imaginaria ni aparente, sino verdadera y corporal, se convence por dos razones. La una, porque á ser aparente, no pudiera ser firme testimonio de la resurreccion de Cristo, como advierte santo Tomás en la 5 *part.*, *q.* 57, *art.* 6 *ad tertium*, que es el fin por que la menciona. La otra, porque san Pablo dice se le apareció á él Cristo como á los demás Apóstoles despues de su resurreccion; y es de fe que estas apariciones fueron verdaderas en la real y circunscriptiva presencia de Cristo.

Al apóstol san Pedro se apareció de el mismo modo, cuando huyendo el martirio se salió de Roma, como dicen san Ambrosio, epist. 32 *contra Auxentium*, san Atanasio, *Apologia de fuga*, Orígenes, *tract.* 21 *in Joan.*, Ægesipo, *de excidio Hierosolimitano*, cap. 2, Abdías, *lib.* 1 *historiæ in vita divi Petri.* Lo mismo dice de san Carpo Dionisio Areopagita, epist. 8 *ad Demophilium*, de santa Tarsilia, san Gregorio, *lib. dialog.*, *c.* 16, de san Antonio Abad, san Atanasio en su vida, de san Martin, Severo Sulpicio, de san Víctor, Paulino, epist. 34 *ad Macharium*. Que bajó Cristo corporalmente á imprimir las llagas á nuestro Padre san Francisco, lo afirma san Buenaventura, san Bernardino, Roberto Licio, Peluarto, y otros muchos que recogen Daza y Salvador Vital. Que bajase de los cielos á la tierra para acompañar el glorioso triunfo de su Madre en el dia de su Asuncion, es sentir comunísimo referido de san Damasceno, *orat.* 1 *et* 2 *de dormitione Virginis*, de Somphr., *serm. de Assumpt.*, de san Anselmo, *de excellentia Virginis*, *cap.* 8, de san Antonino, 1 *part. historiæ*, *tit.* 6, *cap.* § 1. Véase Canisio, *lib.* 5 *Deiparæ*, *cap.* 3.

Unus est (dice Arnobio, 1 *contra gentes) qui post mortem, et resurrectionem se prompta in luce detexit: qui justissimis viris etiam tunc impollutis, ac dili-*

gentibus sese non per varia, sed per puram simplicitatis speciem apparet. Confirman eficazmente esta conclusion de Arnobio los ejemplares alegados.

Y verdaderamente no hay argumento que obste, y á que no se satisfaga adecuadamente con la respuestá de el angélico doctor santo Tomás, 3 *part.*, *quæst.* 57, *art.* 6, *ad tertium*, donde dice : *Ad tertium dicendum, quod Christus semel ascendens in cœlum, adeptus est sibi, et nobis in perpetuum jus, et dignitatem mansionis cœlestis. Cui tamen dignitati non derogat, si ex aliqua dispensatione Christus quandoque corporaliter ad terram descendat, vel ut ostendat se omnibus, sicut in judicio : vel ut ostendat se alicui specialiter, sicut Paulo, ut habetur,* Act. IX. *Et ne quis credat hoc factum fuisse, non Christi ibi corporaliter præsente, sed aliqualiter apparente, contrarium apparet per hoc, quod ipse Apostolus dicit, I Corinth.*, XV, *ad confirmandam resurrectionis fidem : Novissime tanquam abortivo visus est mihi. Quæ quidem visio veritatem resurrectionis non probaret, nisi verum Christi corpus visum fuisset ab eo.*

Siendo, pues, este privilegio ó favor no tan particular, que el amor de Cristo Señor nuestro no se haya participado á otros, por parte alguna no queda sospechoso en su sagrada Madre, á quien amó tiernamente sobre todos los demás. Algunos leves argumentos omito, así por la poca dificultad que tienen, como porque se pueden ver referidos y desatados en el Padre Suarez, *tom.* 2, *in* 3 *partem*, *disp.* 51, *sect.* 4.

NOTA II.

TEXTO. *Y así el entendimiento en el Padre engendra, y no en el Hijo, porque es engendrado ; y la voluntad en el Padre y en el Hijo espira, y no en el Espíritu Santo, que es espirado.* (Núm. 60).

§ Único.

Decir que el entendimiento divino engendra en el Padre, parece proposicion tan censurable, como es esta : *Essentia generat.* Proposicion dicha por Joaquin Abad, impugnada de el maestro de las sentencias Pedro Lombardo, *in* 1, *dist.* 5, confutada de todos los teólogos, y condenada en el concilio Lateranense, *sub Innocentio III*, *cap. Damnamus, de summa Trinitate,* porque si esta proposicion, *Essentia generat,* se condenó : *Quia una summa res est essentia divina, quæ nec generat, nec generatum,* como dice el Concilio y como dijo el Maestro : *Quælibet trium Personarum est illa res : videlicet, substantia, essentia, seu natura divina, quæ sola est universorum principium, propter quod aliud inveniri non potest : et illa res non est generans, neque genita, nec procedens, sed est Pater qui generat, et Filius qui gignitur, et Spiritus Sanctus qui procedit, ut distinctiones sint in Personis, et unitas in natura.* Siendo el entendimiento tan realmente identificado con las personas, como lo es la esencia; tan falso, impropio y censurable será decir : *intellectus generat,* como *essentia divina generat.*

Demás, que este nombre *intellectus* es nombre abstracto, como este nombre *essentia.* Y por serlo no puede convenirle este predicado *generare, aut generari,* como notó Juan Teólogo en el concilio Florentino, *sess.* 19, *col.* 3, § *Ut exemplum. Quoniam divina substantia* (dice) *nomen abstractum existit, idcirco generatio ei non potest attribui.*

Tocó la razon de esta verdad Escoto con profunda sutileza, *in* 1, *dist.* 5, *q.* 1, § *Sed loquendo logice.*

Pero de la misma razon que tocan los Padres, teólogos y concilios, consta evidentemente el sentido en que se dan por falsas estas proposiciones: *Essentia generat: intellectus generat.* Danse por falsas hablando de el principio *quod* de la generacion; pero no hablando de el principio *quo:* porque el fundamento con que concluyen, contra Joaquin Abad, que esta proposicion es falsa: *essentia generat*, es, porque entre el generante y el génito, entre el principiado y principio, ha de haber distincion real: *Nam cum una numero, videlicet essentia* (decia Juan Teólogo en el concilio Florentino en el lugar citado) *siquidem generare posset, proculdubio in divinis esset disjunctio: quandoquidem non seipsam, verum quidquam aliud generaret. Propterea communi Doctorum sententia, divina substantia nequaquam generat.* Y esto prueba en el principio *quod;* pero no en el principio *quo.* Antes bien entre el principio *quo*, y el término *quo* en generacion perfectísima, cual es la divina, ha de haber suma identidad, como dice la comun sentencia de los teólogos con santo Tomás, 1 *part.*, *q.* 51, *art.* 5, y con Escoto, *in* 1, *dist.* 7, § *Loquendo.*

Hablando de el principio *quo* de la generacion como es proposicion comunísima: *essentia est principium quo generationis*, lo es tambien: *intellectus divinus est principium quo generationis. Sicut homo genitus* (dice el angélico Doctor en el lugar citado) *est similis generanti in natura humana, cujus virtute pater potest generare hominem: illud ergo est potentia generativa in aliquo generante, in quo genitum similatur generanti. Filius autem Dei similatur Patri generanti in natura divina, unde natura divina in Patre est potentia generandi in ipso.* Y concluye el cuerpo de el artículo: *Et ideo potentia generandi significat in recto naturam divinam, sed in obliquo relationem.* Y Escoto: *Non distinguuntur autem in divinis productiones per modum naturæ, et voluntatis, nisi quia principium quo producens, producit aliter, et aliter se habet ad productionem et productum: quia hæc naturaliter, hæc libere.*

¿Qué cosa mas comun entre los teólogos que probar contra Durando que el Hijo propiamente procede por el entendimiento, y el Espíritu Santo propiamente procede por voluntad? que el entendimiento engendra; que la voluntad espira; que el Hijo es engendrado, porque mira al entendimiento como principio que le produce; y que el entendimiento en el Padre es principio que produce engendrado, y la voluntad no?

En este sentido son muchos los Padres que afirman que la naturaleza divina engendra, esto es, que es el principio *quo* de engendrar. Así san Agustin en muchos lugares, principalmente *l.* 9 *de Trinitate, inter medium et finem*, y *l.* 11, *col.* 3, *l.* 3 *contra Maximum, cap.* 14; y san Anselmo hablando de la procesion del Espíritu Santo, cap. 54 Monol.: *Non ex relationibus suis, quæ plures sunt, sed ex ipsa sua essentia, quæ pluralitatem non admittit, emittunt Pater et Filius tantum bonum.* Tanto, que Ricardo de Santo Víctore, 6 *de Trinitate, cap.* 22, aunque equivocando el principio *quo* de que los Padres hablan, con el principio *quod*, que es de quien hablaba el Maestro, dice: *Bene dicunt Patres, quod substantia substantiam gignit. Vestra autem expositio ad hoc contendit, quod credamus; quod substantia substantiam non gignat: fidelis expositio, et omni acceptione digna! Quia hoc, quod sancti Patres clamant, contendit falsum esse, et quod nemo Sanctorum asserit, contendit verum esse.*

Es, pues, comunísima locucion, que la esencia y el entendimiento engendra al Hijo, no como principio *quod*, que es lo que condena el concilio Lateranense, sino como principio *quo;* y de este habla la venerable Madre: por

eso no dijo absolutamente que el entendimiento engendra, sino que el entendimiento divino engendra en el Padre: esto es, que el Padre es quien engendra, pero el entendimiento es la virtud próxima con que engendra. El Padre *generans quod*; el entendimiento *generans quo*.

Dijo tambien con suma propiedad, que aunque las potencias *ad intra* en Dios son indivisas y iguales, tienen unas operaciones *ad intra* en una persona, que no las tienen en otra: y así el entendimiento en el Padre engendra, y no en el Hijo, con razon y propiedad teológica; porque aunque el entendimiento en el Padre es virtud próxima de engendrar, y principio *quo* de la generacion, no lo es en el Hijo; porque le falta el oblícuo ó connotado de la paternidad, sin en el cual no le conviene la denominacion de principio ó potencia generante, como enseñan los teólogos con santo Tomás, 1 *part., q.* 42, *art.* 6; y con Escoto, *in* 1, *dist.* 20, § *Quantum ergo ad istum articulum. Et si idem absolutum, quod est potentia, sit in Patre, et in Filio, non tamen sub ratione potentiæ, quantum ad actum notionalem, est in utroque*, dice Escoto, y lo mismo santo Tomás. Y de todos queda clara, segura y comun la doctrina que da la venerable Madre en esta nota.

NOTA III.

TEXTO. *En esta ocasion no hablaron mas que en lengua de Palestina: y hablando ellos, y articulando solo esta, eran entendidos de todas las naciones.* (Núm. 75).

§ Único.

Supone la venerable Madre que los Apóstoles con la venida de el Espíritu Santo recibieron el don y gracia de hablar en diferentes lenguas, no solo porque hablando en lengua palestina les entendian las demás naciones, como les sucedió á san Vicente Ferrer, á san Antonio de Padua, á san Bernardino de Sena y á san Francisco Javier, como se refiere en sus vidas: sino porque hablaban en lengua nativa y propia de cualquier nacion, *y porque venian de todas las naciones* (dice en el núm. 83), *hablaban y catequizaban á cada uno en su propia lengua: por eso dije arriba hablaron en varias lenguas desde aquella hora.*

Que los Apóstoles recibieron el don de lenguas en estos dos sentidos, es comunísimo sentir de expositores y Padres. *Omnium gentium idioma proferre, et intelligere potuerunt, imo quod mirabilius est secundum Glossam et expositores communiter, uno eorum aliquam proferente loquelam, omnes qui aderant, quantumlibet idiomatum consisterent diversorum, loquelam illam tanquam proprium idioma audierunt, et intellexerunt* (dice Dionisio Cartujano, Actor. II, y Cornelio à Lapide). *Addo tamen Apostolos subinde una lingua loquentes, et concionantes: ac consequenter utroque modo habuisse hoc donum linguarum, quasi duplicatum; si enim hoc concessum fuit S. Vincentio, aliisque viris apostolicis, multo magis ipsis Apostolis.*

Bien veo que san Gregorio Nazianceno, *art.* 44 *de Pentecost.*, propone en propios términos la cuestion, y resuelve, que cuando san Pedro y los Apóstoles predicaron á las diez y seis naciones que concurrian en Jerusalen, y componian el auditorio, predicaron hablando á cada uno en su idioma; porque de otro modo, dice, mas fuera este milagro hecho en favor de los oyentes que de los Apóstoles, que eran los que con la venida de el Espíritu Santo

recibieron el don de lenguas. Razon que tambien toca el angélico Doctor, 2, 2, *q.* 176, *art.* 1, *ad* 2.

Pero demás que este fundamento no es eficaz, pues el milagro de entender el idioma de los Apóstoles los oyentes, percibiéndole como propio, no se atribuye á ellos, sino á la virtud de quien les predicaba, como á la virtud de san Francisco Javier atribuye Gregorio XV, en la bula de su canonizacion, el que diversas gentes le entendiesen, predicando con voces castellanas: hace gran fuerza la razon que toca la venerable Madre, pues fuera obligarnos á conceder que en aquel sermon que predicó san Pedro, y se refiere al cap. II de los Hechos apostólicos, no uno, sino diez y seis sermones serian lo que predicase. Y lo mismo las demás; pues de todos decian admiradas las naciones: *Audivimus eos loquentes nostris linguis magnalia Dei.*

Ponderólo bien el docto Salmeron, *tom.* 12, *tract.* 11: *Apostoli cum prædicabant, variis linguis non utebantur: quia si omnia quæ dicebant in varias linguas converterent, conciones prolixiores, confusas, atque ridiculas efficerent, sed idiomate ejus terræ, in qua versabantur, utebantur. Et tunc forte ita vox scindebatur, teste Cardinali Nicolao Cusano, ut in cujuscumque audientis auribus sua sibi voce, ac lingua resonare videretur.*

Y san Cipriano, *serm. de Spiritu Sancto: Adorant Medi, et Elamitæ, Mesopotami, et Arabes. Hi omnes dum Hebræa lingua Apostoli prædicarent locutio Judaica enuntiationis sua articulos cursu consueto evolvens, nullo exponebatur interprete, sed verbo eorum per Spiritum Sanctum inerat virtus, et gratia, ut habitantes Pontum et Asiam, suam esse linguam dicerent, quam audiebant, quasi primitivæ linguæ libertas ad antiquitatis reversa originem, confusionis contumeliam evasisset.* Lo mismo dicen san Basilio de Seleucia, *serm. Innocentium, qui habetur apud Surium, tom.* 6, san Crisóstomo Arator, Ecuménico, y Dionisio Cartujano, *super cap.* 2.

Admitiendo el don de lenguas en los dos sentidos que hemos dicho, como afirma la venerable Madre, se concilian los Padres y expositores citados: se interpretan exactamente las autoridades de algunos Padres que parecen de encontrado sentir, como nota Lorin, *Actor.* II, 4; y últimamente, que los Apóstoles hablasen en todo rigor y propriedad diversidad de lenguas, segun el texto: *Loquebantur variis linguis.*

Es, pues, este modo de discurrir sin duda el mas fundado. Concluyo con las palabras de Nicolao de Lyra del todo unívocas á las de san Cipriano: *Non solum Apostoli loquebantur et intelligebant omnia idiomata; sed ipsis loquentibus in uno idiomate, quodcumque esset illud, omnes audientes, quacumque essent diversorum idiomatum, intelligebant idioma proprium, virtute divina hoc faciente. Sicut enim per rebellionem ad Deum divisæ sunt linguæ, Genes.* XI, *ita per infusionem Spiritus Sancti sunt unitæ.*

NOTA IV.

TEXTO. *Ninguno de los que esta divina Maestra informó y catequizó en la fe se condenó; aunque fueron muchos á los que alcanzó esta feliz suerte.* (Núm. 91).

§ I.

Propónese esta nota por un levísimo reparo que puede ofrecerse á alguno, ó por nímiamente rígido en la censura, ó por menos devoto de María santí-

sima; y es, que no es razon elevar las excelencias de María sobre las de su Hijo, desobligando á entrambos con pretexto de devocion, como advierte el seráfico Doctor, *in* 3, *dist.* 3, *q.* 3: *Ne dum Matris excellentia ampliatur, Filii gloria minuatur: et sic magis provocetur, quæ magis vult extolli Filium, quam se ipsam.* Y esto parece seguirse de lo que dice en esta nota la venerable Madre: porque es de fe que alguno de los que catequizó Cristo Redentor nuestro, se condenó. Catequizó á Judas, redújole á sí, contóle en el número de sus especiales discípulos haciéndole su apóstol; y abusando Judas de favores tan especiales, los malbarató, y se perdió para siempre: luego es sin fundamento decir que de los catequizados de María ninguno se condenó.

Ya dije al principio que este era levísimo reparo, pues dificultar que Nuestra Señora consiga cuanto pide á Dios absolutamente, es poner duda en materia asentada en los corazones de los fieles, en la doctrina de los Padres, y en lo que tiene en su abono innumerables ejemplos, que fuera impiedad sospecharlos apócrifos: muchos recoge Francisco Labat, *in apparatu, tom.* 2, *verbo, Mariæ intercessio.* Un tomo entero gasta el reverendísimo Fulgencio Petrello en fundar esta proposicion: *Beata Virgo Maria Deipara habet jurisdictionem salvandi sua intercessione gravissimos peccatores;* lo cual decide por la parte afirmativa con sólidos fundamentos, así de autoridad como de razon. Véase el Padre Suarez, *tom.* 2 *in* 3 *p., disp.* 23, Novato, *de eminentia Deiparæ, tom.* 2, *cap.* 11 y 12. Debe tenerse por cierto lo que dice san Anselmo, *de excellentia Virginis, cap.* 12: *Tantummodo itaque velis salutem nostram, nequaquam salvi esse non poterimus.* Y el cardenal Pedro Damiano, *serm.* 1 *de Nativ. Virg.: Fecit tibi magna, qui potens est: et data est tibi omnis potestas in cœlo, et in terra, et nihil tibi impossibile, cui possibile est desperatos in spem beatitudinis relevare.*

Tráense varias razones confirmativas de esta verdad. San Antonino de Florencia, 4 *part., tit.* 15, *cap.* 17, § 4: *Oratio Virginis non solum innititur gratiæ Dei, sed etiam jure naturali, et justitiæ Evangelii: namque Filius non tanquam tenetur audire Matrem, sed et obedire, juxta illud ad Ephes.* VI: *Filii, obedite parentibus vestris, quod etiam est de jure naturæ.* Y concluye así: *Impossibile erat eam non exaudiri.*

Otra razon tocó san Bernardino de Sena, *serm. de Exalt. Virgin., art.* 2, *cap.* 8. *A tempore* (dice) *quo Virgo Mater concepit in utero Verbum Dei quamdam ut sic dicam, jurisdictionem, seu authoritatem obtinuit in omni Spiritus Sancti processione temporali. Ita quod nulla creatura aliquam à Deo obtinuit gratiam, vel virtutem, nisi secundum ipsius Matris dispensationem. Hinc divus Bernardus devotissimus ait: Nulla gratia venit de cœlo ad terram, nisi transeat per manus Mariæ. Et quia talis est Mater Filii Dei, qui producit Spiritum Sanctum: ideo omnia dona, et virtutes, et gratiæ ipsius Spiritus Sancti, quibus vult, quomodo vult, et quantum vult, per manus ipsius administrantur.*

Otra Gerson, *tract.* 6 *super Manif.: Virgo nihil absoluta voluntate petit à Deo quod non obtineat; alioquin non esset idem velle, et idem nolle Sponsi et Sponsæ, sed dissolutio amicitiæ, qualis hic esse nequit.* Recogió la mayor parte de estas razones nuestro Pomerio, *serm. de Nativ. Virg.: Christus nihil potest denegare Virgini, quia Mater est: quia præ omnibus dilecta: quia præ omnibus illi gratissima.*

En confirmacion de verdad tan sólida se pudieran recoger un sinnúmero de autoridades y de razones: he entresacado estas, deseando se estampen en el

ánimo de todos : *Quod sicut impossibile est, quod illi, à quibus Virgo María oculos suæ misericordiæ averterit, salventur; ita necessarium est, quod ii, ad quos converterit oculos suos pro eis advocans, non justificentur, et glorificentur,* como dice san Antonino en el lugar citado de autoridad de san Anselmo.

§ II.

De lo dicho consta cuánto fundamento tiene, que todos los que tuvieron la dicha de que María santísima los catequizase, se salvaron : hallábanse con mas especial motivo para ser muy devotos de esta Señora; y ella los miraria con mas particular cariño, por engendrados en el espíritu al inmediato aliento de su doctrina : pues ¿qué mucho que todos se salvasen? Pediria María santísima por ellos como por hijos mas propios, y ellos la amarian como á Madre. ¿Cómo no se habian de salvar? Pintó en estas dichosas almas esta Señora la semejanza de Dios, participándoles las noticias de la fe, y habia de permitirlas á la potestad del demonio; *in l. qua ratione, § litteræ quoque, ff. de acquirendo rer. dominio*, determina Cavo : *Quod si pictor pulchram in tabella pinxerit imaginem, pictura cedat lignum : ita ut dominium ille acquirat ligni.* De María santísima debieron ser las almas en quien estampó la imágen de su fe con los documentos de su doctrina : que si el alma es tabla en quien el maestro pinta lo que enseña, como dice el Filósofo, *lib.* 3 *de anima*, riquísima sin duda seria la pintura que formaron las líneas de tan superior Maestra.

Ni hace argumento la paridad de Judas. Lo primero, porque compara como disparados los que tienen entre sí total subordinacion. Pone como de una parte la peticion de Cristo, y como de otra la intercesion de María, como si se infiriera alcanzaba mas María santísima que Cristo; equivocacion absurda. No es así. Pide María á Cristo, y Cristo á Dios. Lo que pide absolutamente María, pide Cristo, y cuanto pide Cristo absolutamente, tanto consigue de su eterno Padre. Advirtiólo por excelencia san Bernardo, *serm. de Nativ. Mariæ : Ad Mariam recurre* (dice), *exaudietur et ipsa pro reverentia sua, exaudiet utique Matrem Filius, et exaudiet Filium Pater. Filioli hæc peccatorum scala : hæc maxima fiducia est : hæc tota ratio spei meæ. Quid enim? Potestne Filius, aut repellere, aut sustinere repulsam? Potest Filius non audire Matrem? aut non audiri Filius à Patre? Neutrum plane.* Y así peticion de Cristo y peticion de María, no se deben mirar como distintas, sino como una hecha de entrambos : porque lo que pide María pide Cristo; y cuanto pide María y Cristo, absolutamente concede Dios.

Lo segundo, porque aunque Cristo nuestro Señor catequizó á Judas, no pidió su salvacion absolutamente. María empero, por cuantos catequizó hizo especial oracion, así cuando los catequizaba y instruia, como todo el tiempo que vivieron; con que todos fueron escritos en el libro de la vida. ¿Por qué Cristo no hizo oracion especial, pidiendo absolutamente la salvacion de todos sus discípulos? Es lo mismo que preguntar : ¿por qué se salvaron los demás, y Judas no? Pues á pedir Cristo ó María santísima por él con peticion especial ó absoluta, sin duda se salvara; y esta cuestion no tiene mas respuesta que reducirlo á los juicios inescrutables de Dios, como hace san Agustin, *cap.* 9 *de prædestin. Sanct. : Cur potius istum, quam illum liberet, inscrutabilia sunt judicia ejus; melius enim, et hic audimus, aut dicimus : O homo tu quis es, qui respondeas Deo : Quam dicere audeamus, quasi noverimus, quod occultum esse voluit.* Y en la epist. 105 *ad Sixtum : Cur illum potius, quam illum li-*

beret, aut non liberet, scrutetur qui potest judiciorum ejus tam magnum profundum, veruntamen caveat præcipitium. Y lo mismo deben hacer todos los teólogos; pues la discrecion de el predestinado al réprobo se ha reducir al querer de Dios, como se reduce á el dar á uno aquella cogitacion ó auxilio con que preve se ha de convertir, y á otro no. Ponderólo excelentemente el mismo Santo, *lib. de Spiritu, et littera, cap.* 34 : *Jam si ad illam profunditatem scrutandum quisquam non coarctet, cur illicita suadeatur, ut persuadeatur, illi autem non ita : duo solum occurrunt interim, quæ respondere mihi placet : O altitudo divitiarum ! Numquid iniquitas est apud Deum? Cui responsio ista displicet quærat Doctores, sed caveat ne inveniat præsumptiores.*

Pidió María santísima la salvacion de cuantos catequizaba, porque conocia era voluntad de Dios se salvasen todos aquellos que lograron la dicha de ser sus especiales discípulos en la fe; y como su peticion se gobernaba de su conocimiento, siempre conseguia, porque siempre pedia conforme al querer de Dios : *Non deest Mariæ impetrandi industria, quia Mater est sapientiæ ;* que dijo san Bernardo, *serm. de Assumpt.*, y san Germano, *eod. serm.* : *O Maria, omnia observas : omnia intueris : et inspectio tua ad omnia se porrigit. Unde intercessio tua semper consequitur quod exposcit.*

NOTA V.

Texto. *Cristo Redentor nuestro por su mano jamás trató ni tocó dinero.* (Núm. 106).

§ Único.

Esta doctrina es bien fácil de persuadir á cuantos advirtieren con cuánto ceño miró Cristo el dinero ó pecunia, hasta mandar á sus discípulos que por ningun caso le llevasen, aun por prevencion de sus jornadas : *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris.* Matth. x. Precepto que, como advirtió doctamente Maldonado de autoridad de muchos Padres, se extendió á todos tiempos : *Assentiri non possum iis, qui istam Christi prohibitionem universalem esse nolunt, sed ad istam tantum primam Apostolorum missionem pertinere quasi hoc veluti præludio ipsorum patientiam voluerit experiri : et ut divinam ipsi providentiam experirentur, non solum quia hæreticos malos omnino sequuntur authores, sed quia hæc interpretatio, et institutio Christi, et aliis hujus loci circumstantiis, et omnibus antiquis, ac bonis repugnat authoribus, qui hoc præceptum perpetuum esse putant : nec ad hanc solam missionem, sed ad omnes, et omnino ad totum Apostolorum officium pertinere. Sic Hilarius, Chrysostomus, Ambrosius, Hieronymus, Augustinus*, dice Maldonado.

Aun cuando le instaban pagase el tributo al César, le fue preciso enviar á san Pedro á que le sacase del mar en la boca de un pez : *Ut autem non scandalizentur, vade ad mare, et mitte hamum : et eum piscem, qui primus ascenderit, tolle : et aperto ore ejus, invenies staterem : illum sumens da eis pro me et te.* Matth. xvii. Ni tenia dinero, ni cuando se sacó de el pez quiso tocarle : á san Pedro cometió el tocarlo, y llevarlo á los cobradores y ejecutores de el tributo. *Illum sumes, et da eis pro me et te.* Notólo Orígenes excelentemente, *tract.* 4 *in Matth. Reddit enim didrachmam, non suscipiens eam, neque possidens, neque adquirens.* Y antes : *Hoc autem numisma in domo Jesus non erat.* Al otro escriba que codicioso ofreció seguirle, le responde : *Vulpes foveas*

habent, et volucres cœli nidos : Filius autem hominis non habet ubi caput suum reclinet. Matth. VIII. Y comentó san Crisóstomo, *homil. 28 in Evang. : Quid enim pecunias credis collecturum, si me sequaris? Nonne vides, nec diversorium esse mihi, nec tantum quidem, quantum avibus?*

Sus discípulos bien protestaron con sus obras la imitacion de su Maestro; y así á aquel pobre que pidió á san Pedro limosna á la entrada de el templo, le respondió : *Argentum et aurum non est mihi, quod autem habeo, hoc tibi do.* Ponderólo bien Eusebio, *de præparatione evangelica, lib. 3, c.7 : Mores autem Apostolorum, à cupiditate omnis generis alienos quis non obstupescat? Qui hoc quoque concesserint ex eo quod non fugerint, sed secuti sunt Præceptorem, qui ipsos à possessione auri et argenti deterruit, legemque fixerit, ut neque ad duas quidem tunicas rem suam augerent : quod quidem, vel auditu intolerabile cuipiam videtur ob gravitatem imperii, aut illos rem ipsam implevisse. Ergo quodam tempore, cum quidam claudus à Petro, et ab aliis, qui circum Petrum erant, aliquid postularet (hic porro unus erat eorum, qui ob extremam inopiam victum mendicabant), non habens Petrus quid daret, confessus est, ab omni se possessione auri, atque argenti abhorrere, his quidem verbis : Argentum et aurum non est mihi, etc.*

Y aunque es verdad que Judas fue depositario del colegio apostólico, teniendo dineros para el uso y remedio de algunas necesidades, como consta de Juan, XIII : *Quidam enim putabant, quia loculos habebat Judas, quod dixisset ei Jesus : Eme ea, quæ opus sunt nobis ad diem festum : aut egenis, ut aliquid daret.* Y que estando Cristo nuestro Redentor en tierra de Samaria : *Discipuli abierunt in civitatem, ut cibos emerent.* Joan. IV. Y consiguientemente tenia dinero, pues sin él no fueran á comprar sino á mendigar la comida. Pero nunca se hallará que Cristo por sí tocase, ni trajese dinero, sino que fió ese cuidado á otros el tiempo que permitió dineros en el colegio apostólico; ó para conformarse con los imperfectos, como dice Nicolao III : *Exiit, qui seminat, de verborum significatione, in 6*, Hugo Cardinal, *Psalm.* X, S. Aug. *Psalm.* CIII, S. Thom. *Opusc. contra impugnantes Religionem, c. 6*, Alejandro de Ales, *part. 4 summæ, quæst. 3 ad tertium.* Ó en caso de extrema necesidad, como cuando pasó por Samaria, como dicen Beda, la Glosa y Nicolao de Lyra, *Luc.* XXII. Ó para remedio de los pobres, como dicen san Jerónimo, *Matth.* XVII, y san Gregorio Nazianceno, *Ora. 16 de pauperibus fovendis.* Pero como está dicho en esas ocasiones, jamás se hallará que manejase el dinero Cristo.

Solo puede objetarse la extravagante de Juan XXII : *Quia quorumdam, de verborum significatione*, donde impugnando ó interpretando la decretal citada de Nicolao III, que determinó : *Quod abdicatio proprietatis omnium rerum tam in speciali, quam in communi propter Deum meritoria est, et sancta, quam et Christus viam perfectionis ostendens verbo docuit, et exemplo firmavit, quamque primi fundatores militantis Ecclesiæ, prout ab ipso fonte hauserunt, in volentes perfectè vivere per doctrinæ et vitæ exempla in eos derivaverunt,* Juan XXII, dice así : *Constat enim multa contineri in dicta regula, quæ nec Christus verbo docuit, neque exemplo firmavit : utpote quod præcepit conditor regulæ fratribus universis, ut nullo modo denarium, vel pecuniam recipiant per se, vel interpositam personam. Quodque post reditum pecuniam portaverunt, in plerisque locis evangelica veritas, et apostolica dicta testantur.*

Podíamos responder con la misma doctrina que en esta extravagante y apo-

logía de Juan XXII, donde objetándose una autoridad de Inocencio V responde: *Dicimus quidem quod hoc dixerat, non ut Papa, sed ut frater Petrus de Tarantasia,* que en esto habló, *non ut Papa sed ut Jacobus de Ossa.* Y que en esta apología que hizo en defensa de su decretal: *Cum inter nonnullos,* hablase Juan XXII, no como Papa sino como Doctor particular, lo afirman respondiendo á esta objecion, Soto, *de justitia et jure, lib.* 4, *q.* 1, *art.* 1, Navarro, *in Apologia ad librum de redditibus, q.* 1, Bellarmino, *tom.* 1 *Controv., lib.* 4 *de Summo Pontifice, cap.* 14, Valent., 2, 2, *disp.* 5, *q.* 10, *punct.* 1, Bañez, 2, 2, *q.* 62, *q.* 1, *dub.* 1. Y así debe responder la mas comun sentencia de los teólogos y juristas que defienden, que aun en las cosas *usu consumptibiles* se distingue el uso dominio. Véanse Suarez, *tom.* 3 *de Religione, l.* 8, *c.* 8, *n.* 27, Sanchez, *tom.* 2 *in decalog., lib.* 7, *c.* 18, y Lugo, *de justitia et jure, disp.* 2, *sect.* 3. Así tambien deben responder todos los que con la recibida sentencia de Padres y expositores explican el texto de san Mateo x: *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis,* de riguroso precepto: pues Juan XXII ó Jacobo de Ossa en esta apología se empeña en defender que aquí no hubo precepto, sino solo que Cristo dió potestad á sus discípulos *recipiendi necessaria ab iis, quibus prædicabant Evangelium.*

Pero dado que esta fuera decretal pontificia, y dado que cuantas proposiciones tienen las decretales fueran de autoridad infalible, aun no perjudica á la doctrina de esta nota la autoridad de Juan XXII, porque solo dice que no recibir dineros, ni pecunia por sí, por interpuesta persona, *Christus non docuit, nec verbo, neque exemplo:* lo cual confirma de que *Christus habuit loculos;* porque de aquí solo se infiere que Cristo tuvo dineros en algunas ocasiones por interpuesta persona. Esto es, que los tuvieron sus discípulos, habiendo en Cristo potestad de disponer dellos en el uso de las cosas que quisiere; pero no se infiere que la tuviese y usase por sí inmediatamente: antes bien se prueba lo contrario de los mismos textos, que confirman que *Christus habuit loculos aliquando,* que son el de san Juan IV y XIII, pues en el XIII consta que Judas era el que tenia el dinero. Y en el IV que le tenian los discípulos: *Discipuli abierunt in civitatem ut cibos emerent.* Y así ni aun la extravagante citada dándola por pontificia obsta á la proposicion de esta nota, que afirma que Cristo Redentor nuestro jamás tocó dinero con su mano, contratándole por sí mismo.

NOTA VI.

TEXTO. *Cristo Señor nuestro en las almas que le reciben con limpieza de corazon y sin tibieza, aunque se consuman las especies sacramentales, está por especial modo de gracia, con que las asiste.* (Núm. 132).

§ Único.

La evidencia de la doctrina que contiene esta nota quedará clara con algunos supuestos que dén luz á su verdad. Supongo lo primero, que Dios está con especial modo en las almas de los justos, fuera de el comun que tiene en las demás cosas por esencia y potencia, como afirman todos los teólogos con el Maestro, *in* 1, *dist.* 14, y con santo Tomás, 1 *part., quæst.* 43, *art.* 2 *et* 6. Y consta de el texto de san Juan, XIV, 23: *Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud*

eum faciemus. De aquí infiere esta consecuencia con los teólogos Cornelio à Lapide, *in Acta Apost., cap.* II: *Ergo mansio Dei, sedes, templum, ac thronus Dei, et sanctæ Trinitatis est anima justi, ac proinde proprie, magisque intime est in ea præsens Deus, quam est in rebus creatis per essentiam, præsentiam, et potentiam, imo si per impossibile Deus non esset in anima per essentiam, præsentiam, et potentiam, per gratiam, et justitiam inciperet ibi esse realiter præsens.*

Supongo tambien, que aunque Dios esté especialmente en los justos, está mas especialmente en unos que en otros, segun la mayor gracia, y los mayores y mas especiales auxilios que tienen para obras mas heróicas. Por esto, aunque todos los justos tengan el Espíritu Santo, teniendo la caridad, no decimos que á todos se envia el Espíritu Santo, como advierte el angélico Doctor, 1 *part., q.* 43, *art.* 6 *ad secundum. Præcipue missio invisibilis attenditur, quando aliquis proficit in aliquem novum actum, vel novum statum gratiæ, utpote cum aliquis proficit in gratiam miraculum aut prophetiæ, vel in hoc quod ex fervore charitatis exponit se martyrio, aut abrenuntiat his quæ possidet, aut quodcumque opus arduum aggreditur.*

Supongo lo tercero, que el augustísimo sacramento de la Eucaristía comunica muchos efectos al alma aun despues de consumidas las especies. Son muchos sus efectos: recoge algunos san Cipriano, *epist.* 63 *post med.*, conmutando las palabras del salmo XXII, *Calix tuus inebrians, quam præclarus est* (y dice): *Calix Domini sic bibentes inebriat, ut sobrios faciat, ut mentes ad spiritualem sapientiam redigat, ut à sapore isto sæculari ad intellectum Dei unusquisque resipiscat: et quemadmodum vino isto communi mens solvitur, et anima relaxatur, et tristitia omnis exponitur: ita epoto sanguine, et poculo salutari, exponatur memoria veteris hominis, et fiat oblivio conversationis pristinæ sæcularis, et mæstum pectus, ac triste, quod prius peccatis augentibus premebatur, divinæ intelligentiæ lætitia resolvitur.* Y estos efectos no se causan solo cuando las especies duran, sino aun mucho despues de consumidas.

Es el sacramento de la Eucaristía, dice el concilio de Trento, *serm.* 13, *c.* 2, antídoto contra los pecados veniales, preservativo de los mortales: y no solo preservan en cuanto duran las especies, sino en cuanto dura la gracia, en la cual por comunicada de este Sacramento, se funda especial derecho, á que se dén al hombre auxilios en tiempo oportuno para resistir las tentaciones, como advierte el Padre Suarez, *tom.* 3, *in* 3 *part., disp.* 63, *sect.* 9, y este suele ser mucho despues de consumidas. Y en la disputa siguiente, *sect.* 3, hablando de la union que tiene el suscipiente con el Sacramento, dice: *Rursus ex eadem corporali sumptione, et quasi permixtione, ut Sancti loquuntur, relinquitur (etiam post transactam realem Christi præsentiam) mortalis quædam habitudo inter Christum, et suscipientem: nam ratione illius contactus speciali titulo censetur hic esse quasi aliquid Christi, et Christum habere specialem curam, non solum animæ, sed etiam corporis ejus.*

Y hablando el eminentísimo Lugo, *disp.* 12 *de sacramento Eucharistiæ, sect.* 4, de aquella alegría espiritual que comunica al alma este Sacramento, nota: *Hunc effectum non pendere necessario à Sacramento ipso adhuc præsente, et perseverante in nobis: quia cibus, et potus postquam in aliam substantiam convertuntur, habent ejusmodi effectus; imo quia bonum sanguinem, humoresque bonos generant faciuntque prædominari lætitiam in corde. Cur ergo gratia sanctificans, et permanens, quæ ex Eucharistico alimento relicta est,*



non habebit eam vim lætificandi spiritualiter animam, et impediendi cogitationes, ne nimium possint communicantium corda perturbare?

Supongo últimamente como certísimo, que los Sacramentos comunican mas ó menos abundantes sus efectos, segun es mas ó menos fervorosa la disposicion de el que los recibe, subsistiendo siempre que la gracia se da *secundum propriam cujuscumque dispositionem et cooperationem*, como dice el Tridentino, *sess.* 6, *c.* 7. Y está bien que el suscipiente no ponga óbice á la gracia justificante, cuyo aumento da como primario efecto la Eucaristía; y porque llega distraido y sin fervor, se embarace y impida á otros frutos del Sacramento: *Manifestum est, quod virtute hujus Sacramenti remittuntur peccata venialia*, dice santo Tomás, 3 *part.*, *quæst.* 74, *art.* 4, y con todo ese al que llega sin fervor no se le perdonan, dice el mismo Santo. Y en el *art.* 8: *Peccata venialia non impediunt hujus Sacramenti effectum, sed in parte: dictum est enim, quod effectus hujus Sacramenti, non solum est adeptio habitualis gratiæ, vel charitatis, sed etiam quædam actualis refectio spiritualis dulcedinis. Quæ quidem impeditur, si aliquis accedit ad hoc Sacramentum per peccata venialia mente distractus. Non tamen tollitur augmentum habitualis gratiæ, vel charitatis.*

De estos supuestos consta, como Cristo Señor nuestro queda con mas especial modo, despues de consumidas las especies sacramentales, en los que le reciben con mayor disposicion. Queda mas especialmente; porque queda con mas abundante gracia habitual, porque queda gobernando su vida con mas especiales auxilios. Queda; porque queda en mayor pureza espiritual de el que le recibe remitiéndole los pecados veniales. Queda; porque queda en la dulzura espiritual y alegría de obrar bien, que falta á los que le reciben con distraccion y tibieza. Y en fin, queda Cristo con modo mas especial, porque mas unida es el alma á él: *Effecta est speciosa, et suavis in deliciis: decora, et ornata in vestibus: venusta, et grata in moribus: ignita, et sancta in desideriis, et sanctificata in cogitationibus*, como dice san Laurencio Justin. *serm. de Eucharistia*, que es quedar, aunque no por union física, con mas íntima union moral, como decia el Padre Suarez, *ubi supra.*

NOTA VII.

TEXTO. *Luego que se formó el Símbolo de los Apóstoles, hizo María santísima por sus manos innumerables copias de él.* (Núm. 222).

§ I.

Supone nuestra Historiadora que el Símbolo de la fe le escribió: que María santísima le remitió á los fieles con carta suya: que dió órden á los Apóstoles, para que ellos en Jerusalen, y en otras partes, le distribuyesen. En fin dice en este y otros capítulos, como recurrian los Apóstoles á esta divina Señora en todas sus dudas, que observaban sus órdenes, y que ella instruia á todos catequizando por sí misma algunos, como queda dicho en la nota IV.

Y empezando desde lo último, parece oponerse á ello el texto y razon de santo Tomás, 3 *part.*, *q.* 27, *art.* 5, *ad tertium*, donde dice, que Nuestra Señora *non habuit usum scientiæ quantum ad docendum: quia hoc non convenit sexui muliebri, secundum illud* I *ad Timoth.* II: *Docere autem mulieri non permitto.* Y Cayetano, *ibi*: *Quod autem dicitur ipsam instruxisse Discipulos Chris-*

tii de Annuntiatione, et Nativitate Filii, et similibus, et Scriptura non habetur; sed habetur, quod Spiritus Sanctus docuit Apostolos omnem veritatem.

Pero esta misma objecion se puede oponer á santa Brígida, que en el sermon angélico dice, que María santísima *erat Magistra Apostolorum, Confortatrix Martyrum, Doctrix Confessorum, clarissimum speculum Virginum, Consolatrix Viduarum, in conjugio viventium saluberrima monitrix, atque omnium in fide catholica perfectissima roboratrix, Apostolisque ad se venientibus omnia, quæ de suo Filio perfecte non noverant, revelabat, et rationabiliter declarabat.*

Y verdaderamente no es negable que María santísima, como maestra de los Apóstoles, de los fieles y de la Iglesia toda, los instruyese con saludabilísimas doctrinas y con consejos de admirable prudencia, participándoles y revelándoles muchos y recónditos misterios de nuestra fe, de los cuales tenia mas clara luz, y de muchos ciencia experimental, por ser innumerables los Padres que lo afirman. San Agustin, *serm.* 7 *de Nativitate*, el Idiota, *de contemplatione Virginis, cap.* 3, san Anselmo, *de excellentia Virginum, cap.* 7, san Ambrosio, *lib.* 1 *de institutione Virginum, cap.* 7, Ruperto, *cap.* 1 *in Cantica*, y *lib.* 2 *de gloria Filii hominis*, san Antonino, 4 *part. Summæ, titulo* 15, Canisio, *lib.* 5 *de Beata Virgine, cap.* 1.

Fuera dilatadísima materia transcribir autoridades en apoyo de este sentir, siendo tantas las que recogen los modernos, y cuantos escriben *de laudibus Beatæ Virginis:* pondré empero las de san Ildefonso y santo Tomás de Villanueva por no ser tan comunes. San Ildefonso, *serm.* 5 *de Assumpt. Virginis: Apostolorum conventui nobili contubernio semper adhærebat Virgo, cum illis semper habitabat, cum illis de humanis Christi actibus uberius, ac specialius cognoscebat, verius ac specialius conferebat, ut ab ea dicerent: qualiter arcanum tanti mysterii et ipsi crederent, lucidius aliis enarrarent, et cum opportunum fuerit, sine omni ambiguitate scriptis mundo relinquerent.* Santo Tomás de Villanueva, *serm.* 3 *de Assumpt. Mariæ: Propter singularem, et excellentem eruditionem, cœlestis Magister ad Patrem unde venerat rediturus, scholas, et cathedram suam reliquit: non quidem, ut oves suas regeret, sicut Petrus: sed ut Discipulos suos cœlesti sapientia, quam ab initio didicerat, erudiret: quoniam, et propter ingenii vivacitatem, et diuturnioris scholæ assiduitatem, cæteris omnibus condiscipulis sapientior et doctior habebatur. Quam quidem scholam duodecim annis, ut fertur, rexit, ac tenuit Apostolorum omnium, et Discipulorum Christi, Ecclesiarumque Magistra: unde et cunctas hæreses solam interemisse in Ecclesia Dei merito decantatur.*

Esto fue el motivo, dice Amadeo obispo lausanense, *homil.* 7 *de laudibus Beatæ Virginis*, de que subiendo Cristo Señor nuestro á los cielos dejase en la tierra á su sagrada Madre: *Voluit enim Dominus Jesus, ut ipso ad Patrem revertente, Apostoli materno solatio, et eruditione fruerentur: qui quidem, licet docti essent ab Spiritu Sancto, ab illa tamen potuerunt edoceri, quæ mundo justitiæ Solem edidit, et Fontem sapientiæ ex partu virgineo intemerato nobis alveo produxit.*

De aquí es: *quod ipsa divinissima Virgo non solum habuit sapientiam, et scientiam, prout sunt dona gratiæ gratis datæ secundum habitum, sed etiam secundum actum, ipsaque docuit multas utriusque sexus personas*, dice Dionisio Cartujano, in 1, *dist.* 16, *q.* 2. Y que *possidet in Cœlo aureolam Doctorum*, como defiende Gabriel, *in supplemento*, 4 *dist.*, *in* 49, *art.* 3, *dub.* 2.



Tengo por cierto que cuando el angélico Doctor niega á María santísima el uso actual de la ciencia, habla *quantum ad docendum publice*, como lo hacen los predicadores; pero no *quantum ad docendum familiari instructione*. Adviértelo Cayetano en el Comento. Confirma la interpretacion al texto de santo Tomás el comun sentir de tantos Padres como dejamos referidos, de los cuales no debemos presumir se apartase el angélico Doctor.

Al texto de el Apóstol, I *Tim.* II, y I *Cor.* XIV, respondo con el docto Hipólito Marracio en su opúsculo, *Apostoli Mariani, cap.* 3: *Nec crediderim Apostolum, quando præfatæ Epist. ad Cor. mulieres in Ecclesiæ taceri jubet, Mariæ quoque indicare silentium voluisse; illas enim omnino sermone tangit, quæ necessitate fallentis naturæ vel errare possunt, ut coerceantur, vel deviare, ut dirigantur. Cæterum mulierem illam, quæ Mater Capitis, et Magistri Ecclesiæ facta, jusque obtinuit in membra, et Magistræ in Discipulos, non solum extra institutum habet Paulus, verum etiam tanquam eam, ex qua plurimum ipsa cum cæteris didicit, et cum qua etiam aliquando proculdubio contulit Evangelium, tametsi non ab homine acceptum supra mortales veneratur.*

Últimamente, á la razon que toca Cayetano respondo con san Anselmo en el lugar citado: *Quod licet ipsi Apostolí edocti fuerint per revelationem Spiritus Sancti in omnem veritatem, incomparabiliter tamen eminentius, ac manifestius ipsa per eum Spiritum veritatis, illius veritatis profunditatem intelligebant. Et per hoc multa eis revelabantur, quæ non solum in se simplici scientia, sed ipso experimento didicerat.* Y Ruperto, *Cant.* I: *An quia Spiritus Sanctus illos docuit, idcirco tuæ vocis magisterio non illis opus fuit? Imo vox tua, vox illis fuit Spiritus Sancti. Quidquid suplementi opus erat eisdem mortalibus, vel testimonii ad confirmandum singulorum sensus, quos acceperat ab eodem Spiritu dividente singulis prout vult, ex religioso ore tuo perceperunt.*

El otro argumento, que insinúa Cayetano en aquellas palabras: *Ipsam instruxisse Discipulos Christi de Annuntiatione, et Nativitate Filii, et Magorum adventu, ex Scriptura non constat,* solo prueba no es de autoridad canónica. Es verdad; pero de ahí ¿qué se sigue que no sea mala consecuencia? Tampoco consta de la Escritura la muerte de Nuestra Señora, su asuncion á los cielos; la venida de Santiago á España, la cátedra de san Pedro en Antioquía y otras muchas cosas semejantes á esto; pero como estas se creen por la autoridad de quien las dice, es razon se crea lo que decimos por la autoridad de tantos Padres. Y cuando no la tuviera, bastara no oponerse á la Escritura, y ser tan conforme á la razon y á la piedad, pues como nota bien Laurencio Maselo, lib. 8 *de Beata Virgine, cap.* 18: *Totum id, quod ædificat, charitatem auget, pietatem excitat, non debet à viro sapiente et pio repudiari.*

§ II.

Mas dificultad tiene que María santísima trasladase el Símbolo, por ser comun entre los autores decir no se escribió, sino que por tradicion corrió de unos en otros, hasta que se escribió despues en el concilio Niceno. No puedo negar es esto lo comun; pero tampoco se puede negar que ni los autores lo tratan ex profeso, ni alguno dice se colige de la Escritura, ni que el fundamento con que lo dicen es convincente. Citan á san Ambrosio en la epístola *ad Siricum*, á san Agustin, *lib.* 1 *de fide operibus, cap.* 9, y á san Leon, epístola 13; pero estos Padres, ni palabra de esto dicen. Regístrense las citas, y se reconocerá cuánta verdad es esta. San Irineo parece insinúa algo, *lib.* 3 *ad-*

versus Hæreses, cap. 4, pero de sus palabras se conoce no era su asunto afirmar que el Símbolo no se escribiese, sino que los Apóstoles, que no tenian letras, le creyeron. Estas son sus palabras: *Hanc fidem, qui sine litteris crediderunt, quantum ad sermonem nostrum barbari sunt. Quantum autem ad sententiam, et consuetudinem, et conversationem propter fidem, perquam sapientissimi sunt.* ¿Qué tiene que hacer que los Apóstoles creyesen la fe sin letras, con que esta fe no se escribiese? El *sin letras* apela sobre los Apóstoles, no sobre la fe que creyeron.

Quien insinúa algo es san Jerónimo en la epístola ad *Pamachium adversus errores Joannis Hierosolymitani versus medium*, donde dice: *In Symbolo fidei, et spei nostræ, quod ab Apostolis traditum non scribitur in charta, et atramento, sed in tabulis cordis carnalibus.* No dice mas palabra tocante á esto, ni aquí ni en otra parte. Y de esto solo se colige que se escribió el Símbolo mas principalmente en el corazon de los Apóstoles, que en el papel.

Bien es verdad no se escribió al dictarse; porque cada uno de los apóstoles dijo de palabra y no por escrito el artículo que les espiró el Espíritu Santo. Esto es lo que dice san Jerónimo, y en este sentido se deben interpretar los Padres, si hay alguno que afirme no se escribiese el Símbolo, que aun con la expresion de Jerónimo no me parece hay otro. Pero esto no quita que despues de haber dicho cada cual su artículo, los recogiesen despues, escribiéndolos juntos: *Ut quia sub uno nomine Christi credentium erat futura diversitas, signaculum Symboli inter fideles, perfidosque secerneret, et alienus à fide, atque hostis appareret Ecclesiæ, qui aut tanquam baptizatus nescisset, aut tanquam hæreticus corrupisset,* como dice san Máximo, *hom. de Symbolo.* Y Pablo Velio en su docto tratado *Gloria Massiliensium, lib.* 1, *cap.* 10, lo supone como de el todo cierto: *Si Ecclesiasticas percurramus historias, videbimus paulo post adventum Spiritus Sancti, omnes fere Apostolos, uno, aut altero exceptis, sumpto fidei Symbolo, in designatas sibi Provincias à Christi Vicario dispersos.*

Siendo, pues, el motivo de formar el Símbolo univocar á los fieles en los artículos que debian creer, estando entonces los Apóstoles en Jerusalen, y esparcida la multitud de los creyentes por diferentes partes, respeto de la persecucion grande que se levantó á la Iglesia despues de la muerte de san Estéban, ¿cómo se les habia de dar noticia de lo que se obró en Jerusalen á los que estaban en Samaria, si no es escribiéndoles? ¿Qué es lo que se les debia escribir, si no es decirles: esto hemos resuelto, esto es lo que deben creer todos los bautizados, este es el símbolo de nuestra milicia? No era de mas importancia la resolucion en la cuestion que se excitó en Antioquía, sobre si estaban obligados los que se bautizaban á circuncidarse, en caso que fuesen gentiles, y á guardar la ley de Moisés: comunicóse la duda con los Apóstoles, juntaron concilio en Jerusalen, resolvieron que no. Y no contentándose con enviarles á participar la resolucion con personajes tan fidedignos como san Pablo, san Bernabé y Syla, que *eran viros primos in fratribus,* les escribieron con ellos, para que así constase mejor á todos el decreto de los Apóstoles en aquel punto, como se refiere *Actor.* XV.

Pues si esta materia quisieron los Apóstoles quedase escrita, no fiándolo solo á la tradicion y á la palabra, aunque eran los portadores de ella personas tan eminentes y de tan asegurado crédito; materia de tan superior importancia, como el Símbolo y Artículos de la fe, ¿por qué no habian de escribirla, especialmente siendo tanto el número de los fieles y hallándose entonces espar-

cidos por tan diferentes ciudades, y aun provincias y reinos? Si hemos de estar á Flavio Dextro, el cual hablando de esta persecucion, año 35, dice así: *Occiso lapidibus Stephano Protomartyre magna persecutio Hierosolymis, et in confinibus exoritur. Plus quam quindecim mille viri, qui prædicantibus Apostolis in Christo crediderant, fugantur. Alii ad Asiam, nonnulli ad Europam veniunt. Ex his plusquam quingenti nave Cypri educti, portum Carthaginensem Hispaniæ pertingunt.* ¿Cómo, pues, se habia de dar noticia á estos desde Jerusalen de el Símbolo, sino escribiéndoles?

Y aunque es así que los creyentes se retiraron al principio de aquella persecucion á las ciudades de Judea y Samaria, como se menciona Actor. VII: *Et omnes dispersi sunt per regiones Judææ, et Samariæ;* pero despues se repartieron á otras muchas provincias, como consta, Actor. XI: *Et illi quidem, qui dispersi fuerant à tribulatione, quæ facta fuerat sub Stephano, perambulaverunt usque ad Phœnicen, et Cyprum, et Antiochiam.* Y Ananías, que bautizó á san Pablo, en Damasco estaba por entonces, y Damasco no era ciudad de Judea, ni de Samaria, sino de Siria. Siendo, pues, tantos los fieles, estando en tan diversas regiones y provincias, siendo tan necesario el que supiesen todos los artículos que debian creer, parece lo mas connatural y lo mas cóngruo que desde Jerusalen se les enviase escrito el Símbolo, para que llegase á noticia de todos: *Ea quæ ex bona conjectura veniunt, vera esse dicuntur. Ex l. finali, de probationibus.* Y escribiendo los Apóstoles semejantes resoluciones y decretos conciliares, como consta de la carta escrita á Antioquía, siempre se debe presumir prudentemente hicieron lo propio con el Símbolo: *Quia quod communiter fieri solet, in dubio præsumitur factum. Ex l. eum qui probabilem, cap. de Episcopis, et Clericis.*

§ III.

En cuanto á las cartas escritas de Nuestra Señora, dejo las objeciones que opone Baronio, *anno Christi* 48, *num.* 25, á las que escribió María santísima á Ignacio y á la ciudad de Mesena, por haber escrito y vuelto por su verdad tantos y tan graves autores, que recogen con erudicion Paulo Belio y Melchor Incofer en sus tratados apologéticos, confirmando la verdad de dichas cartas, y satisfaciendo á cuantos argumentos pueden idearse contra esta comun tradicion de los mesenenses y florentines.

Dejando estos, solo satisfaré á lo que particularmente puede hacernos oposicion, que solo es esta pregunta: ¿Qué se han hecho estas cartas, de las cuales ni traslados ni originales tenemos? Pero á esta duda se satisface con una instancia manifiesta. Pregunto: ¿qué se ha hecho el libro de las profecías de Enoc, citado de san Judas en su epístola canónica; qué se ha hecho de el libro de los justos, que se refiere al cap. X de Josué? ¿Qué de el libro *Bellorum Domini*, mencionado al cap. XXI de los Números? ¿Qué de el libro *verborum, et dierum Salomonis*, III, *Regum*, *cap.* XI? ¿Qué de los libros de Samuel, de Natan y de Gad profetas citados, I *Paralipom. cap.* XIX? ¿Qué se han hecho estos libros? ¿Acaso no los hubo, porque no se hallan ni sus originales, ni sus traslados?

Es cierto que los Apóstoles escribieron mas cartas que las que tenemos entre los libros canónicos, perdiéndose las demás, ó por poca curiosidad de los que las recibieron, ó por la persecucion de los tiranos, los cuales abrasaban los escritos sagrados para borrar las memorias de nuestra fe. *Per Impe-*

ratoris litteras palam edictum fuit, ut deturbarentur Ecclesiæ, soloque æquarentur, et Scripturæ absumerentur igne, dice Eusebio, *lib.* 8 *Historiæ, cap.* 3. Y en el Martirologio leemos á 2 de enero innumerables mártires, porque no quisieron entregar algunas escrituras. Que se perdiesen muchas, llora con mucha razon Arnobio, *lib.* 4 *contra gentiles*, y Prudencio en el himno de Hemetrio y Calcedonio.

Mal argumento se hace, pues, contra las cartas de Nuestra Señora, de que al presente no se hallen. Pero no están tan borradas sus memorias, que no las refiera Flavio Dextro, *anno Christi* 430, san Bernardo, *super Psalmum Qui habitat*, y otros muchos autores, que citan y sigue Cartagena, *tom.* 3, *lib.* 14, Novato, *tom.* 2, *cap.* 1, *quæst.* 25, y el venerable Padre Canisio, *lib.* 5 *de Beata Virg., cap.* 1, con el cual decimos, que así los traslados de el Símbolo, como sus cartas son : *Velut Marianæ charitatis Symbola, quibus talem, tantamque Matrem de multorum etiam absentium, longeque dissitorum non parum sollicitam esse, res ipsa declarat.*

NOTA VIII.

TEXTO. *Estas son las causas por que los prelados y sacerdotes de estos tiempos no hacen las maravillas que hicieron los Apóstoles y discípulos de la primitiva Iglesia.* (Núm. 245).

§ I.

La doctrina de esta nota es una lastimosa ponderacion de el distinto estado que tuvo antes la Iglesia de el que tiene ahora. Antes sus ministros, desnudos de interés y de ambicion, vestidos de celo y caridad, sujetaron el cuello de las gentes al yugo de el Evangelio; ahora predominante el apetito de las riquezas y de la honra, apagó el celo de la salvacion de las almas, y atendiendo cada cual su conveniencia propia, olvida la de Dios en la gloria, que se le sigue en la reformacion de las costumbres. La Iglesia, que dilataba antes la jurisdicion de su espiritual imperio á la redondez de el orbe, ha estrechado sus límites, invadida de paganos y de herejes, enemigos declarados que la persiguen. Señaló con otros muchos la causa de este daño Alvaro Pelagio, *lib* 1 *de planctu Ecclesiæ, art.* 67. *Facta es in membris tuis* (dice) *minorata : dic mihi, et respondeas mihi : ubi sunt brachia tua quatuor sedes Patriarchales? Quis te colit in Oriente? Quis de Africa hodie reverentiam tibi facit? Ubi est Gracia plantula tua? Reversa fuit, sed nunc perversa facta. Ubi est terra Sancta, terra Promissionis, quam Christus suis pedibus consecravit? Longe est à fide Sancta. Sed quid de Occidente, ubi caput habes, et hodie habitas, remanet tibi? Unam partem cultores Mahometi obtinent, reliquam Schismatici, et Hæretici, alteram rebelles, cui falsi Christiani numero, non re, fide, non vita, quasi residuum vindicaverunt. Vere vix hodie habet Christus caput tuum, ubi caput sacrosanctum in fide pura, quæ per dilectionem operatur, reclinet. Hoc fecit maxime avaritia et superbia illorum qui præsunt.*

Llorólo antes harto sentidamente san Bernardo, *lib.* 4 *de consid., ad Eugen., c.* 2, en la epístola *ad Henricum Senovense*, y en otras muchas partes, y con notable agrura *in Serm. convers. S. Pauli* describe á Eugenio las propiedades que han de tener los que elija para las prelacías eclesiásticas, y dícele, *lib.* 4, *cap.* 4 : *Itaque non volentes, neque currentes assumito, sed cunctantes, sed renuentes. Etiam coge illos, et compelle intrare. Et post pauca : Qui vulgus non sper-*

nant, sed doceant: divites non palpent, sed terreant: pauperes non gravent, sed foveant: minas Principum non paveant, sed contemnant. Qui non cum turba intrent, neque cum ira exeant: qui Ecclesias non spolient, sed emendent. Qui marsupia non exhauriant, sed corda reficiant, et crimina corrigant: famæ provideant suæ, nec invideant alienæ. Qui orandi studium gerant, et usum habeant, ac de omni re orationi plus fidant, quam suæ industriæ, vel labori. Quorum sermo ædificatio, quorum vita justitia, quorum præsentia grata, quorum memoria in benedictione. Qui non de dote viduæ, et patrimonio Crucifixi se, vel suos ditare festinent, gratis dantes, quod gratis acceperunt: gratis facientes judicium injuriam patientibus, vindictam in nationes, increpationes in populis.

Viendo cuánto se desviaban de este modelo algunos, exclamó el Santo, *serm.* 3 *in Cant.*: *Olim prædictum est, et nunc tempus impletionis advenit. Ecce nunc in pace amaritudo mea amarissima. Amara prius in nece Martyrum, amarior post in conflictu Hæreticorum, amarissima nunc in moribus domesticorum. Intestina, et insanabilis est nunc plaga Ecclesiæ, et ideo in pace amaritudo ejus amarissima. Sed in qua pace? Et pax est, et non est pax. Pax à Paganis, et pax ab Hæreticis, sed non profecto à filiis. Vox plagantis, à tempore isto: Filios enutrivi, et exaltavi, ipsi autem spreverunt me. Spreverunt, et maculaverunt me à turpi vita, à turpi quæstu, à turpi commercio, à negotio denique perambulante in tenebris.* Así lo lloraba el Santo, aun en tiempos donde menos introducida la distraccion, eran mejores las costumbres: en estos donde han descaecido tanto, ¿qué dijera?

El ilustrísimo Francisco Sarmiento, *de redditib. Eccles. p.* 4, *c.* 5: *Si eam disciplinam* (dice) *quam antiqui Patres exigunt in Episcopis, et Clericis contemplemur, non possumus non fateri ab eorum institutis tam longo intervallo dissidentes in maximo constitutos esse periculo.* Véase santa Brígida, *lib.* 1 *Revel. c.* 47, 48, 49, *y lib.* 4, *cap.* 132, 133 y 135, y se verá si son tan sentidas y aun mas ásperas sus palabras, que las que por mandato de Nuestra Señora dice la venerable Madre en la doctrina de este capítulo. Reconocemos la razon, ojalá pongamos la enmienda.

§ II.

Supuse el § antecedente, porque alguno no censurase de excesiva la reprehension que á los prelados y sacerdotes propone la venerable Madre; reconociendo aun no llega á la que diferentes veces dieron los santos Padres, y escribió antes santa Brígida. Entremos en lo que parece mas particular, que consiste en decir que los prelados y sacerdotes de estos tiempos no hacen los milagros y maravillas que hicieron los de la primitiva Iglesia, por la desemejanza de vida y costumbres que hay entre unos y otros.

Á este sentir se puede oponer lo de san Gregorio, *homil.* 29 *in Evangel.*: *Numquid, Fratres mei, quia ista signa non facitis, minime creditis?* Y lo de san Bernardo, *serm.* 1 *Ascensionis*, donde comentando el texto de Marcos, *cap. ult.* (que es el que comenta san Gregorio) *Signa autem qui crediderint, hæc sequentur*, dice: *Nec minor fortasse videbitur ipsis quoque religiosis ex hoc verbo provenire desperatio, quam ex verbo priore vanæ spei data specularibus occasio videtur. Quis enim ea, quæ in præsenti loco scripta sunt, signa videtur habere credulitatis, sine qua nemo potest salvari, quoniam, qui non crediderit, condemnabitur, et sine fide impossibile est placere Deo? Quis, inquam, Dæmonia ejicit, linguis novis loquitur, serpentes tollit? Quid ergo? Si nemo hæc habet,*

aut perpauci nostris videntur habere temporibus, aut nemo salvabitur, aut hi soli, qui his muneribus gloriantur.

Explican los Padres en sentido moral la permanencia de estas señales y maravillas en los creyentes, reduciendo la falta en sentido literal, á que ya plantada la fe no necesita de milagros, como los necesitó en sus principios, para hacer prudentemente creibles los altos y escondidos misterios que enseñaba. Por esto Cristo Redentor nuestro, al enviar sus discípulos á que predicasen su fe, les dió potestad de hacer milagros. *Matth.* x. Fundada ya la fe, cesa este motivo. Debe darse esta por razon, no la que señala nuestra Historiadora.

Instase tambien con razon teológica; porque la gracia de hacer milagros pertenece á las gracias *gratis datas,* como enseñan los teólogos con santo Tomás, 2, 2, *q.* 178, *art.* 1, y las gracias *gratis datas* las comunica Dios á sus ministros en órden á la utilidad de los otros, para que por este medio se justifiquen y se reduzcan, y se compone ser el ministro bueno para otros, y malo para sí. Tocó esta razon santo Tomás, 2, 2, *q.* 111, *art.* 1. *Secundum hoc igitur duplex est gratia. Una quidem, per quam ipse homo conjungitur Deo, quæ vocatur gratia gratum faciens. Alia vero, per quam unus homo cooperatur alteri ad hoc, quod ad Deum reducatur. Hujusmodi autem donum vocatur gratia gratis data: quia supra facultatem naturæ, et supra meritum personæ homini conceditur. Sed quia non datur ad hoc, ut ipse per eam justificetur, sed potius ut ad justificationem alterius cooperetur, ideo non vocatur gratum faciens. Et de hac dicit Apostolus,* I *ad Corinth.,* xii: *Unicuique datur manifestatio Spiritus ad utilitatem, scilicet aliorum.*

Y confírmase con lo de Cristo Señor nuestro, *Matth.,* vii: *Multi dicent mihi in illa die: Domine, Domine, nonne in nomine tuo prophetavimus, et in nomine tuo Dæmonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus? Et tunc confitebor illis: Quia nunquam novi vos: discedite à me omnes, qui operamini iniquitatem.* Ponderólo en Judas san Crisóstomo, *homil.* 25 *in Matth.: Multi profecto credentium acceperunt dona gratiæ, ex quibus erat ille, qui, cum Christi nomine Dæmonia ejiceret, non tamen eum sequebatur, qualis erat ipse Judas. Nam hic quoque, quanquam esset malus, gratiæ tamen munus accepit.* Véase el Abulense, *Matth.* vii, desde la cuest. 31 á la 35.

Trasladar los montes de una parte á otra es milagro que celebra de san Gregorio Taumaturgo san Gregorio Niseno en su Vida; de san Gregorio Magno, *lib.* 1 *Dialog. c.* 7, de san Teodoro, Siceota Surco, *tom.* 2, *in vita ipsius;* y milagro tan grande cabe hacerse sin santidad, como dice san Pablo, I *ad Corinth.* xiii: *Si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem non habuero, nihil sum.*

El traer Claudia Quincia, vírgen vestal, á la playa de el Tíber una nave con el ceñidor, como refieren Tito Livio, *Decada* 3, *lib.* 9, y Suetonio, *in vita Tiberii, cap.* 2, y Tucia, vírgen tambien vestal, una criba llena de agua, segun mencionan Valerio Máximo, *lib.* 8, *cap.* 1, y Plinio, *lib.* 28, *cap.* 2, en testimonio de que en entrambas estaba indemne su pureza de la liviandad que se les acusaba, probablemente da por verdadero milagro santo Tomás, *q.* 6 *de potentia, art.* 5, *ad quintum.* Y en ninguna de estas habia verdadera santidad ni verdadera fe.

Últimamente el hacer milagros no se fundó en el merecimiento de el que los obra, sino en la impetracion ó oracion suya, que oye Dios por su misericordia y liberalidad. El mérito mira al premio como debido, y lo que se debe al

usto por sus buenas obras es la vida eterna: esta es la corona que le promete Dios, si pelea bien, saliendo victorioso de la lucha continuada que padece el hombre mientras vive; pero los demás bienes, sean estos ó aquellos, temporales ó espirituales que pedimos, no son premio debido á nuestra peticion, sino beneficio que Dios hace por su liberalidad y misericordia. Y esta no solo se extiende á los buenos, sino á los malos: *Petite, et accipietis, Matth.* VII; es comun á todos, dice san Crisóstomo citado del Abulense, *Matth.* VII, *quæst.* 16. *Sic etiam Chrysostomus super Matthæum dicit: Omnis qui petit, accipit, sive justus sit, sive peccator, et ob hoc non est inconveniens interdum peccatores impetrare quod petunt. Et ita mali interdum impetrant miracula fieri,* dice el Abulense: luego si de la afirmacion de los milagros no se infiere santidad; de la negacion de santidad no se infiere bien la causa de no hacerlos.

Y en todo caso es certísimo lo de san Gregorio, *lib.* 20 *Moral., cap.* 9: *Probatio quippe sanctitatis non est signa facere, sed unumquemque, ut se, diligere; de Deo autem vera cognoscere, de proximo vero meliora, quam de se ipso sentire. Nam quia vera virtus in amore est, non autem ostensione miraculi, veritas demonstrat, quæ ait: In hoc cognoscent omnes, quia mei Discipuli estis, si dilectionem habueritis ad invicem; aperte indicat, quia veros Dei famulos, non miracula, sed sola charitas probat.* Lo mismo san Agust., *epist.* 132.

§ III.

Para satisfacer exactamente los cargos hechos en las objeciones propuestas supongo que Dios, causa principal de los milagros, los obra por sus criaturas, como por instrumento, ó en confirmacion de la fe que predican, ó en testimonio de su santidad. *Vera miracula,* dice santo Tomás, 2, 2, *quæst.* 178, *art.* 2, *non possunt fieri, nisi virtute divina: operatur ea Deus ad hominum utilitatem, et hoc dupliciter. Uno quidem modo ad veritatis prædicatæ confirmationem. Alio modo ad demonstrationem sanctitatis alicujus, quam Deus hominibus vult proponere in exemplum virtutis.*

De aquí consta que no siendo los prelados y sacerdotes de estos tiempos de la virtud y santidad que fueron los de la primitiva Iglesia, no cabe en Dios hacer milagros en testimonio de la santidad que no tienen, como los hacia en testimonio de la santidad que los Apóstoles y discípulos tuvieron. Entendemos por santidad, ejercicio de virtudes en grado heróico, segun lo de santo Tomás, 2, 2, *q.* 82, *art.* 8, *ad secundum: Sanctitas est quædam specialis virtus secundum essentiam. Habet autem quamdam generalitatem, secundum quod omnes virtutum actus per imperium ordinat in bonum divinum.* Explicólo mas Fortunato Sacho, *de Canonizat., sect.* 2, *cap.* 4, en esta forma: *Est eminentia quædam ex habitu charitatis, ejusdemque gratiæ intentio, à qua operationes potentiarum nostrarum ex imperio voluntatis habent, ut dirigantur ad eminentissimum supernaturalem finem, ut de proximo illum attingant.*

No cualquiera santidad, sino esta heróica, es la que suele Dios testificar con sus maravillas, segun lo de santo Tomás en el lugar citado: *Ad demonstrationem sanctitatis alicujus, quem Deus hominibus vult proponere in exemplum virtutis.* Que sola virtud heróica es la que propone Dios y su Iglesia por ejemplar. De aquí infiere Celestino, *tract. de dilatione canonizationis Sanctorum, punct.* 2, *Regul.* 1, que: *Quoties fiunt vera miracula invocatione, vel intercessione, aut meritis vere famulorum Dei, qui sunt, vel extiterunt probatæ vitæ in gradu non ordinario, sed eminenti coram Deo, et hominibus: præsertim autem, quando*

nulla adest necessitas confirmandæ veritatis catholicæ, tunc, et eo casu semper potest ferri judicium certum, quod miracula hoc modo à Deo patrata, ordinata sunt ad illius, vel illorum famulorum Dei patefaciendam sanctitatem, cujus seu quorum intercessione successerunt. Y Augustino Triunfo, *in summa de potestate Ecclesiastica, q.* 15, *art.* 4: *Quamvis igitur hominibus malis interdum facere miracula concedatur, aliqui tamen ob miracula evidenter facta canonizari possunt, ac debent, nulla imprimis re vitæ sanctitati adversante, cum miracula signa sint testificationis sanctitatis manifesta.* Doctrina muy conforme á lo que enseña Alberto Magno, *in summa Theologiæ, tract.* 8, *quæst.* 30, y san Buenaventura, *in compendio Theologiæ, lib.* 1, *cap.* 18, *n.* 7.

Son los milagros voces grandes de Dios, dice san Agustin, *tract.* 8 *in Joan.*, y le agradan tanto los que le sirven heróicamente, que no conteniendo su amor dentro de el secreto de sus juicios, grita con las maravillas de su omnipotencia la virtud de sus siervos para que la Iglesia los reverencie, y se premien sus méritos, no solo en la triunfante con la gloria, sino aun en la militante con el culto. No se hallará Santo por quien no haya obrado Dios estas maravillas en crédito de su virtud. Por esto la Iglesia, en el exámen de la santidad de los que canoniza, recurre á los milagros, sin canonizar algunos antes de estribar en este testimonio, persuadida le da Dios siempre que hay heróica virtud sobre que caiga. Como consta de las bulas que exhibe en la canonizacion de los Santos, donde siempre se pone esta cláusula general: *Cum de ipsius sanctæ vitæ sinceritate, ac signorum veritate evidenter per testes idoneos constet.* Ahora calla Dios, y no repite aquellas voces grandes de sus prodigios que tanto repetia en la primitiva Iglesia. De tanto silencio bien se infiere no es tanta la virtud que Dios inmutable en su proceder obrara ahora, como obraba antes, si no variara los motivos la relajacion de costumbres que ha introducido la tibieza.

Las notas por donde se conoce lo heróico de la fe, son: *Solicitudo conversionis Infidelium ad Christianam fidem, Hæreticorum ad Catholicam Religionem, Schismaticorum reductionem ad Romani Pontificis obedientiam: peregrinationes ad loca Infidelium propagandæ fidei causa, prædicatio Evangelii, conversio peccatorum, frequentia Sacramentorum,* dice con otros muchos Fortunato, *sect.* 3, *cap.* 5. Y en el *cap.* 3, hablando de la caridad heróica en los prelados eclesiásticos (dice) son sus señas: *An Episcopi peccatorum, Hæreticorum Infidelium, quæ conversionibus pro Dei amore studeant: pro Dei amore succurrant necessitatibus proximorum: infirmis inserviant, et omnes suas actiones, quantum fieri potest, in Deum, ut summum bonum dirigant.* Segun estas reglas examínese si hay virtud heróica en los prelados y sacerdotes; y si no la hay, ¿cómo la ha de testificar Dios con sus maravillas como la testificaba en la primitiva Iglesia?

En cuanto á los milagros obrados por impetracion, es cierto que oye Dios algunas veces las oraciones de los malos; pero tambien es cierto no son tan impetratorias como las de los buenos, como lo es, alcanza menos el ruego de el contrario, que el de el amigo; y que la mas íntima amistad funda congruencia mayor para su mejor despacho. Quien leyere en santo Tomás, 2, 2, *q.* 83, *art.* 13 y 14, el Abulense, *Matth.* VII, *cap.* 15, qué condiciones requiera la oracion para ser impetratoria, verá cuán dificultoso es concurra en la oracion de el pecador, especialmente arrastrado de la ambicion y de el interés, donde los deseos que le atormentan, le roban la quietud de el alma, sin permitirle el sosiego que pide una oracion continua, atenta y fervorosa. Y por esto

notó excelentemente el Padre Suarez, *disp. 4 de fide, sect. 4, num.* 10, que los milagros que se fundan puramente en impetracion, rarísima vez los hace Dios por los pecadores.

Los milagros suponen gran fe en quien los obra, ó sea distinta de la fe teológica, con que creemos los misterios, como dice el Abulense, *quæst.* 165 *in Matth.*, Vazquez, 1, 2, *disp.* 109, con otros; ó sea indistinta, como siente la mas recibida opinion. Es una fe firmísima, grande, perfecta, segun lo de el Apostol, I *ad Corinth.* XIII: *Si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam,* á quien acompaña una confianza fija de el milagro que pide, sin que le zozobre la duda de si será ó no será, que fue lo que dijo Cristo á sus discípulos, *Matth.* XXI: *Amen dico vobis, si habueritis fidem, et non hæsitaveritis, non solum de ficulnea facietis, sed si monti huic dixeritis, tolle, et jacta te in mare, fiet.*

Esta fe firme, esta confianza sin hesitacion piden el ánimo muy purgado y abstraido de estas cosas sensibles y temporales, dice santo Tomás, *quæst.* 6, *de potentia, artic.* 1: *Cum miracula ex potestate per modum cujusdam imperii fiant, illud præcipue facit idoneum ad miracula facienda ex potestate, quod reddit aptum ad imperandum. Hoc autem est per quamdam separationem, et abstractionem ab illis quibus debet imperare. Fides autem animum abstrahit à rebus naturalibus et sensibilibus, et eum in rebus intelligibilibus fundat.* Y concluye: *Inde est, quod etiam altæ virtutes ad facienda miracula præcipue cooperantur, quod animum bonis à rebus maxime corporalibus abstrahant.*

Si la fe que se requiere para hacer milagros, es fe perfecta, firme, confiada, y para tener estas propiedades supone el ánimo abstraido de lo caduco, ¿cómo se hallará en quien ansioso de la honra la busca por la pretension, tan asido á ella, que sus deseos y cuidados le tiranizan el alma, atareándola á la esclavitud de el puesto que pretende? ¿cómo la tendrá el que arrastrado de el interés, si no quita lo ajeno, no distribuye lo que debe, ó de justicia, ó de caridad; y sordo á los gemidos de los pobres, por esclavo de su codicia se da por desentendido de sus necesidades; guarda y atesora, depositando el corazon entre las riquezas que guarda, ó en las vanidades en que las emplea? ¿Cómo ha de tener imperio para mandar sobre lo visible, quien es tan esclavo suyo? En quien se halla así, mal habrá aquel dominio que segun santo Tomás pide la fe de los milagros.

Con mucha razon, pues, se afirma en la doctrina de esta nota, que la desemejanza de vida que tienen los prelados y sacerdotes de estos tiempos con los Apóstoles y discípulos de Cristo, y con los demás que imitaron su vida con ardiente celo de la honra del Señor y salvacion de las almas, es la causa de que Dios no obre ahora las repetidas maravillas que obraba antes. No los obra, porque la distraccion de vida perturba la fe firme y perfecta que se requiere para hacer milagros. No los obra, porque entre tanta tibieza es la impetracion muy flaca. No los obra, porque no hay en nosotros santidad heróica, digna de la testificacion de Dios. De aquí se infiere que de cuatro motivos que señalan los Padres y teólogos en la patracion de los milagros, que son: testificar Dios la verdad de la doctrina que predican sus ministros; testificar la santidad heróica que hay en ellos; condescender á sus peticiones; tener fe firme, perfecta y confiada. El primero falta en estos tiempos, porque la doctrina evangélica está bastantemente confirmada: pero los otros tres faltan por nuestras culpas; ellas son la causa que impiden las maravillas divinas, destruyendo la santidad heróica digna de ser testificada con milagros: entibiando la fe, pa-

ra que mande sin hesitacion: y en fin distrayendo el ánimo, y estorbándole que pida con devocion, con reverencia y perseverancia.

§ IV.

Quedan con lo dicho satisfechos los argumentos. Al primero, fundado en las autoridades de san Gregorio y san Bernardo, confesamos que los milagros que se requieren para la prudente credibilidad de la fe no los hace Dios en este tiempo, porque no son necesarios. Ni se infiere bien, no hacemos milagros; luego no creemos. Pero se infiere bien, no hay santidad heróica en los ministros; luego no obrará Dios maravillas para testificar. Los milagros, aunque no causan la santidad, son índice que la publican, dice san Gregorio, *ibi: Nam corporalia illa miracula ostendunt aliquando sanctitatem, non faciunt.* Y san Bernardo, *serm.* 1 *Ascensionis: Non tam merita sunt, quam judicia meritorum.* Estos indicios no los puede dar Dios, si faltan la virtud y los merecimientos.

Á los demás argumentos se ocurre con la misma solucion: pues todos cargan la ponderacion en que Dios hace milagros, tomando por instrumento de su omnipotencia ministros muertos en su gracia. Es así cuando los hacen en testimonio de la fe que predican entre aquellos que necesitan de milagros, para que sea prudentemente creible la doctrina, como los hicieron Judas y otros. Es así que los milagros se enumeran entre las gracias *gratis datas,* y en este sentido no tienen conexion con la santidad; pero tiénenla en cuanto son testimonios con que Dios suscribe la virtud de sus ministros, para que sean venerados de todos.

Y aunque los milagros tal vez los impetren los pecadores, pero es rarísima, como está dicho: porque ni la oracion de el pecador es tan impetratoria como la de el justo; ni en ella suelen concurrir las condiciones para que alcancen cuanto piden: lo uno, porque regularmente les falta aquella fe firme y perfecta que dijo Cristo, *Matth.* XXI; lo otro, porque su oracion no tiene las condiciones que especificó Cristo, *Matth.* VII: *Petite, quærite, et pulsate,* que como explicó Cornelio à Lapide *ibi: Petite significat instantissimam petitionem quæ studium, et diligentiam: qui enim aliquid quærit, totum mentis studium intendit in id, quod quærit. Pulsate perseverantiam. Significat ergo orandum esse fidenter, diligenter, ardenter et perseveranter.* Mírese si en un pecador distraido y embarazado entre pretensiones y intereses es fácil que ore en esta conformidad, sobre ser su oracion menos impetratoria por ser de un enemigo. Recórrase lo dicho en el § antecedente.

San Gregorio, *lib.* 2 *Dialog., cap.* 30, distingue dos modos de hacer milagros. Uno por potestad, y otro por impetracion; y para entrambos pide ánimo devoto y recogido en quien los hace: *Qui enim devota mente Deo adhærent* (dice) *cum rerum necessitas exposcit, exhibere signa utroque modo solent, ut mira aliquando ex prece faciant, aliquando ex potestate.* Lo mismo dice Beda, *lib.* 3 *in Marcum, cap.* 11. Todo lo cual regularmente falta en los pecadores; hállase en los perfectos; y así estos piden milagros y los consiguen, esotros no.

Las maravillas que de las dos vírgenes vestales refieren los autores, es lo mas comun y mas probable, como advierte santo Tomás en el lugar que se cita, no fueron verdaderos milagros, como no lo son otras muchas que de gentiles y de herejes recoge Malvenda, *lib.* 7 *de Antichristo, cap.* 15, entre lo cual nada mas raro que lo que refiere Prateolo, *de vitiis Hæreticor., sub lit. G. n.* 16,

de cierto hereje llamado Guido de Lacha, y todo obrado por arte de el demonio, fue ilusion y engaño. Por esto Alejándro III, *cap. Audivimus de Reliquiis, et veneratione Sanctorum*, determina no se dé culto á persona alguna á título de los milagros que parece obrarse por su intercesion : pues sin intervenir el exámen y aprobacion de la Iglesia, va expuesto al riesgo de tenerse por verdadero lo ilusorio, tropezando los fieles en el engaño, por fáciles de creer.

Pero dado que estas maravillas de las vírgenes vestales fuesen verdaderamente milagrosas, respondo con santo Tomás, *quæst. 6 de potentia, art. 5, ad quintum : Quod non est remotum, quin sit in commendatione castitatis quod Deus veros per suos Angelos bonos homini miraculum per retentionem aquæ fecisset, quia si qua bona in Gentilibus fuerunt, à Deo fuerunt.* Pudo Dios testificar con aquel milagro, de que el agua se detuviese en la criba, que Tucia no habia violado la castidad, y que esta virtud le agradaba aunque estuviese en un gentil.

Pero de aquí nada se sigue contra la doctrina de esta nota, antes bien la confirma, pues si Dios se dignó tal vez de apoyar con sus milagros la castidad de un gentil; en crédito de sus ministros, no los excusara, si en ellos hubiera santidad heróica, como lo hizo con los de la primitiva Iglesia, en los cuales se hallaba ardiente celo de la salvacion de las almas, y excelente ejercicio de virtudes; y los hace ahora, como vemos en todos los Santos que la Iglesia canoniza, sin que haya alguno cuya santidad no se suponga confirmada por Dios, y los repetidos prodigios de la Iglesia primitiva no solo miraban á calificar la doctrina evangélica, sino tambien autorizar los ministros que la predicaban, para que con eso fuese mas copioso el fruto de su predicacion, como san Crisóstomo dice, *homil. 29 ad I Corinth. cap. 12.*

FIN DEL TOMO SEXTO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEXTO.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEXTO.

TERCERA PARTE.

LIBRO SÉPTIMO.

FIN DEL ÍNDICE.

